

Biblioteca
de
S. Fontanillas &

Barcelona
1936

TRABAJO

PRINTED IN SPAIN

2008
3272

LOS CUATRO EVANGELIO.

OBRAS DE EMILIO ZOLA

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL



<i>Naná</i>	2 tomos
<i>L'Assommoir</i>	2 »
<i>Teresa Raquin</i>	1 »
<i>Los Misterios de Marsella</i>	1 »
<i>La Débâcle</i>	2 »
<i>Lourdes</i>	2 »
<i>Roma</i>	2 »
<i>Paris</i>	2 »
<i>Pecundidad</i>	2 »
<i>Trabajo</i>	2 »
<i>Verdad</i>	2 »
<i>Magdalena Ferat</i>	1 »
<i>Sidonio y Mederico</i>	1 »
<i>La confesión de Claudio</i>	1 »
<i>La Obra</i>	2 »
<i>La fortuna de los Rougon</i>	2 »
<i>Epistolario</i>	1 »

TRABAJO

FOR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

DE

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Cuarta edición

TOMO PRIMERO

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI

INT. INSTITUUT
SOC. GESCHIEDENIS
AMSTERDAM

11043059



PROLOGO DEL TRADUCTOR

Zola es el primer novelista de su país, á mi ver, entre los vivos; y acaso también del mundo entero. Tolstoy, espíritu más profundo, no es tan fuerte ni tan variado y abundante como Zola, con serlo mucho. Mi alma está más cerca de Tolstoy que de Zola, sin embargo; tal vez, principalmente, por las fórmulas dogmáticas en que Zola expresa sus aventuradas negaciones. Para una traducción española de *Resurrección*, de Tolstoy, escribí no hace mucho un prólogo, con un entusiasmo que no necesitaba distingos ni reservas. Sin admitir, ni con mucho, todas las ideas de Tolstoy, admito su manera de ser religioso. A Zola, en un libro como *TRABAJO*, sólo puedo traducirlo yo por espíritu de tolerancia. Zola, en la forma á lo menos, aparece aquí ateo; Zola es materialista, hedonista, y hasta fraterniza, por fin, con el colectivismo y el anarquismo.

Yo creo en Dios, en el espíritu, en el misterio; y las graves cuestiones sociales no creo que hoy se puedan resolver científicamente; porque el adelanto humano, á tanto, no ha llegado todavía. Las rotundas afirmaciones de Zola sobre Dios, el alma, la evolución, el fin de la vida, la llamada cuestión social, las rechazo, aún más que por su contenido, por la inflexibilidad dog-

mática. Zola, como Augusto Comte, del cual es en TRABAJO, en lo esencial, fiel discípulo, es un católico al revés; y así como se ha probado que el organismo social positivista era una iglesia católica, con su papa á la cabeza, el mismo Comte; la utopía de TRABAJO es un catolicismo ateo y hedonista con su pontifice, Lucas. Y los fanáticos de la antigua cepa, los dogmáticos del pasado, me dirán:—Y entonces, ¿por qué traduces á Zola?

Por tolerancia; porque mi religión, mi filosofía, son así. No me escandalizo. Yo creo en Dios, pero no creo que Dios sea una palabra. Creo en los deístas con el signo negativo. Con el gran respeto que Zola me inspira, creo que él no es ateo más que de nombre.

Todo su TRABAJO, con el amor necesario, la abnegación por felicidad suprema, «postula» á Dios, como dicen los filósofos. Sólo que es contradictorio poner la mayor dicha en la dicha de los demás, y después darnos como contenido de la felicidad los placeres más ordinarios (aunque Zola no diga nunca sino «bonheurs», donde en rigor debiera decir «plaisirs»). Pero bendigo estas contradicciones de Zola, que son las que, según espero y, sobre todo, deseo, pueden llevarle, á fuerza de lógica, al alto espiritualismo, única morada digna de su alma fervorosa, tierna, poética, que ya no sabe más que volar en torno del amor, de aquella caridad de que desconfiaba en París, y á que ahora vuelve, dándole otro nombre.



No es este lugar á propósito para examinar TRABAJO, señalando, como sus grandes bellezas, sus defectos, artísticos y de otro orden. Sin falacia, ni compromiso, puedo aquí exponer mi juicio relativo á lo que me parece excelente.

Creo que si Zola, prescindiendo de sus sistemáticas perifrasis, y hasta paráfrasis, á las que da, sobre todo en estos sus singulares *Evangelios*, (*Fecundidad* y *TRABAJO*, por ahora) un valor simbólico, casi cabalístico, hubiera preferido atender buenamente á las eternas leyes del buen gusto en la proporción; TRABAJO hubiese sido lo que se llama una obra maestra, es ya por el lenguaje, ni aun por el estilo, á veces su-

blíme, pero desigual, por la composición, la grandera del cuadro artístico; y, sobre todo, por la belleza inmensa de algunos de los caracteres y de muchas de las más solemnes escenas.

En este libro lo principal es el corazón; olvidemos las ideas metafísicas del autor (como él parece olvidaría tantas veces), olvidemos sus preocupaciones antireligiosas, en que de modo tan lamentable confunde la religión con determinadas formas históricas, interpretadas con estrecho criterio; y olvidando esto, y sin necesidad de olvidar su fournerismo redivivo y su anarquismo bonachón, porque ahí el peligro no es grande, sigámonle en las sublimes páginas de puro amor—pero ideal, abnegado, amor que no «culbutes» á nadie—en que va mostrándonos los principales caracteres de su poema. Sí, poema. Le *Éve* otra vez, por muy distintos senderos. Las tres mujeres «evangélicas», como aquellas que Renán nos pinta volviendo á la obscuridad de la aldea, después de muerto Jesús; Josina, Securette y Susana, las divinas compañeras del apóstol, Lucas, son tres figuras ideales (pero «reales», verosímiles) del género santo de que tantos ejemplares nos dió el Cristianismo, y también algunos el paganismo, que nos dió v. gr. á Epicaris.

Jordán, el ingeniero electricista, el santo del trabajo, casi «tan» héroe del libro como Lucas (y como tipo, de mucho más color y dibujo); Morfain, el titán reconocido, el Vulcano, como Zola dice, el obrero que hace de su deber un dios; figura que recuerda las mejores de Victor Hugo, en su género; son otros dos caracteres que pueden admirarse como algo de lo mejor que ha producido la milagrosa fecundidad creadora de este genio, que, llámese ateo ó lo que quiera, tiene la más poderosa fantasía y la más profunda ternura... al lado de defectos que, seguramente, no se verían en una novela de Mr. Brunetière, si éste creyese servir mejor á Roma escribiendo novelas.



Zola nervioso, activo, no puede vivir sin una gran empresa sistemática (es uno de los espíritus más sistemáticos de las letras contemporáneas; y, si todos lo

entendieran bien, podría añadirse más «unilaterales»). Necesita siempre su «œuvres», como él dice. Primero fué el naturalismo, entendido de modo parcial, encerrado en dogmas sensualistas; era novelista, era crítico, era periodista, todo sin descanso y todo por naturalismo, fuera del cual no había salvación. En España, tuve el honor de ser el primero, allá en mi juventud, casi adolescente, que defendió las novelas de Zola, de entonces (para mí las mejores de las suyas), y hasta su teoría naturalista, con reservas, como un oportunismo, pero sin admitir la supuesta solidaridad del naturalismo estético y del empirismo filosófico. En el Ateneo, en discusiones, en periódicos diarios y revistas (v. gr. «La Diana», de Reina), expuse mis ideas antes que se publicara el libro de la señora Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*, con un prólogo mío. Era yo entonces, sin embargo, tan idealista como ahora, así como soy ahora tan naturalista como entonces. El gran genio, la fuerza inmensa de Zola, en la primera mitad de los *Rougón*, era lo que yo defendía ya con entusiasmo, sin reserva.

Después, Zola también quiso llevar su «sistema» al teatro. Luchó con honra, pero no triunfó. En las últimas novelas de la serie *Rougón-Macquart* se le ve abrir cada vez más las alas, levantar el vuelo... «Algo pierde, pero algo gana».

De otras literaturas, llegaban á Francia ráfagas de un arte docente, de aspiraciones filosóficas, sobre todo de tendencias á los llamados problemas sociológicos.—En *Lourdes*, *Roma* y *París*, Zola también es ya novelista franca y directamente «sociológico». *Lourdes* y *Roma* no ganan mucho con esto. *París* recuerda más la garra del león, más «sociólogo» cuando es más artista, no cuando expone más teorías.

Pero ahora Zola lleva su «obra» á la vida real; entra en el «affaires» con el papel principal que todos saben. Opíneselo lo que se quiera respecto del asunto Dreyfus, la nobleza y la lealtad y la abnegación de Zola en todo este poema «vívido», son innegables.

Zola ha vivido mucho cerca del pueblo. Ya su preocupación principal no es artística, es práctica. La llamada «cuestión social» le ocupa toda el alma. Si

Flaubert resucitara no le reconocería. Inaugura sus *Evangelios*; el primero, el de Mateo, es *Fecundidad*, en que combate un gran vicio nacional en forma casi simbólica, en un cuadro que está, en rigor, fuera del espacio y fuera del tiempo; *Fecundidad* es grande y larga... Las voluntarias, intencionadas perifrasis, los paralelismos y repeticiones, impacientan al lector frívolo; pero el libro es grande. Romántico, ideal, por supuesto. Vendrán más adelante los evangelios de los otros dos hijos de Pedro Froment, Marcos y Juan, la «justicia», y la ciencia, ó sea la «verdad».

Ahora tenemos TRABAJO, el evangelio de Lucas. También en espacio ideal, como en un sueño; lo que es; con ese aislamiento del medio ambiente, que caracteriza el ensueño, y le distingue de la realidad, según psicólogos modernos. Se habla de París, de todo el mundo actual, pero como en un aislamiento de pesadilla; la Rumana, en verdad, no linda con nada; Beauclair... está en una isla encantada, flotante, aunque es de tierra adentro. Es una Atlántida, una Utopía, «Ciudad del Sol». En los pormenores Zola sigue siendo naturalista, pero su plan general y sus principales personajes toman caracteres simbólicos, á veces abstractos; su grandeza es á ratos sublime sin dejar de ser humana y bien artística; á veces, el esquemas desnudo perjudica el arte.

El tiempo se va contando por años, pero los años del ensueño son á su manera. Si se le echara la cuenta á Zola, y no hay para qué, se vería que aquel mundo feliz que nos pinta al final, ha llegado demasiado pronto, á juzgar por los años de los personajes que ya asistieron al principio del libro y asisten á la apoteosis. No ha querido hacerlos tan viejos como los patriarcas bíblicos, ha preferido condensar en pocos años mucha vida.

En las ideas jurídicas, económicas, políticas, de Zola, en TRABAJO, no entro. A mí no me asustan; llego yo á algunas de ellas por caminos muy diferentes; pero no por propagarlas he emprendido esta traducción.

Si TRABAJO no le hubiera traducido yo, lo hubiera traducido otro.

¿Por qué he admitido el encargo?

Por la tentación de servir modestamente a la lengua castellana.

Y ahora llego a lo que a mí me importa más en este Prólogo.

No traduzco á Zola por espíritu de propaganda; pues no participo de muchas de sus ideas, aunque siempre le venero y admiro. Mas, al proponerme el editor español esta versión española, que ha de publicarse al mismo tiempo que el original francés, no he podido menos de ver un noble ejemplo de amor á nuestra lengua y á la fidelidad del texto literario, en el sacrificio que para el señor Maucci suponía pagar una traducción mucho más de lo que hubiera bastado, para una de esas versiones en que nadie aparece responsable ni del daño que se pueda inferir al autor ni del causado al idioma. Y he creído que debía yo imitar ese ejemplo, sacrificando también mis intereses por cariño y respeto al gran novelista, y por amor y respeto al idioma castellano. Porque, hay que notar, que si la remuneración que recibo por este trabajo es muy superior á la ordinaria con que suelen contentarse los traductores anónimos, no llega ni con mucho á recompensar lo que pierdo abandonando mi trabajo de siempre en la prensa, casi por completo, para dar concluida la traducción dentro de un plazo angustioso.

En lo que acabo de decir es claro que ya habré visto la malicia, vanidad y propia alabanza. Pero, sin prisa, voy á demostrar que no hay nada de eso. Que el editor pueda equivocarse creyendo que yo debo traducir algo mejor que quien le ofrece el mismo trabajo por treinta duros, no quita la generosidad de su propósito; y, con la intención, ya ha dado el buen ejemplo con que pudo edificarme. Que yo crea que puedo traducir mejor que suelen hacerlo esos pobres truchimanes, víctimas del «sweating-system», no me parece gran vanidad, y antes pienso que sería falsa modestia no atreverme a decirlo. Todos sabemos qué horrores se cuentan, y se demuestran, de muchas traducciones que se han leído no poco. No me tengo por buen es-

critor, ni en lenguaje, ni en estilo, pero tampoco creo ser la última palabra del credo, en estas cosas. Es claro que hubiera sido mucho mejor, para Zola, para los lectores de la traducción y para el castellano, que de este trabajo se hubiera encargado un buen prosista que tuviera, además, elegante y vigoroso estilo; pero hay que contentarse con esta humilde medianía; superior, sin duda, á las nulidades anónimas que están convirtiendo en un escándalo esta parte del comercio literario.

Porque no se trata solo de los tremendos barbarismos y solecismos con que manchan sus traducciones, sino de otra cosa que arguye no ya ignorancia, sino malicia. Es el caso, que sin escrúpulo, se prescinde de la fidelidad en la versión, y se deja sin traducir gran parte del texto original. Libro reciente, y muy sonado, he visto, que en la edición española era poco más de la tercera parte del texto original. De esta mala fe es claro que puedo asegurar que estoy libre. TRABAJO, en español, es todo el libro de Zola, tal como ha pasado por mis manos en los pliegos franceses, que guardo como prueba.

Muy lejos estoy de tener por buena mi traducción. No sólo creo que otros la hubieran hecho mucho mejor, sino que estoy seguro de que yo mismo hubiera presentado algo menos indigno de Zola y de mi idioma, si hubiese podido disponer de más tiempo, y con más salud de la que ahora tengo.

No será un arco de iglesia, pero tampoco es grano de anís una traducción, mediana á lo menos, de una novela de Zola, como TRABAJO, á una lengua como la española.

No es fácil siempre ser fiel al genio que anima el estilo de Zola, y al genio del habla castellana. En la duda, he preferido seguir al autor, las más veces. No, no es éste un libro castizo, que firmara un purista, ¡qué ha de ser! Y no sólo por la ciencia y el arte que me faltan, sino porque, con deliberado propósito, y teniendo en cuenta que se trata de un libro popular, he atendido, más que á escrúpulos lingüísticos, que á veces tengo, al deber de dar al lector español que no lee en francés, la mayoría, de más de Zola, que

puédiera. Por seguirle, he hablado de un modo metafórico, á veces, que no es de corte muy castellano, ni yo empleo cuando escribo por mi cuenta. No pudiendo siempre conciliarlo todo, he huído más de parecer frío y pedante á la mayoría, que de las censuras de la minoría, muy escasa, de los puristas.—Pero así y todo, creo que el lector ha de notar alguna diferencia entre mi prosa y la que suele ser corriente en folletines y traducciones de pacotilla, anónimas.

Y ahora, vamos á hablar mal del Diccionario de la Academia, que bien lo merece.

Si no fuera un tormento, haría reír el verse, como yo me he visto muchas veces, decidido á ser ortodoxo de la Academia y fiel al texto francés, luchando entre nuestro léxico oficial y otros, de mucho renombre, pero que no citaré, en los que se pretende ofrecernos una justa correspondencia entre las palabras españolas y las palabras francesas.

El calvario que generalmente hay que recorrer, es éste: Palabra francesa cuyo significado español exacto se busca: los diccionarios «acreditados» dan una descripción (que no necesitamos) de la cosa, pero no el equivalente español en otra palabra. Otras veces, sí lo dan. Pero, va usted á ver si la Academia admite aquel vocablo; y, en efecto, no lo admite. Ya decía un ilustre académico, muy reaccionario, que ateniéndose al diccionario de la casa, no se podía ni escribir una carta. ¡Pues qué será traducir una novela de Zola, cuya primera parte está cuajada de términos técnicos—no todos técnicos—de la metalurgia moderna.

Atrasada va la industria española, pero no tanto como la supone la última edición del diccionario académico.

Las deficiencias y falta de lógica del léxico oficial, más que á la ignorancia, hay que atribuir las muchas veces al capricho y á la desidia. Lo probarán algunos ejemplos. La Academia admite «hulla» (¡no faltaba más!) pero no derivado alguno de esta palabra. De modo que «hullero», «hullera», no son voces españolas. ¡Y la riqueza «hullera» hace millonarios en mi tierra! Millonarios con barbarismos.

Ahora la Academia ya admite «pudelar, pudelación»;

pero no «pudelador» ni «pudelaje». ¿Por qué? ¿Por qué se usan más que pudelación?... Dejemos ya á la Academia.

Para salir de los apuros técnicos, preferí recurrir á muy doctos ingenieros y artilleros, que me facilitaron noticias, y pusieron en mis manos obras como estas: «Sitjes. Tecnología popular.—De la Llave. Lecciones de Artillería (2 tomos. Atlas).—Barinaga. Curso de metalurgia especial.—Rodríguez Alonso, Tratado de siderurgia» etc., etc.—Según las indicaciones de mis asesores, y el modo de emplear el tecnicismo esos y otros autores, he convertido en español el francés de Zola, en toda esta parte en que la Academia me daba tan poca luz. En lo demás, hasta con una especie de amaneramiento y por luchar con la dificultad, he procurado atenerme á la Academia, siempre que no ha sido materialmente imposible.

He dicho antes que la traducción es fiel. En efecto, no falta ni una idea de Zola. Podría añadir que, si no literal, porque eso no sería literario, mi versión es casi exacta. Respetando la retórica del autor, le he seguido hasta cuando busca efectos en ampliaciones repetidas, y hasta, muchas veces, en el empleo de muchos de esos vocablos expletivos—á veces ni esto—que en Francia suelen condenar los preceptistas; como v. gr. los condenaba hace poco Mr. Doumic en la «Revue des deux mondes», censurando al poeta Verlaine por el empleo de «...achevilles»: «en sommes, «certes,» «sans doute,»... De esto hay mucho en TRABAJO, y muchas veces yo lo he respetado, otras no.

Zola, no sólo fía á las repeticiones casi cabalísticas y como hieráticas ciertos misteriosos efectos (en *Fecondidad* y en TRABAJO, sobre todo), sino que parece, en cambio, desconfiar de la memoria del lector, en absoluto; y casi siempre, cuando recuerda algún episodio de atrás, lo reproduce; y á cada personaje le acompaña, en cuanto vuelve á él, de su oficio, ya conocido, y de las señas personales. Por algo será todo esto; y yo lo respeto muchas veces; no todas.

Tampoco debe de creer Zola que la composición aconseja abreviar un poco razones, y sobre todo palabras, según el final se acerca. Las repeticiones más

prolijas y menos necesarias las deja en esta obra para la última parte. Yo, en este punto, sin faltar á la ley principal, la fidelidad, sin dejar de «repetir» una idea «repetidas», he procurado reducir, en esta parte del libro principalmente, las perifrasis y las paráfrasis á las palabras substanciales, sin omitir nada de lo que pueda ser pensamiento, emoción, color, fuerza, dibujo. Pero al leer v. gr., por tercera ó cuarta vez, un resumen del fourierismo, me he atrevido á ser conciso por mi cuenta, sin mengua del programa de Fourier, ni de las explicaciones de su nuevo apóstol.

Y ahora me entra el temor de que Zola, al repasar por última vez las pruebas, haya cortado ó abreviado algo, que yo no he podido cortar ó abreviar. Porque conviene saber, que de Francia no llegan á poder del pobre traductor español pliegos absolutamente corregidos, «nec varietur», como debiera ser, si se respetara nuestro modesto derecho de literatos, aunque humildes.

A disposición de quien lo dude, tengo los pliegos que se me han enviado como original, para traducir, y puedo afirmar que en francés tendrán que ser más corregidos.

Pruebas. Muchas veces la construcción del período resulta sin lógica ni gramática, por enlazar con una simple copulativa, lo que no puede ir así enlazado. No hay división racional de los párrafos. Hay palabras que no significan nada, renglones cambiados, y otra porción de adeseos que anuncian la falta de corrección definitiva de pruebas.

Un personaje que en toda la novela se llama Antonieta, de repente, en algunas páginas, se llama Enriqueta. Zola no ha podido dar eso por «corregido». Tampoco creo yo que Zola deje pasar «viejos precoces», ni «casas y edificios», ni «vegetales y árboles». Sé poco francés para asegurar que en la lengua de Voltaire no pueden pasar estas licencias, pero es claro que en castellano no las he admitido.

De lo que estoy seguro es de que Zola, á los cuatro renglones de haber dicho «se hicieron más casas», no querrá volver á decir «se hicieron más casas». Aquí se trata de una de sus repeticiones voluntarias,

sino de distracción, no corregida. No cabe duda, al pobre traductor se le manda el original sin cepillar. Y yo, por mi parte, protesto. Y el editor español debiera quejarse.


Y basta de prólogo. Sin gran impaciencia, he hablado de estas que á muchos parecerán ridículas menudencias, porque doy por hecho que todas estas páginas mías las habrán saltado los más de los lectores, sobre todo, los que van á buscar en «Beauclair» el país del ensueño, el «ideal», la «utopia de hoy, realidad de mañana.»

Me lavo las manos. Feliz yo si evito que todas estas doctrinas anarquistas, materialistas, mezcladas con ideas de amor y justicia, grandes y hermosas, lleguen al pío lector con tantos galicismos como serían de temer, si el libro lo hubiera traducido, por treinta duros, algún hambriento de esos que tienen, en efecto, derecho á no creer en los fueros del lenguaje nacional.

CLARIN.

~~~~~





# TRABAJO

---

## LIBRO PRIMERO

---

### I

En su pasco á la ventura, Lucas Froment, al salir de Beauclair, había subido por el camino de Brias, que sigue la garganta por donde se desliza la corriente del Mionna, entre los dos promontorios de los Montes Bleuses. Al llegar delante del Abismo, nombre que dan en el país á la fábrica de aceros de Qurignon, distinguió en el puente de madera dos bultos negros, miserables, arrimados al pretil, medrosos. Se le oprimió el corazón. Eran, una mujer que parecía oculta bajo una toquilla de lana en jirones, y un niño de unos seis años, de rostro pálido, medio desnudo, metido por las faldas de la muchacha. Ambos con los ojos fijos en la puerta de la fábrica, aguardaban inmóviles, con la paciencia sombría de los desesperados.

Lucas se había detenido, mirando también. Iban á dar las seis; la luz ya menguaba en aquella tarde húmeda, triste, de mitad de Septiembre. Era sábado,

*Trabajo.*—Tomo I.—2.

y desde el jueves no había cesado la lluvia. Ya no llovía; pero un viento impetuoso continuaba persiguiendo en el cielo á las nubes de hollín, harapos por donde se filtraba un crepúsculo sucio, amarillo, de mortal tristeza. El camino, surcado de railes, de gruesos guijarros desunidos por los continuos acarreos, arrastraba un río de lodo negro, todo el polvo disuelto de las próximas minas de hulla de Brias, cuyos chirriones desfilaban sin cesar. Este polvo de carbón había ennegrecido con su luto la garganta entera, fluía en charcos y chorreaba sobre el montón, como leproso, de los edificios de la fábrica; y hasta parecía manchar las nubes sombrías que pasaban sin fin, cual si fueran humo. Una melancolía de desastre soplabá con el viento; se hubiera dicho que aquel crepúsculo agitado y obscuro traía consigo el fin de un mundo.

Al detenerse Lucas á los pocos pasos de la mujer y del niño, oyó que éste decía con aire despierto y resuelto, ya de hombrecillo:

—Oye, tú, ¿quieres que yo le hable, hermana? Puede que eso le ponga menos furioso.

Pero la mujer respondió:

—No, no; esto no es cosa de chiquillos.

Y siguieron esperando, silenciosos, con aquel aire de resignación inquieta.

Lucas miraba al Abismo. Lo había visitado, por curiosidad de hombre de oficio, cuando por primera vez había pasado por Beauclair, en la última primavera. Y en las pocas horas que llevaba allí, por la repentina llamada de su amigo Jordán, había sabido pormenores de la horrorosa crisis por que acababa de pasar el país: una terrible huelga de dos meses: ruinas acumuladas por ambas partes; la fábrica perdiendo con el trabajo parado, los obreros medio muertos de hambre, con más rabia ahora, por su impotencia. Hasta el jueves, la antevíspera, no había vuelto á empezar el trabajo, después de concesiones recíprocas, furiosamente debatidas y arrancadas con gran esfuerzo. Y los obreros habían vuelto, sin gusto, no apaciguados, como vencidos á quien exaspera su derrota, y que sólo guardan en el corazón el recuerdo de sus padecimientos y el ansia de vengarlos.

Bajo la fuga loca de las nubes enlutadas, el Abismo extendía el montón sombrío de sus edificios y cobertizos. Era el monstruo, que brotó allí, y poco á poco se había ensanchado como un pueblecillo. En el color de los tejados que se alzaban y prolongaban en todas direcciones, se adivinaban las edades sucesivas de los edificios. Llenaban ya varias hectáreas, y trabajaban allí un millar de obreros. Las altas pizarras azuladas de los grandes talleres, de vidrieras aparejadas, dominaban las antiguas tejas, ennegrecidas, de las primeras construcciones, mucho más humildes. Por encima, desde el camino, se distinguía, en hilera, las colmenas gigantes de los hornos de cementar, y la torre de templar, de veinticuatro metros de altura, donde los grandes cañones, derechos y de un golpe, eran sumergidos en un baño de petróleo. Más arriba todavía, humeaban las chimeneas de diversa altura, una selva, que mezclaba su aliento de hollín al hollín volante de las nubes, mientras que los delgados tubos de escape lanzaban á intervalos regulares los blancos penachos de su respiración estridente; parecía el alelear de un monstruo, en torno del cual el polvo y los vapores que de él se exhalaban eran como una nube continua del sudor de su faena. Sentíase también el latir de sus órganos, los choques y gruñidos frontales, los golpazos acompañados de los martillos pilones resonando como campanadas, que hacían temblar la tierra. Y más cerca, junto al camino, en el fondo de un reducido edificio, una especie de cueva donde el primer Qurignon había forjado el hierro, se oía el baile violento y empeñado de dos martinets, que latían como pulso del coloso, todos cuyos hornos otra vez lanzaban llamaradas, devorando vidas.

En la bruma crepuscular, rojiza y como desesperada que invadía poco á poco el Abismo, ni una lámpara eléctrica alumbraba todavía los patios. Ninguna luz en las ventanas polvorientas. Una llama intensa, única que salía de uno de los grandes talleres, por una ancha portada, atravesaba la sombra, con un largo chorro de astro en fusión. Sin duda, algún maestro pudelador acababa de abrir la puerta de su horno, Ninguna otra luz, ni siquiera una chispa perdida, de

nunciaba el imperio del fuego; el fuego que rugía en la ciudad tenebrosa del trabajo, el fuego interior que la abrasaba toda, el fuego domado, esclavo, que doblaba y daba forma al hierro, como blanda cera, entregando al hombre el reino de la tierra desde los primeros Vulcanos que lo habían conquistado.

El reloj de la torrecilla, cuya armadura se levantaba sobre el edificio de la administración, dió las seis. Y Lucas oyó otra vez al niño miserable que decía:

—Oye, hermana, ya van á salir.

—Sí, sí, ya lo sé—respondió la joven.—Estate quieto.

En el movimiento que había hecho para detenerse, la desgarrada toquilla se le había separado un poco del rostro, y quedó Lucas sorprendido de la delicadeza de sus facciones. Seguramente no tenía veinte años. Rubios cabellos en desorden, un mísero rostro encendido que le pareció feo, con ojos azules maltratados por las lágrimas, una boca pálida de amargo sufrimiento. ¡Y qué cuerpo delicado de jovencuela, bajo el vestido gastado, viejo! Con brazo tembloroso y débil, apretaba contra su falda al niño, su hermano menor, sin duda, rubio como ella, muy mal peinado también, pero de aspecto más fuerte y resuelto.

Había Lucas sentido crecer su compasión, mientras aquellos tristes seres recelosos, empezaban á inquietarse al ver á aquel caballero que se había parado y los examinaba con tanta insistencia. A ella sobre todo, parecía molestarla aquella atención de un mozo de veinticinco años, tan alto, tan guapo, de hombros fornidos, manos anchas, con cara de salud y de alegría; cuyas facciones bien señaladas, dominaba una frente recta, en forma de torre, la torre de los Froment. Miró la joven á otro lado, al ver fijos en ella los ojos negros del joven, francos, muy abiertos, mirándola de frente. Luego, aun arriesgó una mirada furtiva, y al ver que entonces él sonreía con bondad, retrocedió un poco la muchacha, con la turbación de su gran infortunio.

Sonó una campana, se notó movimiento en el Abismo, y empezó la salida de los relevos de día. Sin em-

bargo, tardaron los obreros en aparecer; la mayor parte habían pedido un anticipo, aunque el trabajo sólo se había reanudado desde el jueves; pero á esto obligaba el hambre, que era mucha en los hogares, después de dos meses de terrible huelga. Al fin se les vió salir, desfilando, uno á uno, en pequeños grupos; la cabeza gacha, sombríos y con prisa, oprimiendo en el fondo del bolsillo las pocas monedas de plata ganadas con tanta pena, que iban á llevar un poco de pan á los hijos y á la esposa. Y desaparecían por el negro camino.

—Ahí está, hermana—murmuró el niño,—mírale, está con Bourron.

—Sí, sí, cállate.

Dos obreros acababan de salir, dos compañeros púdeladores. El primero, el que estaba con Bourron, llevaba la chaqueta de paño al hombro; tendría veintiséis años apenas, rojo de pelo y barba, más bajo que alto, de músculos sólidos, la nariz corva, bajo una frente prominente, duras las quijadas, salientes los pómulos, pero risueño, agradable, lo que hacía de él un conquistador. Bourron, con cinco años más, llevaba puesta la chaqueta ya vieja, de pana verdosa. Era un mocetón seco y delgado, con cara de caballo, largas mejillas, barba pequeña, ojos rasgados, todo lo cual expresaba el humor tranquilo de un hombre manso, siempre dominado por algún compinche.

De una mirada, Bourron, había distinguido á la pobre mujer y al niño, al otro lado del camino, al extremo del puente de madera. Y al verlos, dió un codazo á su compañero.

—Mira, Ragú, mira. La Josina y Nenet están allí, Ponte en guardia si no quieres que te fastidien.

Ragú, rabioso, apretó los puños.

—¡Maldita pécora! Ya me aburre; la he plantado en la calle.... Vas á ver lo que es bueno, si se me cuelga otra vez del pescuezo.

¡Parecía un poco ébrio, como solía estarlo los días que pasaba de los tres litros, de que decía necesitar, para que la hoguera del horno no le secara la piel. Y en esta semiborrachera, le movía, sobre todo. e'

alarde cruel de hacer ver á un compañero cómo trataba él á las mujeres, cuando ya no las quería.

—Verás, la voy á pegar á la pared. ¡Me tiene harta.

Josina, con Nanet arrimado á las faldas, se había acercado suavemente, medrosa. Pero se detuvo al ver á otros dos obreros juntarse á Ragú y á Bourron.

Eran del relevo nocturno y venían de Beauclair. El de más edad, Fauchard, un mozo de treinta años, que parecían cuarenta, era un arrancador, ya una ruina por causa del trabajo voraz; el rostro curtido, quemados los ojos, el corpachón cocido y como lleno de nudos, gracias al calor de los hornos de crisol, de donde sacaba el metal en fusión. El otro, Fortunato, su cuñado de diez y seis años, que apenas parecía doce, de tan miserables carnes era, llaco el rostro, el pelo descolorido, parecía no haber medrado, como si lo fuera consumiendo su maquinales tarea de peón, siempre sentado junto á la palanca, que ponía en marcha un martillo zinglador, aturdido por el humo y el estrépito que le cegaban y ensordecían.

Llevaba Fauchard al brazo una cesta vieja de mimbreros, y se había detenido para preguntar á los otros dos con voz sorda.

—¿Habéis cobrado?

Ragú, sin responder, se golpeó el bolsillo, en que resonaron las monedas de cinco francos. Fauchard hizo un gesto de anhelo desesperado.

—¡Rayo de Dios! Y decir que tengo que apretarme la barriga, hasta mañana por la mañana. Y esta noche vuelta á estallar de sed, como mi mujer, cuando antes, no haga el milagro de traerme la ración.

La ración de éste eran cuatro litros cada día ó cada noche de trabajo; nada más lo suficiente según él, para humedecerle el cuerpo; de tal modo los hornos le sacaban de la carne el agua y la sangre. Miró desesperado á su pobre cesta vacía, donde se zarandeaba un solitario pedazo de pan. Cuando le faltaban sus cuatro litros, era el acabóse, la negra agonía en el trabajo abrumador, que se hacía imposible.

—¡Bah!—dijo afable Bourron.—No ya tu mujer á

dejarte; no la hay como ella para sacar al fiado los cuartos.

Los cuatro, parados sobre el lodo pegajoso del andén, sentados en un cochecito, que empujaba un criado, á un señor de edad, de ancha cara, de grandes facciones regulares, á que servían de marco largos cabellos blancos. Había reconocido á Jerónimo Qurignon, el señor Jerónimo, como le llamaba toda la colonia, el hijo de Blas Qurignon, el obrero tirador, fundador del Abismo. Muy viejo, paralizado, se hacía pasear de aquel modo, en todo tiempo, sin una palabra. Aquella tarde, al pasar delante de la fábrica para volver á casa de su hija en la Guerdache, una quinta próxima, con una simple seña había dado orden al criado para ir despacio. Y con ojos aun claros, vivos y profundos, miraba detenidamente al monstruo que trabajaba, á los obreros de día que salían, y á los obreros de noche que entraban bajo el turbio crepúsculo que caía del cielo lívido, manchado por la fuga loca de las nubes. Después su mirada se detuvo sobre la casa del Director, un edificio cuadrado en medio de un jardín, que él mismo había hecho construir cuarenta años antes, y donde había reinado como rey, conquistador, ganando millones.

—Al señor Jerónimo no le faltará el vino esta noche—dijo Bourron con zumba en voz más baja.

Ragú se encogió de hombros.

—Ya sabéis que mi bisabuelo era compañero del padre del señor Jerónimo. Dos obreros, ni más ni menos, que estiraban aquí el hierro juntos; y la fortuna lo mismo podía venirle á un Ragú que á un Qurignon. Cosas de la suerte, cuando no del robo...

—Cállate—murmuró otra vez Bourron,—no te metas en líos.

Se le fué á Ragú la valentía, y al pasar el señor Jerónimo, delante del grupo, mirando á los cuatro, con aquellos ojos grandes, fijos y claros, le saludó otra vez con el respeto medroso del obrero que desea gritar contra el patrono, pero que tiene la añeja esclavitud en la sangre, y tiembla delante del dios soberano, de quien todo lo espera. Siguió el criado.

pujando lentamente el cochecillo, y el señor Jerónimo desapareció por el negro camino, que bajaba á Beauclair.

—¡Bah!—concluyó filosóficamente Fauchard.—No es tan feliz en su butaca de ruedas, y además, si todavía comprende las cosas, no le hará gracia todo lo que ha pasado. Cada cual tiene sus penas... ¡Ah, rayo de Dios! ¡Si Natalia me trajera el vino!

Y entró en la fábrica llevándose á Fortunato, que nada había dicho, siempre con aire estúpido. Sus hombres, ya cansados se perdieron en la sombra que crecía, invadiendo los edificios. Ragú y Bourron echaron á andar, corruptor el uno del otro, en busca de cualquier taberna del pueblo. Bien se podía beber un trago y reír un poco después de tanta miseria.

Lucas, que se había detenido por compasiva curiosidad, arrimado al pretil del puente, vió á Josina moverse otra vez con marcha vacilante, para cerrar el paso á Ragú. Pudo creer primero que tomaría por el puente y se volvería á casa, pues este era el camino recto del antiguo Beauclair, un sórdido montón de casuchas, en que habitaban la mayor parte de los obreros del Abismo. Pero cuando comprendió que bajaba hacia el barrio nuevo, tuvo de pronto la certidumbre de lo que iba á suceder; la taberna, la paga bebida, otra noche más de esperar, muriendo de hambre con su hermano, sufriendo el viento sutil de la calle. Sus penas y un arranque de cólera le dieron tal valor, que se atrevió á plantarse delante de aquel hombre, ella tan débil y tan miserable.

—Augusto—dijo,—sé razonable; no has de dejarme en la calle.

El mozo no respondió; quiso seguir adelante.

—Si no vuelves á casa en seguida, por lo menos dame la llave... Desde esta mañana estamos en la calle y no hemos comido un bocado de pan.

De repente, estalló la ira de Ragú.

—Déjame en paz con mil rayos. Maldita lapa, ¿quieres soltarme?

—¿Por qué has llevado la llave esta mañana?... No te pido más que la llave; tú volverás á casa cuan-

do quieras... Mira, ya es de noche; no querrás que durmamos en la calle.

—¡La llave, la llave! Ni la tengo, ni te la daría aunque la tuviera.... Pero, ¿no comprendes que ya estoy harto? ¿que ya no quiero nada contigo? ¿que bastante ha sido morirse dos meses de hambre juntos, y que puedes irte con la música á otra parte?

Todo esto se lo arrojaba á gritos á la cara, violento, salvaje; la pobre niña toda temblaba, por tanta injuria, pero se obstinaba suavemente, con la terquedad resignada de los miserables, que ven abrirse la tierra á sus pies.

—¡Oh! ¡qué malo eres, qué malo eres!.... Esta noche cuando vuelvas á casa, hablaremos. Me iré mañana si es preciso. Pero hoy, hoy nada más, dame la llave.

La rabia se apoderó de Ragú, sacudió á la joven y la echó á un lado con brutal ademán.

—¡Rayo de Dios! ¡La calle es libre! ¡Vete á mandar llover! ¡Te digo que esto se ha acabado!

El pobre Nanet, al ver á su hermana prorrumper en sollozos, se adelantó con aire resuelto, con su cabeza rubia y enmarañada.

—¡Toma! Ahora este galopín. Toda la familia sobre mí. Aguarda, pillastre, verás que puntapié.

Rápida, Josina, apretó á Nanet contra sí. Y allí quedaron los dos, sobre el negro lodo, temblando ante el desastre, mientras los obreros continuaban su camino y desaparecían en la obscuridad, que había crecido por la parte de Beauclair, cuyas luces empezaban á brillar, una á una. Bourron, buen sujeto en el fondo, había tenido un impulso de intervenir; luego, por farfantonada, bajo el ascendiente del camarada buen mozo y Tenorio, le había dejado hacer su gusto. Josina, después de vacilar un instante, y de preguntarse de qué servía seguirlos, al verlos desaparecer, desesperada, insistió en su empeño... A paso lento se fué tras ellos, arrastrando á Nanet por la mano, deslizándose á lo largo de las paredes con toda clase de precauciones, como temiendo que pudiera verla, y maltratarla por impedir que le siguiera los pasos.

Lucas, indignado, estuvo á punto de arrojarse sobre

Rugó y castigarle. ¡Oh, misero trabajo! El hombre convertido en lobo, por la faena abrumadora, por el pan, tan malo de ganar y disputado por el hambre. Durante los dos meses de huelga, se habían arrancado unos á otros las mías, en la exasperación voraz de las disputas diarias; luego, el día de la primera paga, corría el obrero á aturdirse con el alcohol que volvía á encontrar, y dejaba en la calle á la compañera de fatigas, mujer legítima ó seducida. Lucas volvía á ver ante sí los cuatro años que acababa de pasar ya, en un arrabal de París, en uno de esos caserones emponzoñados, donde la miseria del jornalero solloza y se pelea en todos los pisos. ¡Qué de dramas había visto! ¡Qué de dolores había en vano intentado calmar! El formidable problema de las vergüenzas y torturas del salario se le había planteado muchas veces; había podido sondar, hasta el fondo, la atroz iniquidad, el cáncer espantoso que está acabando de roer la sociedad actual. Había pasado horas de fiebre generosa, fantaseando el remedio, estrellándose siempre contra la muralla de bronce de las realidades existentes. Y ahora, la misma noche del día en que volvía á Beauclair, traído por un súbito incidente, volvía á dar con esta escena salvaje, esta triste y pálida criatura arrojada á la calle, muerta de hambre, por culpa del monstruo devorador, cuyo fuego interior oía gruñir y veía escaparse en humo de luto, bajo el trágico firmamento.

Sopló una ráfaga, algunas gotas de lluvia pasaron volando en el viento que se quejaba. Lucas había permanecido sobre el puente, vuelto el rostro hacia Beauclair, intentando reconocer el país á la luz mortecina que caía de las nubes de hollín. A la derecha tenía el Abismo, cuyos edificios se extendían al borde del camino de Brias; á sus pies corría el Mionna, y más arriba, sobre un terraplén, á la izquierda, pasaba el ferrocarril de Brias á Magnolles. Todo el fondo de la garganta estaba ocupado de este modo entre las últimas escarpaduras de los Montes Bleuses, en el sitio en que estos se ensanchaban, para dar sobre la inmensa llanura de la Rumaña. En esta especie de estuario, al desembocar la quebrada en la llanura, Beauclair extendía sus edificios, un miserable luga-

rón de casuchas de obreros, cuya prolongación, ya en lo llano, era una población pequeña, señora, donde estaba la subprefectura, la alcaldía, el Tribunal y la cárcel. La iglesia, antigua, que amenazaba ruina, estaba como á caballo, entre la población nueva y la vieja aldea. Esta capital de distrito tenía apenas seis mil almas, de las cuales, cerca de cinco mil eran pobres espíritus oscuros, en cuerpos doloridos, machacados, encorvados por el misero trabajo. Lucas acabó de saber dónde estaba al notar más allá del Abismo; el Horno alto de la Crécherie, á media ladera del promontorio de los Montes Bleuses y del cual, todavía podía distinguir el perfil obscuro. ¡El trabajo, el trabajo! ¡Quién lo haría levantarse, reorganizarse, según la ley natural de verdad y de equidad, para devolverle su papel de omnipotencia noble y reguladora, en este mundo, y para que las riquezas de la tierra fuesen repartidas justamente, realizando al cabo la ventura de todos los hombres!

Aunque la lluvia había cesado, Lucas también volvió á bajar, al fin, hacia Beauclair. Seguían saliendo obreros del Abismo, y caminó entre ellos. Habían vuelto al trabajo, airados, tras los desastres de la huelga. Sentía Lucas tal espíritu de rebeldía y de impotencia llenarle tristemente el ánimo, que de buen grado se hubiera vuelto á su casa aquella noche, en aquel instante, si no hubiera sido el temor de disgustar á Jordán. Este, el dueño de la Créchiere, se yefía en un gran apuro, desde la muerte súbita del antiguo ingeniero, que dirigía su horno alto; y había escrito á Lucas, llamándole para que examinara todo aquello y le diera un consejo. Ya acudía el joven, por puro afecto, cuando se encontró con otra carta en que Jordán le refería toda una catástrofe: el repentino fin trágico de un primo, en Cannes, que le obligaba á marchar al punto, ausentándose por tres días con su hermana. Le suplicaba que los esperase hasta el lunes por la noche, y que se instalara en un pabellón dispuesto para él, donde estaría como en su casa. Tenía, pues, Lucas, dos días más por suyos; y, desocupado, metido de tal suerte en aquel pueblecillo, que conocía apenas, había salido á dar una vuelta aquella

tarde, y hasta había dicho al criado encargado de servirlo, que no volvería á comer, proponiéndose hacerlo donde quiera, en alguna taberna, ansioso siempre de observar costumbres populares, queriendo ver, comprender é instruirse.

Nuevas reflexiones le dominaron, mientras que, bajo un cielo tormentoso, caminaba sobre el negro lodo, entre el pesado pisotear de los obreros, abrumados de fatiga y silenciosos. Le dió vergüenza su debilidad sentimental. ¿Por qué había de marcharse, cuando allí encontraba, tan punzante, tan agudo, el problema que le acosaba pidiendo solución? No debía rehuir el combate; acumularía hechos, descubriría acaso, al fin, el camino seguro, en la obscura confusión en que todavía se sentía perdido. Hijo de Pedro y de María Froment, había aprendido, como sus tres hermanos, Mateo, Marcos y Juan, un oficio manual, aparte de sus estudios especiales de ingeniero. Era cantero, arquitecto constructor, hacía casas, y, complaciéndose en trabajar en su oficio, pasaba días en los grandes talleres de cantería de París; no ignoraba nada de los dramas del trabajo actual y soñaba, con espíritu fraternal, con ayudar al triunfo, que traería la paz al trabajo de mañana. Pero ¿qué hacer, adonde llevar su esfuerzo; por qué forma comenzar; cómo echar al mundo la solución flotante, sin precisión, cuya preñez sentía? Más alto, más robusto que su hermano Mateo, con el mismo rostro expansivo de hombre de acción, con su frente en forma de torre, su alto pensamiento siempre de parto, hasta entonces sólo había abrazado el vacío, con aquellos dos grandes brazos impacientes por crear, por construir un mundo. Una brusca ráfaga, un viento huracanado; pasó y le llenó de un sagrado temblor. ¿Era que una fuerza ignorada, le hacía dar, como un Mesías, en aquel país que padecía, trayendo la misión soñada de redención y dicha?

Cuando levantando la cabeza, se libró Lucas de estas vagas reflexiones, notó que estaba otra vez en Beauclair. Cuatro grandes calles, que desembocan en una plaza central, la de la Alcaldía, cortan el pueblo en cuatro partes casi iguales, y cada una de estas calles lleva el nombre del pueblo próximo á que conduce.

La calle de Brias al Norte, la de Saint-Cron, al Oeste, la de Magnolles, al Este, la de Formerie, al Sur. La más concurrida, de más tránsito, con sus tiendas que rebosan, es la calle de Brias, donde se encontraba; todas las fábricas están allí, cerca unas de otras, arrojando á cada hora de salida, la ola sombría de los trabajadores. Justamente, cuando Lucas llegaba, se abrió la gran puerta de la fábrica de calzado de Gourier, Alcalde del pueblo, dejando salir el tropel de sus quinientos obreros, de los cuales más de doscientos eran niños y mujeres. En las calles próximas estaban la fábrica Hausser, una herrería que daba más de cien mil guadañas y podaderas al año; la fábrica Miranda, que construía especialmente máquinas agrícolas. Todas habían padecido con la huelga del Abismo, donde tomaban el hierro y el acero, la primera materia; la miseria, el hambre, había afligido á todas y la muchedumbre, pálida y enflaquecida, de que inundaban el empedrado fangoso, conservaba ojos de rencor, en los labios la muda rebeldía, á pesar de la aparente resignación del rebaño, que aceleraba el paso, pateando el lodo. Tanta gente, oscurecía la calle, alumbrada por escasos mecheros de gas, cuyas llamas amarillas sacudía el viento. Lo que acababa de impedir la circulación, eran las amas de casa, que al fin con algunos cuartos, corrían á las tiendas regalándose con un pan, de gran tamaño, ó con un poco de carne.

Se le figuraba á Lucas estar en una ciudad sitiada; en la noche en que se levantaba el sitio. Iban y venían, entre la multitud, gendarmes, toda una fuerza armada, que vigilaba de cerca al pueblo, como si hubiera el temor de que volviesen las hostilidades; de un furor súbito que renaciese de los sufrimientos, todavía acerbos, acabando de saquear la ciudad en la crisis postrera de destrucción. El patronato, la autoridad burguesa, podía haber vencido á los asalariados; pero los esclavos domados, seguían tan amenazadores en su silencio pasivo, que una terrible inquietud envenenaba el aire y se sentía soplar el espanto de las venganzas, de las grandes matanzas posibles. Una sorda amenaza indistinta salía de aquel rebaño, que desfilaba abrumado, impotente; y el reflejo de un arma,

los galones de un uniforme, aquí y allí, en los grupos, declaraban el miedo disimulado de los amos, á quien su victoria daba sudores, mientras observaban detrás de las espesas cortinillas de las casas, albergue de su ociosidad. La muchedumbre negra de los trabajadores, de los muertos de hambre, seguía pasando, atropellándose, callada, gacha la cabeza. Lucas, continuando su paseo, se mezclaba con los grupos, se detenía, escuchaba, estudiaba. Paróse delante de una gran carnicería abierta de par en par, al aire libre de la calle, y cuyos mecheros de gas brillaban entre las carnes sangrientas. Dacheux, el carnicero, un hombrachón apoplético, de ojazos saltones, cara pequeña y colorada, estaba á la puerta vigilando la mercancía, muy ocupado con las criadas de las casas acomodadas, y con miedo de que entrase algún ama de su casa, pobre. Hacía un rato que acechaba á una rubia alta y delgada, de miserable aspecto, pálida y doliente, joven, lleno el rostro de granos, ajada ya, que arrastraba consigo á un niño hermoso, de cuatro ó cinco años, y que llevaba al brazo una pesada cesta por la que asomaba el cuello de cuatro botellas de á litro. Dacheux reconoció á la Fauchard, á quien estaba cansado de desengañar en sus continuas peticiones de miserables ventas al fiado. Al decidirse ella á entrar, casi le cerró el paso.

—¿Qué busca usted aquí otra vez?

—Señor Dacheux—balbuceó Natalia.—Si fuera usted tan bueno que quisiera.... Ya sabe usted que mi marido ha vuelto á la fábrica. Mañana cobrará un anticipo. Por eso el señor Caffiaux ha tenido la bondad de adelantarme los cuatro litros que llevo aquí; y si usted fuera tan bueno, señor Dacheux, que quisiera adelantarme un poco de carne, sólo un poco...

El carnicero se incomodó, echaba chispas entre la ola de sangre que le subía al rostro.

—¡No, ya he dicho que no!...Vuestra huelga por poco me arruina. ¿Cómo he de ser tan bruto que me ponga de vuestra parte? Siempre ha de haber obreros holgazanes que basten para impedir á la gente honrada hacer su negocio.... Cuando no se trabaja bastante para comer carne, no se come,

Dacheux se ocupaba en política; estaba por los ricos, por los fuertes, se le temía; era sanguinario y de pocos alcances. Esta palabra, «carne», tomaba en sus labios una importancia considerable, aristocrática; la carne sagrada, el alimento de lujo reservado á los afortunados, cuando debiera ser de todos.

—Ya me debe usted cuatro francos del verano último—añadió.—Yo lo que debo tengo que pagarlo.

Natalia se deshacía en súplicas, insistía, en voz baja, desolada, llorosa. Pero sobrevino un acontecimiento que acabó de desahuciarla. La señora Dacheux, una mujercilla fea, negra é insignificante, que así y todo, según malas lenguas, ponía á su marido abominables cuernos, se había adelantado con su hija Juliana, una niña de cuatro años, sana, gruesa, rubia, de expansiva alegría. Se habían visto los dos niños; Luisillo Fauchard, comenzó por reír, en su miseria, mientras que la opulenta Juliana, contenta, sin tener todavía, por lo visto, conciencia de las desigualdades sociales, se acercó y le cogió las manos. Estaba como si de repente la hubiesen dado un juguete, en la infantil alegría de la reconciliación futura.

—¡Maldita chiquilla!—gritó Dacheux fuera de sí;—siempre la tengo sobre las rodillas.... ¿Quieres ir á sentarte?

Luego, volviéndose airado á su mujer, con malos modos la hizo volver al mostrador, diciéndole que mejor haría en vigilar la caja, para que no la robasen, como dos días antes. Y siguió hablando, dirigiéndose á cuantos encontraba en la tienda, preocupado con aquel robo, de que se estaba quejando sin cesar, hacía dos días, indignado.

—¡Así como suena! No sé qué andrajo, que se metió en la tienda y cogió cinco francos en la caja, mientras que la señora Dacheux pensaba en las musarañas. La ladrona no pudo negar, tenía la moneda todavía en la mano. ¡Pero á buen recaudo la tengo! En la cárcel está... ¡Esto es horrible, horrible! Se nos robará, nos saquearán si no andamos listos, si no se pone orden en esto.

Y sus miradas recelosas miraban la carne, para asegurarse de que manos hambrientas, de obreras sin tra-



bajo, no robaban pedazos de ella, allí, en la tienda, como robarían el oro precioso, el oro divino, en la artesa de los cambistas.

Lucas vió que la Fauchard se retiraba con miedo; con el vago temor de que el carnicero llamase un gendarme. Por un momento quedó inmóvil, con su Luisillo, en medio de la calle, entre el tropel de gente, ante una hermosa panadería, adornada con espejos, alegre con su mucha luz, que estaba enfrente de la carnicería, y uno de cuyos escaparates, abierto, libre, ponía ante los ojos de los transeúntes, doradas hogazas y tortas. Contemplábanlos estáticos la madre y el niño. Lucas, olvidando á éstos, atendió á lo que pasaba en la panadería.

Un carruaje acababa de detenerse á la puerta; y un aldeano había bajado de él, con un niño de ocho años y una niña de seis. Estaba tras el mostrador la panadera, la señora Mitaine, muy guapa; una buena moza rubia, muy bien conservada á los treinta y cinco años, de la cual habían estado enamorados todos los del país, sin que hubiera dejado ella de ser fiel á su marido, un hombre delgado, silencioso y pálido, á quien se veía raras veces, y siempre junto á la artesa ó junto al horno. Cerca de la panadera, en la banquetta, estaba sentado su hijo Evaristo, un muchacho de diez años; ya alto, rubio como ella, de rostro amable, de suave mirada.

—Hola, señor Lenfant. ¿Cómo está usted? Y también Arsenio y Olimpia. No hay que preguntar si están buenos.

El aldeano, de treinta y tantos años, era de ancha faz tranquila. No se daba prisa, pero al fin contestó con tono reflexivo:

—Sí, sí. Salud no falta, de eso no andamos mal en Combettes. La tierra es la que está más enferma. No podré darle el salvado que le había prometido, señora Mitaine. Todo se ha perdido. Y como he venido á Beauclair esta tarde con el carro, he querido advertírselo á usted.

Siguió hablando; expuso todos sus resentimientos; la tierra ingrata que ya no alimentaba al trabajador; que no pagaba siquiera los gastos de abono y siembra,

Y la hermosa panadera, compadecida, movía suavemente la cabeza. Verdad era. Se necesitaba ahora mucho trabajo para poco provecho. Todo el mundo se quedaba con hambre. Nada quería ella con la política. ¡Pero, Señor! ¡qué mal iban las cosas! Por eso durante la tal huelga, le partía el corazón el saber que había desgraciados que se acostaban sin haber comido ni una mala corteza de pan, cuando su tienda estaba llena. Pero el comercio era el comercio. Eso es. No se podía regalar la mercancía, tanto menos, cuanto que eso favorecía, alentaba la rebeldía.

Lenfant estaba conforme.

—Sí, sí, cada uno lo suyo. Eso es lo legítimo, ganar cada cual con sus cosas cuando le han costado á uno trabajo. Pero, con todo, hay quien quiere ganar demasiado.

Evaristo, movido por la presencia de Arsenio y de Olimpia, se había decidido á separarse del mostrador para hacer los honores de la tienda. Y en su calidad de mozo de diez años, sonreía complaciente á la chiquilla de seis, cuya cabeza, grande, redonda y alegre, debía de agradarle.

—Dales una torta á cada uno—dijo la hermosa señora Mitaine, que mimaba mucho á su hijo y le educaba con dulzura.

Y como Evaristo empezase por Arsenio, su madre exclamó en tono de broma:

—¡Hay que ser galante, hijo mío, primero se da á las damas.

Evaristo y Olimpia entonces, uniéndose alegres, se hicieron en seguida amigos. ¡Ah, aquellos pequeñuelos queridos, eran la flor de la existencia! Si eran prudentes más adelante, no se devorarían como la gente de ahora. Lenfant se marchó diciendo, que de todas maneras esperaba traer salvado, pero más tarde. La señora Mitaine, que le había acompañado hasta la puerta, le vió subir al carruaje y bajarse otra vez en la calle de Brias. En este momento, fué cuando Lucas se fijó en la Fauchard, resuelta de pronto, arrastrando á su Luisillo y osando acercarse á la panadera. Balbució algunas palabras que no pudo Lucas oír; pedía

otra vez al fiado sin duda, pues en seguida la señora Mitaine, entró en la tienda con aire de consentir, y le entregó una hogaza, que la desgraciada se apresuró á llevarse oprimiéndola contra el flaco seno.

Dacheux, en su exasperación recelosa, estaba observando la escena desde la otra acera. Y gritó:

—Hará usted que la roben. Acaban de robar latas de sardina en casa de Caffiaux. Se roba por todas partes.

—¡Bah!—respondió plácida, la señora Mitaine, otra vez á la puerta de la tienda.—No se roba más que á los ricos.

Lucas continuó bajando con lentitud por la calle de Brias, entre el palcar del rebaño, cada vez más grande. Ahora le parecía que pasaba el terror, que un soplo de violencia iba á arrastrar á esta multitud ceñuda y silenciosa. Al llegar á la plaza de la Alcaldía, volvió á encontrar el carruaje de Lenfant, parado en la esquina de la calle, delante de una quincallería, una especie de bazar, del matrimonio Laboque. Tras la puerta, que se abría en ancho hueco, oyó un violento regateo, entre el aldeano y el quincallero.

—¡Ah, sangre de Cristo! A peso de oro vende usted los tales azadones.... Y todavía sube usted este dos francos!

—Diantre, señor Lenfant; como ha habido esa maldita huelga. No es culpa nuestra si las fábricas no han trabajado, y si todo ha encarecido... Yo pago el el hierro más caro y algo he de ganar.

—Que gane usted, bueno. Pero doblar el precio.... Entienden ustedes el comercio de un modo.... Dentro de poco no se podrán comprar útiles.

Era este Laboque un hombrecillo flaco y seco, con narices y hocico de hurón, muy activo; y tenía una mujer, de su estatura, viva, muy morena, de prodigiosa codicia para la ganancia. Ambos habían comenzado en las ferias, de ambulantes, arrastrando en carro azadas, rastrillos y sierras.

Y á los diez años de haber abierto aquel tenducho; se veían al frente de un vasto comercio, que había crecido de año en año, y eran intermediarios entre las fábricas del país y los consumidores, revendiendo

con grandes ganancias el hierro que para el comercio producía el Abismo, los clavos de los Chodorge, las guadañas y las podaderas de los Hausser, las máquinas y aperos de los Miranda, todo un desperdicio de fuerza y de riqueza que se tragaban ellos, con la relativa honradez de comerciantes que robaban según la costumbre, con vivo placer, cuando cada noche consultaban la caja del dinero apañado, en perjuicio de las necesidades ajenas; ruedas inútiles, que comían energía y que hacían rechinar la máquina, próxima á descomponerse.

Mientras el aldeano y el quincallero debatían furiosos una rebaja de cien céntimos, Lucas reparó otra vez en los niños. En la tienda había dos; un muchacho de doce años, Augusto, de aire reflexivo, que estaba aprendiendo una lección, y una niña de cinco á penas, Eulalia, sentada con mucha formalidad en una silla pequeña, con aire grave y amable, como si estuviera juzgando á la gente que entraba. En cuanto le vió á la puerta, mostró afición por Arsenio Lenfant; encontrándole de su gusto sin duda y acogiéndole con aire de personilla bondadosa. Y ya no faltó nadie, cuando entró una mujer con otro niño, el quinto; era la mujer del pudelador Bourron, Bavette, redonda y fresca, siempre alegre contra viento y marea. Llevaba de la mano á Marta, su hija, de cuatro años, gruesa también y contenta. En seguida, soltó la mano de su madre, y corrió hacia Augusto Laboque, á quien debía de conocer.

Puso Bavette fin al regateo del aldeano y el quincallero, que quedaron de acuerdo, partiendo la diferencia de los cien céntimos. Traía la buena mujer una cacerola comprada la víspera.

—Se sale, señor Laboque. Lo he notado al ponerla al fuego. No he de quedarme con una cacerola que se sale.

Y mientras Laboque examinaba la cacerola maldiciendo, y por fin se decidía á cambiársela, la señora Laboque habló de los niños. No se movían en todo el día, quietos como postes, la una en su silla, el otro comiéndose los libros. Seguramente, falta hacía ganar la vida, pues no se parecían á su madre ni á

su padre; no llevaban trazas de hacer mucho dinero. Sin oír esto, Augusto Laboqué, sonreía á Marta Bourron; Eulalia Laboqué, tendía su mano menuda á Arsenio Lenfant, mientras que la otra Lenfant, Olimpia, daba fin con aire pensativo á la torta, que el niño de la Mitaine le había dado. Había allí gracia, ternura, fresco y sano olor de esperanza en mañana; y esto entre el aliento de agudo rencor y de lucha que abrasaba la calle.

—¿Sabe usted que vamos á ganar mucho con lan-ces como este?—dijo Laboqué, dando otra cacerola á Bavette.—Ya no hay buenos obreros, todos son unos chapuceros. ¡Y las averías que hay en una casa como la nuestra! Entra y sale quien quiere, parece esto el puerto de arrebatacapas, con estos mostradores y escaparates en la calle... Esta tarde nos han vuelto á robar.

Lenfant, que pagaba lentamente el azadón, se asombró.

—Entonces ¿son ciertos esos robos de que se habla?

—Y tanto como lo son. No somos nosotros quien roba, nos roban á nosotros.... Han estado dos meses de huelga, y como no tienen con que comprar, roban lo que pueden... Ahí, en esa caja, hace dos horas, me han robado cuchillos y tranchetes. La cosa no es para tranquilizarse.

Hizo un ademán de súbita inquietud, pálido, temblando, y señaló á la calle amenazadora, llena con la sombría multitud, como si temiera una brusca acometida, una invasión que le despojara, barriendo mercancías y mercader.

—Cuchillos y tranchetes—repitió Bavette, con su refr continuo;—eso no se come. ¿Qué quiere usted que saquen de eso?... Como Caffiaux, el de enfrente, que se queja de que le han robado una lata de sardinas, algún pillastre, goloso.

Siempre estaba contenta, segura siempre de que las cosas acabarían bien. ¡Aquel Caffiaux, sí que merecía la maldición de las amas de casa! Acababa de ver entrar allí á Bourron, su marido, con Ragú, y de seguro iban á echar á perder allá dentro una moneda de cien céntimos. Pero, ¿y qué? Era natural que

un hombre gozase un poco, después de penar tanto. Y cogiendo otra vez de la mano á Marta su hija, se fué, contenta con su hermosa cacerola nueva.

—Vea usted—continuó Laboqué, dirigiéndose al aldeano.—Haría falta tropa. Yo opino que debe darse una buena lección á todos estos revolucionarios. Necesitamos de un gobierno sólido, que pegue duro, para que se respete lo que es respetable.

Lenfant, movía la cabeza. Su buen sentido receloso, vacilaba en declararse por un partido. Se fué con Arsenio y Olimpia, diciendo:

—¡Como no acaben mal todos estos llos, entre señores y obreros!

Lucas hacía un rato que examinaba la casa de Caffiaux, que ocupaba, en frente, la otra esquina de la calle de Brías y de la plaza de la Alcaldía. Los Caffiaux no habían tenido allí, primero, más que una tienda de ultramarinos, muy próspera hoy con su escaparate, y anaqueles, de sacos abiertos, cajas de con-caparates, y anaqueles, de sacos abiertos, cajas de con-servas apiladas, toda clase de comestibles, amontonados, protegidos con red, contra las manos ágiles de los rateros. Después se les ocurrió la idea de añadir un comercio de vinos, y alquilaron la tienda contigua para establecer allí un «despacho de vino-restaurant» en que se hacían de oro. Las fábricas vecinas, el Abismo sobre todo, consumían una cantidad de alcohol espantosa. Un continuo desfile de obreros, entraban y salían, sobre todo los sábados en que se cobraba; muchos se detenían, comían allí, y salían perdidos de borrachos. Era el veneno, el antro envenenador, donde los más fuertes dejaban la cabeza y los brazos. Por lo mismo, Lucas, quiso entrar al punto, para ver lo que allí pasaba; cosa sencilla; comería allí, pues ya no había de hacerlo en casa. Cuántas veces en París, su afán de conocer al pueblo, de bajar al fondo de todos sus sufrimientos y miserias, le había hecho entrar, y pasar horas, en los peores cuchitriles. Tranquilamente, se sentó delante de una mesa cerca del ancho mostrador de estaño. La sala era grande; una docena de obreros hacían el gasto en pie, mientras que otros, sentados junto á las mesas, bebían, gritaban, jugaban á la bajoraja, entre el humo espeso de las pipas, en el cual,

los mecheros de gas, no eran más que manchas rojas. A la primer mirada, reconoció en una mesa próxima á Ragú y á Bourrón, que hablaban metiéndose la cara por las narices. Habían debido comenzar bebiendo un litro; después habían hecho servir una tortilla, salchichas y queso; de suerte que, botella tras botella, ya estaban muy borrachos. Fijóse Lucas, sobre todo, en Caffiaux, que hablaba en pie, cerca de su mesa. El se había hecho servir un pedazo de carne asada, y comía y escuchaba.

Era Caffiaux un mocetón gordo y sonriente, de cara bonachona.

—¡Cuando os digo que si hubieseis resistido tres días más, hubierais tenido á los patronos atados de pies y manos, á merced de los obreros!... ¡Recristo, ya sabéis que soy de los vuestros! ¡Ah, sí, cuanto antes me echéis á rodar á todos esos maricas de explotadores, mejor!

Ragú y Bourrón, muy excitados, le dieron palmadas en el brazo. Sí, sí, le conocían, bien sabían que era de los buenos, un verdadero amigo. Pero de todas maneras, la huelga es mala de aguantar; ello tiene que acabar por acabarse.

—Los patronos siempre serán los patronos,—balbució Ragú.—Entonces ¿qué? hay que aceptarlos, dándoles lo menos posible por su dinero... Venga otro litro, tío Caffiaux; va usted á beberlo con nosotros.

Caffiaux no dijo que no. Se sentó. Estaba por las ideas violentas, porque había notado que su establecimiento, después de cada huelga ganaba mucho. Nada causaba tanta sed como las disputas. El obrero exasperado, se arrojaba al alcohol; la rabiosa ociosidad habitaba á los trabajadores á la taberna. Además, en tiempo de crisis sabía ser compasivo, daba algo al fiado á las amas de casa, no negaba un vaso de vino á los obreros, seguro de que le pagarían, creándose una reputación de generoso, al empujarlos al abominable consumo del veneno que despachaba. Algunos, sin embargo, decían que Caffiaux, con sus camándulas, era un traidor, un soplón, espía de los patronos del Abismo, con quienes trabajaba en comandita, para saber lo que querían, de los obreros, al es-

venenarlos. Y aquello era la perdición fatal, la miseria del salario, sin placer ni alegría, que necesitaba la taberna, y la taberna que acababa de corromper el salario. Un mal hombre, un mal paraje, una tienda de miseria, que había de arrasar y barrer.

Lucas se distrajo un instante de la conversación cercana, al ver la puerta interior de la abacería abrirse y aparecer una niña de quince años, bonita. Era Honorina, la hija de los Caffiaux, pequeña, morena, fina, de hermosos ojos negros. Nunca estaba en el despacho de vinos; servía en la tienda. Se contentó con llamar á su madre, que estaba detrás del gran mostrador de estaño, gruesa, sonriente y de aire bonachón, como su marido. Todos aquellos comerciantes, tan avarientos, todos aquellos tenderos egoístas y duros, tenían hijos muy guapos. Estos hijos, ¿habían de volverse eternamente codiciosos también, duros y egoístas? De pronto Lucas, tuvo como una visión deliciosa y triste. Entre aquella peste de olores, entre el humo espeso de las pipas, entre el estrépito de una reyerta que acababa de estallar, delante del mostrador, vió á Josina, de tal modo vaga y borrosa, que no la conoció al principio. Debía de haber entrado furtivamente, dejando á Nanet á la puerta. Temblorosa, todavía vacilante, se había puesto detrás de Ragú, que no la veía, vuelto de espalda. Y Lucas pudo examinarla un instante, tan débil, con su pobre vestido, el rostro tan suave, perdido en la sombra, bajo la toquilla en jirones. Pero un detalle que no había notado antes, allá delante del Abismo, le impresionó. La mano derecha se había separado de la falda, y vió que estaba envuelta en una venda, hasta la muñeca. Debía de ser una herida.

Josina al fin se armó de valor. Había tenido que bajar hasta casa de los Caffiaux, mirar á través de las vidrieras, y distinguir á Ragú en su mesa. Y se acercó con paso menudo, cansado y le apoyó su mano de niña sobre el hombro. Pero él, que ardía de borracho, ni la sintió siquiera. Tuvo que sacudirle, hasta que se volvió.

—¡Rayo de Dios! ¿Otra vez tú? ¡Pero, qué se te ha perdido aquí?

había dado tal puñetazo sobre la mesa, que vasos y botellas bailaron.

—Tengo que venir, porque tú no vuelves á casa— respondió ella, medio cerrando sus grandes ojos asustados, ante la brutalidad que presentía.

Pero Ragú ni la oía, rabiando, vociferando, para hacer efecto entre los camaradas.

—Yo hago lo que quiero, y no consiento que una muejr me espíe. ¿Lo oyes? Yo mando en mí. Y aquí me quedará, hasta que se me apitoje.

—Entonces—dijo ella aturdida,—á lo menos, dame la llave, para no pasar la noche en la calle.

—¡La llave, la llave!—aulló Ragú.—¿La llave es lo que pides?

Y con movimiento furioso de salvaje se levantó, la sujetó por la mano herida, y la arrastró por la sala, para arrojarla fuera.

—¡Cuando te digo que esto se ha acabado, que ya nada quiero contigo!... Véte á ver si está en la calle la dichosa llave!

Josina, como loca, dando traspiés, lanzó un grito penetrante de dolor.

—¡Ay! ¡que me has hecho daño!

Con toda aquella violencia, el apósito de la mano había sido arrancado; la blanca tela se enrojeció de pronto, con una gran mancha de sangre. Pero esto no impidió al bruto, ciego, loco por el alcohol, abrir de par en par la puerta, y lanzar á la joven al arroyo; luego cuando se hubo sentado pesadamente ante su vaso otra vez, balbució con torpe risa:

—¡Bueno, bueno! Si se les hiciera caso, estaba uno divertido.

Fuera de sí, colérico á su vez, Lucas, cerró los puños para lanzarse sobre Ragú. Pero vió la camorra, una batalla con todos aquellos animales. Y ahogándose en aquel lugar abominable, se apresuró á pagar; mientras Caffiaux, que había ocupado el sitio de su mujer junto al mostrador, procuraba arreglar las cosas diciendo con aire bonachón, que la verdad era que había mujeres que no sabían tratar á la gente. ¿Qué quiere usted sacar de un hombre, que ha bebido un vaso de más? Sin responder, Lucas se lanzó

fuera, respirando con delicia el aire fresco de la calle mirando á todas partes, rebuscando entre la multitud, pues al salir con tanta prisa, no había tenido más idea que la de encontrar á Josina, socorrerla, no dejarla muriendo de hambre, sin pan, sin asilo, en aquella noche sombría de tempestad. Pero en vano se apresuró á subir de nuevo por la calle de Brias y volver á la plaza de la Alcaldía, corriendo entre los grupos. Josina y Nanet habían desaparecido. Sin duda, con el terror de ser perseguidos, se habían enterrado en cualquier parte, y las tinieblas de agua y viento se los habían tragado.

¡Qué espantosa miseria! ¡Qué sufrimiento execrable en el trabajo echado á perder, corrompido, convertido en el fermento vergonzoso de todas las degeneraciones! Y Lucas, sangrado el corazón, oscurecido el cerebro, con los más negros vaticinios, volvió á pasar por enmedio del tumulto siniestro y amenazador, que iba creciendo en la calle de Brias. Encontraba allí el soplo de terror indistinto, que pasaba sobre las cabezas, que venía de la reciente lucha de clases, lucha jamás concluída, cuya próxima renovación se sentía en el aire. La vuelta al trabajo no era más que una paz embustera; la resignación de los trabajadores tenía un solo gruñido, un único anhelo de desquite, llamaradas próximas á brillar de nuevo. A los dos lados de la calle rebosaban las tabernas, el alcohol devoraba el jornal, exhalaba su veneno hasta el arroyo; mientras que las tiendas de los abastecedores no se desocupaban; sacando de la menguada bolsa de las pobres mujeres de los obreros, la inicua y monstruosa ganancia del comercio. Donde quiera, los trabajadores, los muertos de hambre, eran explotados, devorados, triturados, bajo las ruedas de la máquina social que rechinaba, cuyos dientes eran más duros porque se desvencijaba. Y en el lodo, bajo los mecheros de gas como azorados, Beauclair entero giraba allí, con su patear de rebaño perdido, como si caminara ciego al abismo, próximo á una gran catástrofe.

Entre la multitud, Lucas reconoció á varias personas, que ya había visto, cuando había estado en Beauclair por vez primera, en la primavera última. Allí

estaban las autoridades, sin duda con el temor de sucesos graves. Vió pasar junto al Alcalde, Gourrier y al sub-Prefecto, Chatelard; el primero, rico propietario, alarmado, hubiera querido tropa; pero el otro, un desecho de París, eso sí, de buen trato, más cauto, había tenido la prudencia de contentarse con gendarmes. Pasó también el presidente del Tribunal, Gaume, que llevaba consigo al capitán retirado Jollivet, prometido de su hija. Delante de la casa de Laboque, se detuvieron para saludar á los Mazelle, antiguos comerciantes, á quien sus rentas, ganadas pronto, habían hecho entrar al cabo en la buena sociedad del pueblo. Toda esta gente hablaba bajo, con expresión de inquietud, mirando de soslayo el desfile de los trabajadores, celebrando el sábado. Al pasar junto al grupo, oyó á los Mazelle, que hablaban también de robos, y que por lo visto pedían noticias al magistrado y al capitán. Los chismes corrían de boca en boca. La moneda de cinco francos cogida en el mostrador de Dacheux, la caja de sardinas, robada en el escaparate de Caffiaux; pero sobre todo los tranchetes robados á Laboque, merecían los graves comentarios. El terror esparcido se apoderaba de los prudentes. ¿Quería decirse que los revolucionarios se armaban; que habían proyectado alguna matanza para la alta noche, aquella noche de huracán cuya negrura abrumaba á Beauclair? La desastrosa huelga todo lo había desorganizado; el hambre ponía furiosos á los miserables; el alcohol de las tabernas les inspiraba la demencia devastadora y mortífera. Y por el lodo de la calle inmunda, á lo largo de las fangosas aceras iba toda la ponzoña, toda la degradación del trabajo infame de los más para el goce de unos pocos; el trabajo deshonrado, execrado, maldito, la espantosa miseria que de él resulta, el robo y la prostitución, que son como su flora monstruosa. Pálidas mujerzuelas pasaban, obreras de las fábricas, seducidas por algún novio, que después rodaban hasta el cieno, carne barata del placer, sórdida y dolorosa, que, por cuatro cuartos, miserables borrachos se llevaban á la obscuridad de los charcos de los talleres de cantería próximos.

Crecía en el alma de Lucas la compasión, y la cólera y el dolor le sublevaban. ¿Dónde estaba Josina? ¿En qué rincón de sombra espantosa había ido á caer con el pobre Nanet? De repente, hubo gritos. Sobre el tumulto, pasó como una ráfaga, que hizo remolinos de gente, arrastrando el tropel. Pudo creerse que era el asalto de las tiendas, que se entraba á saco las provisiones expuestas á los dos lados de la calle. Se precipitaron los gendarmes, hubo carreras, estrépito de botas y de sables. ¿Qué sucedía, qué sucedía? Y en el terror aumentado, volaban las preguntas, presurosas, balbucientes, cruzándose con las respuestas del espanto.

Oyó Lucas á los Mazelle, que volvían diciendo:

—Es un niño que ha robado un pan.

Ahora la multitud, violenta y huraña, subía por la calle á escape. El suceso debía de haber ocurrido más arriba, hacia la panadería Mataine; gritaban las mujeres, cayó un viejo que hubo que recoger. Un gendarme, corpulento, corría de tal modo entre los grupos, que derribó á dos personas.

El mismo Lucas había echado á correr, arrastrado por el pánico general. Y pasó cerca del Presidente Gaume, que decía con su voz lenta al capitán Jollivet:

—Es un niño que ha robado un pan.

Entonces Lucas, que llegaba á la panadería Mataine, siguiendo el surco que iba dejando el gendarme entre la multitud, le vió lanzarse descompuesto, para prestar ayuda á un compañero delgado y alto, que sujetaba con fuerza por la muñeca, á un niño de cinco á seis años. Lucas reconoció á Nanet, con su cabeza rubia y enmarañada, que llevaba muy alta, á pesar de todo, con su aire resuelto de hombrecillo. Acababa de robar un pan, en el escaparate de la hermosa señora Mataine. El robo era innegable; pues todavía llevaba la hogaza, casi tan grande como él. Este robo de un niño era lo que acababa de remover, de trastornar toda la calle de Brias. Transeuntes que lo habían visto, habían avisado al gendarme, que había echado á correr. Pero el niño había andado ligero, había desaparecido entre los grupos, y el gendarme empeñado, desencadenando un ruido de tormenta,

hubiera acabado por amotinar á todo Beauclair. Y ahora triunfante, volvía con el culpable al teatro del crimen, para confundirlo.

—Es un niño que ha robado un pan—repetían las voces.

La señora Mataine, pasmada de tal estrépito, había acudido también á la puerta de su tienda. Quedó asombrada, cuando el gendarme, dirigiéndose á ella, dijo:

—Ahí le tiene usted, señora. Este es el tuno que acaba de robarle esta hogaza.

Y sacudiendo á Nanet, quiso aterrarle.

—¿Sabes que vas á ir á la cárcel?... ¿Dí, por qué has robado un pan?

Pero el niño, no se turbaba fácilmente. Con toda claridad, respondió, con su voz aflautada:

—No he comido desde ayer, ni mi hermana tampoco.

En tanto, la señora Mataine se había serenado. Miraba al chiquillo con aquellos ojos, tan llenos de indulgente bondad. ¡Pobre arrapiezo! ¿Y su hermana, dónde le había dejado? Vaciló la panadera un instante, y se puso un poco colorada. Después, con aquella amable sonrisa, de buena moza, cortejada por toda su parroquia, dijo alegre y apacible:

—Se ha equivocado usted, gendarme; este niño no me ha robado un pan. Yo se lo he dado.

Boquiabierto, el gendarme, se plantó delante de ella, sin soltar á Nanet. Diez personas habían visto á éste coger el pan y echar á correr. Y de pronto, el carnicero Dacheux, que había atravesado la calle, intervino, acalorado, furioso:

—Pero si lo he visto yo mismo.... Justamente, estaba mirando. Se arrojó sobre el más grande, y pies para qué os quiero... Tan seguro como me han robado antes de ayer cinco francos, y como han robado hoy todavía, á Laboque y á Caffiaux, este gusarapo, acaba de robarla á usted, señora Mataine.... No diga usted que no.

Muy colorada por el embuste, la panadera, repitió suavemente:

—Se engaña usted, vecino. Soy yo quien le ha dado el pan á este niño. No lo ha robado.

Y como Dacheux se enfureciese contra ella, prediciéndole que, con tamaña indulgencia, acabaría por conseguir que le saqueasen y degollaran á todos. Chatelard el sub-Prefecto, que había juzgado la escena, con su golpe de vista de hombre prudente, se acercó al gendarme, y le hizo soltar á Nanet, al cual gritó con voz de coco:

—Largo de aquí, pronto, galopín.

Ya la multitud gruñía, se enfadaba. ¡Cuando la panadera afirmaba que le había dado ella el pan! ¡Un pobre muñeco, del tamaño de una bota, en ayunas desde la víspera!

Hubo gritos, silbidos; una voz brusca, atronadora, se destacó, dominó el estrépito:

—¡Ah, rayo de Dios! ¿Con que son los pillastres de seis años los que tienen que darnos hoy el ejemplo?... Ha tenido razón ese niño. Cuando hay hambre, se puede coger todo. Sí, todo lo que hay en las tiendas es nuestro, y por cobardes, estalláis de hambre.

El tropel tumultuoso, se revolvió, refluyó, como cuando se arroja una piedra en una charca. Se preguntaba: ¿Quién es, quién es? Y pronto corrió la respuesta: ¡Es el cacharrero, es Lange, es Lange!

Lucas entonces, en medio de los grupos, que se separaban, distinguió al personaje; un hombre pequeño y fornido, de veinticinco años apenas, de cabeza cuadrada, de barba y cabellera negras y enmarañadas. De aspecto rústico, con fuego de inteligencia en los ojos, hablaba con las manos en los bolsillos, con los rudos arranques de un poeta en bruto, vociferando sus visiones.

—Los comestibles, el dinero, las casas, los vestidos, á nosotros nos lo han robado, nosotros tenemos el derecho de recuperarlo todo. Y sin esperar á mañana, esta noche, debiéramos volver á posesionarnos del suelo, de las minas, de las fábricas, de Beauclair entero, si fuéramos hombres! No hay dos medios, no hay más que uno. Echar por tierra el edificio de un golpe; destruir donde quiera la autoridad á hachazos;

para que el pueblo, á quien pertenece todo, pueda re-construirlo por fin.

Algunas mujeres tuvieron miedo. Los mismos hombres, ante la vehemencia agresiva de estas palabras, se callaban ahora, retrocedían, temiendo las consecuencias. Pocos comprendían. Los más no sabían de esta rebeldía exasperada bajo el peso abrumador y secular del salario. ¿A qué venía todo aquello? De todos modos se reventaría de hambre y además se iría á la cárcel.

—Ya lo sé; no os atrevéis—continuó Lange, en tono de terrible burla grosera.—Pero no faltará quién se atreva algún día... A vuestro Beauclair, se lo hará saltar, si no se viene él abajo de puro podrido. No tenéis narices si no oléis esta noche que todo está perdido, y que esto apesta á carroña. Todo esto es un estercolero. No hay que ser gran profeta para anunciar que el viento que sopla se llevará el pueblo y á todos los ladrones, á todos los asesinos, vuestros señores amos... ¡Que todo se hunda, que todo estalle; muera, muera!

Tal iba siendo el escándalo, que Chatelard, el sub-Prefecto, aunque partidario de la indiferencia, se vió forzado á castigar. Había que prender á alguno; tres gendarmes se arrojaron sobre Lange, y se lo llevaron por una travesía, oscura y desierta, por donde se perdió el ruido de sus botas. En la multitud, por lo demás sólo había habido opuestos movimientos, indistintos, pronto calmados. El tropel se dispersó, y volvió el pisotear lento y silencioso sobre el negro lodo; de un extremo á otro de la calle.

Pero Lucas, se había estremecido. La amenaza profética estallaba como la terrible consecuencia de lo que veía, de lo que oía, desde el anochecer. Tanta iniquidad, tanta miseria, llamaban la catástrofe final, que él también había sentido llegar del fondo del horizonte, como una nube de venganza, que quemaría, que arrasaría á Beauclair. Y sufría por su horror á la violencia. ¡Qué! ¿El alfarero tendría razón? ¿Harían falta la fuerza, el robo, el asesinato, para volver á la justicia? Trastornado, había creído ver en medio de los duros y sombríos rostros de los tra-

hajadores, pasar los rostros pálidos de Gourier el Alcalde, del Magistrado Gaume, del capitán Jollivet. Y luego, los Mazeille, sudando de miedo, volvían á pasar delante de él, á la luz temblona del gas. Le dió horror la calle, y ya no tuvo más que una idea de compasión y de consuelo, alcanzar á Nanet, seguirle, saber en qué rincón tenebroso se había escondido Josina. Nanet, andaba, andaba, con todo el valor de sus piernecitas. Y Lucas, que le había visto escapar por lo alto de la calle de Brías, hacia el Abismo, le alcanzó bien pronto, porque al niño le costaba trabajo correr con el pan. Lo apretaba contra el pecho, con los dos brazos, temiendo perderlo, y también, sin duda, que un malvado ó que un perrazo se lo arrancasen. Cuando oyó detrás de sí el paso acelerado de Lucas, debió de sentir un miedo espantoso, y quiso correr. Pero al volverse, reconociendo, á la luz de una de las últimas tiendas, al señor que les había sonreído á él y á su hermana, se tranquilizó y se dejó alcanzar.

—¿Quieres que te lleve yo el pan?—le preguntó el joven.

—¡Ca, no; lo llevo yo! Me da gusto.

Ya estaba fuera de Beauclair, en la carretera, en la obscuridad, bajo un cielo de nubes rastreras y tumultuosas. Sólo, á cierta distancia, empezaban á verse las luces del Abismo. Y se oía el menudo chapotear del niño en el lodo; mientras que con abrazos ya más flojos levantaba el pan cuanto podía, para no mancharlo.

—¿Sabes á dónde vas?

—Pues claro.

—¿Y es lejos?

—No; es á un sitio.

Un vago temor debía de volver á inquietar á Nanet. Acortó el paso. ¿Por qué quería aquel señor saber á dónde iba? El hombrecillo, que se sentía único protector de su hermana mayor, recurría al disimulo. Pero Lucas, comprendiéndole, y queriendo probarle que era amigo, tomó la cosa á juego, y le levantó en peso de repente, en el momento en que el niño iba á dar la voltereta en un charco.



—¡Aupa! señor mío. No hay que untar con dulce el pan!

Conquistado, sintiendo el calor cariñoso de aquellos brazos de hermano grande, Nanet soltó la carcajada, confiado como niño, tuteando de repente al nuevo amigo.

—¡Caramba qué fuerza tienes! ¡Y qué bueno eres!

Y siguió trotando, ya tranquilo. Pero ¿dónde se había enterrado Josina? El camino se alargaba. Y Lucas creía reconocer á la joven, esperando en la sombra inmóvil de cada tronco de árbol. Se acercaban al Abismo. Los golpes del martillo-pilón ya sacudían el suelo. Y todo el contorno se iluminaba por la nube ardiente de los vapores que atravesaban grandes rayos eléctricos. Nanet, sin pasar la fábrica, dió vuelta, tomó por el puente y atravesó el Mionna. Lucas se vió, de este modo, conducido otra vez al mismo sitio en que había encontrado por la tarde. De repente, el niño corrió á escape; le perdió de vista, pero le oyó que decía riendo alegre:

—¡Toma, hermana, toma! Mira, mira esto; esto es que vale!

Al extremo del puente, la orilla descendía, y allí había un banco, á la sombra de una empalizada, enfrente del Abismo, que humeaba y soplabá á la otra orilla del río. Lucas había tropezado con la empalizada, cuando oyó las carcajadas del chiquillo convertirse en gritos y en llanto. Se orientó al fin, y comprendió lo que pasaba, viendo á Josina tendida sobre el banco, exánime. Allí había ido á caer, de hambre y de dolor, dejando marchar á su hermano, sin darse cuenta clara de lo que tramaba su valentía de hijo del arroyo. Encontrábala el niño, fría, como muerta, y sollozaba desesperado.

—¡Despierta, hermana, despierta, que hay que comer; come, ya lo hay. ¡Es pan!

También Lucas tenía lágrimas en los ojos. ¡Cuánta miseria! ¡Qué atroz destino de privaciones y de dolores, para seres tan débiles, tan valerosos, tan encantadores! Bajó rápidamente hasta el Mionna, empapó en el agua el pañuelo y volvió, á humedecer las sienes de Josina. La noche, trágica, por dicha, no era

fría. Cogió las manos de la joven, las frotó, las reanimó entre las suyas; espiró ella por fin, y pareció despertar de un negro ensueño. Pero en el abatimiento de su larga inanición, nada extrañó; le pareció muy natural que su hermano estuviera allí, con aquel pan y acompañado de aquel caballero alto y guapo, á quien reconocía.

Tal vez pensó que era aquel señor quien había traído el pan. Sus pobres dedos, debilitados, no podían romper la corteza. Tuvo él que ayudarla; iba rompiendo el pan con cantos menudos, y se los daba uno á uno, lentamente, para que no se atragantase, en su furia por calmar el hambre atroz, que la sofocaba. Entonces, tembló todo su cuerpo, tan delicado; y lloró, lloró sin fin, siempre comiendo, empapando cada bocado de pan con lágrimas, con una voracidad, con una torpeza temblorosa de animal apaleado, que no acierta ni á tragar, y se da prisa. Suavemente, con el alma deshecha, como aturdido, Lucas le detenía las manos, y seguía dándole los pedazos de pan, uno á uno. Ya jamás había de olvidar esta comunión de dolor y bondad, este pan de vida, que daba á la más miserable y á la más encantadora de las criaturas.

En tanto Nanet, se llamaba á la parte, tragaba como niño glotón, orgulloso de su hazaña.

Extrañaba las lágrimas de su hermana. ¿Por qué lloraba si la estaban dando un banquete? Después que acabó de comer, con el sopor del hartazgo, se acurrucó contra la joven, y se quedó como abrumado por un brusco sueño, el sueño feliz de todos los pequeños, que sonríen á los ángeles.

Josina con el brazo derecho, le oprimía contra sí, algo repuesta, arrimada al banco, mientras Lucas, seguía sentado á su lado, no pudiendo resolverse a dejarla sola, en medio de la noche, con aquel niño dormido. Había llegado á comprender que si ella mostraba tan poca destreza, era también por causa de la mano herida, alrededor de la cual había atado, como había podido la venda manchada de sangre. Habló Lucas:

—¿Es decir, que se ha hecho usted daño?

—Sí, señor. Una máquina de picar las botinas me

ha roto un dedo. Ha habido que cortarlo. Pero fué por mi culpa, según dijo el contramaestre, y el señor Gourier ha hecho que se me dieran cincuenta francos.

Hablaba en voz algo baja, muy suave, que á ratos temblaba con una especie de vergüenza.

—Según eso, trabaja usted en la zapatería del señor Gourier, el Alcalde.

—Sí, señor. Entré á los quince años; y ahora tengo diez y ocho... Mi madre trabajó allí veinte años, pero ha muerto. Estoy sola. No tengo más que á mi hermanito Nanet, que tiene seis años. Yo me llamo Josina.

Y siguió contando su historia; Lucas sólo con hacer algunas preguntas, lo supo todo. Era la historia vulgar y conmovedora de tantas pobres muchachas: un padre que se va, que desaparece con otra mujer; una madre que queda con cuatro hijos entre los brazos, que no consigue sustentarlos, ni con tener la suerte de perder dos; y en esto la madre muere, por el trabajo demasiado rudo. La niña se convierte en mamá pequeña del hermano, á los diez y seis años; á su vez se mata trabajando, sin conseguir siempre ganar pan para los dos. Luego, viene el drama inevitable de la obrera bonita; el seductor que pasa, aquel Ragú buen mozo, verdugo de corazones, de cuyo brazo se paseó ella los domingos después del baile; y esta es su culpa. ¡Prometía cosas tan buenas! ya se veía casada, en su linda casita, criando á su hermano con los hijos que fuera teniendo. Su culpa había sido esa, entregarse, una noche de primavera, en un bosque, detrás de la Guerdache. No sabía bien siquiera hasta qué punto había consentido. Hacía seis meses, había cometido la segunda falta, la de irse á vivir con Ragú, que no volvió á hablarle de matrimonio. Después vino el accidente de la fábrica, y el dedo roto; no pudo continuar trabajando, precisamente en el momento en que la huelga ponía á Ragú tan furioso. Era tan malo, que había empezado á pegarla, acusándola de su miseria. Y todo había empeorando. Y ahora la arrojaba á la calle; ni siquiera quería darle la llave, para ir á acostarse con Nanet. Sentía Lucas la obsesión de un pensamiento,

—Si tuvieran ustedes un hijo, eso le ataría tal vez; se decidiría á casarse.

Con gesto temeroso exclamó ella:

—¡Un niño con él! ¡Oh Dios mío! ¡Esa sería la mayor desgracia!... Ya lo repite él. No quiere cargar con chiquillos. No, no haya miedo... Su idea es, que cuando uno se junta así con una, no es más que por gusto de los dos; y luego, en cansándose, hasta la vista, cada cual por su lado.

Volvió el silencio, no hablaron más. La certeza de que no era madre, ni lo sería con aquel hombre, había causado á Lucas, en su compasión dolorosa, una singular dulzura, una especie de consuelo que no se explicaba. Sentimientos confusos despertaban en él; mientras dejando vagar la mirada por la obscura lejanía, volvía á encontrar aquella garganta de Brias, vislumbrada en el crepúsculo, ahora perdida en la sombra. A los dos lados, los Montes Bleuses, levantaban sus vertientes de roca, en tinieblas más espesas. A su espalda, á intervalos, á media ladera, oía pasar el zumbido de un tren que silbaba y acortaba la marcha al entrar en la estación; y á sus pies distinguía el Mionna glauco, que bullía espumoso al dar con la estacada de madera, cuyos postes sostenían el puente. A la izquierda, la brusca abertura de la garganta, los dos promontorios de los Montes Bleuses, separándose en la inmensa llanura de la Rumaña, donde la noche tempestuosa se extendía en un mar negro y sin fin, más allá del vago islote de Beauclair, alumbrado, como estrellado, por pequeñas luces, como chispas. Pero sus ojos volvían siempre á su frente, al Abismo, aparición de aspecto medroso, bajo los humos blancos que las lámparas eléctricas de los patios incendiaban. Por los grandes huecos abiertos, se distinguía, de vez en cuando, ardientes fauces de horno, chorros deslumbradores de metal en fusión, vastos incendios rojos: todas las llamas del infierno interior, que era la obra devoradora y tumultuosa del monstruo. El suelo tiembla en torno, el baile acompañado de los martinetes no cesaba, acompañado del sordo roncar de las máquinas, y de los golpes profundos de los grandes martillos, que parecían un cañoneo lejano.

Lucas, llenos los ojos de esta visión, el alma doliente, por el destino de aquella Josina, tan abandonada, tan miserable, sobre aquel banco al lado suyo, se decía que en esta desgraciada repercutía todo el desastre del trabajo mal organizado, deshonrado, maldito. Toda aquella triste velada suya venía á parar á tal sufrimiento, al sacrificio humano de la triste niña; los desastres de la huelga, los corazones y los cerebros y venenados por el odio, las egoístas durezas del negocio, el alcohol convertido en el olvido necesario, el robo legitimado por el hambre, toda la vieja sociedad, crujiendo bajo el cúmulo de sus iniquidades. Y todavía creía oír la voz de Lange, profetizando la catástrofe final, que arrastraría á Beauclair, corrompido y corruptor. Y volvía á ver, sobre todo, las pálidas mujercuelas, errantes, de la calle, la carne barata del placer, de los pueblos industriales, la última síma de la prostitución, donde el cáncer del salario arroja á las obreras hermosas de las fábricas. ¿No era allí donde Josina iba á dar? Seducida, abandonada en medio del arroyo, luego recogida por los borrachos, la pendiente iba rápida hasta el lodo. Veía en ella un espíritu sumiso, alma amorosa, una de esas ternuras adorables, que son, á la vez, valor y recompensa de los fuertes. El pensamiento de abandonarla sobre aquel banco, de no librarla del siniestro destino, de tal modo le pareció repulsivo, que ya no hubiera podido vivir sin tenderle una mano fraternal de socorro.

—Ello es, que no puede usted dormir aquí con este niño. Es necesario que ese hombre la recoja. Después ya se verá... ¿Dónde vive usted?

—Cerca de aquí, en el Beauclair viejo, calle de las Tres Lunas.

Explicó lo que había. Ragú habitaba un cuarto reducido de tres piezas, en la misma casa que una hermana suya, á quien todos llamaban la Pelos, sin que se supiera por qué. Sospechaba ella que si realmente Ragú no tenía consigo la llave, debía de habérsela dejado á la Pelos, que era una mujer terrible, muy mala para las pobres muchachas. Al hablar Lucas de

ir tranquilamente á pedir la llave á tal furia, Josina tembló.

—¡Ah no, á ella no! Me aborrece..... Si estuviera una segura de dar con su marido, que es un hombre excelente... Pero sé que esta noche trabaja en el Abismo... Es un maestro pudelador, que se llama Bonneaire.

—Bonneaire—repitió Lucas, herido por un recuerdo. —A ese le he visto la última primavera, cuando mi visita al Abismo. Y hasta hablé mucho con él. Me explicó el trabajo. Es un mozo inteligente, y que en efecto me pareció muy buena persona... Es muy sencillo; voy ahora mismo á hablar con él, de este asunto.

Josina dejó oír un grito de ardiente gratitud. Toda temblaba, sus pobres manos se juntaron, en un arranque de todo su sér.

—¡Ah, señor, qué bueno es usted! ¡Qué agradecida le estoy!

Un sombrío resplandor rojizo venía del Abismo, y Lucas pudo ver á la joven ahora, libre la cabeza, la toquilla en jirones caída sobre los hombros. No lloraba ya. Los azules ojos brillaban enternecidos, la boca pequeña volvía á tener sonrisas de juventud. Delgada, flexible, muy graciosa, conservaba una expresión infantil, juguetona todavía, sencilla, alegre. Los largos cabellos rubios, como avena madura, destrenzados sobre la nuca, la mostraban como una niña, que conservaba el candor de su abandono. Lucas, penetrado por un encanto infinito, se sentía poco á poco prendado por entero, con emoción y asombro, ante la deliciosa mujer, que se destacaba de aquella misera pobreza con que se había encontrado; asustada, mal vestida, llorosa. Y la miraba con adoración. ¡Y ella se entregaba ingenuamente con toda el alma de pobre sér al fin socorrido, amado! Tan guapo, tan bueno, se le aparecía como un Dios, después de las brutalidades de Ragú. Hubiera besado la huella de sus pasos; y seguía ante él con las manos en cruz, la izquierda oprimiendo la derecha, la mutilada, la del trapo manchado de sangre. Y algo muy dulce y muy fuerte los enlazaba en lazo de infinita ternura, de amor infinito.

—Nanet le llevará á usted á la fábrica, señor. Conoce todos los rincones.

—No, no, ya sé el camino. No hay que despertarlo; le da á usted calor. Espérense los dos tranquilos.

La dejó sobre el banco, con el niño dormido, en la negra noche. Y al separarse, una gran claridad iluminó el promontorio de los Montes Bleus, á la derecha, por encima del parque de la Crecherie, donde estaba la casa de Jordán. Se distinguió el perfil obscuro del horno alto, al costado de la montaña. Era una sangría; todas las rocas cercanas, y hasta los tejados de Beauclair, aparecieron iluminados, como por la grana de una aurora.

## II

Bonnaire, el maestro pudelador, uno de los mejores obreros de la fábrica, había representado importante papel en la última huelga. Leía los periódicos de París; de espíritu recto, á quien sublevaban las iniquidades del salario, bebía, en tal lectura, una instrucción revolucionaria, con muchas lagunas, pero que había hecho de él un partidario bastante puro de la doctrina colectivista. Cierto que, como él decía con gran prudencia, con el hermoso equilibrio del hombre laborioso y sano, aquellos eran los sueños que había de esforzarse por alcanzar un día; y en tanto, se trataba de obtener toda la justicia realizable inmediatamente, para que los compañeros sufriesen lo menos posible. La huelga, de tiempo atrás, se había hecho inevitable. Tres años antes, habiendo peligrado el Abismo, en manos de Miguel Qurignon, el hijo del señor Jerónimo, su yerno Boisgelin, un desocupado, un señorito, guapetón, de París, que se había casado con su hija Susana, había tenido la idea de salvar la fábrica, de gastar en ella los restos de su fortuna, muy comprometida, por consejo de un su primo po-

bre, Delaveau; el cual se había obligado formalmente á sacar el treinta por ciento al capital comprometido. Y hacía tres años que Delaveau, ingeniero diestro, trabajador incansable, venía cumpliendo su promesa, gracias á una organización y á una dirección enérgicas, cuidando de los menores detalles, exigiendo de todos una disciplina absoluta. Una de las causas de los malos negocios de Miguel Qurignon, era un desastre que se había producido en el mercado metalúrgico de la comarca, desde que la fabricación de rieles y de grandes armaduras de hierro había dejado de ser productiva á causa del invento de un procedimiento químico, que en el Norte, y en el Este, permitía utilizar á bajo precio vastos yacimientos de mineral, hasta entonces muy defectuosos. Las fábricas de acero de Beauclair ya no podían competir en baratura, y la ruina era evidente. El rasgo de genio de Delaveau consistió entonces en comprender que debía cambiar la fabricación, abandonar los rieles y las armaduras, que el Norte y el Este daban á veinte céntimos el kilo; atenerse á los objetos finos y cuidados, á las granadas y cañones, por ejemplo, que se venden de dos á tres francos. La prosperidad había vuelto; el dinero metido por Boisgelin en el negocio le producía una renta considerable. Pero se había necesitado nueva maquinaria, obreros mejores, más atentos á su tarea, y por consiguiente mejor pagados. Al principio, la huelga no había tenido más causa que esta alza de los salarios. Los obreros eran pagados á cien kilogramos, y Delaveau mismo admitía la necesidad de nuevas tarifas. Pero quería seguir siendo el dueño absoluto de la situación, sobre todo no parecer que obedecía á las órdenes de sus obreros. Inteligencia entregada á una especialidad, muy autoritaria, muy tenaz en sus derechos, aun procurando ser leal y justo, consideraba el colectivismo, particularmente, un sueño destructor; y declaraba que tales utopías conducirían en línea recta á espantosas catástrofes. Y la querrela, entre él y aquel mundo reducido, de trabajadores, que era su reino, se había agravado el día en que Bonnaire había logrado casi poner en pie un sindicato de defensa; pues si Delaveau admitía las

cajas de socorro y de retiro, y aun las cooperativas de consumo, reconociendo que no estaba prohibido al obrero mejorar su suerte, protestaba con violencia contra los sindicatos, las agrupaciones de intereses, armados para la acción colectiva. Por aquí comenzó la lucha; no se mostró propicio á terminar la revisión de las tarifas; creyó que debía armarse él también, declarar en cierto modo el Abismo en estado de sitio. Desde que apretaba las clavijas, los obreros se quejaban de no tener ya libertad individual. Se les vigilaba con rigor en actos y pensamientos, hasta fuera de la fábrica. Los que se hacían humildes y aduladores, tal vez espías, eran tratados por la administración muy suavemente, y los que mostraban tesón, los independientes, como hombres peligrosos. Como el jefe, conservador, defensor instintivo de lo existente, quería, á las claras, no tener más que hombres suyos; todos los subordinados, los ingenieros, los contra-maestros, los vigilantes, extremaban el rigor, y eran de severidad implacable, en punto á obediencia, y á lo que llamaban buena voluntad.

Bonnaire, herido en su anhelo de libertad y de justicia, se encontró naturalmente á la cabeza de los descontentos. El fué quien se presentó con algunos compañeros en casa de Delaveau, para hacerle saber lo que querían. Le habló muy claramente, y le exasperó, sin obtener el aumento de salarios que se pedía. Delaveau no creía posible en su fábrica la huelga general, pues los obreros metalúrgicos tardan en enfadarse; no había habido huelga en el Abismo hacía años, mientras estallaban, sin cesar, entre los mineros, en las minas de hulla de Briás. Y cuando esta huelga general se produjo, á pesar de sus previsiones; cuando una mañana, doscientos hombres apenas, de los mil que eran, se presentaron, y tuvo que cerrar la fábrica, tal cólera contenida sintió, que desde entonces se cerró á la banda, intransigente. Empezó por poner en la calle al sindicato y á Bonnaire, cuando se atrevió á venir á verle algunos delegados. El era el amo en su casa, y sus cuestiones con sus obreros no tenía que resolverlas más que con ellos mismos. Bonnaire tuvo que volver á verle, acompañado únicamente de

tres compañeros. Pero no sacaron de él más que razonamientos, cálculos, cuya conclusión era que comprometería la prosperidad del Abismo si aumentaba los salarios. Se le había confiado un capital, se le había puesto á dirigir la fábrica, y su estricto deber consistía en que la fábrica prosperase, y el capital diera el rédito ofrecido. Ciertamente, deseaba ser humano, pero se tenía por perfectamente honrado cumpliendo sus compromisos y sacando de la empresa que dirigía la mayor riqueza posible. Lo demás eran sueños, loca esperanza, porvenir utópico y peligroso. Y así, tercetos todos, después de varias entrevistas por el estilo, la huelga pudo durar dos meses, desastrosa para el salario como para el capital, agravando la miseria de los trabajadores, mientras la maquinaria, quieta, se estropeaba.

Después se había llegado á ciertas concesiones mutuas, entendiéndose respecto á las nuevas tarifas. Pero, todavía durante una semana, Delaveau se había negado á que volvieran algunos obreros, los que tenía por cabezas de motín, entre los cuales estaba Bonnaire. Guardaba rencor á éste, aunque reconocía que era uno de sus obreros más diestros y sobrios. Por último, cuando cedió, cuando lo dejó volver con los demás, declaró que lo admitía á la fuerza, contra su gusto, porque hubiera paz.

Aquel día, Bonnaire se sintió condenado; por lo pronto no quiso el olvido, ofrecido así; se negó á volver con los compañeros. Pero éstos, que le querían mucho, declararon que sin él no volverían, y él fingió resignarse, muy noblemente, para no ser causa de nueva ruptura. Los camaradas bastante habían sufrido; su resolución estaba tomada, quería sacrificarse solo, sin que otro alguno sufriera la pena de la semivictoria ganada; por eso había vuelto el jueves, prometiéndose marcharse el domingo, convencido de que su presencia en el Abismo ya era imposible. Nada había dicho á nadie, sólo había advertido á la administración, el sábado por la mañana, que de tarde se iría; y si todavía estaba en el Abismo aquella noche, era porque quería terminar un trabajo comenzado. Quería desaparecer discretamente y á lo honrado.

Lucas no hizo más que dar su nombre al portero, preguntando si podía hablar en seguida con el maestro pudelador Bonnaire; y el portero, con un ademán, le indicó el taller de los hornos de pudelar y de los laminadores, en el fondo del segundo patio, á la izquierda. Estos patios, anegados por las últimas lluvias, eran una verdadera cloaca, con el piso de piedra, levantado, y la confusión de railes entre los que pasaba una vía de empalme, desde la fábrica á la estación de Beauclair. Bajo la claridad, como de luna, de algunas lámparas eléctricas, á través de las sombras que proyectaban los cobertizos, la torre de templar los cañones, los hornos de cementar, confusos, parecidos á las construcciones de algún culto bárbaro, una locomotora pequeña maniobraba despacio, con silbidos agudos, para no aplastar á nadie. Pero ya en el umbral, eran los martinets, sobre todo, los que ensordecían á los visitantes, los dos martinets instalados en una especie de bodega, y de los cuales se veía las cabezas enormes, de bestia voraz, que batían en hierro, con un ritmo furioso, lo mordían, lo estiraban en barra, con el encarnizamiento de sus dientes de metal. Los obreros que había allí vivían tranquilos, silenciosos, sin hablar más que por señas, en aquel estrépito y sacudimiento continuos. Lucas, después de atravesar un edificio bajo, donde otros martinets hacían gran ruido, muy cerca á la izquierda, atravesó el segundo patio, cuyo piso destrozado estaba obstruido por piezas de desecho, que dormían en el lodo, esperando volver á la fundición. Algunos hombres cargaban sobre un vagón una gran pieza, de forja, un árbol de torpedero, terminado aquel mismo día, y que la pequeña locomotora iba á llevarse. Llegaba ésta silbando, y Lucas tuvo que apartarse. Siguió por una calle, entre montones simétricos de barras de fundición, la primera materia, y llegó al fin al taller de los hornos de pudelar y de los laminadores.

Este taller, uno de los mayores, retumbaba todo el día, con el terrible fragor de los laminadores en marcha. Pero á aquellas horas los laminadores dormían; más de la mitad del inmenso cobertizo, estaba sumida en una obscuridad profunda. De los diez hor-

nos de pudelar, sólo cuatro ardían, servidos por dos martillos zingladores. Aquí y allí, una débil llama de gas oscilaba al viento, grandes sombras inundaban el espacio, y á penas se distinguía, en lo alto, las gruesas armaduras ahumadas que sostenían la techumbre. Rumores de agua salían de la obscuridad; la tierra pisoteada que era el suelo, agrietada, con jorobas, soltaba aquí la humedad en barro fétido, y no era, muy cerca, ya más que polvo de carbón, un montón de déritos. Por todas partes, la grasa del trabajo, descuidado, sin gusto, el trabajo execrado y maldito, en el antro apestado de humo, manchado con la suciedad que llenaba el ambiente; negro, destrozado, inmundo. En una especie de barracas, de tablas groseras, pendía de clavos la ropa de calle de los obreros, mezclada con mandiles de tela y de piel. Y toda esta miseria sombría, no se doraba con una llamarada, más que cuando un maestro pudelador abría la puerta de su horno, de donde entonces salía un chorro de claridad deslumbradora, que atravesaba las tinieblas de todo el recinto, como los rayos de un astro.

Cuando Lucas se presentó, Bonnaire acababa de revolver, por última vez, el metal en fusión, los doscientos kilos que el horno y el trabajo iban á convertir en acero. La operación entera exigía cuatro horas; la faena dura estaba en este bracco, después de las primeras horas de espera. Sujetando con las manos un espetón de cincuenta libras, el maestro pudelador, bajo la acción de la punzante reverberación, braccaba durante veinte minutos la materia incandescente, sobre la plaza del horno. Con la berlinga rastillaba el fondo, amasaba la enorme bola que parecía un sol, al que nadie más que él podía mirar, con sus ojos endurecidos por la llama; y sabía cómo iba el trabajo, según el color. La berlinga, al retirarla, estaba roja, con flores de chispas. Ordenó por señas al fogonero que activase el fuego, mientras que el otro obrero, el compañero pudelador, cogía una berlinga, para hacer á su vez el berlingado, según el término en uso.

—¿Es usted el señor Bonnaire?—preguntó Lucas, que se había acercado.

Sorprendido, respondió el obrero que sí, con la es-

beza. Vestida con la camisa, y un simple mandil, parecía soberbio, el cuello blanco, sonrosado el rostro, en el esfuerzo vencedor, envuelto en la luz de aquel sol de fragua. De treinta y cinco años apenas, era un coloso rublo, el pelo cortado al rape, ancho el rostro, macizo y plácido; de su boca grande, de firme dibujo, de sus grandes ojos tranquilos, emanaban la rectitud y la bondad.

—No sé si usted se acordará de mí—continuó Lucas.—El verano último, le he visto á usted aquí, y hemos hablado.

—Justamente—respondió por fin, el maestro pudelador.—Es usted un amigo del señor Jordán.

Después que el joven, con algún trabajo, le explicó el motivo de su visita, lo que había visto, cómo la miserable Josina quedaba en la calle, y la buena acción que sólo él podía hacer sin duda, el obrero volvió á callar, mostrando también cierta vacilación, inquieto. Los dos callaban; y hubo una dilación, que prolongó el bailoteo del martillo cinglador, que estaba allí, para los dos hornos apareados. Luego, cuando pudo hacerse oír, el maestro pudelador dijo sencillamente:

—Está bien, haré lo que pueda... En cuanto acabe, cosa de tres cuartos de hora, iré con usted.

Lucas, aunque ya eran cerca de las once, resolvió esperar; y puso la atención, primero, en una cizalla mecánica, que en un rincón sombrío cortaba el acero en barra, que salía de los hornos de pudelar, con una facilidad tranquila, como si cortase manteca. A cada tijeretada caía un pedacito, y pronto se formaba un montón, que una carretilla llevaba á los compartimientos del cargadero, donde se componía cada carga, de treinta kilogramos, en un cajón, para llevarla en seguida al taller de los hornos de crisol. Y para matar el tiempo, Lucas, atraído por la gran claridad rosada, que venía de aquel taller que estaba próximo, se dirigió á él. Era una sala, grande y alta, también de mal aspecto, sucia, estropeada, negra, en la que á nivel del suelo desigual, obstruido de desechos, se abrían seis baterías de hornos, divididos en tres compartimientos cada uno. Esta especie de fosas ardien-

tes, estrechas y largas, cuyos macizos de ladrillo ocupaban todo el subsuelo, se calentaban, por una mezcla de aire y de gas inflamado, que el maestro fundidor vigilaba por sí mismo, por medio de una compuerta. Había, rayando la tierra pisoteada de la sala tenebrosa, seis bendiduras abiertas, sobre el infierno interior, sobre el volcán en continua actividad, cuya hoguera subterránea bramaba. Coberteras, en forma de losas largas, de ladrillos, encerrados en armaduras de hierro, estaban colocadas á través de los hornos; pero estas tapas no se tocaban; una intensa luz rosada salía de los intersticios, y cada resplandor de aquellos parecía el orto de un astro. Y estos rayos prolongados de luz que brotaban, subían en haces hasta los vidrios polvorientos de la techumbre. Y cuando un obrero, por necesidad de servicio quitaba una de las tapas, parecía que el astro surgía entero, y todo el taller se iluminaba con claridad de aurora.

Pudo Lucas seguir la operación. Varios obreros cargaban un horno; les vió bajar los crisoles de tierra refractaria, previamente enrojecidos, y verter en ellos, por medio de un embudo, la mezcla de los cajones; un cajón de treinta kilos por cada crisol. En tres ó cuatro horas, la fusión iba á hacerse. Luego, se quitarían los crisoles, y se vaciarían. El arranque, el vaciado, la faena mortífera. Al acercarse á otro horno, donde los ayudantes armados de largas barras, acababan de comprobar que la fusión estaba hecha, reconoció Lucas á Fauchard en el arrancador encargado de retirar los crisoles; pálido, enjuto, la cara flaca y cocida. Fauchard conservaba piernas y brazos de Hércules. Deformado físicamente, por la terrible faena, siempre igual, que desempeñaba catorce años hacía ya, todavía había padecido más en su inteligencia, con aquel papel de máquina, de movimientos eternamente semejantes, sin pensamiento, sin acción individual, convertido él mismo, en un elemento de lucha con el fuego. No bastaban estas lacerias físicas, los hombros subidos, los miembros hipertrofiados, quemados los ojos, debilitados por la llama; tenía además la conciencia de su ruina intelectual; pues cogido á los diez y seis años por el monstruo, después

de la instrucción rudimentaria, bruscamente detenida; se acordaba de haber sido inteligente, de haber tenido un pensamiento, que ahora vacilaba y se extinguía, bajo la rueda implacable á que daba vueltas, como bestia ciega, bajo el peso abrumador del oficio que envenenaba y destruía. Y ya no tenía más que una necesidad, una alegría: beber sus cuatro litros, por día ó por noche de trabajo; beber para que el horno no quemase, como una corteza seca su piel calcinada, beber para no caer hecho ceniza, y para tener una felicidad última, y acabar su vida en la dichosa imbecilidad de una embriaguez continua.

Bien creyó Fauchard aquella noche tener que dejar al fuego cocerle un poco más de sangre; pero á las ocho, tuvo la grata sorpresa de ver á su mujer Natalia traerle los cuatro litros, tomados al fiado en casa de Caffiaux, y con los que ya él no contaba. Se disculpó la buena mujer, de no haberle podido traer ni una hebra de carne, porque Dacheux no se había apiadado. Siempre quejumbrosa y desanimada, ya le inquietaba el pensar lo que comerían al día siguiente. Pero el marido, muy contento porque tenía vino, la despidió prometiéndole pedir en la administración, como los compañeros, un anticipo. Y le había bastado una corteza de pan; bebía, y ya estaba aplomado. Al llegar el momento del arranque, volvió á beber un trago, medio litro; empapó en agua, en el pilón común, el gran mandil de tela, en que estaba envuelto, y en seguida, calzado de grandes zuecos, cubiertas las manos con guantes mojados, armadas de la larga tenaza de hierro, por encima del horno, de una zancada, apoyó el pie derecho sobre la tapa que acababan de separar, pecho y vientre recibiendo el empuje formidable del calor que subía del volcán entreabierto. Apareció un momento rojo todo él, como ardiendo, en plena hoguera, como una tea. Los zuecos humeaban, humeaban los guantes y el mantil, toda su carne parecía derretirse. Pero él, sin prisa, con ojos habituados á la llama, buscaba el crisol en el fondo del foso ardiente, se inclinaba un poco, para cogerlo, con la larga tenaza; y con una brusca sacudida de riñones, irguiéndose, en tres movimientos rápidos y ligeros, deslizando una mano

á lo largo de la barra, después la otra que se juntó á ella, arrancó el crisol y sacó el brazo, con movimiento en que no se vió esfuerzo, aquel peso de cincuenta kilogramos, contando con crisol y tenazas; y dejólo en tierra como un pedazo de sol, de una blancura deslumbradora, que al punto fué color de rosa. Y vuelta á empezar. Uno á uno sacó todos los crisoles, entre el incendio, cada vez más fuerte de aquellas masas de fuego, aun con más destreza que fuerza, yendo y viniendo entre las brasas incandescentes, sin quemarse nunca, sin parecer sentir siquiera la radiación intolerable.

Se iba á fundir granadas pequeñas, de sesenta kilos. Las rieleras de forma de botella, estaban colocadas en dos filas. Después que los ayudantes limpiaron de escorias los crisoles, con una barra de hierro, que salía humeante, con babas de púrpura, el maestro fundidor cogió con presteza los crisoles, con sus grandes tenazas redondas, y vació dos en cada lingotera. El metal corría, en un chorro de lava blanca, sonrosada, despidiendo chispas azules, delicadas como flores; se diría que trasegaba claros licores, salpicados de oro. Todo se hacía sin ruido, con movimientos precisos y rápidos, de una gracia sencilla, entre la viva claridad y el calor del fuego, que convertía todo el recinto en voraz hoguera.

Lucas, por falta de costumbre, se sofocaba; no pudo permanecer allí más tiempo. A cuatro ó cinco metros del horno, se le abrasaba el rostro; un sudor de fuego le empapaba el cuerpo. Las granadas le habían interesado; las miraba enfriarse, preguntándose dónde estarían los hombres á quienes un día matarían acaso. Pasó el cobertizo próximo, y se encontró en el taller de los martillos-pilones, y de la prensa de forjar, dormida á tales horas, con su monstruoso aparato, la prensa de una fuerza de dos mil toneladas, los martillos de fuerzas menores, escalonados, que tenían en el fondo de la semi obscuridad perfiles negros y rechonchos de dioses bárbaros. Allí precisamente, se encontró con las granadas otra vez; otras granadas que aquel mismo día se habían forjado en matriz, bajo el martillo-pilón más pequeño, al salir de la lingotera,



después de un recodo. Le llamó luego la atención un tubo de gran cañón de marina de seis metros de largo, tibia todavía por haber pasado bajo la prensa, donde los lingotes de acero de mil kilos se alargaban, tomaban la forma debida, como rollos de blanda pasta; y el tubo esperaba encadenado, dispuesto para que se lo llevaran y ser cargado por las grúas poderosas, para ir al taller de los tornos, que estaba más lejos, después del taller en que estaba el horno Martín y el vaciado de acero.

Llegó entonces Lucas hasta el extremo; atravesó también este taller, el más grande de todos, donde se fundían las grandes piezas. El horno Martín permitía verter el acero en fusión, en cantidad considerable, en las formas de fundición; mientras dos puentes eléctricos, grúas volantes, á ocho metros de altura, transportaban con una especie de suavidad aceitosa, á todas partes, gigantescas piezas de varias toneladas de peso. Entró Lucas luego en el taller de los tornos, un inmenso salón cerrado, un poco más decente que los otros y que mostraba en dos líneas máquinas admirables, de delicadeza y potencia incomparables. Había garlopas para cepillar los blindajes de navío, que daban forma al metal, como el cepillo de un carpintero se la da á la madera. Había, sobre todo, tornos de un mecanismo complicado y precioso, bonitos como alhajas, que divertían como juguetes. De noche, sólo algunos trabajadores, alumbrados por sendas lámparas eléctricas, con un ruido ligero, un zumbido suave, en el silencioso ambiente. Y otra vez dió con las granadas; con una que habían cortado por la cabeza y el culote al salir por la matriz y que después habían fijado en un torno para calibrarla exteriormente, primero; giraba con velocidad prodigiosa y volaban copos de acero bajo la fina cuchilla inmóvil, como hilos de plata. Ya no había más que horadarla interiormente, templarla, concluiría; y ¿adónde estaban los hombres que iba á matar cuando la cargasen? Lucas vió surgir de todo este heroico trabajo humano, del trabajo domado, siervo bajo el imperio del hombre, vencedor de las fuerzas naturales, una visión de matanza, el rojo frenesí de un campo de batalla. Se alejó y fué

á dar más lejos con un gran torno, donde giraba un cañón semejante á aquel cuyo tubo formado acababa de ver; pero éste ya estaba calibrado por fuera y brillaba como una moneda nueva. Bajo la dirección de un muchacho, casi un niño, atento, inclinado sobre el mecanismo como un relojero sobre el de un reloj de bolsillo, giraba, giraba sin fin, con suave zumbido, mientras la cuchilla, por dentro, lo barrenaba con tal precisión, que no se desviaba ni una milésima de milímetro. Y cuando este cañón también estuviera templado, después de haberle arrojado en un baño de petróleo desde lo alto de la torre, ¿en qué campo de desastre iría á matar hombres! ¡qué atroz recolección de vidas sería la suya, cuando estaba forjado de aquel acero con que los hombres hermanos no debían fabricar más que carros y rieles!

Lucas empujó una puerta, y salió un instante al aire libre. Estaba la noche húmeda y templada; respiró á sus anchas, saboreando el viento. Levantó los ojos; no vió ni una estrella entre las nubes que corrían como locas. Pero los globos de las lámparas incandescentes, de trecho en trecho, en los patios, reemplazaban á la luna sumergida; y volvió á ver las chimeneas entre el humo pálido, un cielo sucio de carbón, cortado doquiera por la red de hilos, que transmitían la fuerza eléctrica y parecían una gigantesca tela de araña. Las máquinas que producían tal fuerza, muy hermosas, funcionaban allí, en un edificio nuevo. Había además un tejear para la fabricación de ladrillos y crisoles de tierra refractaria; una carpintería para los modelos y enbalajes; numerosos almacenes para los aceros y hierros del comercio. Lucas se perdió por aquella ciudad en pequeño; gustábase encontrar paisajes desiertos, negros rincones, en calma, de algún patio, donde se sentía revivir; pero, de pronto, volvió á verse en aquel infierno, esta vez en el cobertizo de los hornos de crisol.

Se ejecutaba otra maniobra; sesenta crisoles eran arrancados á la vez, para fundir una gran pieza de forja que debía de pesar mil ochocientos kilos. En el taller próximo, el molde con su embudo, esperaba

en pie en el fondo del foso. Rápidamente, se organizó el desfile; todos los ayudantes de las cuadrillas se pusieron á trabajar; para cada crisol dos hombres, levantándolo, con ayuda de las dobles tenazas, y llevándolo á paso largo y ligero. Uno tras otro, pasaron los sesenta en brillante procesión; parecía un baile de espectáculo, con faroles á la veneciana, de un rojo anaranjado, que bailarinas de vago aspecto, de rápidos pies de sombra, pasaban de dos en dos; y la maravilla estaba en la rapidez extraordinaria, en la seguridad perfecta de aquellos movimientos tan bien regulados, que les hacía parecer como jugando en medio del fuego; ya acudían, se rozaban, marchaban, volvían, como haciendo juegos malabares con estrellas en fusión. En menos de tres minutos, los sesenta crisoles estaban vaciados en el molde, de donde subía un haz de oro, un ramillete de chispas que iba creciendo.

Cuando volvió Lucas á la sala de los hornos de pudelar, y de los laminadores, después de un paseo de media hora larga, encontró á Bonnaire, á punto de acabar su faena.

—Al momento soy con usted.

Sobre la plaza del horno, que ardía, cuya puerta abierta echaba llamaradas, ya había por tres veces aislado una cuarta parte del metal incandescente, cincuenta kilos de material, que arrollaba y á que daba la forma de una especie de bola, con la berlín-ga; y habiendo pasado ya tres partes del material de su poder al del martillo cinglador, se ponía á trabajar la cuarta y última. Veinte minutos llevaba así, ante aquellas fauces voraces, el pecho crujiendo en la hoguera, los brazos manejando el pesado gancho, y siempre ojo avizor, para dirigir bien el trabajo, entre la llama deslumbradora. Miraba fijamente, en medio de las brasas, la bola de acero hecho fuego, que arrollaba con movimiento continuo. Parecía agrandarse, cual fabricante de astros, creando mundos en ardiente reverberación, que doraba su cuerpo, grande, sonrosado, sobre el fondo negro de las tinieblas. Y todo acabó. Retiró el espetón, hecho ascua, y entregó al compañero los últimos cincuenta kilos de la carga.

Allí estaba el fogonero con la carretilla de hierro, esperando. Armado de tenazas, cogió el compañero la bola, especie de gran esponja ardiendo, que hubiera brotado en alguna caverna volcánica; la sacó de un golpe y la arrojó en la carretilla, que el fogonero empujó rápidamente, hasta el martillo cinglador. Y un oficial de herrero sujetó la bola con sus tenazas, para darle vueltas bajo el martillo, que de repente entró en acción. Aturdía y deslumbraba aquello; tembló el suelo, se oía como campanas á vuelo, en tanto que el herrero, con guantes y cinturón de piel, desaparecía en un huracán de chispas. A veces, eran tan grandes las rebabas lanzadas, que estallaban en todos sentidos como metralla. Impasible en medio de aquel tiroteo, daba el herrero vuelta á la esponja, presentándola por todos lados, para hacer de ella el pastel, la torta de acero; que luego se entregaría á los laminadores. Y el martillo le obedecía, golpe aquí, golpe allá, ya lentos ya rápidos; y sin una palabra, sin que se pudiera ni aun sorprender las órdenes que daba con una señal al obrero, que manejaba la máquina, sentado en lo alto, en su cajón, la mano en la palanca, que guiaba el impulso.

Lucas, que se había acercado, mientras Bonnaire cambiaba de ropa, reconoció á Fortunato, el cuñado de Fauchard, en el obrero encarunado allí arriba, inmóvil durante horas, sin más vida que la de aquel movimiento maquinal de la mano, en medio del estrépito ensordecedor, que él mismo desencadenaba. A la derecha la palanca, para que el martillo cayese; y la palanca á la izquierda, para que se levantara; y nada más; el pensamiento del niño se limitaba á esto, encerrado en tan breve espacio. Un instante, á la viva claridad de las chispas, se le pudo ver, débil y ruin, con el rostro pálido, los cabellos descoloridos, los ojos turbios de miserable sér, cuyo crecimiento físico y moral había detenido el trabajo de bruto, sin atractivo, sin albedrío.

—Si usted quiere que marchemos, estoy á su disposición—dijo Bonnaire, en cuanto cesó el ruido del martillo de forja.

Lucas se volvió rápido y se vió en frente del maes-

tro pudelador, vestido con un mandil y una chaqueta de lana gruesa, con un lío bajo el brazo, con el traje de mecánica y otras menudencias de su uso, todo el ajuar de la fábrica, pues la dejaba para no volver.

—Sí, sí, vamos pronto.

Pero Bonnaire aun se detuvo. Como si olvidara algo, echó una mirada á la barraca de tablones que servía de ropero. Después miró el horno, el horno que había hecho suyo en más de diez años, viviendo de la llama, conquistando allí por millones de kilogramos el acero que mandaba á los laminadores. Partía por propia voluntad, con la idea de que éste era su deber, por él y por sus compañeros; mas por lo mismo el dolor de arrancarse de su puesto era más heroico.

Dominó la emoción que le apretaba la garganta y echó á andar delante.

—Tenga usted cuidado, caballero; esta pieza está caliente todavía, y le quemaría el zapato.

Ni uno ni otro hablaron más. Atravesaron los dos patios que aparecían confusamente, á la luz de luna de las lámparas eléctricas; pasaron cerca de las construcciones bajas donde los martillos hacían tanto ruido. Y en cuanto salieron del Abismo, les tragó la noche negra; sintieron disminuir, á la espalda, las llamaradas y los gruñidos del monstruo. Seguía azotando el viento que desgarraba en el cielo las nubes fugitivas. Del otro lado del puente, el ribazo del Mionna estaba desierto; ni un alma. Cuando Lucas hubo encontrado sobre el banco en que la dejara á Josina, inmóvil, los ojos muy abiertos á la obscuridad, apretando á su cuerpo flaco la cabeza de Nanet, dormido, quiso retirarse, porque veía que su misión estaba cumplida, puesto que Bonnaire se encargaba ahora de asegurar un albergue á la misera criatura. Pero le pareció que el trabajador encontraba de repente difícil su empeño y que le inquietaba la idea de la escena terrible que le esperaba en casa, cuando su mujer, la tremenda Pelos, le viese entrar con aquella andrajosa. Y lo peor era, que todavía no le había anunciado su resolución de dejar la fábrica, y barruntaba una gran disputa, cuando supiera que se había quedado sin trabajo, en la calle, por su voluntad.

—¿Quiere usted que yo le acompañe?—propuso Lucas.—Yo lo explicaré todo.

—A fe mía, caballero—respondió el otro, consolado,—puede que eso fuera lo mejor.

Ni una palabra medió entre Bonnaire y Josina. Parecía ésta avergonzada delante del maestro pudelador, y si él le tenía una especie de lástima paternal, por indulgencia de su buen corazón, no podía menos de culparla por haberse rendido á tan mala persona. Había despertado á Nanet con suavidad, al ver que volvían Lucas y el maestro. Animados por Lucas, el niño y su hermana habían echado á andar á su lado, en silencio. Tomando por la derecha, siguiendo el terraplén del ferrocarril, entraron en el Beauclair viejo, cuyas casuchas, á la salida de la garganta de los montes Bleuses, se mostraban sobre el terreno llano en una especie de laguna nauseabunda, hasta el barrio nuevo del pueblo. Era aquello una confusión de calles estrechas, sin aire, sin luz, todas apestadas por un arroyo que corría en medio; y no las lavaba más que el agua de los chubascos.

No se comprendía tal amontonamiento de población miserable, en espacio tan estrecho, cuando la Rumaña extendía en frente la inmensidad de la llanura, donde el libre hálito del cielo soplabá como un mar. Sólo por el rigor de la lucha por el dinero, por la propiedad, se explicaba que se midiese con tal tacañería á los hombres el derecho al suelo, un poco de la madre común, los pocos metros necesarios para la vida ordinaria. La especulación había mediado y un siglo ó dos de miseria, habían venido á parar á esta cloaca de viviendas baratas, donde á pesar de todo eran frecuentes los desahucios, por bajos que fuesen los alquileres de ciertos cuchitriles, malos para animales. Las casuchas miserables habían brotado por donde quiera, según los azares del terreno, nidos de gusanos y de peste. ¡Qué tristeza, á tan altas horas de la noche, bajo un cielo lúgubre, la de aquella ciudad maldita del trabajo, obscura, acogotada, inmunda, como repugnante vegetación de la injusticia social!

Bonnaire que iba delante, siguió por una calleja,

torció por otra, y llegó por fin á la calle de las Tres Lunas. Era una de las más estrechas, sin aceras, empedrada con guijarros puntiagudos, recogidos en el lecho del Mionna. La casa, cuyo primer piso ocupaba, negra, agrietada, de tal modo se había hundido de repente un día, que hubo que apuntalar la fachada con cuatro grandes vigas; y Ragú ocupaba con Josina, justamente, los dos cuartos del segundo, cuyo piso hundido se apoyaba en los puntales. Abajo, la escalera pisa como una escala, arrancaba del mismo umbral de la puerta, sin vestíbulo.

—Quiere decirse, caballero—dijo al llegar allí, Bonnaire á Lucas,—que va usted á hacerme el favor de subir conmigo.

Otra vez se sentía turbado. Josina comprendió que no se atrevía á meterla en casa, temiendo alguna afrenta, y que al mismo tiempo, sentía dejarla en la calle con el niño. Pero ella lo arregló, diciendo con su aire humilde de suave resignación:

—Nosotros no necesitamos entrar, esperaremos en la escalera, sentados en un peldaño, arriba.

Bonnaire aceptó en seguida.

—Eso es; esperad un momento, sentaos, y si conmigo la llave, yo os la subiré para que podáis acostaros.

Desaparecieron Josina y Nanet en la profunda obscuridad de la escalera. No se les oía ni respirar. Se habían como sepultado en algún rincón, arriba. Bonnaire empezó á subir, guiando á Lucas, advirtiéndole que los peldaños eran altos, y recomendándole que se agarrase bien á la cuerda grasienta que servía de pasamano.

—Ahí, caballero, hemos llegado. No se mueva usted. Oh, diantre! Los descansos no son anchos, y si uno se cayera, no sería floja la voltereta.

Abrió la puerta, y le hizo entrar delante, por cortesía, en una estancia bastante grande, alumbrada con luz amarillenta por una lámpara pequeña de petróleo. Apesar de lo avanzado de la hora, la Pelos trabajaba todavía junto á la luz, repasando ropa blanca mientras su padre, el viejo Lunot, sumido en la sombra, se había adormecido, con la pipa apagada entre las gencías. En una cama que ocupaba uno de los rinco-

nes, dormían los dos niños, Luciana y Antonieta, él de seis años, ella de cuatro, muy robustos y hermosos y medrados, para su edad. La vivienda, á parte de esta sala común, que era cocina y comedor, sólo tenía otros dos aposentos, la alcoba de Lunot, y la del matrimonio.

Pasmada de ver volver á su marido á tal hora, la Pelos que no estaba prevenida, había levantado la cabeza.

—¿Cómo es eso, aquí tú?

No quiso el marido empezar por la cuestión más grave, haciéndole saber desde luego que dejaba el Abismo; y prefirió arreglar primero el caso de Josina y de Nanet. Así, respondió evadiéndose:

—Sí, he concluido, y me vuelvo.

Luego, sin dejarle tiempo para más preguntas, le presentó á Lucas.

—Mira, aquí está este caballero, un amigo del señor Jordán, que ha venido á pedirme una cosa que él te explicará.

Cada vez más sorprendida, la Pelos se había vuelto hacia Lucas, que pudo notar entonces su gran parecido con su hermano Ragú. Pequeña, con cara de mal genio, de facciones acentuadas, de cabello espeso, rojo, tenía la frente estrecha, poca nariz, duras las quijadas; su tez brillante, de rubia azafranada, cuya frescura la hacía agradable todavía á los veintiocho años, y de aspecto joven, era lo que explicaba la viva afición que había decidido á Bonnaire á casarse con ella, aun conociendo su carácter abominable. Pero ello había sucedido, y en efecto, la esposa tenía en continua tormenta la casa, y tenía él que ceder en todos los pormenores de la vida cotidiana, para conseguir la paz. Coqueta, devorada por la ambición única de estar bien vestida, de tener alhajas, no se amansaba más que cuando estrenaba un vestido.

Lucas que se vió en el caso de hablar, comprendió que debía atraerla, con un cumplido. En cuanto entró, le pareció la habitación muy limpia, gracias al ama de la casa, á pesar de la humildad de los escasos muebles, se acercó á la cama y dijo:

—¡Oh! ¡qué niños tan hermosos; duermen como ángeles!

La Pelos había sonreído, pero le miraba fijamente, y esperaba, segura de que aquel caballero no se habría molestado si no tuviese que obtener de ella algo importante. Y cuando tuvo que llegar al asunto, cuando contó que había encontrado á Josina sobre un banco, muerta de hambre, abandonada, en medio de la noche, la Pelos hizo un gesto violento, apretando las fuertes mandíbulas; y sin responder siquiera á aquel caballero, se volvió furiosa á su marido:

—¿Cómo, todavía este lío? ¿Me importa á mí eso?

Bonnaire, obligado á intervenir, procuró calmarla con tono de bondad conciliadora.

—Sea como quiera, si Ragú te ha dejado la llave, hay que dársela á esa desgraciada, pues él está allí, en casa de Caffiaux, donde es capaz de pasar la noche. No se puede dejar á una mujer y á un niño dormir en la calle.

Estalló con esto la ira de la Pelos:

—Sí, señor, tengo la llave, si Ragú me la ha dejado, y justamente para que esa andrajosa no vuelva á plantarse en casa, con el galopín de su hermano. ¡Pero á mí no me importa saber nada de esas porquerías! Lo que yo sé, es que Ragú me ha dado la llave, y á Ragú se la devolveré.

Intentó el marido despertar su compasión, pero ella le impuso silencio, furiosa:

—¿Pero es que quieres obligarme á ser compinche de las queridas de mi hermano? Tocante á esa, que vaya á reventar donde le dé la gana, lejos, lejos, ya que ha sido bastante sinvergüenza para dejarse manosear. ¿Te parece decente? Y el hermanito, que arrastra por todas partes, y que se acostaba allá arriba, en un cuarto obscuro, junto á ella y Ragú.... No, no; cada uno en su casa, y ella que se quede en el arroyo; antes ó después allí había de dar!...

Con el corazón en martirio, indignado, la oía Lucas; reconocía en ella la dureza de las mujeres honradas del pueblo, tan despiadadas para las pobres muchachas que caen, en su ruda lucha por la existencia. Pero en esta había, además, una sorda envidia, el

odio á la joven bonita, graciosa, y hecha para el amor, á quien los hombres buscaban, y á quien darían cadenas de oro, faldas de seda, si sabía engatusárselos. Venía este rencor del día en que había sabido que su hermano acababa de comprar una sortija de plata á Josina.

—Hay que ser compasiva, señora— se contentó con decir Lucas, con voz que temblaba de lástima.

Pero la Pelos no tuvo tiempo de responder; se oyó en la escalera el estrépito de pasos fuertes y de traspies, y alguien abrió la puerta, á tientas. Era Ragú, á quien Bourrón no había abandonado; uno tras otro, como buenos borrachos, que ya no pueden separarse, cuando han bebido juntos. Sin embargo, Ragú, bastante razonable, había podido arrancar de casa de Caffiaux, diciendo que, al fin y al cabo, era necesario volver al trabajo al día siguiente; y entraba en casa de su hermana con su compinche, para recoger la llave.

—La llave ahí la tienes—gritó la Pelos, con despego.—¡Ya lo sabes, no me la vuelvas á dejar! justamente acaban de decirme no sé qué tonterías, para que se la deje á esa mala pécora.... Cuando tengas mujerzuelas que plantar en la calle, te encargas de ello tú mismo.

Ragú, á quien el vino enternecía sin duda, se echó á reír.

—¡Qué tonta es esa Josina!... Si hubiera estado amable, tranquila, como se debe, en vez de venir con lloriqueos, hubiera venido á beber un vaso con nosotros!... ¡Las mujeres! Las mujeres no saben entender á los hombres.

Y no pudo continuar, decir su idea entera, porque Bourrón, que se había dejado caer sobre una silla, riendo sin motivo, flaco y acaballado, con su tono de eterno buen humor, decía á Bonnaire:

—¿Con que, dí, es verdad que dejas la fábrica?

Se volvió la Pelos sobresaltada, como si sonara un tiro á su espalda.

—¿Cómo que deja la fábrica?

Momento de silencio. Luego Bonnaire, armándose de valor, se resolvió:

—Sí, dejo la fábrica; no puedo hacer otra cosa.

—¡Qué dejas la fábrica!—exclamó ella airada, fuera de sí, plantándose delante de él.—¿Quiere decirse, que no bastaba que hayas cargado con esa indecente huelga, que en dos meses nos ha hecho comernos todas nuestras economías? hace falta además ahora, que pagues tú los vidrios rotos... Según eso, á morirse de hambre, y yo andaré en cueros!...

Sin enfadarse, respondió él suavemente:

—Es posible; puede que no tengas vestido nuevo por Pascua, y puede que tengamos que apretarnos la barriga. Pero te repito, que hago lo que debo.

No soltó presa ella; se le acercó, y le gritó en las narices:

—¡Bah! ¡Quí! ¡Si piensas que te lo han de agradecer! Ya los compañeros dicen sin reparo á quien les quiere oír, que sin tu huelga, no se hubieran muerto de hambre durante dos meses. ¿Y sabes lo qué dirán cuando sepan que dejas la fábrica? Dirán, que está muy bien, y que tú no eres más que un imbécil... En la vida te dejaré yo hacer semejante majadería. ¿Oyes? Mañana volverás al trabajo.

Bonnaire la miraba fijamente con su mirada clara y franca. Si solía ceder en materia de policía doméstica, si la dejaba reinar despóticamente en las cosas de familia, se hacía de hierro, cuando se trataba de una cuestión de conciencia. Así que, sin salirse de tono, con la voz de amo, que conocía ella bien, se contentó con decir:

—Vas á hacerme el favor de callarte... Estas son cosas nuestras, de los hombres, y de las cuales las mujeres como tú, no comprenden una palabra, y más vale que no se mezclen en ellas... Tú eres muy valiente, pero harás bien en ponerte otra vez á reparar la ropa, si no quieres que nos enfademos.

Y la empujó hacia la silla, junto á la lámpara; obligándola á sentarse. Domada, temblando de cólera, que ya sabía ella que era inútil, volvió á coger la aguja, fingiendo desentenderse de asuntos de que se la alejaba, de modo tan claro. Despertando al ruido de las voces, Lunot, el anciano, sin extrañar ver allí tanta gente, encendió la pipa, y escuchaba con aire de viejo filósofo, desengañado.

Hasta los niños despertaron, y abriendo mucho los ojos, procuraban comprender las cosas graves que decían las personas mayores.

Ahora Bonnaire se dirigía á Lucas, todavía en pie, como tomándole por testigo:

—Vamos á ver, caballero. Cada cual tiene su honra. ¿No es eso?... La huelga era inevitable, y si hubiera que volver á empezarla, volvería. Quiero decir, que con todas mis fuerzas empujaría á los compañeros á obtener justicia. No puede uno dejar que se lo coman; el trabajo debe ser pagado por su precio; á no ser que nos resignemos á ser simples esclavos. Tanta razón teníamos, que el señor Delaveau ha tenido que ceder en todo, aceptando nuestra nueva tarifa... Ahora noto que ese hombre está furioso, y que es preciso, como dite mi mujer, que alguien pague los vidrios rotos. Si yo no me marchase hoy por mi gusto, mañana encontraría él un pretexto para echarme. Y entonces, ¿qué? voy á empeñarme en quedar, para ser un continuo motivo de disputa? No, no; eso se convertiría en disgustos de todas clases para los compañeros, y estaría muy mal hecho por mi parte... Si he fingido volver, fué porque los camaradas hablaron de continuar la huelga si yo no volvía. Pero ahora, que ya están trabajando tranquilos, prefiero desaparecer, pues es necesario. Así se arregla todo; nadie se moverá, y yo habré hecho lo que debo... Para mí es cuestión de honra; yo tengo la mía.

Decía todo esto con sencilla grandeza, con aire corriente, con bizarría, y Lucas sintió emoción profunda. De este obrero, que había visto negro y mudo, trabajando en dura labor ante aquel horno; de este hombre que acababa de ver, bondadoso y apacible, tolerante y conciliador en familia, surgía un héroe del trabajo, uno de esos luchadores oscuros, que han dado todo su sér á la justicia, y que sienten la fraternidad hasta el punto de inmolarse por los demás en silencio.

Furiosa, sin dejar de mover la aguja, la Pelos repitió:

—¡Y nosotros reventaremos de hambre!

—Y nosotros reventaremos de hambre; es muy posible—dijo Bonnaire;—pero yo dormiré tranquilo.

Ragú rió con fisga.

—¡Oh, morir de hambre! cosa inútil, eso nunca ha servido de nada. No es que yo defienda á los patronos. ¡Vaya una pandilla! Sólo que, como los necesitamos, siempre hay que acabar por entenderse, y hacer, sobre poco más ó menos, lo que ellos quieren.

Y continuó con sus bromas, con el corazón en la mano. Era el obrero del término medio, ni bueno ni malo, el producto estropeado del salario, tal como le hacía la actual organización del trabajo. Gritaba mucho contra el régimen del capital; le enfadaba el peso abrumador del trabajo impuesto, y hasta era capaz de una rebeldía pasajera. Pero el largo atonismo le había encorvado, tenía en el fondo alma de esclavo, respetuoso ante la tradición establecida, envidiando al patrono, dueño y soberano, que poseía y disfrutaba todas las cosas; y no alimentaba más que la sorda ambición de reemplazarle el mejor día, para poseer y disfrutar á su vez. El ideal, en suma, era no hacer nada; ser él patrono para no hacer nada.

—¡Ah! ¡Ese cerdo de Delaveau! Quisiera estar ocho días en su lugar, y que él estuviera en el mío. Me gustaría ir á verle hacer la bola, fumando yo grandes cigarras. Y ya se sabe, todo llega, podemos convertirnos en patronos cuando se vuelva la tortilla.

Esta idea divirtió prodigiosamente á Bourrón, que abría la boca admirado ante Ragú, siempre que estaban juntos.

—¡Justo, eso, así! ¡Qué cuchipanda cuando seamos los amos!

Bonnaire encogía los hombros despreciando este bajo concepto de la victoria futura de los trabajadores, sobre quien los explotaba. El había leído, había pensado, creía saber. Habló otra vez excitado por todo lo que se acababa de decir, queriendo tener razón. Reconoció Lucas la idea colectiva, tal como la formulaban los intransigentes del partido. Primero era menester que la nación volviese á tomar posesión del suelo y de los instrumentos de trabajo para «socializarse», hacerlos de todos; en seguida se reorganiza-

ría el trabajo general y obligatorio, de modo que la remuneración fuese proporcional á las horas de trabajo. Cuando se embrollaba, era al tratar del modo práctico de conseguir por medio de leyes esta «socialización». Sobre todo, cómo iba á funcionar libremente el sistema, cuando se pusiera en práctica con toda aquella máquina complicada de dirección é intervención que necesitaría una policía de Estado vejatoria y dura. Y como Lucas, que no iba tan lejos en su anhelo humanitario, le hubiese presentado algunas objeciones, Bonnaire respondió con la tranquila fe del creyente:

—Todo nos pertenece, todo lo tomaremos, para que cada cual tenga su parte justa de trabajo y de descanso, de pena y de alegría. No hay otra solución razonable; la injusticia y el sufrimiento se han hecho demasiado grandes.

Los mismos Ragú y Bourrón estuvieron de acuerdo. ¿No lo había corrompido y envenenado todo el salario? El era el que alentaba la cólera y el odio, desencadenando la lucha de clases, la prolongada guerra de exterminio entre el capital y el trabajo. Por el salario había llegado á ser el hombre lobo para el hombre, en este conflicto de egoísmos, en esta monstruosa tiranía de un estado social basado sobre la iniquidad. La miseria no tenía otra causa, el salario era el fermento malo que engendraba el hambre, con todas sus consecuencias desastrosas, el robo, el asesinato, la prostitución, el hombre y la mujer pervertidos, rebeldes, lanzados fuera del amor, como fuerzas destructoras á través de la sociedad madrastra. Y no había más que un modo de sanar, la abolición del salario que se reemplazaría por el estado nuevo, «lo otros», lo soñado, cuyo secreto guardaba todavía el mañana. Allí empezaba la disputa de los sistemas; cada cual creía en su poder la felicidad del siglo futuro; la cruda batalla política consistía en el choque de los partidos socialistas, que se empeñaban en imponer cada cual su reorganización del trabajo, su reparto equitativo de la riqueza. Mas no por estas luchas dejaba de estar el salario condenado por todos, y nada le salvaría; había llegado su hora; desapare-

tería como desapareció la esclavitud, cuando un período humano se cerró por ley del progreso, que siempre va adelante. No era más que un organismo muerto que amenazaba envenenar todo el cuerpo, y que la vida de los pueblos iba á eliminar, so pena de un fin trágico.

—De modo—continuó Bonnaire,—que esos Qurignon que fundaron el Abismo no eran malas personas. El último, Miguel, cuyo fin ha sido tan triste, se había esforzado por mejorar la suerte del obrero. A él se le debe la creación de una caja de retiro, cuyos primeros cien mil francos dió, obligándose á doblar en seguida cada año las sumas que depositaran los partícipes. Fundó igualmente una biblioteca, una sala de lectura, donde hay consulta gratuita dos veces por semana, obrador y una escuela para los niños. Y el señor Delaveau, aunque menos amable, ha tenido que respetar todo eso. Y ya van años que funciona. Pero, qué quiere usted, en resumidas cuentas, todo ello es como se dice, un verdadero cauterio en una pata de palo. Es caridad, no es justicia. Pueden funcionar tales cosas años y años todavía, sin que cese el hambre, sin que la miseria acabe jamás. ¡No, no! No hay alivio posible, hay que cortar el mal en su raíz.

En este momento el tío Lunot que creían otra vez dormido, dijo, desde lo oscuro:

—Los Qurignón, yo los he conocido.

Se volvió Lucas y le vió en su silla chupando en vano en la pipa apagada. Tenía cincuenta años; cerca de treinta había trabajado en el Abismo, de arrancador. Pequeño, grueso, de cara abultada y descolorida, se hubiera dicho que el fuego le había hinchado en vez de secarle. Tal vez era el agua de que se inundaba, deshaciéndose en vapor, la que le había traído el reumatismo. Muy pronto cogido por las piernas, andaba con gran trabajo. Y como no reunía las condiciones necesarias para obtener la irrisoria pensión de trescientos francos al año que los nuevos obreros habían de cobrar más adelante, se hubiera muerto de hambre en el arroyo, como una bestia de carga, inútil y vieja, si la Pelos, su hija, no hubiese querido recogerlo por consejo de Bonnaire; pero se lo hacía

pagar con riñas continuas y privaciones de todas clases.

—¡Ah! sí—repitió lentamente.—Los he conocido. ¡Sí, los Qurignón!.. Hubo un señor Miguel, hoy difunto, que tenía cinco años más que yo. Y hay todavía el señor Jerónimo, en tiempo del cual entré yo en la fábrica á los diez y ocho años, cuando él ya tenía cuarenta y cinco, lo cual no le impide seguir viviendo... Pero antes del señor Jerónimo hubo el señor Blas, el fundador, el que vino á instalarse en el Abismo, con sus dos martinets; pronto hará ochenta años. A ese no le conocí yo. Mi padre, Juan Ragú y mi abuelo Pedro Ragú, fueron los que trabajaron con él, y hasta se puede decir, que Pedro Ragú era su camarada, que ambos eran tiradores, sin un cuarto en el bolsillo, cuando se pusieron al trabajo juntos, en la garganta de los Montes Bleuses, entonces desierta, en la orilla de acá del Mionna, donde había un salto de agua... Los Qurignón han hecho una gran fortuna; y aquí me tienen á mí, Santiago Ragú, siempre sin un cuarto, las piernas inútiles, y ahí está mi hijo, que no será más rico que yo, después de treinta años de trabajo; sin hablar de mi hija y de sus hijos, amenazados todos de reventar de hambre, como revientan los Ragú va ya para cien años.

Decía estas cosas sin cólera, con el aire de resignación de animal viejo despeado. Miró un momento á la pipa, sorprendido de no sacar de ella humo. Luego, viendo que Lucas le escuchaba con atención compasiva, concluyó encogiendo ligeramente los hombros:

—¡Bah! caballero, esa es nuestra suerte; somos unos pobres diablos. Siempre habrá patronos y obreros... Mi abuelo y mi padre se vieron como me veo, y lo mismo se verá mi hijo. Para qué sublevarse; cada cual saca su suerte al nacer... De todos modos, bien se puede desear cuando se llega á viejo, tener con qué comprar el tabaco suficiente.

—¡Tabaco!—gritó la Pelos.—Hoy mismo has fumado por valor de diez céntimos. Piensas que voy á mantenerte de tabaco, ahora que no vamos á tener ni pan?

Le tenía á ración; esto era lo único que desespera-



ba al tío Lunot, que en vano procuró encender la pipa, en la que decididamente no quedaba más que ceniza. Lucas, lleno de compasión que aumentaba, seguía mirándole en su asiento. El salario conducía á este lastimoso residuo, el obrero agotado, consumido á los cincuenta años; el arrancador, toda su vida arrancador, á quien su labor convertida en maquina, había echado de sí, ya estúpido, reducido á la imbecilidad de la parálisis. Nada sobrevivía en aquel pobre sér, más que el sentimiento fatalista de su esclavitud.

Pero Bonnaire protestó altivo:

—No, no, no ha de ser siempre así; no siempre habrá patronos y obreros, vendrá un día en que no habrá más que hombres libres y contentos... Nuestros hijos acaso vean ese día, y bien merece la pena de que nosotros, los padres, suframos todavía, si hemos de conseguir la felicidad de mañana.

—¡Caramba!—exclamó Ragú en chanza;—que venga eso pronto, que quiero que me toque. Me vendría al pelo no tener que hacer nada y comer pollos todos los días.

—Y yo lo mismo, yo lo mismo—apoyó Bourrón exaltado.—Que no me quiten mi puesto.

El padre Lunot les hizo callar con ademán de desengaño, y dijo:

—Sí, sí, ya veréis. De joven se esperan esas cosas. Se tiene la cabeza llena de locuras, se imagina que va á cambiar el mundo. Y luego el mundo continúa y le barren á uno con los demás... Yo no culpo á nadie. A veces, cuando puedo arrastrarme hasta la calle, suelo encontrar al señor Jerónimo en su cochecito, que empuja un criado. Le saludo, porque eso se le debe á un hombre que os ha hecho trabajar y que es tan rico. Creo que no me reconoce, pero se contenta con mirarme con ojos que parecen llenos de agua clara... Los Qurignón han sacado el premio gordo, y hay que respetarlos. Si nos echamos sobre los que tienen el dinero, ni Dios pára aquí; el acabóse.

Contó Ragú entonces que aquella misma tarde, al salir de la fábrica, Bourrón y él habían visto pasar al señor Jerónimo en su coche de mano. Se le salu-

daba; esto era efectivamente natural. ¿Cómo hacer otra cosa sin pecar de descortés? Pero, de todos modos un Ragú á pie, por el lodo, vacío el vientre, saludando á un Qurignón opulento, bien tapado con mantas y que un criado saca á pasear, como á un mamón demasiado gordo, es cosa que irrita y dan ganas de tirar las herramientas al agua, de obligar á los ricos á repartir, para no hacer una nada á su vez.

—¡No hacer nada, no; eso no! Eso sería la muerte,—replicó Bonnaire.—Todo el mundo debe trabajar y eso será la felicidad conquistada, la injusta miseria vencida al fin... A los Qurignón no hay que envidiarlos. Cuando nos los ponen como ejemplo, diciéndonos: «Ya lo veis, cómo un obrero puede llegar á una gran fortuna, con inteligencia, trabajo y economías, siento cierta ira, porque veo que todo ese dinero no ha podido ser ganado más que explotando á los compañeros, cercenándoles el pan y la libertad, y esta villanía algún día se paga. Jamás el bien de todos podrá armonizarse con la prosperidad exagerada de uno solo... Lo que hay que hacer es esperar para ver lo que el porvenir nos reserva. Pero mi idea ya la sabéis: que esos dos galopines acostados ahí y que nos escuchan, sean algún día más felices que yo lo he sido, y que sus hijos, á su vez, lo sean más que ellos... Para esto no hay más que querer la justicia, entendernos como hermanos para conquistarla aún á costa de mucha miseria todavía.

En efecto, Luciano y Antonieta no habían vuelto á dormirse, muy atentos á toda aquella gente que charlaba tan tarde. Inmóviles las rubias cabezas sobre la almohada, los hermosos chiquillos oían con los ojos muy abiertos, soñadores, como si comprendieran.

—¡Más felices que nosotros algún día—dijo secamente la Pelos,—sí! Si mañana no mueren de hambre, pues que no vas á tener pan que darles.

Cayó la frase como un hachazo. Vaciló Bonnaire herido en su ilusión por el frío brusco de la miseria que él había buscado, dejando la fábrica; y Lucas sintió pasar el escalofrío de aquella miseria, en aque-

Ha ancha sala desnuda, donde la humilde lámpara de petróleo despedía triste humo. ¿No era aquella la lucha imposible; el abuelo, el padre, la madre, los dos hijos, condenados á una muerte próxima si el jornalero se empeñaba en su protesta impotente contra el capital? Un silencio de plomo reinó; una gran sombra negra heló el aposento y oscureció un instante los rostros.

Llamaron en esto, se oyeron risas y entró Bavette, la mujer de Bourrón, con su cara de muñeca, alegre como siempre, rolliza y fresca, de tez blanca, los cabellos nada finos, de un rubio claro; parecía una eterna primavera. Como no había encontrado á su marido en casa de Caffiaux, venía á buscarle allí, sabiendo que le costaba trabajo volver á casa, cuando no le llevaba ella. Pero nada de riña, al contrario, buen humor, como si le pareciese muy bien que su cónyuge la corriese un poco.

—¡Hola, ya te cogí, tío aleluya!—exclamó la Bourrón, muy contenta al verle.—Ya sabía yo que estarías con Ragú y que te encontraría aquí... ¿Sabes? Ya es tarde, vida mía. He acostado á Marta y á Sebastián y ahora tengo que acostarte á ti.

En la vida se enfadaba Bourrón, por la gracia con que sabía ella arrancárselo á los compinches.

—Tiene gracia la cosa ¿eh? Ya lo oís; es mi mujer, quien me acuesta... Bueno, corriente, vamos; al cabo ha de ser.

Se levantó, y Bavette viendo entonces por el rostro sombrío de todos que pasaba allí algo muy triste; acaso una disputa, quiso poner paz. Ella en su casa cantaba día y noche, cariñosa con su marido, consolándole, pintándole alegre porvenir, si le faltaba ánimo. La miseria, el abominable sufrimiento en que vivía desde la infancia, no habían podido hacer mella en su eterno buen humor. Estaba en absoluto convencida de que las cosas se arreglarían divinamente; siempre estaba camino de la gloria.

—¿Qué es lo que os pasa á todos? ¿Están los niños malos?

La Pelos otra vez furiosa, le contó que Bonnairs dejaba la fábrica, que morirían todos de hambre an-

tes de una semana, y que á todo Beauclair le iba á suceder lo mismo, porque no se podía con tantas desdichas; era imposible vivir. Bavette protestó, anunció días prósperos, relucientes; confiada y alegre.

—No, hija, no; no se pudra usted la sangre; ya verá cómo todo se arregla. Se trabajará, seremos muy felices.

Y se llevó á su marido entre bromas, diciéndole cosas tan graciosas y agradables, que la seguía dócilmente, también chancero, con la borrachera domada, ya vencida.

Lucas se decidía á seguirlos, cuando la Pelos, al colocar su labor sobre la mesa, encontró la llave que había arrojado á su hermano, y que éste no había cogido todavía.

—¿A ver, la coges ó no? ¿Vas á acostarte ó no?... Ya te han dicho que esa bribona te esperaba no sé dónde; puedes recogerla otra vez si te parece.

Ragú, socarrón, estuvo un momento haciendo balancearse la llave en la punta de un dedo pulgar. Toda la noche había estado gritando en las narices de Bourrón que no le convenía estar manteniendo á una holgazana, que había cometido la majadería de dejarse tragar un dedo por una máquina, sin hacérselo pagar en lo que valía. Había tenido aquella querida, como tantas otras, todas las que se prestan á ello. Se trataba del gusto de los dos. Cuando se cansaba uno; abur, abur, cada cual por su lado. Pero desde que había entrado en casa, se le había disipado la embriaguez y ya no insistía en su obstinación malévol. Además su hermana le irritaba, diciéndole siempre lo que tenía que hacer.

—Pues claro que volveré á cargar con ella, si me da la gana... Después de todo, vale más que otras; aunque la maten, no tiene una mala palabra.

Y volviéndose á Bonnairs que callaba, dijo:  
—Qué tonta es esa Josina, siempre tan miedosa... ¿Dónde se ha escondido?

—Espera en la escalera con Nanet—dijo Bonnairs. Entonces Ragú abrió la puerta de par en par, para llamar gritando:

—Josina, Josina,

Nadie respondió. De la profunda obscuridad de la escalera, no vino ni el soplo de un aliento. Y a la escasa luz que la lámpara de petróleo hacía llegar al descanso, sólo se vió á Nanet en pie, que parecía esperar en acecho.

—¡Ah! eres tú, condenado comino—gritó Ragú.— ¿Qué diablos haces ahí?

El niño no se desconcertó, echó un paso atrás. Estirándose cuanto pudo, del tamaño de una bota, respondió con valentía:

—Estaba escuchando para enterarme.

—¿Y tu hermana dónde está? ¿Por qué no responde cuando la llaman?

—Mi hermana estaba allá arriba conmigo, sentada en la escalera; pero cuando te sintió entrar, tuvo miedo de que subieras á pegarla, y bajó para poder escapar, si tú eres malo.

Hizo esto reír á Ragú. Las bravatas del niño lo divertían.

—¿Y tú, no tienes miedo?

—Yo si me tocas gritaré muy alto, para que me oiga mi hermana y escape.

Completamente ablandado, Ragú se inclinó sobre la escalera, para llamar otra vez:

—Josina, Josina, vamos, sube, no hagas el oso. Ya sabes que no te voy á matar.

Siguió el mismo silencio de muerte, nada se movió, nada subió de lo obscuro. Y Lucas, cuya presencia no era necesaria, se despidió, saludando á la Pelos, que apretando los labios, inclinó secamente la cabeza. Los niños habían vuelto á dormir. El tío Lunot, con la pipa sin lumbré en la boca, apoyándose en las paredes, se había metido en su estrecha alcoba. Y Bonnaire, que se había dejado caer sobre una silla, mudo en medio de la lúgubre estancia, perdida la mirada á lo lejos, en el porvenir amenazador, esperaba el momento de acostarse, al lado de su terrible esposa.

—Animo y hasta la vista—le dijo Lucas estrechándole con fuerza la mano.

Ragú continuaba llamando, en el descanso, con voz que iba siendo de súplica,

—¡Josina, vamos, Josina!... ¡Cuando te digo que ya no estoy enfadado!

Y como de la obscuridad no le contestaban, se volvió á Nanet, que no se mezclaba en nada, dejando á su hermana hacer lo que quisiera:

—Puede que se haya escapado.

—¡Cá! no, ¿dónde quieres que vaya?... Debe de haberse sentado en la escalera.

Bajó Lucas, cogido á la cuerda grasienta, tentando con el pie los escalones empinados y altos, con el temor de caer de cabeza en aquella obscuridad profunda. Parecíale sumirse en una sima, por una estrecha escalera, entre paredes húmedas. Según bajaba creía distinguir grandes sollozos ahogados, que venían de abajo, del triste fondo de la sombra. Arriba sonó la voz de Ragú, resuelta:

—¡Josina, Josina!... ¡Si no subes, es que quieres que vaya á buscarte!

Lucas entonces se detuvo, sintiendo acercarse un débil aliento. Era como una tibia suavidad que avanzaba, un ligero escalofrío viviente, apenas adivinado, de una aproximación temblorosa. Se ciñó á la pared, porque comprendió, que una criatura iba á pasar, invisible, que se hizo reconocer, sólo por el discreto roce de su cuerpo.

—Soy yo, Josina—dijo él muy bajo, para que no se asustase.

El débil respirar que oía, seguía subiendo, y no le respondieron. Pero en un contacto, apenas sensible, pasó la triste criatura, de miseria y misterio. Y una mano pequeña y febril cogió la suya, labios ardientes la oprimieron, besando con fuego en un arranque de gratitud infinita, dejándole el don de todo su sér. Así le daba las gracias, así se le entregaba, ignorada, velada; delicia infantil. Ni una palabra; no hubo más que aquel beso mudo en lo obscuro, empapado en lágrimas ardientes.

Ya había pasado el aliento sutil, el espíritu ligero seguía subiendo. Lucas quedó trastornado; hasta el fondo de las entrañas, se había apoderado de él la sensación de aquel contacto de ensueño: el beso de aquella boca, que no había visto, le había llegado al

corazón. Por las venas le corría un encanto dulce y fuerte. Quiso creerse contento, sencillamente, por haber conseguido que Josina encontrase un techo bajo el que dormir aquella noche. ¿Pero, por qué lloraba ella, sentada sobre el último escalón, en el umbral, junto á la calle? ¿Por qué había tardado tanto en responder á las voces de aquel hombre, que le daba un albergue? Sentía pena mortal, por algo que no podía gozar; suspiraba por un sueño imposible, y cedía, subiendo al fin, á la necesidad de volver á la vida á que estaba condenada. Se oyó arriba la voz de Ragú, por última vez:

—Vamos, ya estás ahí, menos mal... Ea, grandísima tonta, ven á acostarte; no pienso comerte esta noche todavía.

Y Lucas huyó, tan desesperado, que buscaba las razones de aquella amargura terrible, que sentía. Mientras se orientaba con trabajo, en el dédalo obscuro de las inmundas callejas del Beauclair viejo, discutía consigo mismo y se enternecía. ¡Pobre niña! Era víctima del medio; jamás se hubiera entregado al tal Ragú sin la perversión de la miseria abrumadora. ¡Con qué profunda labor habría que dar vuelta á la humanidad para que el trabajo volviera á ser honra y alegría, para que el amor sano y fuerte pudiese florecer de nuevo, en la gran recolección de verdad y de justicia! Entre tanto, lo mejor era, sin duda, que la pobre niña siguiera con aquel Ragú, si consentía en no maltratarla demasiado. En el cielo había cesado el viento tempestuoso, algunas estrellas aparecían entre las espesas nubes inmóviles. ¡Pero qué negra noche; y en qué inmensa melancolía las tinieblas anegaban el corazón! De repente se encontró Lucas en el ribazo del Mioona, junto al puente de madera. Enfrente, el Abismo, siempre trabajando, con sordo rugido, dejaba oír también el acompasado vaivén de los martinets, ruido que cortaba los golpes más profundos de los grandes martillos de forja. Rasgaban la obscuridad, grandes llamaradas; el humo lívido, extendiéndose; rodeaba la fábrica de un horizonte de tormenta, atravesando los rayos de luz eléctrica. Este espectáculo nocturno del monstruo, cuyos

hornos jamás se extinguían, le hizo ver otra vez el trabajo mortífero, impuesto como en un presidio, pagado sobre todo, con desconfianza y desprecio. Pasó ante él la hermosa figura de Bonnaire, y le vió cómo le había dejado en la lúgubre estancia, derribado como un vencido, ante el porvenir incierto. Luego, sin transición, se presentó otro recuerdo de la noche, el vago perfil de Lange, el alfarero, lanzando su maldición con la vehemencia de un profeta, anunciando la destrucción de Beauclair, bajo el cúmulo de sus crímenes. Pero á tales horas, Beauclair, aterrado, yacía dormido; no era ya en el primer término de la llanura, más que una masa confusa, tenebrosa, donde no brillaba ni una luz. No quedaba más que el Abismo, con su vida de infierno sin tregua, donde seguían retumbando los truenos, donde llamas incesantes devoraban vidas de hombres.

En lo obscuro, un reloj lejano, anunció la media noche. Tomó Lucas por el puente y bajó por el camino de Briás, para volver á la Crèche, donde su lecho lo esperaba. A punto de llegar, una gran claridad iluminó de repente todo el paisaje, los dos promontorios de los Montes Bleuses, los adormecidos tejados del pueblo, hasta los campos lejanos de la Rumaña. Otra vez, á media ladera, una sangría del horno alto, cuyo negro perfil apareció como en un incendio. Y Lucas, levantando los ojos, tuvo de nuevo la sensación de que amanecía el astro prometido á sus sueños de una nueva humanidad, entre la grana de una aurora,

### III

Al día siguiente, domingo, Lucas acababa de levantarse cuando recibió una carta amistosa de la señora Boisgelin, que le invitaba á almorzar en la Guerdache. Había sabido que estaba en Beauclair, y como no ignoraba que los Jordán no volverían hasta el lunes, le decía que tendría mucho gusto en verle y en

hablar un poco de su antigua intimidad de París cuando se ocupaban juntos, en el cuartel pobre del barrio de San Antonio, en importantes asuntos de caridad, de que no hablaban á nadie. Y Lucas, que tenía por ella una especie de veneración afectuosa, aceptó en seguida, respondiendo que, á las once, estaría en la Guerdache.

Un tiempo soberbio había sucedido á la semana de fuertes lluvias que acababa de anegar á Beauclair. Un sol radiante se había elevado en un cielo de un azul puro, como lavado por los chubascos, uno de esos soles claros de Septiembre, tan caluroso todavía, que los caminos ya estaban secos. Así que Lucas anduvo con gusto á pie los dos kilómetros que separan á la Guerdache de la ciudad. Cuando atravesó ésta á eso de las diez y cuarto, la ciudad nueva, que se extendía desde la plaza de la Alcaldía hasta los primeros campos de la Rumaña, le sorprendió con su dorada alegría de barrio elegante, y le hizo evocar el duelo terrible del cuartel pobre, que había visto la víspera. En la ciudad nueva estaban la Sub-Prefectura, el Tribunal y una hermosa cárcel, cuyas paredes mostraban el yeso, fresco todavía. En cuanto á la iglesia de San Vicente, como á caballo entre la ciudad vieja y la nueva, edificio elegante del siglo diez y seis, acababa de ser reparada, porque el campanario había amenazado hundirse sobre los fieles. El sol doraba las opulentas casas de los burgueses; la misma plaza de Brias, con su viejo y vasto edificio, que servía á la vez de Ayuntamiento y de escuela, se alegraba con aquella luz.

Pronto estuvo Lucas en el campo, saliendo por la calle de Formeries, cuya calzada recta, más allá de la plaza, seguía á la calle de Brias. En el camino de Formerie, casi á las puertas de Beauclair, estaba la Guerdache. No había prisa y Lucas caminaba como azotacalles lleno de sus ensueños; al volverse distinguió al Norte, al otro lado de la ciudad, cuyas casas descendían en cuesta suave, el inmenso talud de los Montes Bleuses que hendía la garganta escarpada de donde salía la corriente del Mionna. En esta especie de estuario, abierto sobre la llanura, se distinguía muy

claramente los edificios amontonados y las altas chimeneas del Abismo, así como el horno alto de la Crécherie, toda una ciudad industrial que también se veía desde el horizonte entero de la Rumaña, á leguas de distancia. Lucas estuvo mirando mucho tiempo. Después, cuando volvió á emprender la marcha á paso lento hacia la Guerdache, cuyos árboles magníficos ya distinguía á lo lejos, se acordó de la típica historia de los Qurignón que Jordán le había contado y la repasó en la memoria. El fundador del Abismo Blas Qurignón, el obrero tirador, vino á instalarse allí, al borde del torrente, con sus dos martinets, en 1823. Nunca tuvo más que una veintena de obreros, no juntó más que una fortuna modesta y se contentó con hacerse construir cerca de la fábrica la casa reducida, el pabellón de ladrillos en que habitaba todavía Delaveau, el director actual. Jerónimo Qurignón, segundo de este nombre, nacido el mismo año en que su padre fundaba su imperio, fué quien llegó á ser rey de la industria. En él se habían acumulado las fuerzas creadas por la larga ascendencia de obreros; todos los esfuerzos en germen, todo el empuje secular del pueblo. Siglos y siglos de energía latente, una larga serie de abuelos, testarudos y empeñados en buscar la dicha, obraban por fin, llegando á este triunfador, capaz de diez y ocho horas de trabajo al día; de una inteligencia, de una razón, de una voluntad que arrastraban los obstáculos. En menos de veinte años hizo salir de la tierra una ciudad, ocupó á mil doscientos obreros, ganó millones; después, ahogándose en la humilde casa levantada por su padre, compró en ochocientos mil francos la Guerdache, una gran mansión, suntuosa, donde podía alojar á diez familias, con un parque hermoso, tierras y una casería. En su convicción, la Guerdache iba á ser la casa patriarcal, en que reinaría lujosamente su descendencia, las numerosas parejas de amor y de alegría que debían nacer de su riqueza, como de una tierra bendecida. Les preparaba el porvenir de dominación que soñaba, mediante el trabajo domado, utilizado para el goce de los escogidos; pues esta fuerza amontonada que hoy ya se desbordaba, que él sentía en sí mismo, ¿no era definitiva, in-

finita, no iba á reaparecer, hasta aumentada, en sus hijos, sin disminuir ni agotarse en mucho tiempo? Pero en su solidez de encina, la primer desgracia le hirió joven todavía, en plena fuerza, á los cincuenta y dos años. Una parálisis repentina le quitó el uso de ambas piernas, y tuvo que ceder la dirección del Abismo á Miguel, su hijo mayor.

Miguel Qurignón, tercero de este nombre, acababa de cumplir treinta años. Tenía un hermano menor, Felipe, que contra la voluntad de su padre se había casado en París con una mujer de extraordinaria belleza, pero de hábitos alarmantes; y entre los dos mozos, había una hija, Laura, ya de veinticinco años, que atormentaba á sus padres con una devoción extremosa. Miguel se había casado muy joven, con una mujer de blanda dulzura, de la cual tenía dos hijos, Gustavo y Susana, el uno de cinco años y la otra de tres. Entonces tuvo que encargarse de repente de la dirección de la fábrica. Se convino que la dirigiría en nombre y provecho de la familia entera, debiendo cada cual sacar su parte de beneficios, según la partición hecha de común acuerdo. Aunque no tenía en grado heroico las admirables cualidades de su padre; ni su resistencia para el trabajo, ni su viva inteligencia, ni su método; con todo, fué al principio un excelente jefe; consiguió durante diez años que no decayera la casa, y hasta extendió sus negocios por algún tiempo, renovando la antigua maquinaria. Pero le alcanzaron duelos y disgustos que parecían anunciar los próximos desastres. Su madre había muerto, su padre paralítico, que sólo salía para que le pasearan en un cochecito, se había como encerrado en mudez absoluta, desde que pronunciaba con trabajo ciertas palabras. Después su hermana Laura entró en un convento, perdida la cabeza por la exaltación mística, sin que nada pudiera detenerla en la Guerdache, entre las alegrías del mundo; y en tanto venían de París lamentables noticias de la familia de su hermano Felipe, cuya mujer iba resbalando en aventuras escandalosas, arrastrando al marido á una vida desenfadada, de juego, necedades y locuras. Por último, perdió Miguel á su esposa, tan delicada, tan amable, y

esto fué para él una gran desgracia, la causa de una especie de desequilibrio, que le arrojó al desorden. Ya antes, había cedido á su afición á las mujeres hermosas, pero discretamente por el miedo que tenía de afligir á la querida compañera siempre enferma. Muerta ella, nada le estorbó, hizo su gusto en toda ocasión, en amoríos á la ventura, en que dejaba lo mejor del tiempo y de la fuerza.

Pasó un nuevo período de diez años, durante el cual el Abismo (que ya no tenía á su frente al jefe vencedor de las épocas de conquista), decayó, dirigido ahora por un amo cansado ya y repleto que se comía todo el botín. Una fiebre de lujo le había dominado, y todo se volvía fiestas, placeres, dinero gastado en la vida alegre. Y fué lo peor que á estas causas de ruina, una mala gestión, esfuerzos que cada día se debilitaban más, se juntó una catástrofe industrial que estuvo á punto de aniquilar toda la industria metalúrgica de la comarca. Se hizo imposible continuar fabricando aceros baratos, railes, grandes armaduras, ante la competencia victoriosa de las fábricas de aceros del Norte y del Este, que, en adelante, gracias á la invención de un procedimiento químico, podían emplear muy económicamente minerales defectuosos, hasta entonces inutilizados. Y en dos años sintió Miguel hundirse bajo sus pies el Abismo, y el día en que por vencimientos acumulados necesitó trescientos mil francos, que tuvo que pedir prestados, un drama íntimo, abominable, acabó de volverle loco. Estaba entonces cerca de los cincuenta y cuatro años, enamorado con el corazón y la carne de una mujerzuela bonita, traída de París, escondida en Beauclair, con la cual soñaba locamente en huir de un momento á otro, corriendo al país del sol, para vivir de amor, lejos de todo aquel trabajo.

Su hijo Gustavo, cuyos veintisiete años se arrastraban ociosos, después de estudios detestables, se le reía enterado de sus amores, porque vivía con él como con un camarada. También se burlaba del Abismo, y se negaba á poner los pies sobre todo aquel hierro viejo, que manchaba y olía mal; y montaba á caballo, cazaba, hacía la vida vacía de un mozo amable, sin

de una raza, como si ya contara siglos de antepasados ilustres. Y ello fué que á lo mejor una noche, después de haber cogido en una gaveta cien mil francos, todo lo que su padre había podido juntar para los vencimientos del día siguiente, desapareció con la querida de «papá»; se llevó á la mujerzuela bonita, que se le había arrojado al cuello. Y al otro día, Miguel, herido en el corazón y en la cabeza, al ver humilladas su pasión y su fortuna, cediendo á un vértigo de un monstruoso horror, se mató sin más, de un tiro de revólver.

De esto hacía tres años, y las ruinas de los Qurignón, precipitándose, se habían acumulado todavía, como para ejemplo del destino más adverso. Poco después de la marcha de Gustavo, se supo que había muerto en Niza, arrastrado por los caballos desbocados de un coche, que le habían arrojado á un precipicio. En París, el hermano menor de Miguel, Felipe, acalaba de desaparecer también, muerto en desafío, después de una aventura fea, á que le había arrastrado su terrible mujer, que ahora estaba en Rusia, según decían, con un cantante; y el único hijo que habían tenido, Andrés Qurignón, el último de este nombre, había tenido que ser encerrado en un sanatorio, enfermo de raquitis, complicada con delirios. Aparte de este enfermo, y de la tía Laura, que seguía en el convento, como muerta también, sólo quedaba Susana, la hija de Miguel. Susana, á los veinte años, cinco antes de la muerte de su padre, se había casado con Boisgelín, que se había enamorado de ella, al encontrarla en casa de un vecino del campo. A pesar de que el Abismo ya peligraba, Miguel, fastuoso, se había arreglado de modo que había podido dar á su hija un millón de dote. Por su parte, Boisgelín, tenía por su abuelo y por su padre una fortuna de más de seis millones, ganada en negocios turbios; toda una mala fama de usura y de robo, de la cuál, personalmente, le limpiaba su absoluta ociosidad, desde que había nacido. Gozaba de consideración, envidiado, bien quisto, dueño en París de un soberbio palacio, en el parque Monceau, y haciendo una vida de gastos locos. Después de haber hecho consistir su dis-

función en ser el último de la clase, en el Liceo Condorcet, pasmado con su elegancia, jamás había hecho cosa alguna con sus diez dedos; creía ser el aristócrata nuevo, que fundaba su nobleza comiéndose con magnificencia la fortuna que sus mayores habían adquirido, sin rebajarse él jamás á ganar un cuarto. Lo malo fué que los seis millones llegaron á no bastar para el gran tren de la casa, y que él se dejó arrastrar á especulaciones rentísticas, de las que por cierto no entendía una palabra. Nuevas minas de oro enloquecían entonces la Bolsa; se le había prometido que si arriesgaba su fortuna la triplicaría en dos años. Y de repente aquello fué la ruina, el desastre; pudo creer un instante que estaba absolutamente perdido, hasta el punto de no salvar de los escombros un pedazo de pan para el día siguiente. Lloraba como un niño, miraba sus manos de ocioso, preguntándose qué haría de ellas ahora, pues ni sabían, ni podían trabajar. Entonces Susana, su mujer, se manifestó de veras admirable, con una ternura, una sana razón, un valor, que otra vez le pusieron en pie. El millón de la dote estaba intacto. Quiso ella liquidar, despejar la situación, que se vendiera el palacio del parque Monceau, donde la vida se hacía muy cara; y de este modo pareció otro millón. ¿Pero, cómo vivir, en París sobre todo, con dos millones, cuando seis no habían bastado, é iban á renacer todas las tentaciones del lujo ostentoso, que abrasaba la gran ciudad? Y el azar de un encuentro decidió del porvenir.

Boisgelín tenía un primo pobre, Delaveau, hijo de una hermana de su padre, el marido de la cual, inventor desgraciado, la había llevado á la miseria.

Delaveau, modesto ingeniero procedente de la Escuela de Artes y Oficios, ocupaba una humilde situación en una mina de hulla de Briás en el momento del suicidio de Miguel Qurignón. Devorado por el ansia de medrar, instigado por su mujer y muy al corriente de la situación del Abismo, que él creía poder levantar, gracias á una organización del todo nueva, había venido á París, en busca de comanditarios, cuando una tarde, en la calle, se encontró frente á frente de su primo Boisgelín. Fué aquello como un rayo,

¿cómo no había pensado en él, en aquel capitalista que justamente era marido de una Qurignón? Luego, cuando conoció la situación del matrimonio, aquellos dos millones, únicos que les quedaban, para los cuales buscaban una situación ventajosa, Delaveau amplió más su plan, tuvo con su primo varias entrevistas, durante las cuales se mostró tan convencido, tan lleno de inteligencia y de fuerza, que acabó por decidirle. Era todo un plan de genio; aprovecharse de la catástrofe, comprar el Abismo en un millón, cuando valía dos, y organizar la fabricación de aceros finos, lo que daría pronto beneficios considerables. Después, ¿por qué los Boisgelín no compraban la Guerdache? En la liquidación forzosa que se iba á hacer de la fortuna de los Qurignón, la tendrían fácilmente por quinientos mil francos, cuando había costado ochocientos mil. Sobre los dos millones Boisgelín tendría además quinientos mil francos, que emplearía en la explotación de la fábrica; y él, Delaveau, se comprometía formalmente, decuplar el capital, á darle una renta de príncipe. El matrimonio debía dejar á París, viviría á sus anchas en la Guerdache, con vida dichosa, esperando á que la fortuna colosal, que de seguro habían de recobrar un día, les permitiese volver á la existencia parisiense, con todo el fausto que habían podido soñar.

Susana fué quien acabó de decidir á su marido; muy inquieto ante la idea de esta vida provinciana, con el terror de morir de aburrimiento. A ella por el contrario, le encantaba el volver á la Guerdache, donde había vivido durante toda su juventud. Las cosas pasaron como Delaveau había previsto; se hizo la liquidación; el millón y medio que los Boisgelín desembolsaron por el Abismo y la Guerdache, liquidaron apenas la situación embarazosa de los Qurignón, de suerte que se hicieron los dueños absolutos sin tener en adelante que rendir cuentas á los dos únicos herederos que quedaban, la tía Laura, la religiosa, y Andrés, el pobre raquíico, medio loco, encerrado en un sanatorio.

Por lo demás, Delaveau cumplió sus compromisos; reorganizó la fábrica, renovó la maquinaria y obtuvo

tan buen éxito en la fabricación de aceros finos, que al cabo del primer año ya se anunciaron magníficas ganancias. En tres años, el Abismo había vuelto á ser una de las fábricas de aceros más prósperas de la comarca, y la renta que los mil doscientos obreros ganaban para Boisgelín, le permitían instalarse en la Guerdache con un gran lujo; seis caballos en la cuadra, cinco carruajes en la cochera; partidas de caza, fiestas, comidas, para las cuales se disputaban las invitaciones las autoridades de la ciudad. Así que Boisgelín, que había arrastrado pesadamente su ociosidad con el mal de ausencia de París durante los primeros meses, parecía ahora haberse aclimatado á la provincia, volviendo á encontrar un rincón del imperio, donde triunfaba su vanidad, por haber vuelto á llenar con el vacío su vida, que era un zumbido de insecto inútil. Hacía sobre todo una causa secreta, una victoriosa fatuidad, en la tranquila condescendencia con que reinaba en Beauclair.

Delaveau se había instalado en el Abismo, donde ocupaba la antigua casa de Blas Qurignón, con su mujer Fernanda y su hija Nisa, de pocos meses. Tenía él entonces treinta y siete años, y su mujer veintisiete. La había conocido en casa de la madre de ella, una maestra de piano que habitaba en el mismo piso y corredor que él, en el fondo de una casa negra de la calle de Saint-Jacques. Tenía ella una hermosura brillante, tan bella y soberana, que por más de un año, cuando la encontraba en la escalera, se arrimaba él á la pared, temblando como pobre muchacho avergonzado de su fealdad y pobreza. Después se cambiaron saludos, comenzó cierta intimidad; la madre le declaró en confianza que había vivido doce años en Rusia, y que esta hija, de una magnificencia de reina, era el único regalo que había sacado, después de haber sido seducida por un príncipe que la adoraba y le hubiera dado una fortuna regia; pero había muerto por accidente, de un tiro, un día de caza; y la pobre mujer, volviendo sin un cuarto á París, con su Fernanda aun pequeña, no había podido menos de volver á sus lecciones, educando á la niña gracias á un trabajo encarnizado, soñando para ella,



Á pesar de todo, un prodigioso destino. Fernanda, mecida por las adulaciones, convencida de que su hermosura la destinaba á un trono, se había encontrado con la negra miseria; las botinas que no se sabía cómo reemplazar y los vestidos y los sombreros que tenía que arreglar ella misma. La cólera, hora por hora, se había apoderado de ella, con tal necesidad de vencer, que desde los diez años no había vivido un día sin odio, sin envidia, sin crueldad, acumulando en sí extraordinarias fuerzas de perversión y destrucción. Consumó la obra la creencia de que su hermosura vencería de todos modos por su propia omnipotencia; y llegó á cometer la necedad de entregarse á un hombre, á un señor de la fortuna y del poder, que la abandonó al día siguiente. Esta aventura, enterrada en el fondo más amargo de su sér, le enseñó la mentira, la hipocresía, la astucia que aun no tenía. Se juró no volver á empezar; conservaba demasiada ambición para caer en la vida de dama cortesana. Aquello era la quiebra de la hermosura; no bastaba ser hermosa: había que encontrar la ocasión de serlo; dar con un hombre á quien hechizar para convertirle en mera cosa sumisa. Y muerta su madre del ir y venir dando lecciones á domicilio durante un cuarto de siglo, por el lodo de París, para ganarle apenas el pan, vió Fernanda llegada la ocasión, al verse en frente de Delaveau, ni guapo ni rico, pero que ofrecía casarse. No le quería, pero le veía muy enamorado de ella, y se decidió á entrar de su brazo en el mundo ordenado de las mujeres honradas, en el cual le serviría aquel marido de apoyo y de instrumento. Tuvo que comprarla el canastillo de novia, la aceptó desnuda, con la fe exaltada de un devoto que sólo deseaba en ella á la diosa. Desde aquel instante se cumplió el sino como Fernanda lo había deseado. No habían pasado dos meses desde que su marido la había introducido en la Guerdache, cuando ya había seducido á Boisgelín, al cual se entregó de repente una tarde, después de haber estudiado el caso con cuidado. Para él fué una pasión fuerte; por ella hubiera dado su fortuna, á riesgo de romper con todo, Fernanda

encontraba en aquel buen mozo, de círculo y de caballo, el ideal buscado, el amante para la vanidad, la locura y la largueza, capaz de los peores abandonos con tal de conservar una querida tan bella, ya indispensable para su lujo. Además, allí satisfacía ella toda clase de rencores acumulados: el odio sordo á su marido, cuya vida de trabajo y tranquila ceguedad la humillaban; sus celos crecientes de la apacible Susana, á quien desde el primer día se había puesto á aborrecer, y esta era una de las causas que la habían decidido á robarle á Boisgelín, con la esperanza de hacerla padecer. Y ya la Guerdache ardía en continuas fiestas; allí reinaba Fernanda como hermosa convidada, realizando su sueño de vida fastuosa, ayudando á Boisgelín á comerse el dinero que Delaveau hacía sudar á los mil doscientos obreros del Abismo; y hasta esperando poder el mejor día volver á París, para triunfar allí con los millones prometidos. Esta era la historia á que Lucas iba dando vueltas en su fantasía, mientras que á paso lento, de paseo, acudía al convite de Susana. Si no conocía todas aquellas aventuras, sospechaba las que un porvenir próximo iba á permitirle penetrar en sus menores detalles. Y al levantar la cabeza vió que no estaba más que á cien metros del parque admirable, cuyos grandes árboles verdeaban en extensión indefinida. Se detuvo; una figura se erguía dominando las demás, la del señor Jerónimo, el segundo Quirignón, fundador de la fortuna, al cual había encontrado la víspera á la misma puerta del Abismo, en su cochecillo conducido por un criado. Y le volvió á ver, muertas las piernas, arruinado, mudo, con sus ojos claros, que miraban hacia veinticinco años los desastres que abrumaban á su raza. Su hijo Miguel, hambriento de alegría y de lujo, dejando la fábrica en peligro, matándose en un espantoso drama íntimo. Su nieto Gustavo, robando una querida á su padre y yendo á romperse el cráneo en el fondo de una sima, como perseguido por las furias vengativas. Su hija Laura en el convento, aislada del mundo; el otro hijo, Felipe, casándose con una ramera, cayendo con ella en el lodo, muerto en duelo después

de afrentosas aventuras; el otro nieto, Andrés, el último de su nombre, enfermo, encerrado entre locos. Y ahora el desastre que continuaba un fermento de podredumbre que acababa de aniquilar á la familia: esta Fernanda, caída allí como para consumir la ruina, con sus dientes pequeños, blancos, de terrible roedora. Silencioso, había asistido, asistía á tales cosas; ¿las notaba, las juzgaba? Se le suponía la inteligencia debilitada; pero con todo ¡con qué ojos miraba, límpidos, sin fondo! Y si pensaba, ¡qué reflexiones debían de llenar sus largas horas sin movimiento! Todas sus esperanzas se habían desmoronado, la fuerza victoriosa en la larga ascendencia de jornaleros; la energía que él creía deber legar á una larga descendencia, mediante una fortuna aumentada sin cesar, ardía como un montón de paja en el fuego de los placeres. En tres generaciones la reserva de potencia creadora que había exigido tantos siglos de miseria y de esfuerzos; acababa de ser devorada con gula en un momento; la exasperación nerviosa, el refinamiento destructor, se había producido con el cebo ardiente de la sensación. La raza, demasiado pronto ahita, loca por la posesión, se derrumbaba en pleno frenesí de la riqueza. Y aquel regio señorío, aquella Guerdache que él había comprado, soñando poblarla un día con sus numerosos descendientes, parejas felices que extendieran la gloria de su nombre; ¡con qué tristeza debía de mirarla, al contemplar vacías la mitad de las habitaciones; y qué cólera sentiría al verla hoy entregada á aquella mujer extraña, que traía el último veneno en los pliegues de su falda! Vivía como un solitario, sólo tenía relaciones de cariño con su nieta Susana, la única á quien consentía todavía entrar en sus habitaciones del piso bajo. En otro tiempo, Susana, desde los diez años le había cuidado allí, niña amorosa que sentía el infortunio del triste abuelo. Luego, cuando había vuelto casada, después de la compra del Abismo y de la Guerdache, había exigido que el abuelo siguiese allí, aunque ya nada le pertenecía después de la partición que había hecho de todos sus bienes, cuando leirió la parálisis. Sentía Susana escrúpulos, le parecía que al seguir los con-

sejos de Delaveau, ella y su marido, habían despojado á los otros dos miembros restantes de la familia, la tía Laura y Andrés el enfermo. En realidad, su existencia estaba asegurada, y era su abuelo Jerónimo á quien ella se lo pagaba todo con cariño, velando por él como un ángel. Pero él, si dejaba nacer una sonrisa en el fondo de sus ojos claros cuando los fijaba en ella, no tenía en su rostro frío, de facciones grandes, hundidas, más que dos agujeros, dos pozos insondables, cuando veía pasar al galope delante de él, la vida desenfundada de la Guerdache; ¿veía, pensaba? ¿qué desesperación había, entonces, en sus pensamientos?

Lucas se encontró delante de la verja monumental que daba á la carretera de Formeries en el sitio en que se separaba el camino de la vecina aldea de Combettes; y no tuvo más que empujar el portillo y seguir por la regia calle de olmos. En el fondo se distinguía la quinta, vasto edificio del siglo diez y siete, de noble aspecto en su sencillez, de doce ventanas en la fachada, dos pisos, piso bajo sobrealzado; al cual se llegaba por una doble escalinata, adornada con hermosos jarrones. El parque, muy grande, todo pradera y de árboles muy altos, lo atravesaba el Mienna, que alimentaba un gran estanque donde nadaban cisnes.

Y Lucas se dirigía á la escalinata, cuando una risa ligera de bienvenida le hizo volver la cabeza. Bajo una encina, cerca de una mesa de piedra rodeada de sillas rústicas, vió á Susana, que se había sentado allí mientras su hijo Pablo jugaba á sus pies.

—Sí, amigo mío, sí; he bajado aquí á esperar á mis invitados, como aldeana que no teme el aire libre. Cuánto le agradezco que haya aceptado mi invitación tan repentina.

Y le alargaba la mano sonriendo. No era bonita, pero tenía su encanto; muy rubia, pequeña, de fina cabeza redonda, rizado el pelo, los ojos de un azul suave. A su marido siempre le había parecido de una lamentable insignificancia, sin qué por lo visto sospechara la deliciosa bondad, el sólido buen juicio que se ocultaban bajo aquel aire de sencillez,

Lucas la cogió la mano, que tuvo un instante entre las suyas.

—Usted sí que ha sido amable acordándose de mí; soy tan dichoso, tanto, volviéndola á ver!

Le llevaba ella tres años, le había conocido en la pobre casa en que él vivía, en la calle de Bercy, cerca de la fábrica en que había empezado á trabajar como modesto ingeniero. Muy discreta, repartiendo ella misma sus limosnas, visitaba allí á un albañil viudo, con seis hijos, entre ellos dos niñas de pocos años; encontró al joven en aquel zaquizamí, con las dos niñas sobre las rodillas, una tarde que llevaba ella ropa blanca y pan para aquellos desgraciados. Trabaron amistad, y tuvo ocasión de pagarle la visita en el parque Monceau, con motivo de sus obras de caridad comunes. Una gran simpatía les había unido poco á poco; llegó él á ser su ayudante, su mensajero, sin saberlo nadie, en asuntos que ellos solos conocían; y de este modo acabó por frecuentar Lucas el palacio; invitado á las veladas, durante dos inviernos, y allí conoció á los Jordán.

—¡Si usted supiera cuánto se la ha echado de menos, cuánto se ha llorado su ausencia!—se contentó él con añadir, sin más alusión á su antigua complicidad de buenos corazones.

Conmovida, dijo ella:

—Cuando me acuerdo de usted, me desconsuela mucho no tenerle aquí, donde tanto habría que hacer.

Lucas acababa de ver á Pablo, que venía corriendo, con florecillas en la mano, y al verle tan crecido, mostró asombro. Muy rubio, menudo y sonriente, de aire bondadoso, el niño semejaba á su madre.

—Bah—dijo éste con alegría,—ya va á hacer siete años, es un hombrecillo.

Se habían sentado, conversando como hermanos, en el tibio ambiente de aquel esplendoroso día de Septiembre, tan entregados á sus queridos recuerdos, que ni vieron á Boisgellín bajar la escalinata y acercarse á ellos. Erguido, muy correcto, con su americana de campo, el monóculo en un ojo, Boisgellín era todo un buen mozo lleno de vanidad, de ojos grises, fuerte nariz, el bigote engomado, y recogía en bucles

su pelo negro sobre una frente estrecha que descubría un principio de calvicie.

—Buenos días, mi querido Froment—exclamó con voz que, por buen tono, exageraba el tartajear, cuando pronunciaba las erres.—Mil gracias por haber querido acompañarnos.

Y sin más, después de un fuerte apretón de manos á la inglesa, se volvió á su mujer:

—Dime, querida, ¿no has mandado enviar la victoria á los de Delaveau?

Susana no tuvo nada que responder; la victoria apareció por la calle de altos olmos, conduciendo al matrimonio, que se bajó delante de la mesa de piedra. Delaveau, pequeño, fornido, tenía la cabeza de un bulldog, maciza, corta, de mandíbulas salientes, y la nariz chata, los ojos grandes, saltones, las mejillas coloradas, medio ocultas por el collar espeso de barba negra. Tenía en el aire algo de militar, de autoritario y rígido. A su lado, formaba gracioso contraste Fernanda, morena, de ojos azules, alta, de talle esbelto, de seno y hombros admirables. Jamás cabellera más rica y negra había servido de marco á un rostro más puro ni más blanco, de grandes ojos azules, de ardiente ternura, de boca pequeña y fresca, de dientes pequeños de brillo inalterable y con fuerza para romper guijarros. Tenía orgullosa, sobre todo, lo delicado de sus pies, porque en esto veía la prueba innegable de su descendencia de príncipes.

Inmediatamente se excusó ante Susana, haciendo bajar de la victoria á una doncella que traía en el regazo á su hija Nisa, una niña de tres años, de pelo rubio, rizado, enmarañado, de ojos de color de cielo, y una boca de rosa, que reía siempre, haciendo hoyos en las mejillas y en la barba.

—Usted me perdonará, querida mía, si me he aprovechado de su permiso para traer á Nisa.

—Ha hecho usted muy bien—respondió Susana.— Ya le he dicho que los niños tendrán su mesita.

Parecían amigas. Apenas si en Susana un ligero parpadear anunció su emoción, al ver á Boisgellín solícito alrededor de Fernanda, que por su parte debía de mostrarle enojos, pues le recibió con el aire gla-

cial de que se valía, cuando él intentaba librarse de uno de sus caprichos. Con aire inquieto, volvió él junto á Lucas y Delaveau, que se conocían desde la última primavera, y se daban la mano. Pero la presencia inesperada del joven en Beauclair parecía causar emoción al director del Abismo.

—¡Cómo, está usted aquí desde ayer! Y, naturalmente, no ha encontrado usted á Jordán, porque una parte le ha obligado á salir de repente para Cannes. Sí, sí, ya lo sé; lo que no sabía, que le hubiese llamado á usted... el horno alto le da en qué pensar, le molesta.

A Lucas le sorprendió verle tan conmovido; le veía á punto de preguntarle por qué Jordán le había hecho venir á la Crèche. No comprendió la causa de esta repentina inquietud, y respondió á la ventura:

—¡Oh, molestarle! ¿lo cree usted? Todo va muy bien.

Entonces Delaveau, prudente, para hablar de otra cosa, dió á Boisgelin, á quien tuteaba, una buena noticia: la compra, por la China, de un «stock» de granadas defectuosas, que iban á volver á la fundición. Pero se volvió la atención á los niños, porque Lucas, que adoraba á la infancia, quedó encantado al ver á Pablo dar sus florecillas á Nisa, su gran amiga. Hermosa chiquilla, ¡parecía un sol menudo, de rubia que era! ¿Cómo había podido salir así, de un padre y una madre tan morenos? Fernanda, que había saludado á Lucas, sondeándole con su mirada aguda, para saber si sería un amigo ó un enemigo, gustaba de que se hiciese aquella pregunta, á la cual con aire triunfante respondía, aludiendo muy claramente al abuelo del niño, el famoso príncipe ruso:

—¡Oh! un gran mozo, rubio y sonrosado. Estoy segura de que Nisa será su vivo retrato.

A Boisgelin debió parecerle que no era «correcto» esperar así á sus convidados, bajo una encina, cosa que podían permitirse solamente modestos burgueses, retirados á la aldea. Al hacerlos entrar en la casa, llevándolos al salón, se encontraron con el señor Jerónimo, á quien un criado llevaba en su cochecillo,

El anciano había exigido hacer vida aparte, con sus horas diferentes de comida y de paseo, de levantarse y acostarse; y comía solo, y no quería que nadie se ocupara en sus cosas, y hasta se había establecido la regla de que nadie en casa le dirigiera la palabra. Así es que todos se contentaron con saludarle en silencio. Sólo Susana, siguiéndole con mirada cariñosa, sonreía.

El señor Jerónimo, que salía á dar uno de sus largos paseos, pasando á veces fuera toda la tarde, los había mirado fijamente á todos, como testigo olvidado, fuera del mundo, que no devolvía los saludos. Y Lucas volvió á sentir cierto malestar por su duda angustiosa, bajo la claridad fría de aquella mirada.

El salón era una estancia grande, muy rica, tapizada de brocatel rojo, con muebles de Luis XIV, sumptuosos. Acababan de entrar, cuando llegaron ya invitados: el Sub-Prefecto Chatelard, seguido del Alcalde Gourier, de su mujer Leonor y de Aquiles, hijo de éstos. De cuarenta años, guapo todavía, calvo, la nariz arqueada, la boca discreta, los ojos grandes y vivos, tras unos lentes, Chatelard era un desecho de París, que, después de haber dejado allí el pelo y el estómago, se había agenciado su plaza en Inválidos, en la sub-Prefectura de Beauclair, gracias á un amigo, improvisado ministro. Sin ambición y malo del hígado, y sintiendo la necesidad de reposo, había tenido la suerte de encontrarse con la hermosa señora Gourier, que parecía haberle fijado para siempre allí, en unas relaciones sin tormentas, vistas con buenos ojos por sus administrados, y hasta aceptadas, según decían, por el marido, que tenía otras aficiones. Leonor, todavía hermosa á los treinta y ocho años, rubia, de grandes facciones regulares, era muy devota, de aspecto frío y recogido, bajo el cual, según murmuraban ciertos iniciados, ardía una continua hoguera de deseos profanos. Y el tal Gourier, un hombre vulgar, coloradote, de nuca abultada, cara de luna, no parecía haber sospechado jamás nada, pues hablaba de su mujer con sonrisa compasiva, y prefería á las muchachas que trabajaban en su zapatería, una fábrica importante de calzado, heredada de su

padre; en la cual él mismo había ganado una fortuna. No hacían vida común de quince años atrás, y el único lazo que les unía era su hijo Aquiles; un mozo de diez y ocho años ya, que tenía las facciones regulares, los hermosos ojos de su madre, pero muy moreno, y el cual manifestaba un talento y una independencia, que tenía á sus padres confundidos y disgustados. Si la hermosa Leonor jamás había puesto los pies en la zapatería de su marido, la armonía más perfecta parecía unirlos ante el mundo; y sobre todo, desde que Chatelard había entrado en la casa, reinaba allí una dicha constante, que se citaba como ejemplo. El sub-Prefecto y el Alcalde, llegando á ser inseparables, facilitaban de esta suerte la administración, y toda la ciudad aprovechaba estas buenas relaciones.

Llegaron luego otros invitados, el presidente del tribunal, Gaume, acompañado de su hija Lucila, á quien seguía su novio, el capitán retirado Jollivet. Gaume, de cabeza larga, frente ancha, barba canosa, de cuarenta y cinco años apenas; parecía querer hacer olvidar en aquel rincón de Beauclair, bajo la pesadumbre abrumadora de un espantoso drama íntimo que había trastornado su vida. Una noche su mujer, abandonada por un amante, se había matado delante de él. Frío, severo en su aspecto, quedó para siempre inconsolable, destrozada el alma, todo en secreto, y padeciendo ahora por su hija, á quien adoraba, y que al crecer se iba pareciendo más y más á su madre. Pequeña, linda, cariñosa y delicada, con sus ojos de perdición, en un rostro claro, de cabellera castaña, dorada, Lucila le recordaba la falta de su madre, y tal temor le hacía sentir de verla reproducida, que, en cuanto tuvo la niña veinte años, hizo de ella la prometida del capitán Jollivet, á pesar de la amarga soledad en que iba á caer al desgarrarse el alma separándola de sí. El capitán Jollivet, gastado por sus treinta y cinco años, era con todo un buen mozo; la frente de testarudo, los bigotes arrogantes, de vencedor. Pero unas calenturas que traía de Madagascar, le obligaron á presentar la dimisión. Justamente acababa de heredar una renta de doce mil francos, y había decidido vivir en Beauclair, su tierra, casándose

con Lucila, cuyo aire de tórtola pasmada le había vuelto loco. Gaume, que vivía malamente de su empleo, no podía rechazar tal partido. Su desesperación oculta parecía crecer con esto, pero jamás había afectado un celo más severo por la ley, fundando siempre en rigor sus juicios, apoyando en el código la dureza de la represión. Algunos decían, que detrás de esta actitud implacable había un vencido, un pesimista desolado que dudaba de todo, y sobre todo de la justicia humana. ¡Y qué tormento el de un juez que condena, preguntándose si tiene derecho, á los miserables, víctimas del crimen de todos!

En seguida llegaron los Mazelle, con su hija Luisa, de tres años, otro convidado para la mesa pequeña. Era aquel un matrimonio perfectamente feliz; los dos gordos, de la misma edad, poco más de cuarenta, de un parecido que había ido infundiendo el uno en el otro; la misma cara sonrosada y sonriente, el mismo aire paternal y suave. Habían gastado cien mil francos para instalarse á lo burgués, en una casa cómoda, rodeada de un jardín bastante grande; allí vivían con quince mil francos en buenas rentas del Estado, cuya solidez era la única garantía con que se sentían seguros. Su felicidad, la beatífica alegría de su vida, empleada en adelante en no hacer nada, se había hecho proverbial: «¡Ah, ser como el señor Mazelle, que no hace nada! ¡Ese tiene suerte!» Pero él respondía que bien había ganado su fortuna, con diez años de andar de la ceca á la meca. La verdad era que, modesto tratante en carbones y habiendo casado con una mujer que le traía cincuenta mil francos de dote, ó sea por suerte ó por buen olfato, había previsto las huelgas, cuya frecuencia hacía años, hacían subir mucho la hulla francesa. Su arranque genial había consistido en asegurarse en el extranjero enormes reservas de carbón, al precio más bajo posible, y revenderlas con grandes beneficios á los industriales de Francia, á quienes la súbita falta de combustible obligaba á cerrar las fábricas. Pero había obrado como un sabio, dejando los negocios hacia los cuarenta, cuando ya tenía los seiscientos mil francos, que, según sus cálculos, debían de hacer, de su mujer y de

él, una pareja absolutamente feliz. No había cedido siquiera á la tentación de llegar al millón. Temía un cambio de la fortuna caprichosa. Y jamás un bienaventurado egoísmo había triunfado así, ni optimismo alguno había podido decir con más razón que todo marchaba muy bien en este mundo, que era para estas buenas gentes, que se adoraban ciertamente, que adoraban á su hija, fruto serondo, y que en la plena satisfacción de sus apetitos, lejos de toda ambición y de toda fiebre, ofrecían la imagen perfecta de la dicha, de la dicha cerrada á cal y canto, sin vistas á la desventura ajena. La única espina de esta felicidad era que la señora Mazelle, muy gruesa, muy fresca, se creía víctima de una enfermedad grave, sin nombre definido, motivo de que su marido la compadeciese y mimase más, sonriente siempre, diciendo con una especie de vanidad: «La enfermedad de mi mujer», como pudiera decir: «Los cabellos, el oro único de los cabellos de mi mujer». Ni temor ni tristeza nacían de aquí, como tampoco de su asombro ante su Luisita, que crecía tan diferente de ellos; morena, delgada y viva, con una graciosa cabecilla de cabra, de ojos oblicuos, nariz menuda. Aquel asombro era un encanto, como si la niña hubiera caído del cielo, regalo que traía un poco de viveza á la casa, llena de sol, que adormecían las digestiones demasiado tranquilas. La buena sociedad de Beauclair se burlaba de los Mazelle; eran dos botijos, gallinas cebadas, pero no por esto se les respetaba menos; se les saludaba, se les invitaba como hacendados, á quienes su sólida fortuna ponía por encima de los trabajadores, de los pobres empleados y hasta de los capitalistas millonarios, siempre amenazados por las catástrofes. Ya sólo se esperaba al señor Marle, cura de San Vicente, la parroquia rica de Beauclair. Llegó, y pasaron al comedor. Se excusó el cura; le habían detenido sus obligaciones. Era alto, fuerte, de rostro cuadrado, nariz aguileña, boca grande de vigorosas líneas. Joven todavía, de treinta y seis años, de buen grado hubiera luchado por la fe, á no ser por un ligero defecto en la lengua, que le hacía la predicación difícil. Esto explicaba que se resignase á enterrarse en Beau-

clair, mientras que su pelo obscuro cortado al rape; sus ojos negros y tenaces pregonaban al clérigo militante, que había soñado ser. Pero no le faltaba inteligencia, y se daba clara cuenta de la crisis que el catolicismo atravesaba. No confesando á veces sus temores, cuando veía su iglesia abandonada por el pueblo, agarrábase á la letra estrecha de los dogmas, seguro de que el antiguo edificio sería derribado, el día en que la ciencia del libre examen hiciera en él brecha. Aceptaba las invitaciones de la Guerdache, sin ilusiones respecto de las virtudes de la burguesía, y almorzaba ó comía allí, en cierto modo por deber, para ocultar bajo el manto de la religión las miserias que conocía.

Le encantó á Lucas la clara alegría, el agradable gran lujo del comedor, amplia estancia que ocupaba un ángulo entero del piso bajo, y por cuyas grandes ventanas se veía el césped y los árboles del parque. Parecía que aquel verdor entraba en la casa, que el comedor estilo Luis XVI, con sus maderas gris perla, tapizado de verde de agua, muy suave, se convertía en la sala de los festines, soñada en una ideal magia bucólica. La riqueza de la mesa, la blancura de los manteles, el brillo de la plata y del cristal, las flores que adornaban los cubiertos, coronaban la fiesta, que daba á los ojos el maravilloso cuadro de luz y de perfumes. La sensación fué tan viva, que de pronto evocó toda la noche anterior; el pueblo hambriento y negro que pisoteaba como un rebaño el lodo de la calle de Brías; los pudeladores y arrancadores que se tostaban la carne ante las llamas infernales de los hornos; sobre todo la pobre vivienda de Bonnaire con la triste Josina, sentada sobre un peldaño de la escalera, salvada del hambre por una noche, gracias al pan robado por su hermanillo. ¡Qué de miseria injusta! ¡de qué trabajo maldito, de qué execrable sufrimiento se hacía el lujo de los ociosos y de los felices!

En la mesa, de quince cubiertos, Lucas se encontró colocado entre Fernanda y Delaveau. Contra la costumbre, Boisgelin, que tenía á la señora de Mazelle á la derecha, había puesto á Fernanda á su izquierda,

Hubiera debido dar este sitio á la señora de Gourier; pero en las casas de confianza, ya se sabía que se colocaba siempre á Leonor cerca de su amigo el Sub-Prefecto Chatelard. Este, naturalmente, ocupaba el sitio de honor, á la derecha de Susana, que tenía á su izquierda al presidente Gaume. Se había puesto á Marle, el cura, junto á Leonor, su hija de confesión más asidua, más querida. Gourier estaba al lado de la señora de Mazelle, junto al presidente. Por último, el capitán Jollivet y Lucila, los novios, estaban en uno de los extremos, en frente del joven Aquiles Gourier, silencioso, al otro extremo, entre Delaveau y el cura. Susana, previsora, para poder vigilar mejor, había mandado que se pusiera detrás de ella la mesa de los niños, que presidía Pablo, de siete á ocho años, entre Luisa y Nisa, de tres, las cuales inspiraban cierta inquietud paseando sus manitas por platos y copas. Una doncella estaba á la mira, y el servicio de la mesa grande estaba á cargo de los dos ayudados de cámara, ayudados por el cochero. Vinieron los huevos rellenos acompañados por el sauterne y se trabó una conversación general, hablando del pan que se fabricaba en Beauclair.

—Yo no he podido acostumbrarme á él—dijo Boisgeln;—el pan de lujo de aquí no se puede comer; yo hago traerlo de París.

Había dicho esto con la mayor sencillez, pero todos miraron con un vago respeto los panecillos que comían. Mas los enojosos acontecimientos de la víspera ocupaban principalmente el pensamiento de todos, Fernanda exclamó:

—A propósito, ya sabéis que anoche entraron á saco una panadería de la calle de Brias.

Lucas no pudo contener la risa:

—¡Oh, señora, á saco!... Estaba yo allí. ¡Un pobre niño que ha robado un pan!

—También estábamos nosotros—manifestó el capitán Jollivet, ofendido por la compasión, que significaba disculpa, que había en el tono de Lucas.—Es de lamentar que no se haya detenido á ese muchacho, á lo menos por el ejemplo.

—Sin duda, sin duda—advirtió Boisgeln.—Parece que

hay muchos robos desde esa maldita huelga... Me han hablado de una mujer que había forzado el mostrador de un carnicero. Todos los abastecedores se quejan de que la gente vagabunda se llena los bolsillos en sus escaparates... ¡Ahí tienen ustedes inquilinos para la hermosa cárcel nueva! ¿no es así, señor presidente?

Iba Gaume á responder, cuando replicó el capitán con violencia:

—Sí, el robo infame engendra el pillaje, el asesinato. El espíritu de la población obrera se va haciendo temible. Anoche, todos ustedes, que estaban en la calle como yo, ¿no han sentido este espíritu de rebelión, que pasaba como una amenaza, un terror, que hacía temblar á la ciudad?... Además, Lange, el anarquista, no tenía pelos en la lengua, para decir lo que pensaba hacer. A gritos lo decía: «que haría saltar á Beauclair, que arrasaría los escombros». A ese, ya que lo han atrapado, supongo que lo pondrán á salar, como conviene.

La actitud de Jollivet molestó á todos. Aquel raptó de terror de que hablaba, que los demás habían sentido pasar como él la noche anterior, ¿para qué recordarlo, despertarlo, sobre aquella mesa tan agradable, cargada de cosas tan buenas, tan hermosas? Se sintió frío; la amenaza del mañana zumbó, en medio del silencio, en los oídos de aquellos burgueses alarmados, mientras los criados les servían truchas.

Delaveau, sintiendo que el silencio se hacía molesto, dijo al fin:

—Lange, mala persona... tiene razón el capitán... ya que lo han cogido ustedes, no lo dejen escapar.

Pero el presidente Gaume movía la cabeza, y con aire severo, fría expresión, sin que se supiera lo qué había detrás de aquella rigidez profesional, dijo:

—Sepan ustedes que esta mañana, por mi consejo, después de un simple interrogatorio, el juez de instrucción se ha decidido á soltar á ese hombre.

Hubo exclamaciones, que ocultaban un miedo positivo, bajo una exageración de broma.

—¡Oh, señor presidente; usted quiere que nos degüellen!

Gaume sólo respondió con un pausado movimiento

de la mano, que podía significar muchas cosas. La prudencia consistía en no dar, con un proceso ruidoso, una importancia considerable á palabras lanzadas al viento, que más germinarían cuanto más se esparciesen.

Jollivet se había calmado, mordiéndose el bigote, y no queriendo contradecir abiertamente á su futuro suegro. Pero el Sub-Prefecto Chatelard, que hasta entonces se había contentado con sonreír, dijo con suave y afable acento de hombre que está de vuelta de todo:

—¡Ah! lo comprendo, señor presidente; lo que usted ha hecho, es lo que llamo excelente política.... ¡Bah! no; el espíritu de las masas no es peor en Beauclair que en otras partes. Es donde quiera lo mismo, hay que atemperarse á él, y lo mejor es prolongar el estado actual de cosas, mientras se pueda; porque parece lo seguro que si cambia estaremos peor.

Lucas creyó adivinar un poco de burla irónica en aquel antiguo calavera parisiense, á quien el sordo espanto de aquellos burgueses provincianos debía de divertir. Toda la política práctica de Chatelard consistía en esto, en la más gallarda indiferencia, cualquiera que fuese el ministro que estuviese en el poder. La vieja máquina gubernamental continuaba funcionando por sí misma, por la fuerza adquirida, con chirridos y choques, y al fin se descompondría, y caería hecha polvo, al nacer una nueva sociedad. «Al freír será el reír», decía, riendo, en el seno de la confianza. La cosa marchaba, porque estaba montada ya, pero al primer tumbó serio, todo se lo llevaría la trampa. Los mismos esfuerzos intentados para consolar la vetusta carraca, las reformas tímidas ensayadas, las leyes inútiles que se votaban sin osar siquiera aplicar las antiguas, las crisis furiosas de las ambiciones y de las personas, las iras y delirios de los partidos, no hacían más que agravar, apresurar la agonía suprema. Todos los días, semejante régimen, so asombraba de no verse en tierra, esperándolo para el día siguiente. Y él, Chatelard, que no era un imbécil, se las arreglaba para durar, mientras el actual régimen durase. Republicano prudente, como había que serlo, representaba al Gobierno, nada más que lo

preciso para conservar su puesto, haciendo sólo lo necesario, queriendo antes que nada vivir en paz con sus administrados. ¿Que todo se hundía? ¡pues ya procuraría él no estar bajo los escombros!

—Ya lo ven ustedes—concluyó;—la desdichada huelga, que tanto les inquietaba, ha terminado de la mejor manera.

Gourier, el alcalde, no tenía la filosofía irónica del Sub-Prefecto, y aunque siempre estuviesen de acuerdo, lo que les facilitaba la administración de la ciudad, protestó:

—Vamos despacio, vamos despacio, querido amigo; demasiadas concesiones, nos llevarían muy lejos... Conozco á los obreros, los quiero, soy republicano viejo, un antiguo demócrata de la víspera. Pero si concedo á los trabajadores el derecho de mejorar su suerte, jamás aceptaré las teorías subversivas, esas ideas de los colectivistas, que acabarían con toda ciudad civilizada.

Y en su voz gruesa, temblorosa, sonaba el miedo que había tenido, la ferocidad del burgués amenazado, la innata necesidad de represión, que se había traducido en un momento por el deseo de hacer avanzar á la tropa, para obligar á los huelguistas, á tiros, á volver al trabajo.

—En fin, yo no he podido hacer más por los trabajadores en mi fábrica: caja de socorros, de retiros, habitaciones baratas; no cabe más blandura. ¿Y entonces, qué más quieren?... Esto es el acabóse. ¿No es así, señor Delaveau?...

El director del Abismo, hasta entonces, había comido con gran apetito, escuchando sin mezclarse en la conversación:

—¡Oh, el fin del mundo!—dijo con su tranquilo aplomo;—espero, sin embargo, que no dejaremos que el mundo se acabe, sin luchar un poco, para que continúe... Opino como el señor Sub-Prefecto: la huelga ha terminado muy bien. Y traigo una buena noticia: Bonnaire, el colectivista, ya sabéis, el cabeza de motín que me habían obligado á admitir otra vez, fué, se ha hecho justicia á sí mismo; anoche dejó la fábrica. Obrero excelente, pero ¡qué remedio! un exal-



lado, un soñader peligroso... ¡Ah, los sueños! ¡esos son los que nos llevan al abismo!

Y prosiguió; procuró mostrarse muy leal, muy justo. Cada cual tenía el derecho de defender sus intereses. Los obreros, declarándose en huelga, creían defender los suyos. El director de la fábrica defendía el capital, el material, la propiedad que se le había confiado. Y estaba dispuesto á ser indulgente, porque se sentía más fuerte. El salario, funcionando según la sabiduría de la experiencia, lo había organizado poco á poco. En eso estaba toda la verdad práctica; lo demás eran ensueños culpables; por ejemplo, el tal colectivismo, cuya aplicación traería la más espantosa catástrofe. También habló de los sindicatos, que combatía encarnizadamente, porque había adivinado en ellos una poderosa máquina de guerra. De todos modos, él triunfaba como trabajador activo sencillamente, como buen administrador, contento con que la huelga no hubiese hecho más estragos, convirtiéndose en un desastre é impidiéndole, aquel año, cumplir los compromisos adquiridos con su primo.

En aquel momento, los dos criados pasaban ofreciendo perdigones asados, mientras el cochera, cargado de vinos, presentaba Saint-Emilion.

—¿De modo—dijo Boisgeln bromeando;—que tú me juras que no nos veremos reducidos á un régimen de patatas, y que podemos comer sin remordimientos un alón de estos perdigones?

Una gran carcajada acogió esta salida, que pareció muy graciosa.

—Yo te lo juro—dijo alborozado Delaveau, riendo como los demás.—Duerme y come tranquilo; la revolución que se llevará tus rentas, no vendrá todavía mañana.

Lucas, silencioso, sintió palpar su corazón. Aquello era el salario: el capital que explotaba el trabajo de los demás. Adelantaba cinco francos; el obrero les hacía producir siete, y él se comía dos. Y á lo menos, Delaveau trabajaba, arriesgaba su cerebro, sus músculos; pero aquel Boisgeln, que jamás había hecho nada, ¿con qué derecho vivía, comía, con tanto lujo? Lucas extrañaba también la actitud de Fernanda,

que atendía con gran interés á esta conversación, nada á propósito para mujeres, que parecía excitada y muy contenta con la derrota de los obreros, y la victoria de aquel dinero, que sus dientes de lobezna devoraban á boca llena; sus labios rojos se levantaban un poco y descubrían los dientes agudos con una risa de fría crueldad, como si por fin, hubiese satisfecho sus rencores y sus apetitos, en frente de la mujer apacible, á quien engañaba, y entre su guapetón amante dominado por ella y un marido ciego que le ganaba los millones futuros. Parecía ya Fernanda un poco alegre por causa de las flores, de los vinos, de los manjares, y sobre todo por el placer perverso de utilizar su radiante hermosura, trayendo allí el desorden y la destrucción.

—¿Es verdad que se trata de dar una fiesta de caridad en la Sub-prefectura?—preguntó suavemente Susana á Chatelard.—¿Quieren ustedes que hablemos de algo que no sea política?

El sub-Prefecto, galante, fué en seguida de su opinión.

—Pues claro; somos imperdonables... Daré todas las fiestas que usted quiera, amiga mía.

Desde aquel momento, la conversación se dividió, y volvió cada cual á lo que le apasionaba. Marie, el cura, se había contentado con aprobar, con ligeros movimientos de cabeza, ciertas declaraciones de Delaveau; pues se mostraba siempre muy prudente en aquel medio en que le atormentaban el desorden moral del amo de la casa, el escepticismo del Sub-Prefecto y la hostilidad declarada del alcalde, que ostentaba ideas anticlericales. ¡Cómo le descorazonaba aquella sociedad, que él debía sostener, y que acababa en semejante ruina!

Su único consuelo era la devota simpatía de la hermosa Leonor, que tenía junto á sí, atenta nada más á cuidarle, diciéndole á media voz cosas agradables, mientras los demás discutían. También aquella vivía sin duda en el pecado, pero se confesaba, y ya estaba oyéndola en el tribunal de la penitencia, acusarse del placer excesivo de haber almorzado al lado de su ami-

go Chatelard, que oprimía debajo de la mesa y amorosamente una rodilla de la dama con otra suya. El bueno de Mazelle, olvidado entre el presidente Gaudme y el capitán Jollivet, tampoco había abierto la boca todavía, más que para tragar grandes bocados que masticaba lentamente, por miedo al dolor de estómago. La política no le interesaba desde que, gracias á sus rentas, estaba al abrigo de las horrascas, pero debía prestar atención á las teorías del capitán, que desahogaba muy contento, hablando á tan benévolo oyente. El ejército era la escuela de la nación; Francia no podía ser, según su tradición inmutable, más que una nación guerrera, que sólo volvería á su equilibrio el día en que hubiese reconquistado á Europa, reinando por el sable. Era una estupidez acusar al servicio militar de desorganizar el trabajo. Además ¿el trabajo de quién? ¿Qué trabajo? ¿Había eso? ¡El socialismo, la gran bromal! Siempre habría soldados y debajo gente para llevar el fardo. A lo menos, el sable se veía. Pero ¿quién había visto jamás la idea, la famosa idea, la pretendida reina del mundo? Y se reía de su propia gracia; y el bueno de Mazelle, que respetaba profundamente al ejército, reía con él por complacerle; mientras que Lucila, la novia, le clavaba la sutil mirada de enigmática enamorada, examinándole en silencio, con extraña sonrisilla, como saboreando la idea de sus condiciones de marido. Al otro extremo de la mesa, el joven Aquiles Gourier seguía encerrado en su silencio de testigo y de juez, brillándole los ojos con todo el desprecio que le inspiraban su familia y los amigos con que le obligaba á almorzar.

Pero de nuevo se alzó una voz que se oyó en toda la mesa, en el momento en que se servía una empanada de hígado de pato, una verdadera maravilla. Era la voz de la señora de Mazelle, muda hasta entonces, enfrascada en su plato, cuidando su enfermedad que reclamaba mucho alimento. Y como Boisgelín, atento sólo á Fernanda, no hacía caso de ella, se había vuelto á Gourier y le explicaba asuntos de familia; lo bien que se entendía con su marido, sus ideas sobre la instrucción que había de dar á su hija Luisa.

—No quiero que me lo carguen la cabeza. ¡Ah, no! ¿Para qué se ha de pudrir la sangre? Es hija única, heredará todos nuestros bienes.

De pronto, Lucas cedió á la necesidad de protestar, sin reflexionar, por pura malicia.

—¡Pero usted no sabe, señora, que se van á suprimir las herencias? ¡Oh, y muy pronto, en cuanto se organice la nueva sociedad!

Todos creyeron que hablaba en broma, y era tan cómico el estupor de la señora Mazelle, que todos ayudaron á Lucas.

¡La herencia suprimida, valiente infamia; el dinero ganado por el padre se les arrancaría á los hijos, se les condenaría á ganarse el pan á su vez! Sin duda esta era la consecuencia lógica del colectivismo. Y como Mazelle, asustado, viniese en socorro de su mujer diciendo que él no se inquietaba, que toda su fortuna estaba en papel del Estado, y que jamás osarían tocar al gran libro, Lucas replicó tranquilamente:

—Ahí está el error, caballero; se quemará el gran libro, se abolirá la renta. Es cosa resuelta.

Los Mazelle iban á ahogarse. ¡La renta abolida! Les parecía tan imposible como que el cielo se desplomara sobre su cabeza. Y estaban tan aturdidos, tan aterrados, por aquella amenaza del trastorno de las leyes naturales, que Chatelard, con lástima burlona les tranquilizó, y dijo volviéndose hacia la mesa de los pequeños, donde á pesar del buen ejemplo de Pablo, las niñas, Nisa y Luisa no se habían portado muy bien:

—No, no hay que temer. La cosa no está tan próxima; su hija de usted tiene tiempo de crecer y de criar hijos á su vez... Eso no quita que deban limpiarla, porque creo que ha metido la cara en la crema.

Continuaba la risa y la broma. Todos, sin embargo, habían sentido pasar el fuerte aliento del mañana, el viento del porvenir que soplabá de nuevo á través de la mesa, barriendo el lujo inicuo y los goces envenenados. Y todos acudían en socorro de la renta, del capital, de la sociedad burguesa y capitalista, basada en el salario.

—La república se suicidará el día que toque á la propiedad—dijo Gourier, el alcalde.

—Hay leyes y todo se hundiría el día que no fuesen aplicadas—dijo el presidente Gaume.

—¡Y qué diantrel en todo caso ahí está el ejército, vigilante, y que no permitirá el triunfo de los pillos—dijo el capitán Jollivet.

—Dejad obrar á Dios, que no es más que bondad y justicia—dijo el cura.

Boisgelín y Delaveau se contentaron con mostrarse conformes, porque para ayudarles á ellos se juntaban todas las fuerzas sociales. Y Lucas lo comprendió; el Gobierno, la administración, la magistratura, el ejército, eran quien sostenía todavía la sociedad agonizante, la monstruosa andamiada de iniquidad, el trabajo mortífero de los más, que alimentaba la corruptora holganza de unos pocos. Continuaban su terrible visión de la víspera; después de haber visto el reverso, ahora veía el anverso de aquella sociedad en descomposición, cuyo edificio se desmoronaba por todas partes. Y allí mismo, en aquel lujo, en aquel triunfante decorado, acababa de oírle estallar; á todos les veía inquietos, aturdiéndose, corriendo al abismo como todos los enloquecidos que arrastran las revoluciones.

Se servían los postres, la mesa estaba cubierta de cremas, pastas, magníficas frutas. Para acabar de animar á los Mazelle, al llegar al champagne, se hizo el elogio de la pereza, de la divina pereza, que no es de este mundo. El amplio comedor, tan alegre, parecía haberse llenado de la suave influencia, como un esfluvio, de los grandes árboles del parque, y Lucas reflexionaba, porque de repente, acababa de comprender el pensamiento que sentía en sí como una preñez: la emancipación del porvenir, enfrente de aquellos hombres que eran la autoridad injusta y tiránica del pasado.

Después del café, que se sirvió en el salón, Boisgelín propuso un paseo por el parque, hasta la Granja. Durante todo el almuerzo se había deshecho en obsequios para Fernanda, que continuaba esquiva. No le había permitido pisarla el pie bajo la mesa; no le respondía siquiera y guardaba sus sonrisas para

el Sub-Prefecto, que tenían enfrente. Ocho días duraba ya aquello. No había favores para él, cuando se permitía no obedecer inmediatamente á uno de sus caprichos. El fondo de su presente querrela era que había exigido Fernanda que él invitase á una cacería, con galgos, por el solo placer de lucir un vestido nuevo. Se había negado Boisgelín, por lo cara que salía la fiesta; y Susana que sabía algo, le había suplicado que fuese razonable. De este modo, la lucha era ya entre las dos mujeres; se trataba de saber quién vencería, si la querida ó la esposa. Durante el almuerzo, Susana, con su triste y suave mirada, no había perdido de vista la frialdad afectada de Fernanda, ni la solicitud inquieta de su marido. Así que cuando éste propuso lo del paseo, comprendió que sólo buscaba ocasión de verse á solas con la melindrosa, para defenderse y reconquistarla. Ofendida, incapaz de combatir, se recogió en su dignidad dolorida, y dijo, que ella se quedaba, para acompañar á los Mazelle, que por higiene no daban un paso después de comer. El presidente Gaume, su hija Lucila y el capitán Jollivet, declararon también que no se moverían; y entonces, el cura, Marle, propuso una partida de ajedrez al presidente. Aquiles Gourier ya se había despedido, contento al verse libre con sus sueños, por el ancho campo, á pretexto de un examen que estaba preparando. De modo que nadie más que Boisgelín, el sub-Prefecto, los Delaveau, el matrimonio Gourier y Lucas fueron á la Granja, á paso lento, á través de los árboles centenarios del parque.

Iban por bien parecer los cinco hombres en un grupo, y Fernanda y Leonor detrás, muy metidas en una conversación íntima. Boisgelín se deshizo en lamentos sobre las desgracias de la agricultura; la tierra se declaraba en bancarrota, los labradores corrían á una ruina próxima. Chatelard y Gourier estuvieron de acuerdo en que el problema terrible, sin solución por ahora, estaba allí; pues para que el obrero industrial pudiera producir, hacía falta que el pan estuviese barato, y si el trigo estaba barato, el paisano arruinado ya no compraba los productos de la industria. Delaveau creía que la solución estaba en un pro

teofonismo inteligente. Lucas, á quien interesaba la cuestión, les hizo hablar, y sobre todo obtuvo informes de Boisgelin, que acabó por confesar que su desconfianza provenía de sus continuas dificultades con su colono Feuillat, cuyas exigencias crecían de año en año. Iba á tener que dejarle al llegar el nuevo arriendo, porque el llevador había pedido una disminución del diez por ciento en el precio de la renta; lo peor era que, con el temor de no seguir en las fincas, ya no cuidaba las tierras, no las abonaba y decía que no tenía porque trabajar en provecho del que viniera detrás. Así se esterilizaba la propiedad, herida de muerte poco á poco.

—Y en todas partes es lo mismo—continuó Boisgelin.—No hay modo de entenderse; los labriegos quieren echárselas de propietarios, y quien paga es el cultivo..... Vean ustedes; en Combettes, la aldea que no está separada de mis tierras más que por la carretera de Formeries, no pueden ustedes figurarse lo mal que se entienden; los esfuerzos que cada aldeano hace para dañar al vecino, inutilizándose á sí propio... ¡Oh, el feudalismo tenía algo bueno; todos estos valientes se alinearían si no tuviesen nada, ni pudiesen soñar con tenerlo.

Esta conclusión imprevista hizo sonreír á Lucas; pero lo que le sorprendía era la confesión inconsciente de que la pretendida quiebra del terruño venía sólo de la falta de inteligencia. Y ahora al salir del parque, su mirada se extendía por la llanura inmensa, por aquella Rumaña tan célebre antaño por su fecundidad, acusada ahora de no poder ya sustentar á sus habitantes. A la izquierda veía extenderse los vastos dominios de la Granja, mientras que á la derecha distinguía los pobres tejados de Combettes, entorno de los cuales se agrupaban campos extremadamente divididos, cuatro terrones todavía desmigajados por las herencias, semejantes á una tela toda piezas y remiendos. ¿Y qué hacer para que volviese la concordia, para que de estos esfuerzos contradictorios y dolorosos naciese el gran impulso de solidaridad en nombre de la felicidad de todos?

Llegaban ya á la Granja, edificio amplio y de buen

aspecto y justamente en aquel instante pudieron oír juramentos, puñetazos sobre las mesas, todo el ruido violento de una disputa. En seguida vieron salir de la casa á dos aldeanos, el uno gordo y pesado, el otro flaco y de mal genio, los cuales, después de haberse amenazado por última vez se alejaron, dirigiéndose á campo traviesa hacia Combettes, cada uno por camino diferente.

—¿Qué pasa, Feuillat?—preguntó Boisgelin al colono, que estaba de pie en el umbral.

—¡Oh, nada, señor!... Dos de Combettes... Lo de siempre, una disputa por un lindero, y querían que yo decidiera el caso. Años y años, de padres á hijos, los Lenfant y los Yvonnot están en continua pelotera, y nada más que con verse se vuelven locos... Por más que he querido llamarlos á la razón, nada; ya los han oído ustedes; van á comerse. ¡Y vaya si son animales, santo Dios, cuando serían tan fuertes si quisieran pensar un poco y entenderse!

Luego, sin duda descontento por haber dejado escapar esta reflexión, que no era buena para dicha delante del amo, disimuló, mirando vagamente; y borrando toda expresión de su rostro, añadió:

—Si estas señoras y estos caballeros quieren entrar y descansar un momento...

Pero Lucas había visto brillar sus ojos. Le sorprendió encontrar á aquel hombre alto y delgado, tan seco, de color de tierra, quemado ya por las horas de sol ardiente, á los cuarenta años apenas. Era con todo de muy viva inteligencia, como pudo notarlo oyéndole conversar con Boisgelin. Le había preguntado éste, risueño, si había pensado bien lo de la renta, y el colono había movido la cabeza respondiendo con pocas palabras, como diplomático ganoso de vencer. Sin duda se reservaba su idea; la tierra para los que la cultivaban, de todos, para que se volviese á quererla y fecundarla. ¡Amar el terruño! y se encogía de hombros. Su padre, su abuelo, lo habían querido furiosamente. ¿De qué les había servido? El esperaba poder quererlo otra vez, cuando lo trabajara para sí, para los suyos, y no para un propietario que sólo pensaría en subir la renta el día que doblase la co-

secha. Y más había en el fondo de sus medias palabras, en su clara mirada al porvenir; la prudente inteligencia entre los aldeanos, los campos tan divididos trabajados en común, la gran cultura intensiva, con máquinas. Eran estas ideas raras que él se había ido formando poco á poco, que los burgueses no tenían para qué saber, pero que á veces se le escapaban sin pensarlos.

Acabaron por entrar un momento y sentarse, en la alquería; y Lucas encontraba allí las paredes frías y desnudas, el olor de trabajo y de pobreza que la víspera le habían impresionado tanto en casa de los Bonnaires, en la calle de las Tres Lunas. Seca y también terrosa como su marido, estaba allí la Feuillat callada, con su único hijo, un muchachote de doce años, León, que ayudaba á su padre. En todas partes lo mismo; en casa del aldeano como en casa del obrero, el trabajo maldito, con estigma de deshonor, convertido en lacería y sin sustentar siquiera al esclavo aherrojado en su oficio, como por una cadena. En la aldea cercana, en Combettes, el padecimiento era sin duda mayor todavía: casas sórdidas, una existencia de animales domésticos alimentados con sopas; los Lénfant, con su hijo Arsenio y su hija Olimpia, los Ivonnot, que tenían otros dos, Eugenia y Nicolás, todos comiendo en la artesa inmunda de la miseria, agravando sus males por el rencor con que se devoraban. Lucas escuchaba, miraba, evocaba este infierno social, y se decía que la solución del problema social estaba allí, con todo; porque el día en que se reconstituyera toda una sociedad nueva, habría que volver á la tierra, la eterna nodriza, la madre común, la única que podía asegurar á los hombres el pan de cada día.

Al dejar la alquería, dijo Boisgelín á Feuillat:

—En fin, usted lo pensará, amigo mío. La tierra ha ganado, y es justo que yo me aproveche de ello.

—¡Oh, ya está pensado, señor!—respondió el casero;—tanto me da reventar de hambre en medio de la calle ó en casa del amo.

A la vuelta, cuando damas y caballeros se dirigieron á la Guerdache, por otro camino del parque más solitario y sombrío, se formaron nuevos grupos; el

Sub-Prefecto y Leonor se retrasaron y pronto se quedaron á la cola, muy lejos, pero contentándose con charlar plácidamente como antiguo matrimonio; mientras Boisgelín y Fernanda, que se habían separado poco á poco, desaparecieron, como si hubiesen equivocado el camino, perdidos por extraviados senderos; tan animada era su conversación. Con paso igual, tranquilo, los dos maridos Gourier y Delaveau habían seguido por la calle de árboles, comentando un artículo sobre el fin de la huelga de «El Diario de Beauclair»; un periódico que tiraba quinientos ejemplares y publicaba un tal Lebleu, humilde librero clerical, al que daban artículos el cura Marle y el capitán Jollivet. El Alcalde deploraba que se hubiese metido á Dios en la danza, si bien aprobaba, como el director del Abismo, este canto de triunfo en que se celebraba con estilo lírico la victoria del capital sobre el salario. Lucas, que iba cerca de ellos, aburrido, se fué quedando atrás y echó por medio de la espesura, seguro de que al fin llegaría á la Guerdache.

¡Cuán adorable soledad en aquel espeso talar, en que el tibio sol de Septiembre entraba como lluvia de un polvo de oro!

Anduvo algún tiempo á la ventura, contento de verse solo al fin, respirando á sus anchas, en plena naturaleza, como libre del peso que le aplastaba, desde que toda aquella gente pesaba sobre su cerebro y sobre su corazón. Quiso, sin embargo, alcanzarlos, pero de repente dió, cerca de la carretera de Formieres, en anchos prados, en medio de los cuales un pequeño brazo del Mionna alimentaba una gran charca. La escena que se le ofreció lo divirtió mucho y fué para él de encanto y de esperanza.

Allí estaba Pablo Boisgelín, que acababa de obtener permiso para llevar hasta aquel sitio á sus dos convidadas, Nisa Delaveau y Luisa Mazelle, cuyos tres años suponían pies demasiado pequeños para ir muy lejos. Las niñeras, tendidas bajo un sauce, charlaban sin pensar en los niños; pero lo grave del lance, era que el futuro heredero de la Guerdache y las dos damas de babero, habían encontrado la charca ocupada por una invasión popular; por tres galopines con-

quisiadores que debían de haber escalado una tapia ó que se habían deslizado por debajo de un seto. Lucas, muy sorprendido, reconoció á Nanet, el jefe, el alma de la expedición, seguido de Luciano y de Antonieta Bonnaire, á quienes seguramente había seducido, arrastrándolos tan lejos de la calle de las Tres Lunas, gracias á la libertad del domingo. Todo se explicaba. Luciano había inventado un barquichuelo que navegaba sólo, y Nanet se había ofrecido á llevarlos á una charca que él conocía, donde jamás se encontraba á nadie. El barquichuelo caminaba solo por el agua clara, sin ondas. Era un prodigio.

Sencillamente, Luciano había tenido un rasgo genial, utilizando el infantil mecanismo de un cochecillo que giraba, un juguete de noventa y cinco centímetros, sin más que adaptar las ruedas, provistas de paletas, á un barco hecho de un pedacito de pino, abucado. Caminaba la máquina sus diez metros sin volver á darle cuerda. Lo peor era que había que coger el barco con una pértiga, y esto á cada instante les ponía en peligro de echarlo á pique. Petrificados de admiración, Pablo y sus dos convidadas, permanecían en pie al borde de la balsa. Luisa sobre todo, con los ojos brillantes en aquella carita de cabra caprichosa, pronto fué arrastrada por un deseo sin límites. Tendió las manitas y exclamó:

—Quiero yo, quiero yo...

Luego corrió hacia Luciano, que acababa de recoger con la pértiga el barco, para darle cuerda. La buena naturaleza, en el placer del juego, les juntó. Se tutearon.

—Soy yo quién lo ha hecho ¿sabes

—¡Oh, déjame ver, dámelo!

El chico no quiso, defendió su propiedad contra las manitas despojadoras.

—¡Ah, no, esto no, me costó mucho trabajo!... Vas á romperlo, suéltalo.

Sin embargo, acabó por ablandarse, viendo á la niña tan mona, tan alegre y oliendo tan bien.

—Yo te haré otro si quieres.

Y como el barco, otra vez en el agua, caminaba de nuevo con sus ruedas, la niña aceptó la oferta, batió

palmas y se sentó junto á Luciano sobre la hierba, vencida á su vez, ya tan compinches y sin separarse más de él.

Pablo, el mayor de todos, que por sus siete años era ya un hombrecillo, tuvo en tanto la idea confusa de que debía procurar enterarse. Se había fijado en Antonieta, cuyo aspecto amable y cuyo rostro sano y bonito le animaban.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Yo, cuatro; pero papá dice que aparento seis.

—¿Y quién es tu papá?

—Toma; papá es papá, pareces tonto; qué cosas preguntas.

Se reía con tanta gracia, que el niño juzgó la respuesta decisiva y no la preguntó más. También se sentó junto á ella y al punto fueron los mejores amigos del mundo. Sin duda no echó de ver que llevaba un vestidillo de lana, nada bonito: hasta tal punto le parecía agradable con aquel aire de salud y de confianza.

—¿Y tú? ¿Quién es tu papá? ¿Son suyos todos estos árboles? ¡Hay que bien! ¡Tú sí que tienes sitio para jugar!... Nosotros nos hemos metido por el agujero de la sebe; allá abajo.

—Está prohibido... Tampoco me dejan á mí venir aquí, porque tienen miedo de que me caiga al agua. Y da tanto gusto... No hay que decir nada, nos castigarían á todos.

Pero de pronto, hubo allí un drama. Nanet, tan rubio y desgreñado, se había pasmado ante Nisa, más desgreñada y rubia que él. Parecían dos juguetes: se fueron el uno al otro en seguida, como si su encuentro fuera una cosa necesaria, y se hubieran esperado. Ya estaban cogidos de la mano y se reían cara á cara, jugando á empujarse. Nanet que se la echaba de valiente, exclamó:

—Para coger el barco de ese no hace falta el palo... Voy á buscarlo yo dentro del agua.

Entusiasmada Nisa, que también estaba por los juegos extraordinarios, apoyó la proposición.

—Eso es, vamos á meternos dentro del agua; hay que quitar los zapatos.

Y al inclinarse por poco se cae al agua. Toda su valentía de chiquilla la abandonó y lanzó un grito terrible cuando sintió que el agua le mojaba las botinas. Nanet, hecho un bravo, se había lanzado y la había cogido con sus brazos pequeños pero ya fuertes. La llevaba como una conquista y un trofeo; la dejó sobre la hierba y volvió la niña á reirse jugando con él y echándose mano, rodando juntos, como alegres cabritos. Pero el grito agudo que la había arrancado el miedo, acababa de sacar á las niñeras de su descuidada charla bajo el sauce. Se habían levantado, habían visto con asombro la pandilla invasora, aquellos galopines caídos de las nubes, que se permitían arrastrar al desenfreno á los hijos de burgueses, confiados á su custodia. Acudieron con aire tan irritado, tan terrible, que Luciano se apresuró á recoger el barco, despejando á todo correr, por miedo de que se lo confiscaran. Antonieta le seguía y hasta el mismo Nanet, á quien arrastraba el pánico. Galoparon hasta el seto, se echaron á tierra, se deslizaron por el agujero y desaparecieron, mientras que las dos niñeras volvían á la Guerdache con los tres niños, conviniendo con ellos en no decir nada para que no se riñera á nadie.

Lucas se refa á solas, divertido con aquella escena, sorprendida bajo un sol paternal, en medio de la naturaleza, buena amiga. ¡Ah, las valerosas criaturas! qué pronto estaban de acuerdo, cuán fácilmente resolvían todas las dificultades, ignorantes todavía de las luchas fratricidas; y qué sueño de triunfal porvenir traían consigo. A los cinco minutos estaba Lucas de vuelta en la Guerdache y allí volvió á caer en la execrable realidad presente envenenada de egoísmo, convertida en campo de batalla encarnizada de todas las malas pasiones. Eran las cuatro y los convidados se despedían.

Lo que le impresionó fué ver á la izquierda de la escalinata, cerca de él, al señor Jerónimo en su cochecillo. Acababa de volver de su largo paseo y había hecho una seña al criado para que le dejase un instante en aquel sitio como si quisiera asistir á la des-

pedida de los convidados, bajo un sol tibio que ya alumbraba de soslayo.

En lo alto de la escalinata, Susana, entre aquellas damas y caballeros que se disponían á marchar, esperaba á su marido que se había retrasado acompañado de Fernanda. Ya hacía algunos minutos que todos los demás habían vuelto, cuando les vió aparecer charlando á paso lento como si se pensaran que aquella larga soledad de dos era lo más natural del mundo. No provocó Susana ninguna explicación, pero bien notó Lucas que sus manos temblaban ligeramente, mientras que una amargura dolorosa asomaba en sus sonrisas de señora de su casa obligada á mostrarse amable.

Pero sintió el agudo dolor de una herida, que á su pesar la hizo estremecerse, cuando Boisgelin, dirigiéndose al capitán Jollivet, le dijo que iría á verle para consultarle y organizar con él la partida de caza con galgos que hasta ahora sólo había sido para él un vago proyecto. De modo que era cosa hecha: la esposa quedaba derrotada, y vencía la querida que había impuesto su capricho de despilfarro y de locura durante aquel paseo imprudente, como una citada en público.

Susana sintió rebelársele el alma; ¿por qué no cogía á su hijo y se marchaba con él? En seguida, con un visible esfuerzo se calmó, muy digna, muy grande, guardando el honor de su nombre y de su casa, con su abnegación de mujer honrada, con aquel silencio de heroica ternura en que había resuelto vivir, contra el lodo que la rodeaba; y Lucas que lo adivinaba todo, ya no conoció su tortura más que en el temblor de su pobre mano febril cuando se la estrechó al despedirse.

El señor Jerónimo había seguido la escena con aquella mirada transparente como agua de manantial, que hacía preguntarse con angustia si había allí todavía un pensamiento, una inteligencia que comprendía y que juzgaba; luego asistió á la marcha de todos los convidados, como un desfile de todas las potencias, de todas las autoridades sociales, los señores que el pueblo tenía como ejemplo. Chatelard en

carretela partió con Gourier y Leonor, la cual ofreció un sitio al cura Marle, de manera que ella y el clérigo se sentaron codo con codo en el asiento delantero, y el sub-Prefecto y el alcalde enfrente de ellos.

El capitán Jollivet que conducía por sí mismo un tilburi de alquiler, se llevó al presidente Gaume y á Lucila, su novia, siempre vigilada por su padre, á quien inquietaban sus gracias de tórtola pasmada. Por último, los Mazelle, que habían venido en un landeau inmenso, á él volvieron como á un blando lecho, donde medio acostados acabarían de mecer su digestión. Y el señor Jerónimo, al cual no hicieron más que saludar todas, según la regla de la casa, les siguió con sus miradas como un niño sigue las sombras que pasan, sin revelar ninguna clase de sentimiento en su rostro frío.

Sólo quedaban los Delaveau, y el director del Abismo se empeñó en llevar á Lucas consigo en la victoria de Boisgelfin, para evitarle la vuelta á pie. Nada más sencillo que dejarle á la puerta de su casa; pues pasarían por delante de la Crécherie. Como no había más que una bigotera, Fernanda llevaría á Nisa en el regazo, y la niñera iría junto al cochero. Delaveau insistía con la mayor cortesía.

—De veras, señor Froment, sería para mí un verdadero placer.

Lucas tuvo que aceptar. Boisgelfin, con torpeza, volvió á hablar de la partida de caza, poniendo empeño en saber si Lucas estaría todavía en Beauclair para asistir á ella. Respondió el joven que no lo sabía; pero que no había que contar con él. Susana le escuchaba sonriente; después con los ojos húmedos por la fraternal simpatía, le estrechó la mano otra vez.

—Hasta la vista, amigo mío.

Y cuando por fin arrancó la victoria, Lucas volvió á encontrarse por última vez con los ojos del señor Jerónimo, que le pareció que iban de Fernanda á Susana, observando lentamente la destrucción suprema. Acaso sería una ilusión; acaso en el fondo de sus ojos sólo había asomado la única emoción que á veces lucía en ellos en vaga sonrisa, cuando miraba á

su querida nieta, la única á quien amaba todavía, la única á quien quería reconocer.

Mientras la victoria rodaba hacia Beauclair, no tardó Lucas en comprender por qué Delaveau había deseado tanto llevarle consigo. Se puso á preguntarle el motivo de su improvisado viaje, lo que venía á hacer y la nueva dirección que Jordán iba á dar á su horno alto, muerto Laroche, el antiguo ingeniero. Uno de los proyectos secretos de Delaveau había sido siempre comprar el horno alto, y el vasto terreno que le separaba de su fábrica, para doblar de este modo el valor del Abismo, englobando en él la Crécherie. Pero era un bocado caro, y por lo pronto no había esperado más que ir extendiéndose de modo lento y progresivo, porque no tenía el dinero necesario, ni con mucho para hacer el negocio de un golpe. Pero la súbita muerte de Laroche había enardecido su deseo, y se decía que acaso podría entenderse con Jordán, del cual sabía que estaba abismado en sus estudios, y deseoso de desembarazarse de una gestión que le incomodaba. Por esto la repentina venida de Lucas le había alarmado tanto, temeroso de que el joven viniese á contrarrestar su proyecto, acerca del cual sólo había hecho hasta entonces prudentes indicaciones. A las primeras preguntas, hechas como al descuido, con aire bonachón, Lucas se puso en guardia, sin ver claro todavía; y respondió de modo evasivo:

—No sé nada; hace seis meses que no he visto á Jordán. En cuanto al horno alto, creo que va sencillamente á encargar su dirección á cualquier ingeniero joven, de mérito.

Mientras hablaba, notó que Fernanda no le quitaba los ojos. Se la había dormido Nisa en el regazo y ella callaba, muy atenta, como adivinando que su fortuna se decidía allí; y fijaba los ojos en el joven, en el cual ya olfateaba un enemigo. ¿No era ya partidario de Susana? ¿No los había visto de acuerdo, dándose la mano fraternalmente? Y ahora, Fernanda veía la guerra declarada, toda su hermosura se aguzaba en una sutil y cruel sonrisa, con el ansia de la victoria.

—Lo que he dicho—replicó Delaveau, batiéndose en



retirada,—fue porque me habían contado que Jordán pensaba entregarse por completo á sus inventos...

—¡Admirables!—respondió Lucas en el entusiasmo de la convicción.

El coche se detuvo delante de la Crêcherie y se apeó Froment; dió las gracias y se encontró á solas. Temblaba, conmovido por un gran estremecimiento causado por aquellos dos días, que el destino benéfico le había hecho vivir, desde su llegada á Beauclair. Había visto las dos faces de este mundo execrable, cuyo armazón crujía podrido. Y la miseria de los unos, la riqueza emponzoñada de los otros. El trabajo, mal pagado, despreciado, distribuido injustamente, no era más que una tortura y una vergüenza, cuando debiera haber sido la nobleza, la salud, hasta la dicha del hombre. Su corazón estallaba, se le abría el cerebro, oprimido por aquella idea que había de nacer, que sentía como una preñez hacía algunos meses. Era un grito de justicia que brotaba de su sér entero, y á la hora presente, no tenía allí otra misión que acudir en socorro de los desgraciados y organizar un poco de justicia sobre la tierra.

#### IV

Los Jordán iban á llegar al día siguiente, lunes, en el tren de la tarde, á Beauclair. Lucas pasó la mañana vagando por el parque de la Crêcherie, de veinte hectáreas á lo más, pero cuya situación excepcional, fuentes bullidoras y admirable verdura hacían de él un rincón del paraíso, célebre en toda la comarca.

La casa era un edificio de ladrillo, bastante estrecho, sin estilo, que el abuelo de Jordán había construido en tiempo de Luis XVIII, sobre el solar del antiguo palacio, quemado durante la revolución, y estaba arrimado al declive de los Montes Bleuses, una muralla escarpada y gigantesca, que formaba un

promontorio á la salida de la garganta de Brias sobre la inmensa llanura de la Rumaña. El parque, abrigado de los vientos del Norte, al Mediodía, parecía una estufa natural en que reinaba una suave primavera. Toda una vegetación vigorosa cubría esta muralla de rocas, gracias á los arroyos que de ella caían por todas partes en cascadas cristalinas, mientras senderos de cabras subían como escaleras abiertas en la roca, entre plantas trepadoras y arbustos siempre verdes. Después los arroyos se juntaban, regaban como río de mansa corriente el parque entero, vastos prados de césped, ramilletes de grandes árboles, de lo más hermoso y fuerte. Jordán que quería dejar esta fecunda naturaleza entregada á sí misma, no tenía más que un jardinero y dos ayudantes, encargados únicamente de la limpieza, con más un huerto y algunos cuadros de flores cultivadas delante de la terraza de la casa.

El abuelo, Aureliano Jordán de Beauvisage, había nacido en 1790, la víspera del terror. Los Beauvisage, una de las más antiguas y más ilustres familias del país, ya habían venido á menos, y de sus inmensos dominios de otros tiempos, no conservaban más que dos alquerías, unidas hoy al territorio de Combettes, sin contar cerca de mil hectáreas de peladas rocas de páramos estériles, toda una ancha faja de la meseta de los Montes Bleuses. No tenía Aureliano tres años, cuando sus padres tuvieron que emigrar, abandonando en una terrible noche de invierno su quinta, que ardía. Hasta 1816 vivió en Austria, donde, golpe tras golpe, perdió á su madre y á su padre, dejándole en espantosa miseria, educado en la ruda escuela del trabajo manual, comiendo cuando lo ganaba, como obrero mecánico empleado en una mina de hierro. Acababa de cumplir veintiséis años, cuando en tiempo de Luis XVIII, al volver á Beauclair, encontró el señorío de sus mayores de nuevo menguado, perdidas las dos alquerías, simplemente reducido el parque actual, pequeño, y fuera, dos mil hectáreas, cubiertas de guijarros, sin valor alguno. La desgracia le había hecho muy demócrata; comprendió que ya no podía ser un

retirada,—fue porque me habían contado que Jordán pensaba entregarse por completo á sus inventos...

—¡Admirables!—respondió Lucas en el entusiasmo de la convicción.

El coche se detuvo delante de la Crêcherie y se apeó Froment; dió las gracias y se encontró á solas. Temblaba, conmovido por un gran estremecimiento causado por aquellos dos días, que el destino benéfico le había hecho vivir, desde su llegada á Beauclair. Había visto las dos faces de este mundo execrable, cuyo armazón crujía podrido. Y la miseria de los unos, la riqueza emponzoñada de los otros. El trabajo, mal pagado, despreciado, distribuido injustamente, no era más que una tortura y una vergüenza, cuando debiera haber sido la nobleza, la salud, hasta la dicha del hombre. Su corazón estallaba, se le abría el cerebro, oprimido por aquella idea que había de nacer, que sentía como una preñez hacía algunos meses. Era un grito de justicia que brotaba de su sér entero, y á la hora presente, no tenía allí otra misión que acudir en socorro de los desgraciados y organizar un poco de justicia sobre la tierra.

#### IV

Los Jordán iban á llegar al día siguiente, lunes, en el tren de la tarde, á Beauclair. Lucas pasó la mañana vagando por el parque de la Crêcherie, de veinte hectáreas á lo más, pero cuya situación excepcional, fuentes bullidoras y admirable verdura hacían de él un rincón del paraíso, célebre en toda la comarca.

La casa era un edificio de ladrillo, bastante estrecho, sin estilo, que el abuelo de Jordán había construido en tiempo de Luis XVIII, sobre el solar del antiguo palacio, quemado durante la revolución, y estaba arrimado al declive de los Montes Bleuses, una muralla escarpada y gigantesca, que formaba un

promontorio á la salida de la garganta de Brias sobre la inmensa llanura de la Rumaña. El parque, abrigado de los vientos del Norte, al Mediodía, parecía una estufa natural en que reinaba una suave primavera. Toda una vegetación vigorosa cubría esta muralla de rocas, gracias á los arroyos que de ella caían por todas partes en cascadas cristalinas, mientras senderos de cabras subían como escaleras abiertas en la roca, entre plantas trepadoras y arbustos siempre verdes. Después los arroyos se juntaban, regaban como río de mansa corriente el parque entero, vastos prados de césped, ramilletes de grandes árboles, de lo más hermoso y fuerte. Jordán que quería dejar esta fecunda naturaleza entregada á sí misma, no tenía más que un jardinero y dos ayudantes, encargados únicamente de la limpieza, con más un huerto y algunos cuadros de flores cultivadas delante de la terraza de la casa.

El abuelo, Aureliano Jordán de Beauvisage, había nacido en 1790, la víspera del terror. Los Beauvisage, una de las más antiguas y más ilustres familias del país, ya habían venido á menos, y de sus inmensos dominios de otros tiempos, no conservaban más que dos alquerías, unidas hoy al territorio de Combettes, sin contar cerca de mil hectáreas de peladas rocas de páramos estériles, toda una ancha faja de la meseta de los Montes Bleuses. No tenía Aureliano tres años, cuando sus padres tuvieron que emigrar, abandonando en una terrible noche de invierno su quinta, que ardía. Hasta 1816 vivió en Austria, donde, golpe tras golpe, perdió á su madre y á su padre, dejándole en espantosa miseria, educado en la ruda escuela del trabajo manual, comiendo cuando lo ganaba, como obrero mecánico empleado en una mina de hierro. Acababa de cumplir veintiséis años, cuando en tiempo de Luis XVIII, al volver á Beauclair, encontró el señorío de sus mayores de nuevo menguado, perdidas las dos alquerías, simplemente reducido el parque actual, pequeño, y fuera, dos mil hectáreas, cubiertas de guijarros, sin valor alguno. La desgracia le había hecho muy demócrata; comprendió que ya no podía ser un

Beauvisage, y en adelante firmó sencillamente Jordán; se casó con la hija de un colono de Saint-Cron, muy rico, y la dote le permitió construir sobre las cenizas del palacio la casa de ladrillos, que su nieto habitaba todavía. Pero convertido en trabajador, con las manos aun negras, se acordó de la mina de hierro de Austria, del horno alto en que había servido; y ya en 1818, buscó y descubrió una mina semejante entre las tristes rocas de su dominio, mina cuya existencia sospechaba, gracias á ciertas narraciones legendarias de sus padres; luego encima de la Crécherie, á media falda, instaló el horno alto, el primero levantado en la comarca. Desde entonces no fué más que un industrial, sin realizar jamás grandes negocios, siempre en lucha, falto del dinero indispensable, y sin más títulos al reconocimiento del país que el de haber traído á él, por causa de su horno alto, los trabajadores de hierro, fundadores de las ricas fábricas actuales, entre otros Blas Qurignón, el tirador que había fundado el Abismo en 1823.

Tuvo Aureliano Jordán un hijo, Severino, pasados los treinta y cinco años; y sólo á su muerte, en 1852, cuando este hijo le reemplazó, el horno alto de la Crécherie llegó á una importancia considerable. Severino se había casado con una señorita llamada Francisca Michón, hija de un médico de Magnolles, en la cual se reveló una mujer de una bondad exquisita, de una inteligencia superior. Llegó á ser la actividad, la sabia prudencia, la riqueza de la casa. Su marido, guiado por ella, amado, sostenido, abrió nuevas galerías en la mina, decupló la extracción del mineral y reconstruyó casi el horno alto para dotarlo de todos los perfeccionamientos conocidos. De modo, que con la gran fortuna que ganaron, sólo tuvieron la tristeza de verse sin hijos. Llevaban diez años de casados, y ya Severino tenía cuarenta cuando por fin les nació un hijo, Marcial, y diez años después todavía tuvieron una hija, Sœurette. Esta fecundidad tardía colmó su dicha; la madre sobre todo, fué una madre admirable que dos veces dió vida á su hijo, disputándolo victoriosamente á la muerte, formando su inteligencia, de la propia; su bondad, de su bondad,

El doctor Michón, el abuelo, un soñador humanitario, de una caridad divina, un fourierista y un saint-simoniano de los primeros, se había retirado á la Crécherie donde su hija le había hecho fabricar un pabellón; justamente el que Lucas ocupaba. Allí había muerto entre sus libros y la alegría del sol y de las flores. Y hasta la muerte de la adorable madre, cinco años después de la del abuelo y del padre, la Crécherie vivió en el contento de una prosperidad y de una felicidad constantes.

Marcial Jordán tenía treinta años, y su hermana veinte cuando quedaron solos; cinco hacía de esto, él, á pesar de su escasa salud y de las continuas enfermedades de que su madre le había curado á fuerza de amor, había pasado por la Escuela politécnica. Pero desde su vuelta á la Crécherie, abandonando todas las situaciones oficiales, dueño de su destino gracias á su fortuna considerable, se había apasionado por las investigaciones que abrían al estudio de los sabios las aplicaciones de la electricidad. Hizo construir al lado de la casa de ladrillos un gran laboratorio, instaló bajo un cobertizo próximo una poderosa fuerza motriz, después fué haciéndose poco á poco especialista, y acabó por entregarse casi por completo al sueño de realizar la fundición de los metales en hornos eléctricos, no teórica, sino prácticamente, para la explotación industrial. A partir de este momento, se encerró, vivió á lo monje, sólo para sus experiencias, para su gran empeño, que vino á ser su existencia misma, su razón de ser y de obrar. Su hermanita había reemplazado poco a poco para él á la madre perdida; pronto fué Sœurette su fiel Angel de la Guarda, siempre vigilante, cuidándole, rodeándole del cariño que necesitaba como del aire. Se encargó ella también de dirigir la casa; le evitó cuidados materiales, le sirvió de secretario, de ayudante en las preparaciones, sin ruido, toda paz y dulzura, con tranquilo sonreír. Por fortuna, el horno alto seguía marchando sólo. El antiguo ingeniero Laroche estaba á su frente, hacía más de treinta años, como un legado del fundador, Aurelio Jordán; de suerte que el Jordán actual, enfraseado en sus experiencias de la

toratorio, podía descuidar completamente las realidades del día. Dejaba al buen señor dirigir el horno alto; según la rutina adquirida, pues él había cesado de pensar en reformas, posibles perfeccionamientos, considerando todo esto como progresos relativos y transitorios sin importancia, desde que buscaba la transformación radical, aquella fundición del hierro por la electricidad, que había de ser una revolución en la industria metalúrgica. La misma Scurette tenía que intervenir á veces, resolver algunas cosas con Laroche, cuando sabía que su hermano estaba preocupado en alguna investigación, y no quería turbarle, distrayéndole en otras atenciones. Pero de repente, la muerte de Laroche acababa de traer tal desbarajuste á la marcha tan regular de las cosas, que Jordán creyéndose bastante rico y sin ambición alguna, se hubiera desembarazado de buen grado del horno alto, iniciando desde luego tratos con Delaveau, cuyo descao conocía, si Scurette, más prudente no hubiese conseguido de él que primero consultaría á Lucas, en quien ella tenía gran confianza. Por esto fué la llamada urgente, causa del repentino viaje del joven á Beauclair.

Lucas conocía á los hermanos Jordán, de haberlos visto en casa de Boisgelné en París, donde habían estado un invierno entero con motivo de ciertos estudios. Muy pronto les había unido una estrecha simpatía, causada en Lucas por la viva admiración que le inspiraba el hermano, cuyo genio científico le apasionaba, y por el profundo afecto, mezclado de respeto, que le atraía hacia la hermana, en quien veía una divina forma de la bondad. Trabajaba entonces también con el célebre químico Bourdin, encargado de estudiar minerales de hierro, demasiado sulfurados y demasiado fosfatados, que se trataba de hacer utilizables; y Scurette, se acordaba de los detalles que Lucas había dado á su hermano, en la conversación de una tarde, cuyo recuerdo estaba en ella vivo, pues como buen ama de su casa, ponía gran interés en lo que importaba á sus asuntos personales. Hacía más de diez años que la mina descubierta sobre la meseta los Montes Bleuses, por Aureliano Jordán, el abuelo, estaba abandonada, porque se había llegado á dar con

filones abominables en que el azufre y el fósforo dominaban de tal manera, que el mineral fundido no daba para pagar los gastos de extracción. Había, pues, cesado la explotación de las galerías; el horno alto de la Crécherie estaba ahora alimentado por las minas de Granval, cerca de Brías, de las cuales un ferrocarril de vía estrecha traía el mineral, bastante bueno, hasta la plataforma del cargadero, lo mismo que traía el carbón de otras minas próximas. Pero esto ocasionaba grandes gastos; Scurette pensaba con frecuencia en aquellos métodos químicos que acaso permitirían volver á explotar la mina, según lo que Lucas había dicho; y en su deseo de consultarle antes que su hermano tomara una determinación, entraba la necesidad de saber, á lo menos, lo qué se cedería á Delaveau, si mediaba una venta entre la Crécherie y el Abismo.

Los Jordán debían de llegar en el tren de las seis, después de doce largas horas de viaje, y Lucas fué á la estación á esperarlos, aprovechando el coche que les iba á buscar. Jordán pequeño, ruin, de rostro largo y apacible, de expresión vaga, á que servían de marco cabellos y barba de un castaño descolorido, bajó del coche envuelto en un largo abrigo de pieles, á pesar del calor de aquel hermoso día de Septiembre. Fué el primero que distinguió á Lucas, con sus ojos negros muy vivos y muy penetrantes, donde parecía haberse refugiado toda la energía de su sér.

—¡Ah! ¡mi querido amigo, cuánto le agradezco que nos haya esperado...! ¡No se puede dar idea de tamaño catástrofe; aquel pobre primo, tan sólo, tan lejos, que hubo que ir á enterrar; y yo que aborrezco los viajes!... En fin, ya se ha acabado; ya estamos aquí.

—¿Y con salud y sin demasiado cansancio?—preguntó Lucas.

—No, no mucho. Felizmente he podido dormir.

Scurette, después de estar segura de que no se había olvidado ninguna de las mantas llevadas por precaución, se acercó á ellos. No era bonita, también pequeña, pálida, sin color, de una insignificancia de

mujer que se resignaba á su papel de buena ama de casa y de enfermera.

Sin embargo, una suave sonrisa iluminaba con infinito encanto su rostro sin expresión, donde no había nada hermoso más que unos ojos apasionados, en el fondo de los cuales ardía toda la necesidad de amor que en ella se ocultaba, sin saberlo. Todavía no había querido á nadie más que á su hermano; le amaba como una niña encerrada en un claustro, que sacrificaba á su Dios el mundo. Al punto, antes de dirigirse á Lucas, exclamó:

—Atiende, Marcial, debieras ponerte el pañuelo.

Luego, volviéndose á Lucas, le manifestó con mucha amabilidad su viva simpatía.

—Tenemos que pedirle á usted mil perdones, señor Froment. ¡Qué habrá usted pensado de nosotros, no encontrándonos aquí á su llegada!.. Pero al menos ¿ha estado usted á gusto en casa? ¿Le han cuidado bien?

—Admirablemente; vida de príncipe.

—¡Oh, buena es esa!.. Al marchar había tenido buen cuidado de dar las órdenes necesarias para que nada le faltase. Pero así y todo, no estaba yo aquí; no podía vigilar, y no sabe usted cómo se me ha podrido la sangre, con la idea de haberle abandonado á usted así, en nuestra pobre casa vacía.

Habían subido al coche, y continuó la conversación. Lucas acabó de tranquilizarles, jurándoles que había pasado dos días muy interesantes para él, según les contaría más tarde. Al llegar á la Crèche, aunque ya era de noche, Jordán miró en torno suyo tan contento de volver á su existencia acostumbrada, que lanzaba gritos de alegría. Parecía verse allí después de una ausencia de muchas semanas. ¿Cómo se podía encontrar gusto en andar por esos caminos, si toda la felicidad humana quedaba en el rincón estrecho en que se piensa, en que se trabaja, libre el alma del cuidado de vivir, por la ventaja del hábito? Esperando á que Scurette hiciera servir la comida, corrió á lavarse con agua tibia, y se empeñó en llevar á Lucas á su laboratorio, con ansia de verse él mismo en él; y decía con su plácida risa, que no comería

bien, si primero no respiraba un poco el aire de la estancia en que pasaba la vida.

—Amigo mío, este es mi olor favorito. Palabra que sí... De todos los olores, el que más me gusta es el de la habitación en que trabajo... Este olor me encanta y me fecunda.

Era el laboratorio una gran sala muy alta de techo, construída de hierro y de ladrillos, cuyos anchos huecos daban sobre los verdores del parque; una mesa muy grande estaba en el medio, cargada de aparatos, y guarnecían las paredes multitud de complicados utensilios, con más, modelos, bocetos de proyectos; reducciones de hornos eléctricos en los rincones. De un extremo á otro de la sala, por el aire, una red de cables y de hilos, conducía la fuerza desde el próximo cobertizo en que estaba la máquina y la distribuía por los aparatos, útiles y hornos, para los experimentos. En medio de esta severidad científica, un poco ruda, se había destinado, delante de uno de los huecos, cierto espacio, para una especie de blando retiro; un rincón de suave intimidad, con estantes bajos de libros, muelles butacas, el diván en que Jordán dormitaba á horas señaladas y la mesita en que se sentaba su hermana, velándole, colaborando como fiel secretario.

Jordán dió vuelta á un botón, y toda la sala se alegró con una ola de luz eléctrica.

—Héme aquí; decididamente no estoy bien más que en mi casa... Y mire usted, el accidente que me ha obligado á estar fuera tres días, vino justamente en el instante en que un experimento me apasionaba. Volveré á la carga... ¡Dios mío, qué bien me siento!

Y continuaba riendo, más colorado, más animado que de costumbre, tendiéndose á medias sobre el diván, en una postura como para soñar, que le era familiar. Obligó á Lucas á sentarse junto á él.

—Diga usted, querido mío, ¿no le parece que nos queda tiempo para hablar de estas cosas que me han hecho desear tanto el verle, que me han decidido á hacerlo venir? Además, es necesario que mi hermana esté presente, porque es excelente consejera, y si usted quiere, lo dejaremos para después de comer, para

los postres... ¡Ah! qué placer tenerle á usted aquí en frente de mí y poder decirle, entre tanto, cómo van mis investigaciones. La cosa no va muy deprisa; pero trabajo, ya lo sabe usted, esto es lo importante; basta que se trabaje dos horas al día para conquistar el mundo.

Y habló el silencioso, expuso sus trabajos que no confiaba á nadie, excepto á los árboles del parque, como decía en broma. El horno eléctrico, para la fundición de metales, estaba encontrado, y, por lo pronto, sólo había buscado su aplicación práctica para fundir mineral de hierro. En Suiza, donde la fuerza motriz de los torrentes permite instalaciones poco costosas, había visto hornos que fundían el aluminio en condiciones excelentes. ¿Por qué no había de fundirse también el hierro? No se trataba, si se quería resolver el problema, más que de aplicar los mismos principios á un caso determinado. Los hornos altos actuales, no producen apenas más que mil seiscientos grados de calor, mientras que se obtenían dos mil con los hornos eléctricos, lo que daría una fundición inmediata y completa, de una perfecta regularidad. Había examinado sin esfuerzo el horno, tal como lo concebía, un simple cubo de ladrillos, de dos metros por todos sus lados, y dentro, el hogar y el crisol de magnesio, la más refractaria de las tierras conocidas. Había también calculado y determinado el volumen de los electrodos, dos gruesos cilindros de carbón, y su primera invención positiva consistía en haber comprendido, que podría tomarles directamente el carbono necesario para desoxigenar el mineral, de suerte que la operación de la fundición se simplificaría mucho; casi sin escorias, que estorbaban. Pero si el horno estaba construido, por lo menos en estado de bosquejo, ¿cómo ponerle en marcha, hacerle funcionar, de modo práctico y constante, según las necesidades industriales?

—¡Ahí tiene usted!—dijo señalando un modelo en un rincón del laboratorio.—Ese es mi horno eléctrico. Sin duda habría que perfeccionarle; tiene varios defectos, dificultades que todavía no he podido resolver. Con todo, tal como usted lo ve, me ha dado barras de

excelente fundición, y creo que una batería de diez hornos así, trabajando durante diez horas, darían la labor de tres hornos altos como el mío, que no se apagarían ni de día ni de noche. ¡Y qué fácil tarea, sin inquietud de ninguna suerte, dirigida por niños, dando vuelta á simples botones!... Pero debo confesar que mis barras fundidas me han costado tan caras como si fuesen lingotes de plata. De modo que el problema se plantea muy claramente; mi horno no es todavía más que un juguete de laboratorio; no existirá para la industria, hasta el día en que pueda alimentarle de electricidad con abundancia á precios de fábrica, bastante bajos, que hagan remuneradora la fundición del mineral de hierro.

Siguió explicando cómo hacía seis meses dejaba á su horno descansar, entregado por completo al estudio del transporte de la fuerza eléctrica. ¿No sería ya una economía quemar el carbón á la salida misma de la mina, y después enviar la fuerza eléctrica por cables á las fábricas apartadas que lo necesitasen? También aquel era un problema, cuya solución buscaban muchos sabios hacía algunos años, y lo malo era que todos tropeaban con que se desperdiciaba una fuerza considerable.

—Todavía acaban de hacerse experimentos—dijo Lucas con aire de incredulidad.—Yo creo que no hay economía posible.

Jordán sonrió con la suave terquedad, la fe invencible que ponía en sus investigaciones, durante los meses y meses que á veces le costaba la verdad menos importante que necesitaba afirmar.

—Jamás hay que creer, hasta aduquirir la certidumbre.... Yo he obtenido ya buenos resultados; algún día se almacenará la fuerza eléctrica, se canalizará, se dirigirá sin pérdida alguna. Si necesito veinte años, ¡corriente! dedicaré á ello veinte años. Es muy sencillo; se vuelve á la tarea todos los días; mientras la cosa no parece, vuelta á empezar. ¿Si no volviera á la carga, qué iba á ser de mí?

Habia dicho aquello con un aire de tan cándida grandeza, que Lucas se sintió conmovido, como ante el arranque de un héroe. Y le reparaba, tan menudo,

tan ruín, con su pobre salud siempre comprometida, tosiendo, agonizando, bajo abrigos y pañuelos, en medio de aquella inmensa sala, llena de gigantescos aparatos, atravesada por hilos que conducían el rayo, cada día más colmada del colosal trabajo de aquel sér menudo que allí se paseaba, se esforazaba, se encarnizaba en su empeño, como un insecto perdido entre el polvo del suelo. ¿Dónde encontraba, no sólo la energía intelectual, sino también el vigor físico para emprender y llevar á cabo trabajos considerables que parecían exigir muchas existencias de hombres fuertes y muy sanos? Y con qué trotecillo andaba, y cómo apenas respiraba, y sin embargo levantaba un mundo con aquellas manitas débiles de niño enfermo.

En esto se presentó Sœurette diciendo risueña:

—Qué es esto, ¿no vienen ustedes á comer?... Mira, Marcial, voy á cerrar el laboratorio con llave si no eres razonable.

El comedor, lo mismo que el salón, dos estancias bastante pequeñas, tibias y suaves como nidos cuidados por un corazón de mujer, daban á la verde llanura, sobre un horizonte de praderas y tierras de labor que llegaban á las confusas lontananzas de la Rumaña. Pero á tal hora, ya de noche, las cortinas estaban corridas, á pesar de la suave temperatura. Lucas pudo notar otra vez los minuciosos cuidados que la joven prodigaba á su hermano. Seguía éste un régimen complicado, que tenía sus platos particulares, su pan, hasta cierta agua que se le templaba ligeramente. Comía como un pájaro, se levantaba y se acostaba temprano como las gallinas, personas de buenas costumbres. Luego, durante el día, había cortos paseos, ratos de descanso, siestas, entre las horas de trabajo. A los que se asombraban de la prodigiosa labor que producía, creyéndole un héroe de laboriosidad; un verdugo de sí mismo, ocupado día y noche, les respondía que trabajaba apenas tres horas al día, dos por la mañana y una por la tarde, y que todavía un rato de recreo, porque no podía fijar la atención más de una hora, sin sentir vértigos, como si la cabeza se le vaciase. Jamás había podido dar más de sí,

su fuerza estaba en la voluntad, en la tenacidad, en la pasión por el trabajo presente, que engendraba y llevaba adelante con toda su bravura intelectual, aunque la preñez durase años, una vez concebida la idea. Así encontró Lucas respuesta á la cuestión que muchas veces había planteado, la de saber dónde encontraba Jordán, tan poca cosa, fuerza para sus enormes trabajos.

No la encontraba más que en el método, en el empleo prudente y razonado de sus medios, por pequeños que fuesen. Hasta utilizaba su debilidad, hacía de ella un arma contra el desorden que pudiera venir de fuera. Pero sobre todo, quería siempre lo mismo, daba á la tarea todos los minutos de que disponía, y esto sin desaliento posible, sin cansancio, con la fe lenta, continua, obstinada, que levanta las montañas. ¿Quién sabe el mundo de labor que se amontonaba, cuando se trabajaba sólo dos horas al día, con trabajo útil, decisivo, no interrumpido jamás por el capricho y la pereza? Es el grano de trigo que llena el saco, es la gota de agua que hace al río desbordarse. Una piedra tras otra, el edificio sube, el monumento crece por encima de las montañas. Así era cómo este hombrecillo enclenque, envuelto en mantas, que todo lo bebía templado, so pena de constiparse, construía la obra más vasta, por un prodigio de método y de adaptación personal, no consagrándole más que las escasas horas de salud intelectual conquistadas á su decaimiento físico.

Reinó la cordialidad durante la comida, entre sonrisas. En toda la casa hacían el servicio mujeres, porque el de los hombres le parecía á Sœurette demasiado estrepitoso, demasiado brutal para su hermano. El cochero y el mozo de cuadra buscaban ayudantes, en ciertos días fijos de gran apuro. Y las criadas, escogidas con gran cuidado, de aspecto agradable, de manos suaves y discretas, aumentaban la paz dichosa de la tranquila morada, sólo abierta á muy pocos íntimos. Había aquella noche una sopa substanciosa, un barbo pequeño en manteca, de Mionna, un pollo asado, una ensalada de legumbres, manjares bien sencillos, para celebrar la vuelta de los amos.

—¿De veras, no se ha aburrido usted mucho desde el sábado?—preguntó Sœurette á Lucas, sentados ya los tres á la mesa.

—Le aseguro á usted que no—respondió el joven. —Además, no saben ustedes lo muy ocupado que he estado.

Y les contó, primero, lo de la noche del sábado, la sorda rebelión en que había encontrado á Beauclair; el pan robado por Nanet, la detención de Lange, su visita en casa de Bonnairé, víctima de la huelga; pero por un singular escrúpulo que no se explicaba más tarde, no habló de su encuentro con Josina, no la nombró siquiera.

—¡Pobre gente!—dijo la joven con lástima.—Esta espantosa huelga les ha tenido á pan y agua, y gracias los que tenían pan... Qué hacer, cómo socorrerles. La limosna es un alivio ínfimo, y no puede usted figurarse cuánto me he atormentado, durante estos dos meses, al vernos en una impotencia tan radical, á nosotros los ricos y felices.

Era una «humanitaria», discípula del abuelo Michón, el viejo doctor fourierista, saint-simoniano, que de pequeña la ponía sobre sus rodillas para contarle cuentos que él inventaba, de falansterios fundados en islas afortunadas, de ciudades en que los hombres realizaban todos sus sueños de ventura, en una eterna primavera.

—Qué hacer, qué hacer—repetía angustiada, fijando los hermosos ojos piadosos y suaves en Lucas.— ¡Y ello, hay que hacer algo!

Entonces Lucas, vencido por la emoción, dejó escapar este grito del alma:

—¡Ah, sí! ya es tiempo, hay que hacer algo.

Pero Jordán movió la cabeza; en su existencia claustral, de sabio, jamás se ocupaba en política. La despreciaba mucho, claro que con justicia, porque al fin, es necesario que los hombres atiendan á la manera de que se les gobierna. Sólo que desde la altura de lo absoluto, en que vivía, consideraba como despreciables los acontecimientos, accidentes de un día, simples vaivenes del camino. Según él, la ciencia únicamente conducía á la humanidad hacia la verdad y la jus-

ticia, á la final ventura, á la ciudad perfecta del porvenir, á que se dirigen los pueblos con marcha tan lenta y angustiosa. Así que, para qué preocuparse por los demás; ¿no bastaba que la ciencia adelantase? ¡y pese á todo, adelantaba; cada una de sus conquistas era definitiva! Al cabo, cualesquiera que fuesen las catástrofes del camino, allí estaba la victoria de la vida, habiendo cumplido por fin la humanidad su destino. Y aunque muy amable y compasivo como su hermana, se tapaba los oídos ante la batalla contemporánea, se encerraba en su laboratorio, donde fabricaba, decía, felicidad para mañana.

—Obrar—declaró á su vez,—el pensamiento, es un acto, y el más fecundo que pueda influir sobre la tierra. ¿Sabemos las semillas que están camino de germinar?... Si todos esos desgraciados me desgarran el alma, no por eso me inquieto, porque la cosecha vendrá forzosamente á su hora.

Lucas, no queriendo insistir, en el estado de espíritu febril y turbado en que se encontraba él mismo, contó en seguida los sucesos del domingo, el convite de la Guerdache, el almuerzo á que había asistido; habló de las personas que había visto allí, de lo que había hecho y de lo que se había dicho. Comprendió perfectamente que hermano y hermana oían aquello con frialdad, sin interés por toda aquella gente.

—Desde que están en Beauclair, vemos raras veces á los Boïsgelin—manifestó Jordán, con su tranquila franqueza.—En París habían estado muy amables; pero aquí vivimos tan retirados, que el trato; poco á poco, ha cesado casi. Luego, hay que decirlo; nuestras ideas y nuestros hábitos son muy diferentes. En cuanto á Delaveau, es mozo inteligente y activo, entregado á su negocio, como yo al mío. Y he de añadir, que me causa terror la buena sociedad de Beauclair; hasta el punto que le cierro la puerta á cal y canto, muy satisfecho con verla indignada, y quedar aislado, como loco peligroso.

Sœurette se echó á reír.

—Marcial exagera un poco; yo recibo á Marle, el cura, excelente persona, así como al doctor Novarre, y al maestro Hermeline, cuya conversación me inte-



resá. Aunque es cierto que nuestras relaciones con los amos de la Guerdache son de cumplido, no por eso es menor mi sincera amistad con la señora de Boisgelin, tan buena y tan amable.

Jordán se divertía en dar broma á su hermana algunas veces.

—Dí entonces que soy yo quien hace huir á la gente, y que si no fuese por mí, abrirías la puerta de par en par.

—¡Pues ya lo creo!—exclamó ella, también en broma.—Aquí se hace lo que tú quieres. ¿Quieres que dé un gran baile, y que invite al Sub-Prefecto Chatelard, á Gourier, el alcalde, al presidente Gaume, al capitán Jollivet, á los Mazelle, á los Boisgelin, á los Delaveau?... Tú romperás la marcha, bailando con la señorita Mazelle.

Y siguió la broma; muy contentos aquella noche con su vuelta al nido fraternal, y con la presencia de Lucas. Después, á los postres, la gran cuestión sería se abordó por fin. Las dos criadas, tan mudas, tan ágiles, se habían marchado, pisando con suelas de fieltro, que no hacían ruido. Y el comedor apacible tenía la infinita suavidad de la intimidad cariñosa, en que corazonas y cerebros se abren libremente.

—He aquí, amigo mío—dijo Jordán,—lo que yo deseo de su amistad de usted... Usted estudiará la cuestión y me dirá, sencillamente, lo qué haría en mi caso.

Explicó todo el asunto, y en qué disposición de ánimo se encontraba. Hacía mucho tiempo que se habría deshecho del horno alto, si la explotación no marchara, por decirlo así, sola, guiada por la rutina. Las ganancias seguían siendo suficientes, pero esto no le importaba, porque se creía bastante rico; por otra parte, para doblarlas y triplicarlas, hubiera sido necesario renovar una parte del material, mejorar el producto, en una palabra, dedicarse al negocio por completo. Eso era lo que él no podía ni quería hacer; tanto más, que aquellos hornos altos antiguos, de un método, según él infantil y bárbaro, no le interesaban, no podían serle de ninguna utilidad, para los experimentos de fundiciones eléctricas que eran su pa-

sión. Había dejado su horno alto seguir como hasta allí, pensando en él lo menos posible, esperando la ocasión de no pensar en él absolutamente.

—Ya me comprende usted, ¿no es eso?... Y en esto, de repente, muere Laroche, el buen viejo, y toda la explotación y todos los cuidados caen sobre mis espaldas. No puede usted imaginar lo qué habría que hacer, si se quisiera tomar la cosa en serio; la vida de un hombre apenas bastaría. Y es el caso, que hoy por nada del mundo abandonaré mis estudios, mis investigaciones. De modo que lo mejor es vender, y estoy casi resuelto; pero me importa conocer primero la opinión de usted.

Lucas le comprendía, todo aquello le parecía razonable.

—No hay duda—respondió,—que usted no puede cambiar su trabajo, toda su existencia. Usted y el mundo perderían mucho. Sin embargo, reflexione más, acaso haya otras soluciones... Y además, para vender, hace falta quien compre.

—¡Oh!—replicó Jordán,—eso lo tengo... No es cosa de ayer mañana el deseo de Delaveau, que sueña con juntar el horno alto de la Crécherie á su fábrica de aceros, el Abismo. Ya me ha tanteado; no tendría más que mover un dedo.

Al nombre de Delaveau, hizo Lucas un movimiento brusco, pues, al fin, se explicaba por qué aquél se había mostrado tan inquieto, tan apremiante en sus preguntas. Y como el huésped, que sorprendió el gesto, le preguntase si tenía algo que decir contra el director del Abismo:

—No, no—continuó Lucas,—le creo, como usted, un hombre inteligente y activo.

—Eso es—continuó Jordán,—el negocio estaría en manos expertas... Me temo que habría que admitir ciertos arreglos, aceptar pagos á muy largos plazos, porque le falta dinero; Boisgelin ya no tiene capital disponible. Pero poco me importa; puedo esperar, me bastarían garantías sobre el Abismo.

Y tras una pausa, mirando á Lucas de frente, concluyó:

—Vamos á ver, ¿me aconseja usted cerrar el trato con Delaveau?

El joven no respondió inmediatamente. Un malestar, una invencible repugnancia llenaban todo su sér. ¿Qué era aquello, por qué se indignaba, se rebelaba, como si de aconsejar que se entregara el horno alto á aquel hombre hubiera cometido una mala acción, que sería un remordimiento? Y ello era que no se le ocurría ninguna razón plausible que le autorizase para aconsejar lo contrario. Y acabó por responder:

—Ciertamente, todo eso que usted me dice está muy bien, y no puedo menos de aprobarlo... Con todo, reflexione, reflexione usted más.

Hasta entonces Scurette había escuchado muy atenta, sin intervenir.

Parecía participar del sordo malestar de Lucas; le echaba una mirada de cuando en cuando, esperando, inquieta, lo que iba á decidir.

—Hay algo más que el horno alto—dijo por fin;—hay la mina, todos esos inmensos terrenos pedregosos que la acompañan, y que no cabe separar, me parece.

Su hermano hizo un gesto de impaciencia, deseoso como estaba, de verse libre, pronto y de un golpe.

—Delaveau llevará también los terrenos, si los desea. ¿Qué quieres que hagamos de ellos? Rocas pedradas, calcinadas, donde ni las zarzas quieren salir. Todo eso no vale nada, puesto que ahora ya no es explotable.

—¿Es seguro que no lo es?—insistió la hermana. —Recuerdo, señor Froment, que me contó usted un día, que en el Este se había llegado á explotar minerales muy defectuosos, gracias á un procedimiento químico... ¿Por qué no se ha ensayado todavía ese procedimiento allá arriba, en lo nuestro?

Otra vez Jordán levantó los brazos desesperadamente al cielo.

—¿Por qué, por qué? hija mfa... Porque Laroche era incapaz de una iniciativa; porque yo mismo no he tenido tiempo de ocuparme de eso; porque las cosas iban de cierta manera, y no pueden ir de otra... Ahí tienes; si vendo es justamente por no oír hablar

más de eso, porque es absolutamente imposible que yo dirija el negocio, me pone malo.

Se había puesto en pie, y la hermana calló, viéndole tan agitado, temerosa de verlo febril.

—Hay momentos—continuó él,—en que me entran ganas de llamar á Delaveau para que cargue con todo, aunque no me pague nada... Lo mismo que esos hornos eléctricos, cuya solución busco con tanto afán; jamás he querido ponerlos yo mismo por obra, acuñar oro con ellos; porque el día que los haya descubierto, los entregaré á todos, para prosperidad y dicha de todos... En fin, es cosa convenida; ya que nuestro amigo considera mi proyecto razonable, mañana estudiaremos juntos la cesión, y acabaré de una vez...

Luego, como Lucas no respondía, por aquella repugnancia, y deseoso de no comprometerse más, volvió Jordán á excitarse, y le propuso subir un instante á ver el horno alto, porque quería saber por sí mismo cómo se había portado durante aquellos tres días de ausencia.

—Estoy algo inquieto; hace una semana que murió Laroche, y no le he reemplazado; he dejado á mi maestro fundidor, Morfain, dirigir el trabajo. Es un hombre admirable; ha nacido allá arriba; ha crecido entre el fuego. Pero así y todo, la responsabilidad es pesada para un simple obrero como él.

Temerosa Scurette, quiso intervenir, suplicando:

—Pero, Marcial, acabas de llegar, estás fatigado, y quieres salir así, á las diez de la noche.

Otra vez muy cariñoso, la abrazó diciendo:

—Deja, chiquilla, no te atormentes; ya sabes que nunca hago más de lo que puedo; te aseguro que dormiré mejor, si cumplo mi deseo.... La noche no está fría, y llevaré el abrigo de pieles. Ella misma le ató un gran pañuelo al cuello y le acompañó hasta lo último de la escalinata, para convencerse de que en efecto la noche estaba deliciosa; un sueño tranquilo de los árboles, de las aguas y de los campos bajo un cielo de terciopelo oscuro, tachonado de estrellas,

—Señor Froment, ya sabe que á usted se lo confío, no le deje tardar mucho.

Lucas y Jordán, por detrás de la casa, empezaron en seguida á subir por la estrecha escalera, labrada en la piedra, que subía á la meseta de roca sobre la cual estaba construido el horno alto, á media ladera del gran declive de los Montes Bleuses; se subía entre pinos y plantas trepadoras: un verdadero laberinto, que encantaba. Levantando la cabeza, á cada recodo del sendero, se distinguía la masa negra del horno alto destacándose cada vez más neta en la noche azul, con los extraños perfiles de los órganos mecánicos agrupados alrededor del hogar central.

Jordán iba delante á paso ligero y menudo, y al llegar á la meseta, se detuvo ante un montón de rocas, donde brillaba una lucecita como una estrella.

—Espere usted—dijo,—voy a saber si Morfain no está en casa.

—Pero, ¿dónde está la casa? — preguntó Lucas, asombrado.

—Pues allí, en esas antiguas grutas que ha transformado en una especie de vivienda, donde se empeña en vivir, con su hijo y su hija, á pesar de haberle ofrecido una casita más habitable.

En la garganta de Brias, todo un pueblo miserable ocupaba agujeros parecidos. En cuanto a Morfain, seguía allí por gusto, pues allí había nacido cuarenta años antes, y allí estaba al lado de su trabajo, casi pegado á aquel horno alto, que era su vida, su cárcel y su imperio. Por lo demás, en su instalación prehistórica como troglodita civilizado, había acabado por introducir algunas comodidades; un sólido muro que cerraba las dos grutas, una puerta sencilla y ventanas con vidrios pequeños en las aberturas. En el interior había tres piezas, la alcoba del padre y del hijo, la de la hija, y la sala de uso común, que era comedor, cocina, taller. Las tres estaban muy limpias, con sus paredes y bóveda de piedra, guarnecidas con muebles sólidos, labrados á hachazos.

Como Jordán había dicho, los Morfain eran, de padres á hijos, maestros fundidores en la Crécherie. El abuelo había ayudado á la fundición, el nieto vigi-

laba todavía las sangrías, después de ochenta años de reinado no interrumpido; y esto le daba cierta altivez y también un título irrecusable de nobleza. Cuatro años hacía que había muerto su mujer, dejándole un muchacho de diez y seis años y una niña de catorce; el chico había entrado desde luego á trabajar en el horno alto; la muchacha cuidaba de padre é hijo, cocinando, barriendo, como buen ama de su casa. Y así seguían las cosas, la chica ya tenía diez y ocho años, su hermano veinte, y el padre miraba tranquilo como su raza continuaba su labor, esperando transmitir á su hijo el horno alto, como su padre se lo había transmitido á él.

—¡Ah! ¿está usted ahí, Morfain?—dijo Jordán, después de empujar la puerta, cerrada con un simple picaporte.—Estoy de vuelta y he querido enterarme de lo que haya.

En aquel hueco de roca, alumbrado por una lámpara pequeña, que daba humo, el padre y el hijo, sentados á la mesa, comían una sopa antes de la vela, mientras que la hija les servía, en pie detrás de ellos, y sus sombras agrandadas parecían llenar el recinto, á que daba solemne gravedad el largo silencio que solía reinar allí dentro.

Con voz gruesa, lenta, Morfain respondió:

—Hemos tenido un contratiempo, señor Jordán. Mas espero, que pronto podremos estar tranquilos.

Se había levantado, como también su hijo, y estaba en medio de los dos hermanos, gigantes los tres, tan fuertes, tan altos, que casi tocaban con la frente la bóveda, baja, la piedra tosca y ahumada que servía de techo á la estancia. Semejaban tres aparecidos de lejanas épocas, una familia entera de rudos trabajadores, cuyo esfuerzo secular, á través de las edades, había domado la naturaleza.

Lucas, sorprendido, miraba á Morfain, un coloso uno de los Vulcanos de otros días, vencedores del fuego. La cabeza enorme, ancha la faz, que el fuego había enrojecido y resquebrajado; frente abultada, nariz aguileña y ojos como brasas, entre mejillas que parecían devastadas por la lava. La boca hinchada, torcida, de un rojo leonado de quemaduras y manos

que tenían el color y la fuerza de dos tenazas de viejo acero. Después, Lucas miraba al hijo, Petit-Da, como le llamaban, con un mote que le había quedado, porque cuando niño pronunciaba mal ciertas palabras. Por aquel tiempo, por poco deja un día sus menudos dedos en una barra de fundición, apenas enfriada. Era otro coloso, casi tan gigantesco como su padre, del cual tenía la faz cuadrada, la nariz soberana, entre ojos que echaban llamas; pero estaba menos endurecido, menos castigado por el fuego; y sabía leer, lo cual suavizaba é iluminaba sus facciones, con un nuevo pensamiento. Después, Lucas miraba á la hija, Azulina, á quien el padre, con ternura, siempre había llamado así, por lo azules que eran sus ojos de diosa rubia; de un azul claro, infinito, tal, que en su rostro no se veía más que aquel azul de cielo sin límites. Una diosa, de gran estatura, de una belleza magnífica y sencilla, la más hermosa, la más callada, la más salvaje del país; pero aquella salvajez, sin embargo, soñaba, leyendo libros, viendo venir á lo lejos cosas que su padre no había visto jamás; cuya esperanza, no confesada, la estremecía. Maravillábase Lucas ante aquellos tres héroes, aquella familia en que veía el largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha, el orgullo del esfuerzo doloroso, sin cesar renovado, la antigua nobleza del trabajo mortífero. Jordán, á todo esto, había vuelto á alarmarse.

—¡Un contratiempo, Morfain! ¿qué ha sucedido?

—Sí, señor Jordán; una de las toberas se había atascado. Durante dos días, bien creí que íbamos á tener una desgracia; y no he dormido, por el disgusto de que semejante cosa me sucediera á mí en ausencia de usted... Pero lo mejor es ir á verlo si tiene usted tiempo; justamente se va á colar ahora mismo.

Los dos trabajadores acabaron la sopa, en pie, á grandes cucharadas, mientras la joven limpiaba ya la mesa. Hablaban poco unos con otros; se comprendían con un gesto, con una mirada. Sin embargo, el padre dijo á Azulina, con voz ruda, suavizada por el cariño;

—Puedes apagar, y no nos esperes, porque dormiremos allá.

Lucas, que se volvió, mientras Morfain y Petit-Da acompañaban á Jordán, distinguió á lo lejos, en la clara noche, á Azulina, en pie, en el umbral del bárbaro albergue, grande y soberbia, como una enamorada de los tiempos remotos, con sus grandes ojos azules, perdidos en el ensueño.

Pronto se irguió ante ellos la masa negra del horno alto. Era de modelo antiguo, pesado y rechoncho, apenas de quince metros de altura. Pero poco á poco se le había rodeado de órganos nuevos, que ya parecían como una aldehuela en torno suyo. Construido recientemente, el edificio en que se hacía la colada, con el piso de arena fina, era de elegante ligereza, con armazón de hierro cubierto de tejas. A la izquierda, bajo un cobertizo, con vidrieras, estaban los fuelles; la máquina de vapor, que insuflaba el aire; á la derecha, se veía los dos grupos de grandes cilindros, aquellos en que el gas de la combustión venía á dejar el polvo, y los otros que servían para calentar el aire frío, que soplabá la máquina, á fin de que llegase ardiente al horno alto, para activar la fundición. Había, además, recipientes de agua, toda una tubería que alimentaba una continua corriente, aplicada á las paredes de ladrillo, que las refrescaba y disminuía el efecto de la terrible hoguera interior. De este modo, el monstruo desaparecía, bajo los complicados edificios auxiliares; un amontonamiento de construcciones, una multitud de depósitos de palastro, una confusión de gruesos tubos metálicos, todo lo cual, en su extraordinario conjunto, sobre todo de noche, aparecía con monstruosos perfiles, extrañamente fantásticos. Arriba, se distinguía en el mismo flanco de la roca, el viaducto por donde se conducían los vagones de mineral y del combustible al nivel del tragante del horno. Debajo, la cuba levantaba su cono negro, y había después, desde el vientre hasta la parte interior de los etalajes, una fuerte armadura de metal, que sostenía el cuerpo de ladrillo, que servía de soporte á los conductos de agua y á las cuatro toberas; luego en lo más bajo, ya no había más que el

crisol, con la piqueta, cerrado con un tapón de tierra refractaria. ¡Gigantesco animal de forma pavorosa, cuya digestión devoraba piedras, y producía metal en fusión!

Ni un ruido, nada de claridad; aquella digestión formidable era muda y negra. Sólo se oía un murmullo de arroyo, causado por las continuas gotas de agua que caían de las paredes de ladrillo; sólo á alguna distancia la máquina sopladora roncaba sin tregua. Y por todo alumbrado, tres ó cuatro faroles brillaban nada más en la noche, que hacían más oscura las sombras de las enormes construcciones; sólo se distinguían formas pálidas, los ojos obreros fundidores del relevo nocturno, vagando, es espera de la sangría. Arriba, sobre la plataforma del tragante, no se veía siquiera á los cargadores, que, en silencio, obedecían á señales que hacían desde abajo, vertiendo en el horno determinadas cantidades de mineral y de carbón. Ni un grito, ni una llamarada, una oscura y muda tarea, algo desmesurado y salvaje, que se cumplía entre tinieblas, el parto secular y laborioso de la humanidad, preñada del porvenir. En tanto, disgustado por las malas noticias, Jordán, á quien había alcanzado Lucas, volvía á sus sueños, mostrándole con un ademán el montón de las construcciones.

—Mire usted eso, amigo mío; ¿no tengo razón, queriendo arrasarlo todo, y reemplazar ese monstruo, que fatiga y molesta, por mi batería de hornos eléctricos, tan limpios, tan sencillos, tan fáciles de manejar?... Desde el día en que los primeros hombres cavaron un agujero en la tierra, para fundir allí el mineral, mezclándolo con ramas de árboles que quemaban, la fundición de los metales apenas ha cambiado. Siempre el mismo método infantil y primitivo; nuestros hornos altos, no son más que los agujeros prehistóricos, convertidos en columnas huecas, agrandados según las necesidades, en los cuales continúa arrojándose, revueltos, el metal y el combustible, que arden juntos. Parece esto el cuerpo inmenso de un animal del infierno, al que sin cesar se le echa este alimento de hulla y de óxido de hierro, para que lo digiera, en un huracán de fuego, y después lo de-

vuelva, hecho metal fundido, por abajo, mientras que los gases, el polvo, las escorias de todas clases, salen por otra parte... Y note usted que toda la operación está en eso, en ese lento descenso de las materias digeridas, en esa digestión total, pues todas las mejoras realizadas no han tenido por objeto hasta ahora, más que facilitar esa digestión; así, en otro tiempo, no se insuflaba aire, y la fusión era más lenta y defectuosa. Después se sopló con aire frío; luego se notó que los resultados eran mejores cuando el aire era caliente. Por último, se ideó emplear el mismo horno alto para calentar el aire que se le insuflaba; los gases, que hasta entonces ardían en el tragante, en un penacho de llamas. Y de esa suerte, el horno alto primitivo se ha complicado con tantos órganos exteriores: la máquina sopladora, los depósitos en que se depuran los gases, los cilindros en que éstos vienen á calentar el aire al pasar, sin contar todos esos canales aéreos, que envuelven el horno como las mallas de una red... Pero por más que se le perfecciona sigue siendo infantil á pesar de sus proporciones gigantescas; sólo se ha conseguido hacer sus funciones más delicadas, originando así continuas crisis. ¡Ah no puede usted figurarse las enfermedades del monstruo. No hay chiquillo enfermizo que causa á su familia tan mortales inquietudes, por las digestiones de cada día, como las que nos produce este coloso. Seis cargadores arriba, ocho fundidores abajo, maestros y un ingeniero están ahí sin cesar, día y noche, en relevo, atareados con los alimentos que se le dan con las materias que devuelve, llenos de temor, á los menores desarreglos de su cuerpo, cuando la sangría no es satisfactoria. Va á hacer cinco años que esto está encendido, sin que el fuego interior haya, ni un solo minuto, detenido su trabajo; y todavía puede arder otros cinco años, antes que se le apague, para hacer reparaciones. Si se tiembla por él, si hay que vigilar su marcha normal con tanto cuidado, es por la eterna amenaza de que se apague por sí mismo, por alguna catástrofe de sus entrañas, cuya gravedad no se hubiera previsto; y para él el apagarse es la muerte... ¡Ah! ¡mis pequeños hornos eléctricos, que po-

drían guiar chiquillos! ¡Esos no turbarían el sueño de nadie, serán tan sanos, tan activos, tan dóciles!

Lucas no pudo menos de reír, al ver el tierno apasionamiento de Jordán por sus investigaciones de sabio. Morfain, seguido de Petit-Da, se les había acercado y les indicaba, á la pálida luz de un farol, uno de los cuatro conductos de fundición, que á tres metros de altura, hacían un recodo y penetraban en los costados del coloso.

—Vea usted, señor Jordán; esta es la tobera que se había atascado; y la desgracia quiso que yo hubiera ido á acostarme, de modo que no noté nada hasta el día siguiente... Como no llegaba el aire, se produjo un enfriamiento, un bloque entero ha debido de cuajarse y ha habido una acumulación de materias, que han hecho un lobo. No bajaba nada, y no pude notarlo hasta el momento de la sangría, al ver que las escorias salían en una gacha espesa, ya negra... Comprenderá usted mi miedo, pues me acordaba de nuestra desgracia de hace diez años, cuando hubo que demoler una esquina entera del horno, después de una aventura semejante.

Jamás había hablado tanto. Temblaba su voz al recuerdo del antiguo contratiempo, pues no hay enfermedad más terrible que estos enfriamientos, que dejan el carbón apagarse, que solidifican el mineral en una roca compacta. El caso es mortal, cuando no se consigue reanimar la hoguera; por momentos toda la masa se enfría y acaba por formar un sólo cuerpo con el mismo horno, y entonces no hay más recurso que demolerlo, derribarlo como un viejo torreón lleno de piedras, en adelante inútil.

—¿Y qué ha hecho usted?—preguntó Jordán. Pero Morfain no respondió inmediatamente. Había llegado á enamorarse del monstruo, cuyas sangrías de lava ardiente hacía treinta años que le quemaban el rostro. Adoraba á un gigante, á un señor, encorvado bajo la dura tiranía del culto que había tenido que prestarle, desde que era hombre, para comer el pan de cada día. Apenas sabía leer, á su espíritu no había llegado el nuevo aliento de protesta: él no se rebelaba, aceptaba la dura servidumbre, po-

nía su vanidad en sus brazos robustos, en aquel combate de todas las horas, con la llama, en su fidelidad al coloso en cuclillas, cuyas digestiones cuidaba, sin haberse declarado jamás en huelga. Su pasión había llegado á ser su dios bárbaro y terrible; había en su fe cierta sorda ternura; y todavía temblaba, pensando en el peligro de que acababa de sacarle, por un esfuerzo de abnegación extraordinario.

—¿Lo que he hecho?—dijo por fin.—He comenzado por triplicar las cargas de carbón; luego, he hecho desatascar la tobera, con ayuda de una maniobra de los fuelles que el señor Laroche empleaba á veces. Pero el caso era ya muy grave, y he tenido que desmontar la tobera, y habérmelas con el atasco á fuerza de espetones. ¡Ah! la cosa no ha sido fácil, nos ha costado un poco de carne. De todos modos, el aire acabó por pasar, y ya me vi más contento, cuando, en las escorias de esta mañana, he encontrado restos de mineral, porque he comprendido que el cuesco había debido de deshacerse, arrastrando consigo el lobo formado. Ahora todo ha vuelto á revivir; pronto seguirá su curso ordinario el trabajo. Pero además, pronto lo vamos á saber; la sangría nos va á decir lo qué hemos adelantado.

Y aunque rendido por un discurso tan largo, añadió en un tono más bajo:

—Cree, señor Jordán, que hubiera subido allá arriba, para arrojarme por el tragante, si no hubiera tenido esta noche mejores noticias que dar á usted... Yo no soy más que un obrero, un maestro fundidor, en quien usted ha tenido bastante confianza, para entregarle el puesto de un señor, de un ingeniero. ¡Y hubiera estado bueno que hubiera dejado apagarse el horno, para decirle á usted á la vuelta: esto se ha muerto!... ¡No, hubiera yo muerto con él! Las dos últimas noches, no me he acostado, he estado ahí velando, como recuerdo haberlo hecho, junto á mi pobre mujer, cuando la perdí. Y ahora ya puedo decirle, la sopa que usted me ha visto comiendo, es la primera que trago en cuarenta y ocho horas, porque tenía el estómago cerrado con un tapón, como el horno... Estas no son disculpas; sólo deseo que sepa usted hasta

qué punto estoy contento de no haber hecho traición á su confianza.

Casi lloraba aquel mocetón endurecido por el fuego, con miembros de acero viejo, y Jordán le estrechó ambas manos afectuosamente.

—Ya sé que es usted un valiente, amigo Morfain, y que si hubiera habido un desastre, hubiera usted luchado hasta el fin.

Petit-Da, de pie en la sombra, había escuchado sin interrumpir, ni con una palabra, ni con un gesto. No se movió, hasta que su padre le hubo dado una orden relativa á la sangría. En todo el día, había cinco sangrías, de cinco en cinco horas aproximadamente. La marcha regular podía ser hasta de ochenta toneladas al día, pero en aquel momento no pasaba de cincuenta, lo que todavía daba sangrías de diez toneladas. Silenciosamente, á la débil luz de los faroles, se acababa de hacer los preparativos; se habían abierto en la fina arena regueras, y los huecos de los moldes en el gran taller. Ya no había que hacer más que evacuar las escorias; y sólo se veía las sombras de los obreros fundidores, que pasaban lentamente de vez en cuando, activos sin apresurarse, en aquella labor oscura, que no se comprendía; y en tanto, todo callaba en las entrañas del dios en cuclillas; de su vientre abrasado no salía ni un murmullo; sólo el ruido del arroyo, producido por las gotas de agua que le caían por los lados.

—Señor Jordán—preguntó Morfain,—¿quiere usted ver correr las escorias?

Jordán y Lucas le siguieron á corta distancia, á un montículo de residuos amontonados. La piqueta estaba en el costero derecho del horno alto, y por encima de la llama se escapaban las escorias, en una ola brillante, como si allí se hubiera espumado toda la caldera del metal en fusión. Era una gacha espesa, que corría lentamente, que iba á caer en vagonetas de palastro, semejante á una lava de color de sol, que de repente se obscurecía.

—El color es bueno, ya lo ve usted, señor Jordán—añadió Morfain alegre.—¡Oh! nos hemos salvado, no hay duda... Van ustedes á ver, van ustedes á ver.

Y los llevó delante del horno alto, al taller de la colada, entre las vagas tinieblas, que los faroles apenas vencían. Petit-Da acababa de hundir un espetón de un solo golpe de sus brazos de coloso joven, en el tapon de tierra refractaria, que cerraba la piqueta, y ocho hombres de la cuadrilla, con ayuda de una maza, golpeaban á compás sobre el espetón para clavarle; apenas se distinguían sus perfiles negros, pero se oían los golpes sordos de la maza. Luego, bruscamente, brilló una estrella deslumbradora, una estrecha abertura que mostraba el incendio dentro. Pero no veía nada todavía, más que un hilo delgado, de astro líquido. Fué necesario que Petit-Da cogiese otro espetón, lo hundiese y le diera vueltas con hercúleo esfuerzo para énsanchar el agujero. Entonces fué la erupción, la ola salió de un chorro tumultuoso, corrió por el reguero de arena, arroyo de metal en fusión y fué á esparcirse y llenar los moldes, extendiéndose en charcos ardientes, cuyo brillo y calor quemaban los ojos. Y de aquel surco, de aquellos campos de fuego, salía sin cesar el fruto de chispas azules de una ligereza delicada, cohetes de oro, de una deliciosa finura, toda una floración de azulejos del campo entre espigas de oro. Cuando se encontraba un obstáculo de arena húmeda, se duplicaban los cohetes y las chispas, que subían muy altos, en un ramillete de resplandores. De repente, como si saliera un sol milagroso, había brotado una intensa luz de aurora dilatándose, iluminando el horno alto con una cruda luz, llenando de sol el interior de la techumbre, las armaduras de hierro y los tirantes, cuyas aristas más delgadas se distinguieron; todo brotó de la sombra, con extraordinario poder de evocación, las construcciones próximas, los diversos órganos del monstruo, los obreros del relevo nocturno, tan fantásticos hasta entonces, bruscamente reales ahora, dibujados con trazo enérgico, inolvidable, tal como oscuros héroes del trabajo, rodeados de repente de una aureola. Y el resplandor no se detenía allí, la claridad de aurora invadía las cercanías, sacaba de las tinieblas la falda de los Montes Bleuses, y mandaba sus reflejos hasta los tejados adormecidos de Beauclair, y se per-

día en la lejananza, en la inmensa llanura de la Rumana.

—Soberbia sangría es esta—dijo Jordán, que estudiaba su calidad por el color y por lo límpido del chorro.

Morfain gozaba del triunfo modestamente.

—Sí, señor Jordán, sí; el resultado es bueno, como se podía esperar. De todas maneras, me alegro de que haya venido usted á verlo. Ya no estará usted inquieto.

Lucas también mostraba interés por la operación. El calor era tan grande, que sentía el escozor á través de la ropa. Poco á poco, todos los moldes se habían llenado, la arena fría del taller se había trocado en una charca incandescente, y después de coladas las diez toneladas de metal, todavía salió por la piqueta, como tormenta final, un golpe enorme de llamas y de chispas: era que la máquina sopladora acababa de vaciar el crisol; y el viento pasaba libremente en ráfaga infernal. Pero ya se enfriaban los lingotes, la deslumbradora luz blanca pasaba al color rosa, al rojo y después al pardo. Habían cesado las chispas; el campo de azulejos y de espigas de oro estaba segado. Y rápidamente volvió á caer la sombra, las tinieblas inundaron el taller, el horno alto, las construcciones cercanas, mientras los faroles parecía que volvían á encender sus pálidas estrellas. Ya no se distinguió más que un grupo de obreros moviéndose vagamente. Petit-Da, ayudado de dos compañeros, volvió á cerrar la piqueta con un nuevo tapón de tierra refractaria, mientras callaba la máquina sopladora que se acababa de parar, para que fuera posible este trabajo.

—Y diga usted, Morfain, ¿no vuelve usted á casa á dormir? supongo que sí.

—Ca, no señor; esta noche todavía me quedo aquí.

—¡Cómo! ¿Va usted á velar? ¡La tercera noche en blanco!

—No, hay una cama de campaña ahí, en el puesto de vigilancia, y se duerme en ella muy bien; nos relevaremos, mi hijo y yo, cada dos horas de guardia.

—Pero es inútil, puesto que todo va muy bien...

Vamos, Morfain, sea usted razonable; y vaya á acostarse en su cama.

—No, señor Jordán, no; déjeme usted obrar á mi gusto... Ya no hay peligro, pero prefiero verlo por mí mismo, hasta mañana. Es un antojo.

Jordán y Lucas tuvieron que dejarle allí, después de estrecharle la mano. Lucas iba conmovido, llevaba la impresión de un tipo noble, elevado; toda la historia del trabajo doloroso y dócil, toda la nobleza del largo trabajo abrumador de la humanidad, al llegar al descanso, á la dicha, comenzaba en los antiguos Vulcanos, que habían domado el fuego en los tiempos heroicos que recordaba Jordán, cuando los primeros fundidores reducían el mineral en un agujero cavado en tierra, donde quemaban leña. Aquel día, el día en que el hombre conquistó el hierro y lo labró, se hizo dueño del mundo, empezó la era civilizada. Morfain, viviendo en el hueco de una roca, encontraba en él, silencioso, resignado, sacrificando sus músculos sin una queja, como en la aurora de las sociedades humanas. ¡Qué de sudor vertido! ¡Qué de brazos cansados, quebrantados durante tantos siglos! Y nada cambiaba, el fuego conquistado seguía teniendo sus víctimas, sus esclavos que lo alimentaban, que se quemaban la piel para seguir domándolo, mientras los privilegiados de este mundo vivían en la pereza, en frescas moradas. Morfain, como un héroe legendario, no parecía siquiera darse cuenta de la iniquidad monstruosa; ignoraba que había rebeldes, que surgía la tormenta, siempre impasible, en su puesto mortífero, donde habían muerto sus padres, donde moriría él también, consumido, holocausto social de una obscura grandeza. Y luego, Lucas evocaba otra figura, la de Bonnaire, el otro héroe del trabajo, en lucha con los opresores, los explotadores, para que la justicia reinase sacrificándose por la causa de sus compañeros, hasta quedarse sin pan. Toda esta carne de sufrimiento, ¿no había gemido bastante bajo la carga, no había llegado la hora de la emancipación del esclavo, admirable en su esfuerzo, al fin ciudadano libre de una sociedad fraternal, donde la paz nacería del justo reparto del trabajo y de la riqueza?



Jordán, al bajar la escalera labrada en la peña, se había detenido en la choza de un guardia nocturno, para dar una orden, y allí Lucas vió algo muy singular, que aumentó su emoción. Detrás de las matas, entre rocas desgajadas, distinguió claramente una pareja, dos sombras que pasaban cogidas de la cintura, confundidos los labios en un beso. Reconoció á la joven, alta, rubia, magnífica, Azulina, con sus ojos azules, que le llenaban el rostro. Y el mozo era seguramente Aquiles Gourier, el hijo del alcalde, el hermoso y arrogante mancebo, cuya actitud había notado en la Guerdache; lleno de desprecio para una burguesía en descomposición, siendo él uno de sus hijos sublevados. Siempre de caza, siempre de pesca, pasaba las vacaciones por los senderos escarpados de los Montes Bleuses, á lo largo de los torrentes, en el fondo de los pinares. Sin duda se había enamorado de la joven salvaje, tan hermosa, que rondaban en vano tantos amadores; y ella debía de haberse dejado vencer por la llegada de este príncipe encantado que le traía el más allá, el ensueño delicioso del mañana, á la aspereza de su desierto. ¡Mañana, mañana! ¿No era el mañana lo que surgía en los grandes ojos azules de Azulina, cuando soñaba despierta, en el umbral de su cueva, perdidas á lo lejos las miradas? Su padre y su hermano velaban allá arriba, y ella se escapaba por entre las escarpadas pendientes; y el mañana era para ella aquel mozo bizarro, amable, aquel hijo de un señor que le hablaba cortésmente, como á una dama, jurando amarla siempre. Lucas, impresionado, sintió al principio cierta desazón, pensando en la pena del padre, si sabía la aventura. Después, su corazón se llenó de ternura, un soplo de esperanza como una caricia llegó á él, de aquel amor libre, tan dulce; ¿no era el mañana más feliz lo que preparaban aquellos dos hijos de clases diferentes, acariciándose, besándose, y engendrando la justa ciudad futura?

Abajo, ya en el parque, cuando Lucas se despidió de Jordán, conversaron todavía.

—¿Por lo menos, no habrá usted tenido frío? No me lo perdonaría nunca su hermana.

—No, no; me siento muy bien, me voy á acostar muy contento, pues mi resolución es formal; voy á librarme de una explotación que no me interesa, origen para mí de disgustos.

Lucas calló un instante, volviendo á sentir, de pronto, un malestar, como si aquella decisión le hubiese consternado. Y al dejar á su amigo, estrechándole por última vez la mano, le dijo:

—Espere usted, sin embargo, déjeme usted el día para reflexionar, y mañana de noche volveremos á hablar y se decidirá usted.

Lucas no se acostó inmediatamente. Ocupaba en el pabellón, edificado un tiempo por el abuelo materno de Jordán, el doctor Michón, la vasta estancia en que éste había vivido los últimos días de su vida, en medio de sus libros; en aquellos tres días se había aficionado al olor de trabajo que allí se respiraba, á la paz profunda y honrada sencillez de tal ambiente. Pero aquella noche, con la fiebre de duda en que se encontraba, se sintió sofocado al entrar, abrió de par en par una ventana y se apoyó en ella para calmarse un poco antes de acostarse. Daba la ventana al camino que va de la Crécherie á Beauclair; en frente, se extendían campos incultos, sembrados de rocas; y más allá, se distinguía el montón confuso de los tejados de la ciudad dormida.

Durante algunos minutos, Lucas respiró á sus anchas los soplos de aire que venían de los campos sin límites de la Rumaña. La noche seguía húmeda y templada, una claridad azul caía del cielo estrellado, velado ligeramente por la bruma; oyó al principio, distraído, los ruidos lejanos, como temblores de las tinieblas; después reconoció los golpes sordos y rítmicos de los martillos del Abismo, la fragua del ciclope, donde noche y día resonaba el acero. Levantó los ojos, buscó el horno alto de la Crécherie, mudo y negro, sumergido en la barra de tinta que el promontorio de los Montes Bleuses señalaba en el cielo. Bajando la mirada, volviola hacia los amontonados tejados de la ciudad, cuyo pesado sueño parecía mecido por el cadencioso sacudimiento de los martillos, semejante, á lo lejos, á la respiración oprimida y rá-

pida de un trabajador gigante, algún Prometeo dolorido, encadenado al trabajo eterno. Creció con esto su malestar, la fiebre no se calmaba; personas y cosas, de aquellos tres últimos días, surgían como una muchedumbre en su memoria, desfilaban en trágico tropel, cuyo sentido hubiera deseado fijar. Y le atormentaban con el problema que á cada momento le preocupaba más, y que ya no le dejaría dormir, mientras no diera con la solución.

En esto, creyó oír debajo de la ventana, al otro lado del camino, entre la maleza y las rocas, otro ruido, tan ligero, tan suave, que no pudo definirlo; ¿era el aleteo de un ave, el zumbar de un insecto entre las hojas? Miró, y no vió más que la ola de la obscuridad infinita. Sin duda se había equivocado. Volvió el ruido, más próximo; con interés, con una emoción singular, que él mismo extrañaba, se esforzó, procurando atravesar con la mirada las tinieblas, y acabó por distinguir una forma vaga, delicada y fina, que parecía flotar sobre las puntas de las hierbas. No se explicaba su naturaleza, creía que era una ilusión; cuando, de un salto de cabra montés, una mujer atravesó el camino y le arrojó un ramillete pequeño, con tal destreza, que le dió en el rostro, como una caricia; era un ramo pequeño de claveles silvestres, acabados de coger entre las rocas, y de olor tan fuerte, que se sintió perfumado por ellos.

¡Josina! adivinó á Josina, la reconoció en esta nueva manera de que su corazón le daba las gracias con aquel rasgo adorable de gratitud infinita. Era aquello exquisito, en tal obscuridad, á tales horas, y sin que él se explicase cómo estaba allí, si había espiado su vuelta, de qué modo había podido escapar y venir, tal vez porque Ragú pertenecía á un relevo de noche. Ya sin una palabra, no habiendo querido más que rendirse con aquellas flores, poco delicadas, con tanta gracia arrojadas, huía la joven y se perdía en las tinieblas del páramo inculto; y notó Lucas entonces otra sombra muy pequeña, Nanet de seguro, que corría detrás. Desaparecieron, y otra vez volvió á oír no más los martillos del Abismo, á lo lejos, golpeando acompañados. Su tormento no había concluido, pero su co-

razón acababa de sentirse reanimado con una fuerza invencible. Olió con delicia el ramillete. ¡Oh bondad, que es lazo fraternal, ternura que da la dicha, amor que salvará y reformará el mundo!

V

Lucas se acostó, apagó la luz, esperando que la fatiga de cuerpo y de espíritu, que le tenía quebrantado, le dejaría dormir pronto, en un sueño tranquilo que le calmara la fiebre. Pero en el silencio, en la obscuridad de la vasta habitación, no pudo cerrar los párpados, sus ojos se mantenían muy abiertos en las tinieblas, un insomnio terrible le abrasaba, presa de la idea obstinada, devoradora.

Se le apareció Josina, renaciendo sin cesar, volviendo en el aire ligero con su rostro infantil, de tan doloroso encanto. Volvió á verla llorosa, hambrienta, aterrorizada, esperando á la puerta del Abismo; la vió en la taberna, arrojada de allí por Ragú, con tan violentos ademanes, que la sangre corría por su mano mutilada; la vió sobre el banco, cerca del Mionna, abandonada en una noche trágica, no restándole más que la definitiva caída en el lodo, satisfaciendo el hambre como pobre bestia errante.

Y en aquel momento, después de tres días de inesperada información, casi inconsciente, que el destino le había llevado á ejecutar, todo aquello que había visto del trabajo, injustamente distribuido, despreciado como una vergüenza social, concluyendo en la miseria atroz del mayor número, se resumía para él en el caso horrible de la pobre niña que trastornaba su corazón.

Entonces, las visiones surgieron como una multitud, atropellándose, torturándose con su continua presencia. Era el terror que soplabá, á través de las calles

negre de Beauclair, pisoteadas por el oleaje de los miserables desheredados, que sordamente soñaban venganza. Era, en casa de Bonnaire, la revolución razonada, fatal, en tanto que la suspensión del trabajo oprimía los vientres, entregaba al hambre la familia en el pobre albergue frío y desnudo, en que faltaba lo necesario. Era, en la Guerdache, la insolencia del lujo corruptor, el goce ponzoñoso que acababa de destruir la clase privilegiada, el puñado de burgueses, hartos de pereza, ahitos, hasta la sofocación, de las riquezas inúctas que robaban á la labor y á las lágrimas de la inmensa mayoría de los operarios. Era también, en la Crécherie, en el horno alto, de una nobleza salvaje, en que ni un solo obrero se quejaba, el prolongado esfuerzo humano, como herido por el anatema, inmovilizado en su eterno dolor, sin la esperanza de la emancipación total de la raza, libertada al fin de la esclavitud y llegando á la ciudad de la justicia y de la paz.

Y había visto, había oído á Beauclair crujiendo por todas partes, porque la lucha fratricida no era sólo entre las clases; el fermento destructor había llegado hasta las familias, pasaba un viento de locura y de odio que llevaba la rabia á los corazones. Monstruosos dramas manchaban los hogares, volcando en la cloaca padres, madres, hijos. Se mentía, se robaba, se mataba. Al extremo de la miseria y del hambre, estaba forzosamente el crimen, la mujer que se vendía, el hombre que se entregaba al alcohol, la bestia exasperada revolcándose, coceando para satisfacer el vicio.

Muchas, muchas señales espantosas anunciaban la inevitable catástrofe próxima, la vieja andamiada iba á hundirse en lodo y en sangre.

Entonces, espantado ante estas visiones de vergüenza y de castigo, llorando con toda la ternura humana que se quejaba dentro de él, Lucas vió volver, del fondo de las espesas tinieblas, el pálido fantasma de Josina, con su dulce sonrisa, tendiéndole los brazos con llamada seductora. Y ya no hubo más que ella; sobre ella iba á desplomarse el edificio carcomido, consumido por la lepra. La niña obrera, débil, se convertía en la víctima única, con la mano herida; y moría de hambre, la prostitución la hacía rodar á

la cloaca, y encarnaba así la miseria de la vida sometida al salario, en una lastimosa figura, cuyo encanto era una obsesión para Lucas. Sufría él ya, con lo que ella debía sufrir, necesitaba salvar en su sueño loco de salvar á Beauclair. Si alguna potencia sobrehumana le hubiese dado un inmenso poder, hubiera hecho de la ciudad podrida de egoísmo, un pueblo dichoso, en vida solidaria, para que ella, Josina, fuese allí feliz. Bien comprendió Lucas entonces que aquella fantasía era en él cosa antigua, que siempre había soñado de aquel modo desde que vivían en París, en un barrio pobre, entre los héroes oscuros y las dolientes víctimas del trabajo. Era como la inquietud interior de un porvenir que no sabía precisar, de una misión cuya preñez sentía; luego bruscamente, en la confusión en que luchaba todavía, le pareció el momento decisivo. Josina moría de hambre, Josina sollozaba y esto no podía tolerarse por más tiempo. Había que obrar por fin, tenía que ir derecho en socorro de tanta miseria y de tanto sufrimiento, para que la iniquidad cesara.

En esto Lucas, rendido por el cansancio, acabó por adormecerse. Pero de repente creyó oír voces que le llamaban y despertó sobresaltado. ¿No eran lamentos lejanos, no había oído á los miserables en peligro de muerte pedir socorro? Se incorporó, con oído atento, para no oír más que el vibrar de la sombra. Todo su corazón estaba dolorido, oprimido por la angustia horrorosa de una certidumbre; que en aquel instante mismo, millones de pobres seres agonizaban bajo el peso que los aplastaba, de la iniquidad social. Luego, cuando temblando otra vez se inclinó sobre la almohada, rendido al sueño, volvieron á resonar las voces que le llamaban; volvió á levantar la cabeza, volvió á escuchar. Medio dormido, las sensaciones se hacían más intensas, extraordinariamente agudas. Y, en adelante, cada vez que se adormecía oía las voces más fuertes, llamándole desesperadas, para algo urgente, algo que era una imperiosa necesidad, sin que él pudiera explicar su naturaleza. ¿A dónde correr, para estar más pronto en el terreno de la lucha? ¿qué hacer para preparar la victoria? No sabía; la vaga pre-

sadilla con que luchaba, le hacía padecer cruelmente. Era en la completa obscuridad, como una aurora muy lenta, como sollicitaciones incesantes para una labor que se obscurecía cada vez que estaba á punto de definirla. Y hé aquí que, dominando las voces, no hubo más que una, muy suave, que reconoció, la voz de Josina, que se lamentaba y le suplicaba. Ella sólo estaba allí; sintió la tibia caricia del beso que le había dado en la mano, aspiró la fragancia del ramo de claveles que le había arrojado, cuyo perfume silvestre le parecía llenar la estancia.

Desde este momento Lucas no luchó más, sacudió el insomnio febril, para recobrar alguna calma. Encendió luz, se levantó y se paseó un instante por el cuarto. No quería pensar en nada, esperando librarse así de la idea fija; procuró que le interesaran las cosas que le rodeaban; miró los grabados antiguos colgados en las paredes, los viejos muebles, que hablaban de los hábitos de estudio y de la honrada sencillez del doctor Michón; cuanto había en la estancia venerable, en que se sentía mucha bondad, mucha razón, mucha prudencia. Luego, la biblioteca acabó por atraerle exclusivamente. Era un estante con cristales, bastante grande, donde el antiguo saint-simoniano, el antiguo fourierista, había reunido una colección muy completa de todas las obras humanitarias, que habían sido pasión de su juventud. Todos los filósofos sociales, todos los apóstoles del nuevo evangelio, estaban allí: Saint-Simón, Fourier, Augusto Comte, Proudhon, Cavet, Pedro Leroux y otros varios; la colección completa, hasta los discípulos más oscuros. Lucas con la vela en la mano, se iba interesando, leía los nombres y los títulos en el lomo de los volúmenes, los contaba, se asombraba de su número, de tantas semillas buenas lanzadas al viento, de tantas buenas palabras como dormían allí, esperando el día de la recolección.

Había leído ya mucho, conocía las páginas capitales de la mayor parte de aquellas obras. El sistema filosófico, económico, social, de cada uno de aquellos autores, le era familiar. Pero se sentía invadido como por un aliento nuevo, al encontrarlos todos reunidos allí, en un grupo compacto, jamás había tenido una

idea tan clara de su fuerza, de su valor, de la considerable evolución humana que traían. Eran toda una falange, toda una vanguardia del siglo futuro, que poco á poco iría siguiendo el inmenso ejército de los pueblos. Sobre todo, lo que le impresionaba, viéndolos así, tocándose, mezclados y en paz, de una soberana fuerza, una vez unidos, era su fraternidad profunda. Si no ignoraba las ideas contradictorias que los habían separado algún día, los encarnizados combates que había habido entre ellos, hoy le parecían á todos hermanos, reconciliados en el común evangelio, en las verdades únicas y definitivas que entre todos habían traído. Y la gran aurora, que surgía de sus obras, era la religión de la humanidad, cuya fe habían tenido todos, su amor á los desheredados de este mundo, su odio á la injusticia social, su creencia en el salvador trabajo.

Lucas que había abierto la biblioteca, quiso escoger uno de aquellos libros; ya que no podía dormir, leería algunas páginas, esperando el sueño. Vaciló un instante y se decidió por un volúmen muy pequeño, en que un discípulo de Fourier había resumido toda la doctrina del maestro. El título «Solidaridad», le había impresionado; ¿no era aquello lo que necesitaba, las pocas páginas de fuerza y de aliento que había menester? Volvió á acostarse, y se puso á leer, interesándose muy pronto, como por un drama conmovedor, en que la suerte de la raza era el nudo. La doctrina, acumulada así, reducida al jugo de verdades que formulaba, adquiriría una fuerza extraordinaria. Ya sabía él todas aquellas cosas, las había leído en los libros mismos del maestro, pero jamás le habían conmovido tanto, conquistándole tan profundamente; ¿en qué disposición de espíritu estaba, pues, en qué hora decisiva de su destino se encontraba, para que su corazón y su cerebro se viesan así poseídos entrando de un golpe en la certidumbre? El librito se animaba, todo tomaba un sentido nuevo é inmediato, como si surgiesen hechos vivos y se realizaran á su presencia.

Toda la doctrina de Fourier se desenvolvía; el rasgo de genio era utilizar las pasiones del hombre como fuerza de la vida; el prolongado y desastroso error del catolicismo venía de haber querido domarlas, de ha-

berse esforzado por destruir al hombre en el hombre, para arrojarle á los pies de Dios, hecho de tiranía y de nada. Las pasiones, en la libre sociedad futura, habían de producir tanto bien como mal habían producido en la sociedad encadenada, aterrorizada, de los siglos muertos. Eran el inmortal deseo, la energía única que levanta los mundos, el foco interno de voluntad y de fuerza, que da á cada sér el poder de obrar. Privado de una pasión, el hombre quedaría mutilado, como privado de un sentido. Los instintos, rechazados, aplastados hasta ahora como bestias feroces, ya no serían, libres al fin, más que las necesidades de la universal atracción, tendiendo á la unidad, trabajando entre obstáculos, para fundirse en armonía final, expresión definitiva de la universal ventura. Y no había egoístas, no había perezosos, no había holgazanes, sólo había hambrientos de unidad y de armonía, que caminarían como hermanos el día que viesen el camino bastante amplio, para ir todos por él á sus anchas y felices; sólo había víctimas de la pesada servidumbre, que oprimía á los obreros manuales, que rechazaban tareas injustas, desmesuradas, mal apropiadas, todos dispuestos á trabajar con alegría, cuando no tuviesen más que su parte lógica, y por ellos escogida, de la gran labor común.

Venía luego el otro arranque genial, el trabajo convertido en un honor, hecho función pública; el orgullo, la salud, la alegría, la misma ley de la vida. Bastaría con reorganizar el trabajo, para reorganizar la sociedad entera, de la cual debía ser la obligación cívica, la regla vital.

Pero no se trataba ya de un trabajo brutalmente impuesto á los vencidos, á mercenarios, que se envilecía, que se aplastaba, tratándose como hambrientas bestias de carga; se trataba de un trabajo aceptado por todos, repartido según las gustos y temperamentos, practicado durante el muy corto número de horas indispensable, variando sin cesar, á elección de los obreros voluntarios. Una ciudad, una comunidad, no era más que una inmensa colmena, en la cual no había un solo ocioso, donde cada ciudadano ponía su parte de esfuerzo en la obra común, de que rece-

sitaba la ciudad para vivir. La tendencia á la unidad, á la armonía final, juntaba á los habitantes, los hacía agruparse, clasificarse ellos mismos en series. Todo el mecanismo consistía en eso; el trabajo dividido hasta lo infinito, el obrero escogiendo la tarea que hiciera más á gusto, sin verse jamás clavado al mismo oficio; pudiendo pasar á voluntad de un grupo á otro, de una labor á otra. No se trastornaría el mundo de un golpe, se comenzaría poco á poco, experimentando el sistema en una comunidad de algunos miles de almas, para hacer de ella un ejemplo vivo; y el sueño tomaba cuerpo, se creaba la falange, base unitaria del gran ejército humano, se edificaba el falansterio, la casa común. Al principio, para salir del estado actual, nada más sencillo, había que contentarse con llamar á todos los hombres de buena voluntad, á todos los que padecían por tanta dolorosa injusticia. Se les asociaba, se creaba una vasta organización de capital, de trabajo, de talento; se mandaba á los que hoy tenían el dinero, los brazos, el cerebro, que se entendieran, que se uniesen para juntar su fortuna. Producirían con una energía, con una abundancia centuplicadas, se enriquecerían con beneficios que se repartirían del modo más equitativo posible, hasta el día en que el capital, el trabajo, el talento, no fuesen más que una sola cosa, el patrimonio común de una sociedad libre de hermanos, en que todo sería, al fin, de todos, en la armonía realizada.

A cada página del libro brotaba el esplendor suave de la palabra solidaridad, que era su título; algunas frases brillaban como faros, la razón del hombre era infalible, la verdad era absoluta, una verdad que la ciencia ha demostrado, se hacía irrevocable, eterna. El trabajo debía ser una fiesta. La felicidad de cada cual no se lograría, andando el tiempo, más que por la dicha de los demás; no habría envidia, ni odio, cuando hubiese sitio en la tierra para la felicidad de todos. En la máquina social, las ruedas intermedias, se destruían como inútiles, porque robaban fuerza; y así el comercio quedaba condenado, el consumidor sólo se entendía con el productor, se segaba de un sólo golpe de guadaña todos los parásitos, la infi-

nita maleza que vive de la corrupción social, del estado de guerra permanente en que agonizan los hombres. No más ejército, no más tribunales, no más prisiones. Por encima de todo, en esta gran aurora que al fin surgía, la justicia brillaba como un sol destruyendo la miseria, dando á cada sér que nace el derecho á la vida, el pan de cada día, realizando para cada cual la suma de felicidad real que se le debe.

Lucas ya no leía, reflexionaba. Todo el siglo diez y nueve, grande y heróico, se aparecía en su continúa batalla, en su esfuerzo tan doloroso y valiente, en pos de la verdad y de la justicia. De un cabo á otro, el irresistible movimiento democrático, la marcha ascendente del pueblo, le llenaba. La revolución sólo había traído al poder la burguesía, hacía falta un siglo más, para que la evolución se cumpliera, para que todo el pueblo tuviera su parte. Las semillas germinaban en el viejo terruño monárquico, cavado sin cesar; y desde las jornadas del 48, la cuestión del salario se planteaba claramente, las reivindicaciones de los trabajadores se precisaban más y más, sacudían el nuevo régimen burgués, que poseía, y á quien la posesión egoísta, tiránica, corrompía á su vez. Y ahora, en el umbral del siglo próximo, en cuanto el empuje creciente del pueblo hubiera arrastrado la vieja andamiada social, la reorganización del trabajo serviría de fundamento á la sociedad futura, que sólo podría existir por una justa distribución de la riqueza. Toda la nueva etapa necesaria y próxima estaba en eso.

La violenta crisis que había hecho hundirse los imperios, cuando el mundo antiguo había pasado de la esclavitud al salario, no era nada junto á la terrible crisis actual, que hacía cien años sacudía y asolaba los pueblos; esta crisis del salario, evolucionando, transformándose, convirtiéndose en otra cosa. Y de esta otra cosa debía nacer la ciudad feliz y fraternal de mañana.

Suavemente, Lucas dejó el menudo libro y apagó la luz. Ya había leído, se había calmado, sentía renacer el sueño apacible y reparador. No era que se hubiesen formulado respuestas claras á las cuestiones urgentes, á las voces de angustia que venían de las tinieblas y que le habían trastornado. Pero estas

voces ya no resonaban, como si los desheredados que las lanzaban, seguros de haber sido oídos para en adelante, esperasen con paciencia. La semilla estaba echada, el fruto nacería, el libro menudo había vivido, en manos de un apóstol y de un héroe; la misión se cumpliría, á la hora señalada por la evolución. Y Lucas mismo no tenía ya fiebre, no se interrogaba con ansiedad, aunque la solución al problema que le apasionaba quedase como en suspenso. Se sentía fecundado por la idea, con la absoluta convicción de que algo daría á luz. Tal vez al día siguiente, si dormía bien aquella noche. Y acabó por ceder á la gran necesidad de descanso, y se durmió con delicia, con sueño profundo, visitado por el genio, por la fe y por la voluntad.

Al día siguiente, á las siete, cuando Lucas despertó, su primer pensamiento, al ver el sol levantarse en un extenso cielo claro, fué echar á correr, sin prevenir á los Jordán, y subir la escalera de piedra del horno alto. Quería volver á ver á Morfain, hablar con él, pedirle algunos informes. Obedecía á una especie de súbita inspiración, sobre todo ganoso de adquirir una opinión precisa acerca de la antigua mina abandonada; y se decía, que el maestro fundidor, hijo de la montaña, debía de conocerla piedra á piedra. Y en efecto, Morfain, á quien encontró levantado, después de pasar la noche al lado del horno alto, ya, con seguridad, devuelto á su marcha regular, Morfain, mostró gran interés en cuanto oyó hablar de la mina. Siempre había tenido una idea, que nadie quería oír, aunque él la repetía con frecuencia. Para él, el viejo Laroche, el ingeniero, se había equivocado al perder la esperanza demasiado pronto y abandonar la mina en cuanto la explotación dejó de ser productiva.

Sin duda, el filón se había hecho detestable, sulfurado y fosfatado, hasta tal punto, que no se le sacaba ningún provecho en la fundición. Pero Morfain seguía convencido de que era sencillamente porque se estaba atravesando una veta mala; de suerte, que bastaría seguir avanzando en las galerías, ó mejor, abrirlas nuevas en un costado de la garganta, que él indicaría, si se quería volver á encontrar el excelente mineral

de antaño. Y apoyaba su certidumbre en hechos de observación, en su conocimiento de todas las rocas del contorno, á que él trepaba y que pisaba hacia cuarenta años.

No tenía ciencia seguramente, no era más que un pobre obrero, que no se permitía discutir con los señores ingenieros; pero así y todo, extrañaba que no se hubiese tenido confianza en su buen olfato, y que se hubieran encogido de hombros, sin consentir siquiera en probar si era cierto lo que él anunciaba, por medio de algunos sondeos.

La tranquila convicción de aquel hombre impresionó vivamente á Lucas, que por su parte juzgaba con severidad la inercia de Laroche, el abandono en que había dejado la mina aun después de descubierto el procedimiento químico, que habría permitido utilizar con provecho el mineral defectuoso. Esto indicaba en qué soñolienta rutina había caído la explotación del horno alto. Desde hoy había que volver á la mina, aunque hubiera que trabajar el mineral químicamente. ¡Y qué sería si la certidumbre de Morfain se realizaba, si se volvía á dar con nuevos filones ricos y puros!

Por lo cual, aceptó la proposición del maestro fundidor de ir á dar inmediatamente un paseo hacia las galerías abandonadas, para poder explicarle su idea sobre el terreno. En la mañana clara y fresca de Septiembre, fué aquella una excursión deliciosa, atravesando rocas, en soledades salvajes, que embalsamaba la alhucema. Durante tres horas, por los costados de las gargantas, treparon ambos, entraron en las cuevas, siguieron las pendientes, cubiertas de pinos, en que asomaba la piedra, como el esqueleto de algún cuerpo inmenso, allí enterrado. Poco á poco la convicción de Morfain pasaba al ánimo de Lucas, por lo menos le daba una esperanza, la de todo un tesoro que la pereza de los hombres dejaba allí abandonado, y que la tierra, la madre inagotable, estaba presta á dar todavía.

Había pasado el mediodía; Lucas aceptó un almuerzo de huevos y leche, allá en lo alto de los Montes Bleuses. Y cuando bajó, cerca de las dos, encantado, lleno el pecho de las ráfagas libres de la montaña, fué acogido por las aclamaciones de Jordán, que co-

menzaba á alarmarse, ignorando lo que había sido de él. Se disculpó por no haberles avisado, y contó que se había extraviado en las mesetas de los montes, y que había almorzado en casa de unos aldeanos. Si se permitía esta mentirijilla, era porque los Jordán, todavía á la mesa, no estaban solos. Como todos los segundos martes de mes, tenía tres convidados, el cura Marle, el doctor Novarre y el maestro Hermeline, á los cuales Sœurette gustaba de reunir; y los llamaba riendo, su gran Consejo, porque los tres la ayudaban en sus obras de caridad. La Crêcherie, tan cerrada, en la que Jordán vivía, á lo sabio solitario, como en un claustro, dejaba, sin embargo, franca entrada á aquellos tres señores, tratados como íntimos; y no se podría decir que debían este favor á su buena armonía, pues siempre estaban disputando; pero sus continuas discusiones divertían á Sœurette, que por ellas los apreciaba más, pensando que distraían á Jordán, que les escuchaba sonriendo.

—¿De modo que ha almorzado usted?—dijo la joven á Lucas;—pero eso no le impedirá tomar una taza de café con nosotros, ¿verdad?

—Venga la taza de café—respondió alegremente;—es usted demasiado amable, sólo merezco las más duras quejas.

Pasaron al salón. Las ventanas estaban abiertas; el parque mostraba su verdura, el encanto de los grandes árboles entraba en un olor exquisito. Sobre un velador, en un vaso de porcelana, había un admirable ramo de rosas, de las que el doctor Novarre cultivaba con cariño, y de las que siempre traía un manojo á Sœurette cuando almorzaba en la Crêcherie. Mientras se servía el café, siguió la discusión entre el cura y el maestro, que, desde los entremeses, no habían cesado de disputar acerca de las cuestiones de instrucción y educación.

—Si usted no adelanta nada con sus discípulos—afirmó Marle,—es que ha arrojado á Dios de la escuela. Dios es el Señor de las inteligencias, sin El nada se sabe.

Alto, fornido, la nariz aguileña, de robusta ancha faz, de facciones regulares, hablaba con la obstinación autoritaria de su doctrina estrecha, poniendo la

salvación del mundo en el catolicismo, practicado en la letra, con estricta observancia de los dogmas. En frente de él, Hermeline, el maestro, menudo, de rostro anguloso, frente huesuda, aguda barba, se obstinaba también, frío en su rabia, también formulista y autoritario, creyente de una religión mecánica de progreso, realizada á fuerza de leyes, y á lo militar.

—¡Déjeme usted en paz con su Dios, que jamás ha llevado á los hombres más que al error y á la ruina!... Si no saco nada de mis discípulos, es, por lo pronto, porque me los llevan antes de tiempo, para meterlos en la fábrica; y después, y sobre todo, es que la disciplina se quebranta cada vez más, y el maestro ya no tiene autoridad alguna. ¡Palabra! si me dejasen repartir de cuando en cuando algunos garrotazos, creo que eso les abriría un poco el cráneo.

Y como Sœurette, asustada de tal doctrina, protestase, el maestro se explicó. Para él, sólo había un medio de salvación en la corrupción general; doblegar á los niños, sometiéndoles á la disciplina de la libertad, meterles en el cuerpo el régimen republicano, á la fuerza si era preciso, para que nunca saliese ya de allí. Su anhelo era hacer de cada alumno un servidor del Estado, esclavo del Estado, sacrificando al Estado su personalidad entera. No veía nada más allá de la misma lección, aprendida por todos de la misma manera, con el mismo fin de servir á la comunidad. Tal era su dura y triste religión, de una democracia emancipada del pasado, á fuerza de castigos, condenada de nuevo á trabajos forzados; la felicidad decretada bajo la férula obedecida de los maestros.

—Fuera del catolicismo no hay más que tinieblas— repitió con obstinación el cura.

—¡Pero si se desmorona!—exclamó Hermeline.—Por eso necesitamos construir otra armazón social.

El clérigo tenía sin duda conciencia de la suprema batalla que el catolicismo daba al espíritu de la ciencia, que iba venciendo día por día. Pero no quería reconocerlo; ni siquiera confesaba que poco á poco la iglesia se le quedaba vacía.

—¡El catolicismo!—replicó.—Su trabazón es tan sólida, tan eterna, tan divina, que vosotros mismos la

copiáis, cuando habláis de reconstruir no sé qué estado ateo, en que Dios sería reemplazado por un mecanismo que instruiría y gobernaría á los hombres!

—¡Un mecanismo! ¿Y por qué no?—gritó Hermeline, exasperado por lo que tenía de verdad el ataque del clérigo.—Roma no ha sido jamás más que la prensa de un lagar, que se ha bebido la sangre del mundo.

Cuando la discusión llegaba á ser tan violenta, el doctor Novarre intervenía con aire sonriente y conciliador.

—Vamos, vamos, no hay que acalorarse. Poco les falta á ustedes para entenderse, puesto que cada cual acusa al otro de que lo copia la religión.

Novarre, pequeño, endeble, de nariz delgada y ojos finos, era tolerante, muy suave, algo irónico, y entregado á la ciencia; huía de tomar con calor las cuestiones políticas y sociales. Decía como Jordán, del que era muy amigo, que él se casaba con la verdad, el día en que ésta quedaba demostrada científicamente. Por lo demás, muy modesto, hasta tímido, sin ninguna ambición, se contentaba con cuidar á sus enfermos lo mejor que podía; sin más pasión que el cultivo de sus rosales, entre los cuatro muros de su jardín, pequeño, donde vivía á sus solas, en paz venturosa.

Hasta entonces Lucas se había contentado con oír; pero al fin se acordó de su lectura de la noche, y habló:

—Lo terrible en nuestras escuelas, es que se parte de la idea de que el hombre es malo, de que trae consigo, al nacer, la rebeldía y la pereza, y que hace falta todo un sistema de castigos y recompensas, si se quiere sacar de él algo bueno. Así, se ha hecho de la instrucción una tortura, el estudio ha llegado á ser tan áspero para nuestros cerebros como los trabajos manuales para nuestros miembros. Nuestros profesores se han convertido en cómitres de las galeras universitarias, y su misión es petrificar las inteligencias, según los programas, metiéndolas todas en el mismo molde, sin tener en cuenta las individualidades diversas. No son más que matadores de iniciativas, aplastan el espíritu crítico, el libre examen, el despertar personal del talento, bajo el montón de las ideas hechas, de



las verdades oficiales; y lo peor es, que así se daña el carácter tan profundamente como la inteligencia, y que tal enseñanza sólo produce impotentes é hipócritas.

Hermeline debió creerse personalmente aludido, y con tono agrio interrumpió:

—Pero, ¿cómo quiere usted que se proceda, caballero? ¡vaya usted á reemplazarme en mi puesto, y usted verá lo qué saca de los chicos, si no los somete á una misma disciplina, como maestro que para ello es encarnación de la autoridad.

—El maestro—continuó Lucas, con aire soñador,—no debe hacer más que despertar energías. Es un profesor de energía individual, encargado, sencillamente, de descubrir la aptitud del niño, con motivo de la enseñanza, provocando el desenvolvimiento de su personalidad. Hay en el hombre una inmensa, una insaciable necesidad de aprender, de saber, que debiera ser el único acicate del estudio, sin que hiciera falta castigar ni recompensar. Bastaría evidentemente con facilitar á cada cual el estudio que le agradase, dándole atractivo, y dejándole entregarse á él, y progresar por la fuerza de su propia compresión, con el placer de los continuos descubrimientos. ¿En qué consiste todo el problema de la educación y de la instrucción? En que los hombres hagan hombres, tratándoles como hombres.

Marle, el cura, que acababa su taza de café, se encogió de hombros, y como sacerdote, á quien el dogma hace infalible, dijo:

—El pecado está en el hombre; sólo puede salvarse por la penitencia. La pereza, uno de los pecados capitales, no se expía más que por el trabajo, castigo que Dios impuso al hombre después de la culpa.

—Pero eso es un error, señor cura—dijo tranquilamente el doctor Novarre,—la pereza no es más que una enfermedad, cuando existe realmente; quiero decir cuando el cuerpo rechaza todo trabajo y repugna la menor fatiga. En tal caso, esté usted seguro de que esta flojedad invencible anuncia graves desórdenes interiores. No siendo así, ¿dónde ha visto usted esos perezosos? Tomemos por ejemplo los ociosos de raza, de hábito y por gusto. Una mujer mundana que baila toda la noche ¿no se quema los ojos más, no hace un gasto de fuerza

muscular mucho mayor que una obrera, clavada delante de su mesa, bordando hasta la mañana? ¿Esos hombres de vida disipada, alegre, en continua exhibición, en constantes fiestas, que los agotan, ¿no aceptan cargas tan duras como las faenas de los obreros, que trabajan delante de un banco en el torno? Acuérdense ustedes de la alegría con que, al dejar una tarea que nos repugna, nos lanzamos al juego violento, que quebranta nuestros miembros. Quiere decirse que el trabajo, la fatiga física, sólo es una carga cuando no es de nuestro gusto. Y si se llegara á no imponer á nadie más que el trabajo agradable, libremente escogido, de seguro no habría perezosos.

Ahora fué Hermeline quien se encogió de hombros.

—Pregunte usted á un niño qué prefiere, la gramática ó la aritmética. Responderá que más le gusta que darse sin las dos. La experiencia lo dice. El niño es un arbolillo, que hay que enderezar y corregir.

—Y no se corrige—concluyó el clérigo, de acuerdo esta vez con el maestro,—más que aniquilando en el hombre todo lo que el pecado original ha dejado en él de vergonzoso y de diabólico.

Hubo un momento de silencio. Scœurette escuchaba con atención, mientras Jordán miraba la lontananza, por una de las ventanas, y dejaba á su fantasía vagar bajo los árboles corpulentos. Lucas reconocía en todo aquello la concepción pesimista del catolicismo, acogida por los sectarios de un progreso que decretaba el Estado, á fuerza de autoridad. El hombre se había condenado, perdido, la primera vez; después se había redimido y estaba en peligro de perderse otra vez. Un Dios envidioso y colérico, le trataba como á un niño, que siempre estaba en falta, se acosaba sus pasiones, se luchaba, hacía siglos, por anularlas, se hacía esfuerzos para matar el hombre en el hombre. Y otra vez evocaba Lucas á Fourier, con las pasiones utilizadas, ennoblecidas, convertidas en energías necesarias y creadoras, con el hombre al fin emancipado del peso abrumador é inmortal de las religiones de la nada, que no son más que atroz policía social, para mantener la usurpación de los poderosos y de los ri-

cos. Entonces, sumido en su ensueño, Lucas replicó lentamente, como pensando en alta voz:

—Bastaría convencer al hombre de esta verdad: que la mayor dicha posible de cada cual está en la mayor dicha realizada de todos.

Pero Hermeline y el cura, se echaron á reír.—¡Bonito remedio!—dijo irónicamente el maestro,—comienza usted por despertar las energías para destruir el interés personal. Cuando el hombre no trabaje para sí, ¿qué palanca le movería á la acción? El interés personal es el fuego bajo la caldera, se le encuentra en el nacimiento de cada trabajo. Y usted lo aniquila, comienza por castrar el egoísmo del hombre, usted que le quería con todos sus instintos... ¿Sin duda cuenta usted con la conciencia, con la idea del honor y del deber?

—No necesito contar con eso—respondió Lucas, en el mismo tono tranquilo.—Por lo demás, el egoísmo, tal como lo hemos entendido hasta ahora, nos ha dado una sociedad tan espantosa, asolada por tantos odios y sufrimientos, que bien podemos permitirnos ensayar otro factor. Pero repito que acepto el egoísmo, si se entiende por tal el muy legítimo deseo, la invencible necesidad que todos tenemos, de ser dichosos. Lejos de destruir el interés personal, lo refuerzo precisándolo, haciendo de él lo que debe ser, para crear la ciudad dichosa, en que la ventura de todos realizará la de cada cual; y basta para ello que estemos convencidos de que trabajamos para nosotros, trabajando para los demás. La justicia social siembra el odio eterno, y recoge el universal dolor. Por eso hace falta entenderse, reorganizar el trabajo, basándolo en esta verdad, cierta, que la suma más grande de nuestras felicidades se formará un día con todas las felicidades, en todos los hogares de nuestros vecinos.

Sonreía burlón Hermeline, y Marie el cura volvió á hablar.

—Amaos los unos á los otros, esa es la moral de nuestro divino maestro. Pero también ha dicho que la felicidad no era de este mundo; y es una culpable locura querer realizar sobre la tierra el reino de Dios, que está en el cielo.

—Pues se realizará algún día—dijo Lucas.—Todo el

esfuerzo de la humanidad en marcha, todo el progreso, toda la ciencia, van á esa ciudad futura.

Pero el maestro, que ya no le escuchaba, la tomó otra vez con el clérido.

—¡Ah! no, señor cura, no hay que volver con la promesa de un paraíso, que engaña á los pobres diábolos. Además, vuestro Jesús es nuestro, nos lo habéis quitado, le habéis acomodado á las exigencias de vuestra dominación. En el fondo, no era más que un revolucionario y un librepensador.

Volvieron á la batalla, y fué preciso que el doctor Navarro les separase otra vez, dando la razón ya á uno ya á otro. Como siempre, es claro, la cuestión quedó pendiente; jamás mediaba una solución decisiva. Ya habían tomado el café, hacía mucho tiempo, y fué Jordán, caviloso, quien dijo la última palabra.

—La única verdad está en el trabajo; el mundo será, algún día, lo que el trabajo haga de él.

Y Scurette, que había escuchado con gran interés á Lucas, sin intervenir, habló de un asilo, que tenía pensado, para los niños de pocos años, de las obreras empleadas en las fábricas. Desde este momento, la conversación entre médico, maestro y sacerdote, fué amable, amistosa; hablaron de los medios prácticos para poner en planta aquel asilo, y evitar en él los abusos de los establecimientos similares. En el parque, la sombra de los altos árboles se extendía alargándose sobre la pradera, en tanto que posaban el vuelo sobre la hierba, las palomas zuritas, esponjándose al dorado sol de Septiembre.

Ya eran las cuatro, cuando los tres convidados dejaron la Crèche. Jordán y Lucas, les acompañaron hasta las primeras casas de la ciudad, por mover un poco las piernas. Luego, al volver, á través de los terrenos pedregosos, que Jordán dejaba improductivos, quiso éste dar un rodeo, prolongando el paseo y llegando á casa de Lange, el alfarero. Le había dejado instalarse en un rincón silvestre, y perdido de su dominio, más abajo del horno alto, sin pedirle ninguna clase de renta. Lange, lo mismo que Morfain, había convertido en vivienda una cueva, abierta por los an-

tigos torrentes, en la base de los Montes Bleuses, en el costado de la gigantesca muralla que formaba el promontorio. Y había llegado á construir tres hornos, cerca de la ladera, donde cocía la arcilla: y allí vivía, sin Dios ni amo, en la libre independencia de su trabajo.

—Sin duda, es un exaltado—añadió Jordán, á quien Lucas preguntaba con mucho interés.—Lo que usted me ha dicho, su arranque violento de la otra noche, en la calle de Brías, no me asombra, por ser suyo; y ha tenido suerte en que le soltaran, porque podía haberlo pasado mal, por lo mucho que se compromete. Pero no puede usted figurarse lo inteligente que es, y el arte que pone en sus sencillas vasijas de barro, á pesar de que no tiene instrucción alguna. Ha nacido aquí, de obreros pobres, huérfano á los diez años, obligado á servir de peón á los albañiles; después, aprendió el oficio de alfarero, llegó á ser patrono de sí mismo, como él dice riendo, desde que le permití instalarse en mis dominios... Me interesan, sobre todo, sus ensayos en tierras refractarias, pues ya sabe usted que busco la que pueda resistir mejor las terribles temperaturas de los hornos eléctricos.

Lucas, al levantar los ojos, distinguió entre la maleza todo un campamento de bárbaro, rodeado de un muro pequeño de piedra seca. En el umbral, una joven morena, alta y hermosa, estaba de pie.

—¿Está casado?—preguntó Lucas.

—No, pero vive con esa joven, que es á la vez su esclava y su mujer... Toda una historia. Hace cinco años, tenía ella quince apenas, la encontró enferma, moribunda, en una zanja, abandonada allí, sin duda, por alguna banda de bohemios. Jamás se ha sabido claramente de dónde venía, y ella calla si la preguntan. Lange se la llevó á casa á cuestas; la cuidó, la curó, y no sabe usted qué ardiente gratitud le conservó esa muchacha; es para él como un perro, una cosa.. No traía zapatos, cuando la recogió; todavía hoy apenas se los pone, más que para bajar á la ciudad. De suerte, que en toda la comarca, y Lange también, la llaman la Descalza... No emplea más obrero que ella; la Descalza es su peón, y también le ayuda á

arrastrar el cochecillo en que pasea su cacharrería de feria en feria. Esa es su manera de colocar sus productos, bien conocidos en toda la región.

De pie, en el umbral del estrecho recinto, cerrado por una verja, la Descalza miraba llegar á aquellos señores; y pudo Lucas verla á su sabor, con su faz morena, de grandes facciones regulares y atezadas, la cabellera negra como tinta, los ojos grandes, de salvaje, que se llenaban de una dulzura inefable, cuando miraban á Lange. Reparó sus pies desnudos, de niña, de bronce claro, que pisaban el suelo arcilloso, siempre húmedo; estaba en traje de faena, cubierta apenas por una tela gris, enseñando la pierna fina de lidia-dora, sus brazos nervudos, el seno duro y pequeño. Después de asegurarse de que el caballero que acompañaba al dueño del dominio debía de ser un amigo, dejó el puesto de observación y volvió junto al horno que cuidaba, en cuanto avisó al amo.

—¡Ah! ¿es usted, señor Jordán!—exclamó Lange, presentándose.—Figúrese usted, que, desde la aventura de la otra noche, la Descalza se imagina á cada instante que vienen á prenderme. Y creo que si algún polizonte se presentara, no saldría entero de sus uñas... Vendrá usted á ver mis nuevos ladrillos refractarios. Aquí los tiene usted. Yo le explicaré su composición.

Lucas reconocía perfectamente al hombrecillo rudo, y como nudoso, que había entrevisto, en la obscuridad de la calle de Brías, anunciando la inevitable catástrofe final, lanzando el anatema sobre la ciudad de Beauclair, corrompida, condenada por sus crímenes. Pero ahora, que podía detallar sus facciones, admiraba su ancha frente, que desaparecía bajo la negra maleza del cabello, sus ojos vivos, llenos de inteligencia, por donde pasaban súbitas llamas de cólera; y sobre todo, bajo aquella corteza grosera, bajo la aparente violencia, le sorprendía adivinar una alma contemplativa, un amable soñador, un simple poeta rústico, que por lo absoluto de su ideal de justicia, iba á dar al deseo de hacer saltar el viejo mundo culpable.

Jordán; después de presentarle á Lucas, como un

ingeniero amigo suyo, quiso que Lange le enseñara lo que en broma llamaba él su museo.

—Si tiene usted gusto en ello... Todo lo hago por divertirme; son cachivaches, que llevo al horno por distraerme... Ahí los tiene usted. Todo ese barro, bajo ese cobertizo... Puede usted verlo, mientras yo explico mis ladrillos al señor Jordán.

Creció el asombro de Lucas. Había bajo el cobertizo monigotes de loza, vasos, pucheros, platos de formas y de colores singulares, que aun demostrando una gran ignorancia, eran deliciosos por su original sencillez candorosa. Los azares del fuego se manifestaban arrogantes, brillaban los esmaltes con inaudita riqueza de tonos; pero lo que más le asombraba en la alfarería corriente que Lange fabricaba para su clientela ordinaria de los mercados y de las ferias, la vajilla, las ollas, los cántaros, los barreños, era la elegancia de las formas, lo agradable de los colores puros, toda una feliz florecencia del genio popular. Parecía que el alfarero había sacado este genio de su raza; que sus obras, en las que alentaba el alma del pueblo, nacían naturalmente, de sus dedos, gordos, como si hubiese vuelto á encontrar por instinto los moldes primitivos de una belleza práctica admirable. La obra maestra se realizaba en cada empeño, en cada objeto era según su uso lo podía, y por esto, de una verdad sencilla, llena de gracia.

Cuando Lange volvió con Jordán, que le había encargado algunos centenares de ladrillos para experimentar un nuevo horno eléctrico, recibió sonriendo los plácemes de Lucas, que se maravillaba del tono alegre de aquella loza, tan ligera, de púrpura y azul, florida, brillando al sol.

—Sí, sí, esto es meter las amapolas y los azulejos de los trigos por las casas... Siempre he creído que se debía adornar con esto los tejados y fachadas. No saldría muy caro, si los comerciantes no robasen; y ya vería usted qué hermosa parecería así una ciudad, un verdadero ramillete, entre el verdor... Pero no se puede hacer nada, con estos sucios de burgueses del día.

Y volvió en seguida á su pasión de sectario; á sus

Ideas de anarquía extremosa, que había adquirido en algunos folletos que habían llegado á él, y quedado en su poder, ni él mismo sabía por qué casualidad. Por lo pronto, había que destruirlo todo, apoderarse por la revolución de todo; la salvación no estaba más que en la destrucción de toda autoridad; pues si quedaba un solo poder en pie, aun infimo, bastaría para la reconstrucción del edificio entero de iniquidad y tiranía. En seguida, la «comune» libre podría establecerse, sin gobierno alguno, gracias al acuerdo de los grupos, variados sin cesar, continuamente modificados, según las necesidades y los deseos de cada cual.

Admiróse Lucas de volver á dar con estas teorías, con las series de Fourier: pues el sueño final era el mismo, invocar las pasiones creadoras, la expansión del individuo, emancipado en una sociedad harmónica, en que el bien de cada ciudadano necesitaba del bien de todos; pero los caminos eran diferentes, el anarquista no era más que un fourierista, un colectivista desengañado, exasperado, que ya no creía en los medios políticos, resuelto á conquistar por la fuerza, por el exterminio, la felicidad social, puesto que siglos y siglos de lenta evolución, al parecer, no la traían. La catástrofe, el volcán estaba en la naturaleza. Así que, cuando Lucas nombró á Bonnaire, Lange mostró feroz ironía y trató al maestro fundidor con más amargo desdén que si fuera un burgués. ¡Ah! sí; el cuartel de Bonnaire, ese colectivismo en que estaría uno numerado y disciplinado, en prisiones, como en presidio. Y extendiendo el puño hacia Beauclair, cuyos cercanos tejados dominaba desde allí, volvió á sus lamentaciones, á sus maldiciones de profeta, lanzadas contra la ciudad corrompida, que el fuego iba á destruir, y que sería arrasada para que de sus cenizas naciese al fin la ciudad de verdad y de justicia.

Pasmado de tanta violencia, Jordán le miraba con curiosidad.

—Pero, vamos á ver; Lange, amigo mío, usted no me parece desgraciado.

—Yo, señor Jordán, soy muy feliz, todo lo feliz que se puede ser... Vivo aquí libre, esto es casi la anarquía realizada. Usted me ha dejado tomar este peda-

zo de tierra que es de todos; y soy mñ amo, no pago alquiler á nadie. Después, trabajo á mi antojo, ni tengo patrono que me aplaste, ni jornalero á quien yo aplastar; vendo yo mismo mis ollas y mis cántaros, á la buena gente que los necesita, sin que me roben los comerciantes, ni permitirles robar á los compradores. Y todavía me queda tiempo para divertirme, cuando se me antoja, en cocer estos muñecos de loza, estos cacharros, estos azulejos llenos de adornos, cuyos vivos colores me alegran los ojos... ¡Oh, oh! no, aquí no nos quejamos, estamos contentos con la vida, cuando el sol nos alegra, ¿no es así, amiga Descalza?

La joven se había acercado, medio desnuda y en su traje de faena, con las manos teñidas del color rosado de la vasija que acababa de sacar del horno. Y sonreía, de divina manera, mirando al hombre, al dios, cuya sierva se había hecho, á quien daba cuerpo y alma en continuo regalo.

—Pero esto no quita—prosiguió Lange,—que haya demasiados pobres maricas, que aguantan, y que haya que volar á Beauclair, un día de estos, para reedificarlo con decencia. Sólo la propaganda por el hecho, la bomba, puede despertar al pueblo... ¿Y qué me dice usted de esto? Tengo aquí lo necesario para preparar dos ó tres docenas de bombas, de una fuerza extraordinaria. Bueno, pues el mejor día, salgo por ahí con mi coche, al cual yo me enganchó y la Descalza empuja por detrás. Y que pesa por cierto cuando va cargado de cacharros, y hay que arrastrarlo por los malos caminos de las aldeas, de mercado en mercado. Es justo, de cuando en cuando, un descansito bajo los árboles donde hay fuentes... Pero ese día no salimos de Beauclair: va una bomba escondida en cada olla, dejamos una en la sub-Prefectura, otra en la Alcaldía, otra en la Audiencia, otra en la cárcel, otra en la iglesia, en fin, donde quiera que se encuentre una autoridad que destruir. Arden las mechas, el fuego trabaja oculto el tiempo necesario, luego de un golpe salta Beauclair; una espantosa erupción de volcán lo quema y se lo lleva... ¡Eh! ¿qué tal? ¿qué les parece de mi paseito con mi coche, del reparto de ollas que fabrico, en bien del género humano?

Y reía con risa estática, el rostro demudado; y como la groza morena también riase con él, añadió:

—¿No es eso, Descalza? yo tiraré y tú empujarás, será un paseo, aún más divertido que el de la ribera del Mionna, bajo los sauces, cuando vamos á la feria de Magnolles.

Jordán no discutió; no hizo más que un ademán, dando á entender lo disparatada que parecía semejante idea, al sabio que llevaba dentro de sí. Pero, cuando, después de despedirse, estuvieron en el camino de la Crécherie, sintió Lucas que llevaba consigo la impresión, que le estremecía, de aquella gran poesía negra, de aquel sueño de felicidad por la destrucción, que sin cesar agitaba el cerebro de algunos poetas simplistas, entre la muchedumbre de los desheredados. Ambos entraron en casa silenciosos, perdido cada cual en sus meditaciones.

En el laboratorio, donde entraron directamente, encontraron á Scœurette, que, ante una mesita, copiaba en paz un manuscrito de su hermano. Muchas veces se ponía un largo delantal azul, para servir de ayudante preparador en ciertos experimentos delicados. Cuando entraron, se contentó con levantar la cabeza y sonreír, y volvió á su trabajo.

—¡Ah!—dijo Jordán tendiéndose en una butaca;—decididamente no hay para mí horas felices más que aquí: en medio de mis aparatos y de mis papelotes... En cuanto entro, vuelven á mi corazón la paz y la esperanza.

De una mirada cariñosa había pasado revista á la ancha estancia, como para tomar de nuevo posesión, reconocerse allí, bañarse en el buen olor, calmante y confortativo, del trabajo. Estaba abierta la ventana, el sol poniente entraba en una tibia caricia, mientras á lo lejos, se veía brillar, entre los árboles, los tejados y las vidrieras de Beauclair.

—¡Qué inútil miseria todas esas disputas!—exclamó Jordán, mientras Lucas se paseaba con lento paso. —Después del almuerzo, oía al cura y al maestro, asombrado de que se perdiera el tiempo, queriendo convencerse, cuando se está, como ellos, en los extremos de las cuestiones, y no se habla la misma lengua.

Y note usted que no vienen aquí una sola vez sin volver idénticamente á las mismas discusiones, para quedar siempre como estaban... Luego, qué desgraciado empeño el de encerrarse de esa manera en lo absoluto, y combatir á fuerza de argumentos contradictorios. Estoy por el doctor, que se divierte, reduciéndolos á la nada á los dos, sólo con oponer el uno al otro. Lo mismo que ese Lange; ¿no da pena ver tan excelente sujeto, soñar tamañas majaderías, perderse en un error, más manifiesto y más peligroso, porque camina al azar, despreciando la certidumbre?... No, decididamente, no comprendo la pasión política; las cosas que dice esa gente me parecen vacías de sentido razonable; las cuestiones más graves que se suscitan, no son para mí más que acertijos, un pasatiempo; y no acabo de comprender que se den tan inútiles batallas, por tan menudos incidentes, cuando el descubrimiento de la más pequeña de las verdades científicas hace más por el progreso que cincuenta años de luchas sociales.

Lucas se echó á reír.

—Ahí tiene usted, usted mismo cae en lo absoluto... El hombre debe luchar, la política no es más que la necesidad que el hombre tiene de defender sus intereses, de asegurar la mayor felicidad posible.

—Tiene usted razón—confesó Jordán con su candorosa buena fe.—Y acaso mi desdén de la política procede de un sordo remordimiento, por la ignorancia en que vivo, por mi gusto, respecto de los asuntos políticos de mi país... Pero, con toda sinceridad, creo que soy un buen ciudadano, así y todo, encerrándome en mi laboratorio; pues cada cual sirve á la nación con la facultad de que dispone. Y los verdaderos revolucionarios, fíjese usted, los verdaderos hombres de acción, los que preparan para mañana más verdad, más justicia, son de seguro los sabios. Un gobierno pasa y cae, un pueblo crece, brilla, decae, ¿qué importa! Las verdades de la ciencia se transmiten, aumentan siempre, cada día con más luz y más certeza; el retroceso de un siglo no se cuenta, se vuelve á marchar hacia adelante, la humanidad camina al saber, pese á los obstáculos. Objetar que no se sabrá jamás todo, es una tontería;

se trata de saber lo más posible, para llegar á la mayor ventura posible. Y siendo así, repito, cuán despreciables son los vaivenes políticos que apasionan á las naciones... Mientras se pone la salvación de un pueblo en sostener ó derribar un ministerio, el sabio es el verdadero dueño del mañana, el día que ilumina á la multitud con una nueva chispa de verdad. Cesará toda la injusticia, cuando toda la verdad se muestre.

Hubo una pausa; Scurette había dejado la pluma y escuchaba. Después de fantasear algunos segundos, Jordán prosiguió, sin transición aparente:

—El trabajo, ¡oh, el trabajo! yo le debo la vida. Ya veis qué débil soy; recuerdo que mi madre tenía que envolverme en mantas en días de mucho viento; y, sin embargo, ella fué quien me puso al trabajo, como un régimen seguro de salud. No me condenaba á estudios abrumadores, verdadero presidio, en que se tortura las inteligencias que se van formando. Me facilitaba el hábito de una labor regular, sin cesar variada, atractiva, y así aprendí yo á trabajar, como se aprende á respirar, á andar. El trabajo se ha hecho la función de mi sér, el juego natural y necesario de mis miembros y de mis órganos, el fin y el medio de mi vida misma. He vivido porque he trabajado; entre el mundo y yo se ha establecido un equilibrio; le he devuelto en obras lo que él me daba en sensaciones, y creo que toda la salud está en eso, en cambios bien regulados, en una adaptación perfecta del organismo al medio... Y enclenque y todo como soy, llegaré á viejo, es seguro, porque soy una maquinilla montada con cuidado y que funciona lógicamente.

Lucas había interrumpido su lento paseo. Como Scurette, oía con atención apasionada:

—En eso está la salud de los seres, una buena higiene para vivir bien—continuó Jordán.—El trabajo es la vida misma, la vida es un continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas. Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse á los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra universal á

que venimos todos á traer nuestra piedra. ¿El universo, no es un inmenso taller en que jamás se buega, en que los infinitamente pequeños, hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra sin descanso, desde los simples fermentos, hasta las criaturas más perfectas? Los campos que se cubren de mieses, trabajan; los bosques, en su pausado crecimiento, trabajan; los ríos, corriendo en el fondo de los valles, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno á otro continente, trabajan; los mundos, que son llevados por el ritmo de la gravitación, á través de lo infinito, trabajan. No hay un sér, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad; todo va arrastrado, atado á su tarea, obligado á poner su parte en el común empeño. Quien quiera que no trabaja, desaparece por eso mismo, rechazado como estorbo inútil, y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable. Tal es la única ley de la vida; que no es, en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpétua actividad, el dios de todas las religiones, para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.

Otra vez, un instante, Jordán se perdió en sus ensueños.

—Y qué admirable regulador es el trabajo, qué orden trae consigo, donde quiera que reina. ¡Es la paz, la alegría, como es la salud! Me siento confundido, cuando le veo despreciado, envilecido, mirado como un castigo y una vergüenza. Si me salvó de la muerte segura, me ha dado además todo lo que en mí hay de bueno; me ha devuelto una inteligencia y una nobleza. Y qué admirable organizador es; cómo regula las facultades de la inteligencia, el juego de los músculos, el papel de cada grupo en una multitud de trabajadores! Por sí sólo sería una constitución política, una policía humana, una razón de ser social. Sólo nacemos para la colmena, no trae más cada uno que su esfuerzo de un instante; no podemos explicar la necesidad de nuestra vida, sino porque la naturaleza ha menester un obrero más para su obra. Toda otra explicación es orgullosa y falsa. Las vidas individuales parecen sacrificadas á la vida universal

de los mundos futuros. No hay felicidad posible, si no se pone en la felicidad solidaria de la eterna labor común. Por eso yo quisiera que al fin se fundara la religión del trabajo, el hosanna al trabajo salvador, la verdad, única, la salud, la alegría, la paz soberana.

Calló, y Scœurette dió un grito de cariñoso entusiasmo:

—¡Ay, hermano, qué razón tienes! ¡Qué verdadero, qué hermoso es esto!

Lucas estaba todavía más conmovido; en pie, inmóvil, los ojos poco á poco llenos de luz, como un apóstol, bajo el súbito rayo que le iluminaba. De repente habló:

—Oiga usted, Jordán; no hay que vender nada á Delaveau; hay que guardarlo todo, el horno alto, la mina... Esta es mi respuesta, se la doy á usted porque estoy convencido.

Sorprendido por tales palabras, tan inesperadas, dichas de súbito, y cuyo enlace con lo que él acababa de decir no comprendía, el dueño de la Crécherie, con un ligero movimiento de párpados, preguntó:

—¿Cómo es eso, querido Lucas? ¿por qué me habla usted así? Explíquese usted.

El joven siguió un momento callado, porque la emoción le trastornaba; aquel himno al trabajo, aquella glorificación del trabajo pacificador le había exaltado, con un choque súbito, como arrebatado por un espíritu, y al fin, mostraba á sus ojos el vasto horizonte, perdido hasta entonces en la bruma. Todo se precisaba, se animaba, se hacía de una absoluta certidumbre. Era la fe que resplandecía; las palabras salían de su boca con una fuerza de persuasión extraordinaria.

—No hay que vender nada á Delaveau... He ido esta mañana á ver la mina abandonada. Según se presenta en los filones actuales, todavía se puede sacar bastante provecho del mineral, sometiéndolo á los nuevos procedimientos químicos. Y Morfain me ha convencido de que se volverá á dar con filones excelentes al otro lado de la garganta... Hay allí riquezas incalculables. El horno alto nos producirá la fundición á precio muy bajo, y si se le completa con toda una ferrería,

con hornos de modelar, hornos de crisol, laminadores y martillos pilones, se podría emprender otra vez en grande la fabricación de rieles y armaduras, y luchar victoriosamente en baratura con las fábricas de acero más prósperas del Norte y del Este.

La sorpresa de Jordán crecía, llegaba al pasmo. Pero se le escapó esta protesta:

—Pero si yo no quiero ser más rico; ya tengo demasiado dinero, y si vendo es por huir de todos los cuidados de la ganancia.

Con un hermoso ademán apasionado, Lucas le interrumpió:

—Déjeme usted concluir, amigo mío... No es á usted á quien yo quiero hacer más rico; es á los desheredados, á los trabajadores de que hablábamos, á las víctimas del trabajo inicuo, envilecido, convertido en un atroz presidio, del que quiero librarlos. Acaba usted de decirlo de un modo soberbio. El trabajo debe ser por sí mismo una razón de ser social; y en este instante la salvación se me ha aparecido; la justa y feliz sociedad del mañana, no está más que en la reorganización del trabajo, la única que permitirá un equitativo reparto de la riqueza. Acabo de tener esta deslumbradora certidumbre; la única solución para nuestras miserias y sufrimientos está en eso. No se podrá reconstruir de modo viable el viejo edificio, que cruje y cae podrido, más que sobre el terreno del trabajo, por todos y para todos, aceptado como la ley universal, la vida misma que rige los mundos... ¡Pues bueno! eso es lo que yo quiero intentar aquí, por lo menos un ejemplo que quiero dar, una reorganización del trabajo en pequeño, una fábrica fraternal, el bosquejo de la sociedad de mañana, que opondré á la otra fábrica, la del salario, la del presidio antiguo, donde se tortura y deshonra al obrero esclavo.

Y continuó con palabras temblorosas; bosquejó á grandes rasgos su sueño, todo lo que en él había germinado de la reciente lectura de Fourier; una Asociación entre el capital, el trabajo y el talento. Jordán aportaría el dinero necesario; Bonnaire y sus camaradas pondrían los brazos, él sería el cerebro que concibe y dirige. Y otra vez se paseaba, y con un ade-

mán vehemente señalaba los tejados de Beauclair; á Beauclair era á quien iba á salvar sacándole de las vergüenzas y de los crímenes en que hacía tres días le veía precipitarse. A medida que iba desenvolviendo su plan de acción renovadora, se asombraba, se maravillaba de sí propio. Su misión hablaba en él, aquella misión cuya preñez sentía, sin saber lo qué era, que buscaba con ánimo inquieto, con corazón enternecido por la piedad. Al fin veía claro, había encontrado el camino. Y ahora respondía á las cuestiones angustiosas que todavía durante su insomnio de la noche última se planteaba sin poder resolverlas. Y sobre todo, atendía á las voces de los desgraciados, que habían llegado á él desde el fondo doloroso de las tinieblas; ya las oía distintamente, ya iba en su socorro; los salvaría por el trabajo regenerado, el trabajo que no separaría en adelante á los hombres, en castas enemigas y devoradoras; que los reuniría en una sola familia fraternal, en que el esfuerzo de todos se pondría en común, para la dicha de todos.

—Pero—objetó Jordán,—la aplicación de la fórmula de Fourier no es la muerte del salario. Aun con los colectivistas, el salario apenas cambia más que de nombre. Habría que llegar hasta el sueño absoluto de la anarquía, para destruirlo.

Lucas tuvo que convenir en ello.

A este propósito, hizo examen de conciencia. Las teorías del colectivista Bonnaire, los sueños del anarquista Lange, resonaban todavía en sus oídos. Las disputas del cura Marle, del maestro Hermeline y del doctor Novarre, volvía á empezar y se eternizaban. Era un continuo caos de opiniones contrarias. También sentía desfilar las objeciones que se habían lanzado los precursores Saint-Simón, Augusto Comte, Proudhon. ¿Por qué, pues, se había de detener en la fórmula de Fourier entre tantas otras? Conocía algunas felices aplicaciones de ella, pero no ignoraba la lentitud de los ensayos, la dificultad de los resultados decisivos. Tal vez la causa era, que á Lucas, personalmente, le repugnaban las violencias revolucionarias, habiendo puesto su fe científica en la evolución no interrumpida, que tiene delante de sí la eternidad para cumplir su fin.



La expropiación total y brusca, que creía irrealizable, no podría además efectuarse sin catástrofes terribles, cuyo peor resultado sería producir más miseria todavía y más dolor. Siendo así, ¿no era lo mejor aceptar la ocasión de una experiencia práctica que se le ofrecía, de una tentativa que satisfacía las tendencias de todo su sér, su piedad nativa, su fe en la bondad del hombre, el foco de amor de universal ternura que le abrasaba? Le arrebatava una exaltación heroica, una gran fe, toda una presciencia, que le presentaba el buen éxito seguro. Además, si la aplicación de la fórmula de Fourier no traía el fin inmediato del salario, á él se encaminaba, y conducía á la completa conquista, á la destrucción del capital, desaparición del comercio, inutilidad del dinero, fuente de todos los males. La gran lucha de las escuelas socialistas sólo se refiere á los medios, todas se reconciliarán un día en la ciudad feliz, construída al cabo. Los primeros cimientos de esta ciudad eran los que él quería poner, comenzando por asociar á todos los hombres de buena voluntad, á todas las diversas fuerzas esparcidas, con la certidumbre de que no había mejor punto de partida en medio de la espantosa carnicería actual.

Jordán permaneció escéptico.

—Fourier ha tenido chispazos de genio, eso es cierto. Pero hace más de sesenta años que ha muerto, y si le quedan algunos discípulos tenaces, no veo que su religión esté en camino de conquistar la tierra.

—El catolicismo ha tardado cuatro siglos en conquistar una parte—replicó Lucas vivamente.—Además, ya no me caso con Fourier, con todo él; para mí tuvo la visión de la verdad. Ni es único tampoco; no es más que un sabio, que un día de lucidez genial, otros han preparado la fórmula y otros la completaron... Vamos á ver; lo que usted no puede negar es que la evolución que hoy se precipita, viene de lejos; es que nuestro siglo entero ha estado engendrando laboriosamente la ciudad nueva, que nacerá mañana. El pueblo de los trabajadores hace cien años que va naciendo, un poco más cada día, á la vida social, y mañana será dueño de su destino, por la ley científica que asegura la existencia al más fuerte, al

más sano, al más digno de ser. A esto asistimos, á la última lucha entre los pocos privilegiados que han robado la riqueza, y la inmensa muchedumbre obrera, que quiere reivindicar los bienes de que la han despojado hace siglos y siglos. No es otra cosa lo que nos enseña la historia, al decirnos como algunos se han apoderado de la mayor parte de dicha posible con detrimento de todos, y como todos los miserables robados no han cesado desde entonces de luchar furiosamente con la necesidad vital de reconquistar toda la ventura que puedan.... Hace cincuenta años ya que esta lucha va siendo sin cuartel, y por eso veis á los privilegiados, llenos de miedo, abandonar poco á poco, por sí mismos, algunos de sus privilegios. Los tiempos se acercan; se conocen todas las concesiones que los poseedores del suelo y de la riqueza hacen al pueblo. En el terreno político, ya se le ha dado mucho, y va á haber que dárselo en el económico. Todo se vuelven leyes nuevas favoreciendo á los trabajadores, medidas humanitarias, triunfos de asociaciones y de sindicatos que anuncian la próxima era. La batalla entre el trabajo y el capital ha llegado á la crisis aguda que nos permite, desde ahora, predecir la derrota del último. En un plazo dado, tenemos la desaparición cierta del salario... Por eso estoy yo seguro de vencer, á la reorganización del trabajo, que nos dará una sociedad más justa, una civilización más elevada.

Irradiaba caridad, fe, esperanza. Continuó; volvió á la historia; el robo de los más fuertes, desde los primeros días del mundo, las miserables muchedumbres esclavas; los poseedores, amontonando crímenes para no dar nada á los desposeídos, que morían de hambre y de violencia. Y este amontonamiento de riqueza, aumentado con el tiempo, lo hacía ver en manos de unos pocos ahora todavía; los señorios del campo; las casas de las ciudades; las fábricas de los pueblos obreros; las minas en que dormían la hulla y los metales; las explotaciones del transporte, acarreos, canales, caminos de hierro, en fin, las rentas, el oro, la plata, los millones que circulan en los Bancos; todos los bienes de la tierra, todo lo que constituye la incalculable fortuna de los hombres. ¿Y no era una

abominación que tantas riquezas no llegasen más que á la espantosa indigencia del mayor número? ¿No clamaba esto justicia, no se veía la inevitable necesidad de proceder á nuevo reparto? Tamaña iniquidad por un lado, la ociosidad ahita de bienes, por otro: el doloroso trabajo agonizando de miseria, habían hecho del hombre un lobo para el hombre. En vez de unirse para vencer y domesticar las fuerzas de la naturaleza, los hombres se devoraban unos á otros; el bárbaro pacto social los lanzaba al odio, al error, á la locura, abandonando al niño y al anciano, aplastando á la mujer, bestia de carga ó carne de delicia. Los mismos trabajadores corrompidos por el ejemplo, aceptaban su servidumbre, gachá la cabeza bajo la universal cobardía. ¡Y qué espantoso despilfarro de la fortuna humana, las sumas colosales que se gastaban en la guerra, todo el dinero que se daba á los funcionarios inútiles, á los jueces, á los gendarmes!

¡Y todo el dinero que quedaba sin necesidad en manos de los comerciantes, intermediarios inútiles, cuya ganancia era á costa del bienestar de los consumidores! Pero aun esto no era más que la marcha cotidiana de una sociedad ilógica, mal constituida; había además el crimen, el hambre provocada, impuesta por los propietarios de los instrumentos de trabajo, para asegurar su provecho. Reducían la producción de una fábrica, imponían días de huelga á los mineros, fabricaban miseria, con un fin de guerra económica, para mantener los precios altos. ¡Y se maravillaban, si la máquina crujía, si se hundía bajo tal montón de sufrimiento, de injusticia, de vergüenza!

—¡No, no!—gritó Lucas,—esto ha concluido, esto no puede durar, sin que la humanidad desaparezca en una última crisis de demencia. El pacto ha de hacerse de nuevo, cada hombre que nace tiene derecho á la vida, y la tierra es fortuna común de todos. Es preciso que los instrumentos de trabajo á todos se entreguen, que cada cual cumpla su parte personal en la común tarea... Si la historia, con sus odios, sus guerras, sus crímenes, no ha sido hasta aquí más que el resultado abominable del robo inicial de la tiranía de algunos ladrones, que han necesitado empujar á los hombres para que se

degollaran unos á otros, é instituir tribunales y cárceles, para defender sus rapiñas, ya es tiempo de volver á comenzar la historia, inaugurando la nueva era con un gran acto de equidad; las riquezas de la tierra devueltas á todos los hombres, el trabajo convertido en ley universal para la sociedad humana, como lo es para el universo, á fin de que venga la paz entre nosotros y la venturosa fraternidad reine al cabo... ¡Y así será! ¡yo trabajaré, yo venceré!

Estaba tan exaltado, tan vencedor, tanto se había crecido en su arrebató profético, que Jordán, maravillado, se volvió á Sœurette, para decirle:

—Mirale qué hermoso está.

La joven, temblorosa, pálida de emoción, no le había quitado los ojos, como invadida por una suerte de fervor religioso.

—¡Oh!—murmuró muy bajo.—¡Qué hermoso, y qué bueno!

—Pero es el caso, querido amigo—dijo Jordán sonriendo,—que es usted sencillamente un anarquista, por muy evolucionista que se crea; y hace bien en decir que se empieza por la fórmula de Fourier y se acaba por el hombre libre en la comunidad libre.

El mismo Lucas se había echado á reír.

—De todos modos, empecemos; ya veremos á dónde nos lleva la lógica.

Pensativo, Jordán, no parecía oírle ya; dentro de él, el sabio enclaustrado en su laboratorio acababa de sentirse profundamente conmovido; y si dudaba todavía que se pudiese acelerar la marcha de la humanidad, ya no negaba la utilidad del esfuerzo.

—Sin duda—continuó lentamente,—la iniciativa individual es todopoderosa. Para determinar los hechos, siempre hace falta un hombre que vigile y que ejecute, un rebelde de genio y de pensamiento libre, que traiga la nueva verdad... En las catástrofes, cuando la salvación está en cortar un cable, hender una viga, no hace falta más que un hombre y un hacha, la voluntad es todo; el salvador es el que descarga el hacha... Nada resiste, las montañas se hunden, y los mares se retiran, ante una individualidad que ejecuta.

*Trabajo.*—Tomo I.—13

Eso era; Lucas reconocía en aquellas palabras, el volcán de voluntad y de certidumbre interiores, en que se abrasaba. Aun no sabía qué genio traía consigo; pero en él era como un fuerza, acumulada de antiguo, la rebeldía contra toda la iniquidad secular, la ardiente necesidad de hacer justicia al fin. Era de inteligencia independiente, no aceptaba más que los hechos demostrados por la ciencia. Estaba solo, quería obrar solo; toda su fe la ponía en la acción. Era el hombre que osa; pues esto bastaría, cumpliríase su misión.

Reinó un momento de silencio. Jordán respondió al fin, con ademán amistoso de abandono:

—Ya se lo he dicho: hay horas de laxitud, en que daría á Delaveau toda la explotación, el horno alto, la mina, los terrenos, para librarme de todo ello, y entregarme en paz á mis estudios, á mis experimentos... Cójalo usted todo, prefiero dárselo á usted, que piensa poder emplearlo de buen modo. Todo lo que le pido es que me descargue á mí completamente de todo cuidado, dejándome trabajar en mi rincón, acabar mi empeño, sin volverme á hablar jamás de tales cosas.

Lucas le miraba con ojos brillantes, en que resplandecía toda su gratitud, toda su ternura. Luego, sin vacilación alguna, con aire seguro de la respuesta, dijo:

—No es eso todo, amigo mío; es preciso que su gran corazón haga más. Yo no puedo emprender hoy nada sin dinero: necesito quinientos mil francos, para crear la fábrica con que sueño, donde reorganizaré el trabajo, y que será como el fundamento de la sociedad futura... Estoy convencido de que ofrezco á usted un buen negocio, pues que su capital entra en la asociación y le asegurará una buena parte de los beneficios.

Y como Jordán quisiera interrumpirle:

—Sí—añadió,—ya sé, no quiere usted hacerse más rico. Pero, con todo, necesita usted vivir, y si usted me da su dinero, quiero asegurarle la existencia material, de manera que nada turbe jamás en adelante su tranquilidad de gran trabajador.

Volvió el silencio, grave, todo emoción, en la au-

cha sala, donde el trabajo germinaba ya, para las cosechas futuras. La resolución que se esperaba estaba tan preñada de porvenir, que infundía como un temblor religioso, en la expectación augusta de lo que iba á ser.

—Es usted un alma abnegada y benéfica—prosiguió Lucas.—¿No me lo ha dicho usted mismo ayer? Esos descubrimientos que persigue, esos hornos eléctricos que han de reducir el esfuerzo humano, de enriquecer más á los hombres, no los explotará usted siquiera, los entregará... No es un don lo que le pido, es un auxilio fraternal, que va á permitir disminuir la injusticia y hacer el bien.

Entonces, muy sencillamente, Jordán consintió:

—Acepto, amigo mío; tendrá usted el dinero para realizar sus sueños... Y como no he de mentir, añado que siguen siendo, á mis ojos, sólo una utopía generosa; porque no me ha convencido usted por completo. Perdone usted mi duda de sabio... Pero no importa, es usted un hombre excelente: ensaye su empresa y cuente conmigo.

Lucas lanzó un grito de triunfo, en un arranque de todo su ser, que pareció levantarle del suelo.

—¡Oh! gracias; yo le digo que el empeño está realizado, gozaremos la divina alegría de cumplirlo.

Sœurrette no se había movido, ni había dicho nada. Pero toda la bondad de su corazón se le había subido al rostro; gruesas lágrimas de ternura llenaban sus ojos. Se levantó, por una fuerza irresistible. Se acercó á Lucas, muda, desatinada, y le besó en la cara, mientras corrían sus lágrimas. Luego, en su extraordinaria emoción, se arrojó en los brazos de su hermano, y en ellos sollozó mucho tiempo.

Algo sorprendido de semejante beso á un joven, Jordán se alarmó.

—¿Qué te pasa, hermana mía? No creo que desapruebes lo hecho. Es verdad, hemos debido consultarte. Pero todavía es tiempo. ¿Estás conforme?

—¡Oh, sí! ¡oh, sí!—balbuceó ella sonriente, radiante en medio de las lágrimas.—Sois dos héroes; yo os serviré, disponed de mí.

La noche del mismo día, hacia las once, Lucas fué

á apeyarse en la ventana del pabellón, como la víspera, para respirar un instante el aire fresco y tranquilo de la noche. En frente, más allá de los campos incultos sembrados de rocas, Beauclair se adormecía, apagando una á una sus luces; mientras que á la izquierda, el Abismo retumbaba con los golpes sordos de sus martillos. Jamás el aliento de gigante, doloroso, le había parecido ni más rudo, ni más oprimido. Y también como la víspera, llegó un ruido del otro lado del camino, tan ligero, que creyó que sería el batir de alas de un pájaro nocturno. Pero su corazón latió con fuerza, cuando volvió el ruido, porque reconocía ahora el dulce temblor de la aproximación. Volvió á ver la forma vaga, delicada y fina, que parecía flotar sobre las hierbas. Y de un salto de cabra montés una mujer atravesó el camino y le arrojó un ramillete con tal destreza, que otra vez le cayó sobre los labios como una caricia. Era como la víspera, un ramo diminuto de claveles silvestres, acabados de recoger entre las rocas, y de olor tan fuerte que todo le perfumaron.

—¡Oh, Josina, Josina!—murmuró, penetrado de ternura infinita.

Había vuelto, se entregaba otra vez, se entregaría siempre con el mismo ademán de gratitud apasionada, con aquellas flores cándidas como ella; y todo esto le refrescaba, le reanimaba en la fatiga física y moral de un día tan lleno de vida, decisivo. Era esto ya la recompensa del primer esfuerzo, de la acción resuelta. Su ramillete de aquella noche, le festejaba por haber decidido emprender la obra al día siguiente. En aquella niña, amaba al pueblo, que padecía; era á ella á quien quería librar del monstruo. Había escogido la más miserable, la más ultrajada, tan cerca de envilecerse, de caer en el lodo. Con su pobre mano, que el trabajo había mutilado, encarnaba toda la raza de las víctimas, de los esclavos que daban su carne para el esfuerzo y para el placer. Cuando la hubiera rescatado, rescataría en ella á toda la raza; y además, y con delicia, era el amor, el amor necesario para la armonía, para la dicha de la ciudad futura.

Con voz suave, llamó:

—Josina, Josina... Es usted, Josina.

Pero ya, sin una palabra, huía de ella, y se perdía en la obscuridad del páramo inculto.

—Josina, Josina, es usted, ya lo sé; tengo que hablarle.

Entonces, temblando, feliz, volvió ella, con paso ligero, se detuvo en el camino, debajo de la ventana, y como una brisa, murmuró:

—Sí, sí, soy yo, señor Lucas.

No se daba él prisa, procuraba verla mejor, tan sutil, tan vaga, semejante á una visión, que una ola de tinieblas va á llevarse.

—¿Quiere usted hacerme un favor? diga á Bonnairre que venga á hablar conmigo mañana por la mañana; tengo que darle una buena noticia; le he encontrado trabajo.

Mostró ella su alegría, riendo conmovida, con un ruido apenas perceptible, como un gorjeo.

—¡Ah! ¡qué bueno es usted, qué bueno es usted!

—Y tendré trabajo para todos los obreros que lo quieran—continuó Lucas en voz baja, enterneciéndose.—Sí, voy á procurar que haya justicia y felicidad para todo el mundo.

Comprendió Josina; su risa fué más suave, más impregnada de pasión agradecida.

—Gracias, gracias, señor.

La visión se borraba; volvió á ver la sombra ligera huir de nuevo entre la maleza; iba acompañada de otra sombra pequeña, Nanet, en quien no había reparado todavía y que iba corriendo al lado de su hermana mayor.

—Josina, Josina... Hasta la vista, Josina.

—Gracias, gracias, señor Lucas.

Ya no la veía; había desaparecido; pero seguía oyendo sus palabras de gratitud y de alegría, el gorjeo que traía el viento de la noche; y había en ello un encanto infinito; penetrábale el corazón embelesado.

Mucho tiempo estuvo Lucas en la ventana, como arrobado en una esperanza sin límites. Entre el Abismo, donde alentaba la sorda respiración del trabajo maldito, y la Guerdache, cuyo parque formaba una mancha negra; en medio de la llanura rasa de la Ru-

maña, miraba al viejo Beauclair, el barrio obrero, de casuchas temblonas, medio podridas, dormidas bajo el peso abrumador de su miseria y sufrimiento. Aquella era la cloaca que él quería sanear, la antigua cárcel del salario, que se trataba de arrasar, con sus iniquidades y crueldades execrables, para curar á la humanidad del secular envenenamiento.

Y reedificándola en el mismo sitio, colocaba la ciudad futura, la de verdad, justicia y felicidad, cuyas casas blancas ya veía reir entre verdores, libres y fraternales, bajo un gran sol de alegría.

Mas de repente, todo el horizonte se iluminó, una llamarada de rosa iluminó los tejados de Beauclair, el promontorio de los montes Bleuses, la campiña inmensa.

Era una sangría del horno alto de la Crécherie; que Lucas había tomado al pronto por una aurora. Y no era una aurora, era más bien un ocaso, el del viejo Vulcano, torturado en su yunque, que lanzaba su última llamarada. El trabajo ya no sería más que alegría y salud; «mañana» iba á nacer.

## LIBRO SEGUNDO

### I

Pasaron tres años, y Lucas creó su fábrica nueva, que hizo nacer toda una ciudad obrera. Los terrenos ocupados abarcaban más de un kilómetro cuadrado, en la falda de los Montes Bleuses, un vasto erial, en ligera pendiente, que iba desde el parque de la Crécherie hasta los amontonados edificios del Abismo. Los comienzos tuvieron que ser modestos; se utilizó sólo una parte del erial, reservando lo demás para los ensanches que se esperaban, en el porvenir. La fábrica estaba pegada al promontorio de peñascos, debajo del horno alto, que comunicaba con los talleres por dos montacargas. Lucas, esperando la revolución que debían de causar los hornos eléctricos de Jordán, apenas se había ocupado en el horno alto, mejorándolo en los detalles, y le dejaba funcionar en manos de Morfain, según la antigua rutina. Pero en la instalación de la fábrica, había realizado todos los progresos posibles, desde el punto de vista de las construcciones y de la maquinaria, para aumentar el producto del trabajo, aun disminuyendo el esfuerzo de los trabajadores. Y hasta quiso que las casas de esta ciudad obrera, fueran mansión del bienestar en que florece la vida de

familia. Unas cincuenta ocupaban ya las tierras próximas al parque de la Crécherie; una aldehueta que iba caminando hacia Beauclair; pues cada casa nueva era como un paso más hacia la ciudad futura, en la conquista del pueblo viejo culpable y condenado. Luego, en el centro del terreno ocupado, Lucas había hecho levantar la casa comunal, un gran edificio en que estaban las escuelas, una biblioteca, una sala de reuniones y fiestas, juegos, baños. Era esto lo único que conservaba del falansterio de Fourier, dejando á cada cual construir á su gusto, sin obligar á nadie á alinearse, y sin creer necesaria la comunidad más que para ciertos servicios públicos. En fin, detrás fueron creándose almacenes generales, ensanchados de día en día, una panadería, una carnicería, una abacería, sin contar los vestidos, los utensilios, los enseres menudos indispensables; toda una cooperativa de consumos que respondía á la cooperativa de producción que era el régimen de la fábrica. Sin duda, esto no era todavía más que un embrión, pero la vida afluí, la empresa podía ya juzgarse. Lucas, que no hubiera adelantado tanto, si no hubiera tenido la idea feliz de interesar á los obreros constructores en su empeño, estaba satisfecho, sobre todo, de haber podido recoger todos los manantiales esparcidos entre las peñas de lo alto, para bañar con ellos á la ciudad naciente, con las ondas de un agua fresca y pura que lavaba la casa comunal y la fábrica, regaba los jardines, de espesa verdura, y corría por todas las viviendas, llenándolas de salud y alegría.

Una mañana, Fauchard, el arrancador, se quiso dar una vuelta por la Crécherie, para ver los antiguos compañeros. El, siempre indeciso y quejumbroso, había permanecido en el Abismo, mientras Bonnaire atraía á la fábrica nueva á su cuñado Ragú, el cual decidió á seguirle á Bourrón. Así, allí trabajaban los tres, y á estos era á quienes Fauchard quería preguntar, incapaz de una resolución por la imbecilidad á que le habían llevado quince años del terrible oficio, siempre con el mismo movimiento, el mismo esfuerzo en medio del mismo incendio. Su deformación, su pereza de espíritu habían llegado á ser tales, que hacía muchos

meses que se proponía hacer aquella visita y no acababa de encontrar la fuerza de voluntad necesaria. Y en cuanto entró en la Crécherie, quedó asombrado.

Saliendo del Abismo, negro, polvoriento, cuyos talleres pesadotes, maltratados, apenas tenían luz, que entraba por estrechas vidrieras, era la primera maravilla los talleres, ligeros, esbeltos, de la Crécherie, de hierro y ladrillo, de amplios huecos con vidrieras que dejaban entrar como un oleaje el aire y el sol. Los pisos eran de baldosas de cemento, con lo que se disminuía mucho el polvo, tan dañoso. El agua corría abundante por donde quiera, y todo se lavaba mucho. Y como había muy poco humo, gracias á las nuevas chimeneas que quemaban todo el combustible, reinaba allí gran limpieza, fácil de mantener. El antro infernal del cíclope había dejado el puesto á los anchos talleres claros, relucientes y alegres donde el trabajo parecía menos rudo; cierto que el empleo de la electricidad era todavía escaso, el ruido de las máquinas seguía siendo atronador, el esfuerzo humano apenas estaba aliviado. Gracias que, en los hornos de modelar y los hornos de crisoles, algunos ensayos de medios mecánicos, hasta entonces defectuosos, permitían esperar que los brazos del hombre, algún día, se librarían de los trabajos demasiado penosos. Se estaba en los tanteos, camino del porvenir. Pero era ya un adelanto aquella limpieza, aquel aire y aquel sol que bañaban las grandes salas ligeras, aquella alegría del trabajo que cargaba menos los hombros. ¡Cómo se imponía la comparación sorprendente con las cuevas de obscuridad y sufrimiento en que agonizaban las cuadrillas de las viejas fábricas del contorno!

Fauchard creía que encontraría á Bonnaire, el maestro pudelador, en su horno, y se sorprendió al verle, en el mismo taller, dirigir un gran laminador que fabricaba rieles.

— ¡Calla! ¡Has dejado el pudelaje!

— No. Pero aquí hacemos un poco de todo. Es la regla de la casa; dos horas de esto, dos de lo otro; y á fe mía, la verdad es que así se descansa.

También era verdad que Lucas no decidía fácilmente á los obreros que contrataba á salir de su especia-

edad. Más tarde la reforma se cumpliría, pasarían los niños por varios aprendizajes, pues el trabajo no podía tener atractivo más que variando las tareas y consumiendo pocas horas a cada una.

—¡Ah!—dijo Fauchard,—¡cómo me gustaría hacer algo más que arrancar los crisoles del fondo de mi horno! Pero no sé ni puedo.

El ruido brusco del laminador era tan fuerte, que tenía que hablar muy alto. Calló y aprovechó un momento de descanso para estrechar la mano de Ragú y de Bourrón, que estaban allí muy ocupados en recibir los rieles. Fué aquello para él todo un espectáculo. En el Abismo no se fabricaban carriles, y miraba éstos con pensamientos confusos que no hubiera sabido explicar. Lo que más le hacía padecer en su aplazamiento, en su degradación de hombre arrojado bajo la rueda que movía, convertido en simple instrumento, era el haber conservado la obscura conciencia de que hubiera podido ser un hombre inteligente, con voluntad. Un poco de luz le alumbraba todavía por dentro, como la lamparilla que vela el sueño que jamás se extingue. ¡Qué insoportable tristeza sentir en sí el hombre libre, sano, alegre, que hubiera llegado á ser sin aquel calabozo que le embrutecía, donde la esclavitud le había arrojado! Los rieles que se alargaban, se alargaban siempre, eran como una vía, como un camino sin fin por donde su pensamiento resbalaba, perdiéndose en el porvenir, que no tenía para él una esperanza, que no comprendía con claridad si quiera.

En el taller próximo, un horno especial fundía el acero; y el metal líquido caía en una gran cuchara de fundición guarnecida de tierra refractaria la cual lo vertían en seguida mecánicamente en los moldes de forma de lingote. Puentes volantes eléctricos, grúas de considerable potencia levantaban, transportaban estas pesadas masas, las llevaban á los laminadores y las conducían á los talleres de pernos y remaches. Para las grandes armaduras de acero, sobre todo, las piezas colosales de los puentes, armazones de edificios, construcciones de todas clases, había trenes de laminadores gigantescos, que estiraban los lingotes según

el perfil que se quería, cimbrándolos también á voluntad y dejándolos lisos para ser colocados, remachados ó asegurados con pernos. Para las vigas, para los rieles, piezas simples de dimensiones constantes, los trenes de laminadores especiales funcionaban con regularidad y actividad formidable. Después de la calda, el lingote de acero, brillante como el sol, corto y grueso como el cuerpo de un hombre, era cogido en la primer canal entre dos cilindros que rodaban en sentido inverso; de él salía más delgado, pasaba al segundo juego, de donde salía aún más sutil; y así, de una en otra, la pieza iba tomando forma, y al fin el rail salía con su perfil exacto y la longitud reglamentaria de diez metros. Todo esto se hacía con estrépito espantoso: un terrible ruido de mandíbulas, de canales, muñones, alargadores, algo como la masticación de un coloso, pronto á tragarse mascado todo aquel acero; y los rieles se sucedían á los rieles con rapidez extraordinaria, apenas se podía seguir al lingote que adelgazaba, se alargaba, que salía hecho rail; para añadirse á los demás, como las vías férreas se extendieran sin fin por el mundo, penetrando en el fondo de las naciones más desconocidas, dando la vuelta á la tierra.

—¿Para quién es todo eso?—preguntó Fauchard pasmado.

—Es para los chinos—respondió Ragú en broma.

Pero en aquel momento pasaba Lucas por delante de los laminadores. Generalmente, empleaba la mañana en la fábrica, dando un vistazo á cada taller, conversando como camarada con los obreros. Había tenido que conservar en parte la antigua jerarquía de obreros maestros, vigilantes, ingenieros y las oficinas de contabilidad y de dirección comercial. Pero ya realizaba serias economías gracias á su continuo afán de reducir cuanto pudiera el número de jefes y el personal de las oficinas. Por lo demás, sus esperanzas inmediatas se habían realizado: aunque todavía no se había dado con los excelentes filones de otros tiempos, el mineral actual de la mina, tratado químicamente, daba á bajo precio una fundición de calidad admisible; y por tanto la fabricación de armaduras y

rieles de suficiente provecho aseguraba la prosperidad de la fábrica. Se vivía, el número de negocios aumentaba cada año, y esto era para él lo importante, pues, su esfuerzo se dirigía al porvenir de su empresa con la certidumbre de vencer si á cada reparto de beneficios los obreros veían aumentar su bienestar, mayor felicidad con menos trabajo. No por esto dejaba de pasar la existencia ojo alerta todo el día, en medio de aquella fundación tan compleja que tenía que vigilar, haciendo anticipos considerables, guiando todo un pueblo en pequeño, con cuidados de apóstol, de ingeniero y de hacendista á la vez. Sin duda que el buen éxito parecía cierto, pero todavía ¡cuán precario y á merced de los sucesos! Entre el estrépito, Lucas no hacía más que detenerse un momento sonriendo á Bonnaire, á Ragú y á Bourrón, sin ver siquiera á Fauchard. Agradábase estar en aquel taller de los laminadores; la fabricación de armaduras y carriles le alegraba de ordinario; era aquella la forja buena, la de la paz, como él decía, oponiéndola á la mala, la forja para la guerra, la de los vecinos, donde fabricaban cañones y granadas á tanto precio y con tanto cuidado; útiles tan perfeccionados, metal tan trabajado, con tan fina labor, para no producir más que aquellos artefactos de destrucción, que cuestan á las naciones miles de millones y que las arruinan esperando la guerra, cuando no viene la guerra á exterminarlas. ¡Ah! que las armaduras de acero se multipliquen, pues, levanten edificios útiles, ciudades dichasas, puentes para atravesar ríos y valles, y que salgan sin cesar los carriles de los laminadores, prolongando sin fin los caminos de hierro para suprimir las fronteras, acercar á los pueblos, conquistar al mundo entero, para la civilización fraternal del mañana! Cuando Lucas pasaba al taller de la gran fundición, donde se oía el gran martillo pilón entrar en danza forjando toda la armadura de un puente gigantesco, los laminadores se detuvieron; hubo un momento de descanso para poner en marcha un nuevo perfil. Fauchard entonces se acercó á sus antiguos compañeros y entablaron convergación:

—¿De modo que esto marcha bien? ¿estáis contentos?—preguntó.

—Sin duda, contentos—respondió Bonnaire.—La jornada no es más que de ocho horas y gracias al cambio de faena se estropea uno menos, el trabajo es más agradable.

Era él alto y fuerte, con su ancha faz sana y honrada, uno de los sólidos sostenes de la fábrica nueva.

Era del Consejo director y seguía agradeciendo á Lucas el haberle ajustado cuando tuvo que dejar el Abismo sin saber qué sería de él en adelante. Sin embargo, su colectivismo intransigente no se avenía con el régimen de simple asociación que regía á la Crèche y en el cual el capital conservaba gran parte del beneficio. Protestaba en él, el revolucionario, el obrero que soñaba con lo absoluto. Pero era prudente, trabajaba y animaba á los compañeros á trabajar, con entera abnegación, habiendo prometido esperar los resultados del experimento.

—¿Entonces, es verdad—añadió Fauchard,—que ganáis mucho, el doble de vuestros jornales de antes?

Ragú quiso chancearse, riendo con malicia.

—¡Oh, el doble; di cien francos al día, sin contar el champagne y los cigarros!

El tal Ragú había, sencillamente, seguido á Bonnaire, viniendo á contratarse á la Crèche. Aunque no estaba mal en aquel gran bienestar relativo, el demasiado orden y la demasiada seguridad debían de molestarle, pues se iba haciendo burlón y comenzaba á hacer chacota de su propia ventura.

—¡Cien francos!—gritó Fauchard sofocado.—¿Tú ganas cien francos?

Bourrón que seguía siendo la sombra de Ragú, tuvo á bien recalcar la broma:

—¡Cien francos para empezar! ¡Y el domingo le pagan á uno el tióvivo!

Pero Bonnaire alzó los hombros con aire de gravedad desdeñosa mientras los otros dos reían con zumbas:

—Bien ves que dicen tonterías y se burlan de ti... En resumidas cuentas, después de repartir los beneficios, nuestros jornales apenas son mayores que los



vuestros. Sólo que cada vez aumentan y es seguro que llegarán á ser magníficos... Luego, tenemos una porción de ventajas. Nuestro porvenir está asegurado. Nuestra vida es mucho menos cara, gracias á nuestros almacenes cooperativos y á esas casitas tan alegres que se nos alquilan casi de balde... Claro que eso todavía no es la verdadera justicia, pero así y todo, estamos en camino.

Ragú seguía de broma y sintió necesidad de satisfacer otro de sus odios; pues si se burlaba de la Crécherie jamás hablaba del Abismo más que con feroz rencor:

—¿Y Delaveau? ¿Qué cara pone ese criminal? Si por algo me alegro es por lo mucho que debe de fastidiarle esta nueva fábrica que le han plantado junto á la suya y que lleva trazas de hacer buenos negocios... Rabiará, ¿eh?

Fauchard hizo un gesto indeciso:

—Claro que debe de rabiarse; pero no se le nota mucho... Y luego yo, ya sabes, no me entero; tengo bastante con lo mío sin pensar en lo que aburre á los otros... He oído contar que le tenían sin cuidado nuestra fábrica y la competencia. Dice que siempre tendrá cañones y granadas que fabricar, porque los hombres son muy brutos y siempre habrá matanzas.

Lucas, que estaba de vuelta, oyó estas palabras; sabía que desde hacía tres años el día en que había decidido á Jordán á conservar el horno alto y á fundar la fábrica de acero y las forjas, tenía un enemigo en Delaveau. El golpe era rudo para éste, que esperaba comprar la Crécherie á buena cuenta, facilitándosele con largos plazos el pago, y que ahora la veía pasar á manos de un joven audaz, lleno de inteligencia y actividad, resuelto á transformar el mundo, y con tal vigor para crear, que empezaba haciendo salir del suelo un embrión de pueblo. Sin embargo, de la cólera de la primera sorpresa, Delaveau había llegado hasta á mostrar la mayor confianza.

Se limitaría á la fabricación de cañones y granadas, en la que los beneficios eran considerables y no había temor de concurrencia. El anuncio de que la fábrica vecina iba á volver á los carriles y armaduras le ha-

blía alegrado al principio con irónica complacencia, pero que ignoraba lo que había de la nueva explotación de la mina. Después, cuando había comprendido, al ver los grandes beneficios que daba el mineral tratado químicamente, se había manifestado jugador sin ventaja, declarando á quien le quería oír, que el sol podía salir para todas las industrias y que él dejaba de buen grado las armaduras y rieles á su venturoso vecino, si á él le dejaba las granadas y los cañones. Así pues, la paz no se había turbado en apariencia; las relaciones seguían siendo frías y corteses. Pero en el fondo de Delaveau quedaba una sorda inquietud; el miedo de aquel foco de trabajo libre y justo, tan próximo y cuya llama podía llegar á sus talleres y á sus cuadrillas. Y aun sentía otro malestar, la sensación no confesada de que poco á poco las viejas andamiadas crugían bajo él; que había allí causas de podredumbre que él no podía dominar, y que el día en que la fuerza del capital faltase, todo el edificio se vendría á tierra sin que él pudiera ya sostenerlo con sus brazos vigorosos y tenaces.

En la guerra inevitable, más dura de día en día, que se había entablado entre la Crécherie y el Abismo, y que no podía terminar más que por la ruina de una de las dos fábricas, no sentía Lucas compasión de los Delaveau. Si el marido le parecía estimable viéndole tan duro en el trabajo, tan valiente al defender sus ideas, despreciaba á la mujer, á Fernanda, y hasta le inspiraba una especie de terror, porque adivinaba en ella una fuerza terrible de destrucción completa. La inmoral aventura que había sorprendido en la Guerdache, aquella conquista imperiosa de Boisgelin, infeliz buen mozo cuya fortuna estaba en camino de fundirse en manos de la mujer voraz, le inquietaba mucho, previendo futuros dramas. Toda su ansiosa compasión la guardaba para la buena y amable Susana, pues ella era la víctima, la única que sentía ver en aquella casa de armaduras podridas cuya techumbre iba á hundirse el día menos pensado. Había tenido que interrumpir un trato muy grato á su corazón; ya no frecuentaba la Guerdache y sólo sabía las noticias que le traía el azar. Todo parecía ir allí

de mal en peor; crecían las exigencias disparatadas de Fernanda, sin que Susana encontrase más energía que la del silencio, reducida á cerrar los ojos por temor á un escándalo. Un día Lucas la encontró en una calle de Beauclair con su Pablo de la mano; le había mirado con fijeza, en sus ojos se leía la pena y la amistad que conservaba, á pesar de la lucha á muerte, que, en adelante, separaba ambas existencias.

En cuanto Lucas reconoció á Fauchard se puso á la defensiva, pues era su táctica evitar todo conflicto inútil con el Abismo. Aceptaba de buen grado los obreros que le llegaban de la próxima fábrica, pero no quería que pareciese que él los sonsacaba. Los compañeros decidían por sí solos de la admisión. Y como Bonnaire le había hablado varias veces de Fauchard, fingió creer que éste venía á ajustarse.

—¡Ah! ¿es usted, amigo mío? ¿Viene usted á ver si sus antiguos compañeros quieren hacerle sitio?

El obrero, como atontado otra vez, indeciso, incapaz de una resolución, empezó á balbucear frases incoherentes. Toda novedad le asustaba, por su rutina y ceguedad de animal amaestrado. De tal modo habían matado en él la iniciativa, que fuera de sus movimientos habituales no sabía hacer nada, lleno de un terror pueril. La nueva fábrica, los grandes talleres limpios y claros le impresionaban como un temible dominio en que él no podría vivir. Ya no sentía más que prisa por volver á su infierno negro y doloroso. Ragú se había chanceado. ¿Para qué cambiar de casa si nada había seguro? Además, acaso confusamente se daba cuenta de que para él ya era tarde.

—No, señor, no; todavía no... y bien quisiera, pero no sé si... más tarde veré, consultaré con mi mujer.

Lucas sonreía.

—Eso es, eso es; hay que tener contentas á las mujeres: hasta la vista, amigo mío.

Se fué Fauchard con paso torpe, pasmado él mismo del giro que había tomado su visita, pues estaba seguro de haber venido con la intención de pedir trabajo si la casa le gustaba y se ganaba allí más que en el Abismo. ¿Por qué, pues, se escapaba turbado por lo que le había parecido demasiado bueno, y con

el sólo afán de refugiarse, de sumirse otra vez en el pasado sueño de su miseria?

Lucas habló un momento con Bonnaire, de una reforma que deseaba hacer en los laminadores. Pero Ragú tenía que presentar una reclamación:

—Señor Lucas, el viento ha roto tres vidrios más en la ventana de nuestro cuarto. Y ahora le advierto que no los pagaremos... Consiste en que nuestra casa es la primera que azota el aire de la llanura. Se hiela uno allí.

Siempre se quejaba, siempre tenía pretexto para estar descontento.

—Además, es bien sencillo; si usted quiere puede pasar por casa y lo verá. Se lo enseñará Josina.

En cuanto entró Ragú en la Crécherie, procuró Scurette, y consiguió al fin, que se casara con Josina; y el nuevo matrimonio ocupaba una de las casitas de la Ciudad obrera entre la de Bonnaire y la de Bourrón. Hasta entonces, como se había corregido mucho, gracias al medio ambiente, la paz no se había turbado de modo grave. Había habido algunas disputas por causa de Nanet, que vivía con ellos. Josina, cuando tenía una disputa y lloraba, cerraba la ventana para que no la oyese.

Una sombra había pasado por la frente de Lucas turbando el placer que le causaba siempre el visitar por la mañana los talleres.

—Eso es, Ragú—respondió simplemente.—Pasaré por casa de usted.

Cesó la conversación. El tren de los laminadores volvía á funcionar cubriendo las voces con su ruido de masticación gigantesca. Otra vez los lingotes delumbradores pasaban y repasaban, alargándose á cada vuelta y saliendo en carriles. Y sin cesar los rai-les se añadían á los rai-les; parecía que la tierra iba muy pronto á estar surcada por ellos por todas partes para conducir á lo infinito la vida decuplada y victoriosa.

Todavía por un momento miró Lucas la labor bien cumplida, sonriendo á Bonnaire; animando con aire de camarada á Bourrón y á Ragú, esforzándose por

hacer brotar de cada cuadrilla de trabajadores el fruto de amor, con la certeza de que nada sólido fructifica cuando el amor falta.

Salió de los talleres y se dirigió á la casa comunal como hacía todas las mañanas, para visitar las Escuelas. Si con gusto estaba en los talleres del trabajo soñando con la paz futura, más viva era la alegría que gozaba con la esperanza que le animaba al verse en medio de la multitud infantil que era el porvenir.

Naturalmente, la Casa-Comunal no era todavía más que un vasto edificio, limpio y alegre en que apenas se había atendido más que á la mayor comodidad lo más barata posible. Las escuelas ocupaban una sala, y la otra la Biblioteca, los Juegos y los Baños; la sala de Juntas y de fiestas así como ciertas oficinas ocupaban la parte central. Se dividían las Escuelas en tres secciones: una venía á ser Asilo de maternidad para los más pequeños, donde podían dejar á sus hijos, las madres ocupadas, aunque estuvieran casi en mantillas; una Escuela propiamente dicha que comprendía cinco divisiones, con una instrucción completa, y una serie de talleres de aprendizaje á que asistían los alumnos alternando en las cinco clases, adquiriendo así oficios manuales á medida que sus conocimientos generales se desenvolvían. No estaban separados los sexos, niños y niñas crecían juntos, desde las cunas que se tocaban, hasta los talleres de aprendizaje que dejaban para casarse; pasando por las clases donde estaban mezclados, como lo estarían en la vida, sentados en los mismos bancos. Separados desde la infancia los dos sexos, educarlos, instruirlos de modo diferente ignorando el uno lo que es el otro, ¿no es hacerlos enemigos, pervertir y extraviar con el misterio la atracción natural, hacer que el hombre se destruya y que la mujer se reserve, siempre equivocándose?

Y no habrá paz hasta que el interés común se muestre á los que deben ser camaradas, conociéndose, habiendo aprendido á vivir en las mismas fuentes, poniéndose juntos en camino para una vida lógica, sana, como debe ser.

Securette había ayudado mucho á Lucas en la ins-

talación de las Escuelas. Mientras Jordán se encerraba en su laboratorio, después de haber dado el dinero que había prometido, negándose en redondo á examinar las cuentas y á discutir lo que se había de hacer, su hermana atendía con pasión al nuevo pueblo que veía germinar y nacer ante sus ojos. Siempre había habido en ella algo de niñera, vocación de educar, de una enfermera; y su caridad que hasta entonces sólo había podido llegar á unos pocos infelices que le señalaban Marle, el cura, el doctor Novarre, ó el maestro Hermeline, se había encontrado de repente con más ancho vuelo, con la numerosa familia de trabajadores que había que instruir, guiar, amar y que eran regalo de Lucas. Desde los primeros días había escogido su tarea ocupándose en la organización de las clases y de los talleres de aprendizaje, pero atenta, sobre todo, al Asilo de maternidad donde pasaba las mañanas entregada al amor de aquellas criaturas.

Cuando le hablaban de casarse respondía algo turbada y confusa, con su graciosa sonrisa de joven sin belleza: «¿Pues no tengo los hijos de los demás?» Había llegado á encontrar en Josina una auxiliar, que tampoco tenía hijos, aunque casada. Todas las mañanas las empleaban al lado de las cunas, amigas ya, á pesar de la distancia que la separaba moralmente, pero unidas por los cuidados que prestaban á aquellos tiernos seres tan graciosos.

Pero aquella mañana, cuando Lucas entró en la sala blanca y fresca, encontró sola á Securette.

—Josina no ha venido—dijo ella.—Ha mandado á decir que estaba indispuesta; creo que es cosa de poco cuidado.

Lucas tuvo una vaga sospecha y otra vez pasó una sombra por sus ojos.

Dijo lo que iba á hacer, sencillamente:

—Voy á pasar por su casa; verá si necesita algo.

Vino luego la visita de las cunas, que fué un encanto.

En la vasta sala blanca, estaban colocadas, blancas ellas también, á lo largo de las paredes también blancas. Menudos rostros de rosa dormitaban, sonreían. Mujeres de buena voluntad, con grandes mandiles que

deslumbraban, con ojos de carño, manos azules, cuidaban con dulces palabras de aquella tierna infancia, gérmenes tan delicados todavía de humanidad, en los cuales, sin embargo, iba naciendo el porvenir. Pero había también niños ya crecidos, asomos de hombres brecillos y de mujercitas, hasta de tres y cuatro años; á éstos se les dejaba en libertad; á los más débiles, en sillas con ruedas, los otros á la buena ventura de sus piernas menudas, sin demasiadas caídas. Daba la sala á una galería llena de flores, que comunicaba con un jardín. El gracioso rebaño jugaba al sol, en el ambiente tibio. Juguetes, muñecos sujetos con bramantes para divertir á los más pequeños, mientras los mayores tenían muñecas, caballos, carros que arrastraban con estrépito como héroes, en quien se despertaba la necesidad de la acción. Era un confortativo delicioso aquel mundo pequeño que brotaba de aquella suerte, con tanta alegría, en tal bienestar, para las faenas de mañana.

—¿No hay enfermos?—preguntó Lucas que se detenía con delicia rodeado de aquella blancura de aurora.

—¡Ca, no! Todos están magníficos hoy—respondió Sourette.—Hemos tenido dos niños con sarampión antes de ayer, pero no he vuelto á recibirlos, ha habido que aislarlos.

Habían salido ambos al corredor por el que siguieron para continuar la visita por la Escuela próxima. Las grandes ventanas de las cinco clases daban también al jardín; y como hacía calor estaban abiertas de par en par, de suerte que sin entrar en las salas pudieron echar una ojeada á todas. Los maestros, desde el principio, seguían un programa nuevo; desde la primera clase en que se tomaba al niño que ni sabía leer, hasta la quinta, en que se separaban de él después de enseñarle lo elemental de los conocimientos generales, necesarios para la vida, se esforzaban sobre todo en ponerle en presencia de las cosas y de los hechos, para que el saber lo sacase de las realidades del mundo. Tendía también su esfuerzo á despertar en él la necesidad del orden, á dotarle de un método para el uso cotidiano de la experiencia. Sin método no hay trabajo útil; es el método quien clasi-

fica, quien permite adquirir siempre sin perder nada de lo ya adquirido.

Así, la ciencia de los libros quedaba, sino condenada, en segundo término, pues el niño sólo aprende bien lo que ve, lo que toca, lo que comprende por sí mismo. No se le hacía doblegarse como esclavo bajo dogmas indiscutibles, no se le imponía la personalidad tiránica del profesor; se encargaba á su iniciativa el descubrir la verdad, penetrarla, hacerla suya. No hay otro modo de hacer hombres; toda la energía individual de cada alumno se despertaba así, aumentada. También se habían suprimido los castigos y las recompensas, no se contaba ni con las amenazas ni con las caricias para obligar á los perezosos al trabajo.

No había perezosos, no había más que niños enfermos, niños que comprendían mal lo que se les explicaba mal, niños en cuyo cerebro la obstinación quería hacer entrar á palmetazos conocimientos que no eran para ellos. Bastaba, si se quería no tener más que buenos discípulos, utilizar el inmenso deseo de saber que arde en el fondo de cada hombre, la curiosidad inextinguible del niño por todo lo que le rodea hasta el punto de fatigar á todos con sus preguntas. La instrucción dejaba de ser una tortura, se hacía un placer sin cesar, renovado desde el momento en que era atractiva y se contentaba con excitar las inteligencias, con dirigir las sencillamente en sus descubrimientos. Cada cual tiene el derecho y el deber de formarse á sí mismo, y es preciso que el niño se forme también, que ejecute, una voluntad que decida y dirija. Las cinco clases se iban desarrollando desde las nociones primeras hasta todas las verdades científicas adquiridas, con una emancipación lógica y graduada de las inteligencias. En el jardín había un gimnasio, juegos, ejercicios de todas clases, para fortalecer el cuerpo sano y sólido, á medida que el cerebro se desarrollaba también, enriqueciéndose con el saber. No hay buen equilibrio mental más que en un cuerpo de cabal salud. Para las primeras clases, sobre todo, los recreos eran largos, se empezaba por no exigir de los niños más que tareas cortas, variadas, proporcionadas á su resistencia. La regla era encerrarlos lo menos posible.

habían con frecuencia lecciones al aire libre, se organizaban paseos, y se les instruía en medio de las cosas que tenían que conocer, en las fábricas, ante los fenómenos de la naturaleza, entre los animales, las plantas, las aguas, las montañas. A la realidad de los seres animados y de las cosas, á la vida misma se podía lo mejor de la enseñanza, en la convicción de que toda la ciencia no debe tener más objeto que vivir bien la vida. Fuera de las nociones generales se procuraba además darles la noción de humanidad, de solidaridad. Crecían juntos, vivían siempre juntos. Sólo el amor era el lazo de unión, de justicia de felicidad. En él estaba el pacto indispensable y suficiente, pues bastaba amarse para que reinara la paz. Este universal amor que se extenderá de la familia á la nación, de la nación á la humanidad, será la única ley de la venturosa ciudad futura. Se desenvolvía este amor en los niños haciendo á cada cual interesarse por los demás; los más fuertes vigilaban á los más débiles, todos ponían en común sus estudios, sus juegos, sus pasiones nacientes. Y el fruto que se esperaba eran los hombres fortificados por los ejercicios del cuerpo, instruídos por la experiencia en plena naturaleza, enlazados por la inteligencia y el corazón, convertidos en hermanos.

Hubo risas, gritos, y Lucas se inquietó, pues no solía faltar á veces un poco de desorden. En medio de una de las clases, acababa de distinguir á Nanet en pie, causa sin duda del tumulto.

—¿Ese Nanet sigue dándoles á ustedes que hacer? —preguntó Lucas á Scurette.—Es el diablo ese chiquillo.

La joven sonrió con aire indulgente.

—Sí, no siempre anda derecho. Pero otros hay tan enredadores. Se empujan, se pegan, y obedecen mal. Pero así y todo son excelentes diablillos. Nanet es un famoso galopín, muy valiente y muy cariñoso... pero cuando están quietos nos asustan, nos figuramos que están malos.

Después de las clases, al otro lado del jardín, estaban los talleres de aprendizaje. Había cursos de los principales oficios manuales, los niños se ejercitaban

en ellos, menos por aprenderlos á fondo que por conocer su conjunto y determinar así la vocación. Tales cursos se simultaneaban con los estudios propiamente dichos. Desde las primeras nociones de lectura y escritura, se ponía un útil en manos del niño, enfrente, al otro lado del jardín; y si por la mañana estudiaba gramática, matemáticas, historia, cultivando su inteligencia, por la tarde trabajaba con los menudos brazos para dar vigor y destreza á los músculos. Eran como útiles recreos, descanso del cerebro, plácida lucha de actividad. Se había admitido al principio de que todo hombre debe saber un oficio mecánico, de suerte que cada alumno al salir de las Escuelas no tenía más que escoger el oficio que le gustase para perfeccionarse en él en el taller verdadero. También se cultivaba la belleza; los niños pasaban por cursos de música, de dibujo, de pintura, de escultura, en los cuales, para las almas despiertas, nacían las alegrías de la existencia. Aun para los que habían de limitarse á los primeros elementos, era aquello un ensancharse el mundo; la tierra entera adquiría una voz, las vidas más humildes se embellecían con un esplendor. En el jardín, al acabar los días hermosos, en las brillantes puestas de sol, se reunía á los niños, se les hacía cantar estrofas de paz y de gloria, se les exaltaba con espectáculos de verdad y de inmortal belleza.

Terminaba Lucas su visita diaria, cuando vinieron á anunciarle que dos aldeanos de Combettes, Lenfant é Ivonnot, le esperaban en la oficina que daba á la gran sala de juntas.

—¿Vienen por la cuestión del arroyo?—preguntó Scurette.

—Sí—respondió Lucas,—me han pedido una entrevista, pero yo también deseaba mucho verlos, pues he vuelto á hablar con Feuillat el otro día, y estoy convencido de que es necesario que se entiendan la Crécherie y Combettes, si queremos vencer. Le escuchaba la joven sonriendo, pues no ignoraba ninguno de sus proyectos de fundador de un pueblo; y después de estrecharle la mano, se volvió con paso discreto y tranquilo hacia las cunas blancas, de que había de

salir el pueblo futuro que necesitaba para realizar aquel sueño.

Feuillat, el colono de Guerdache había acabado por renovar su arriendo con Boisgelín, en condiciones desastrosas para ambas partes. Había que vivir, como él decía; y el sistema del arrendamiento se había hecho tan defectuoso que no podía dar buenos resultados. Era hasta la bancarrota de la tierra. Por eso Feuillat de un modo sordo, como hombre testarudo, dominado por una idea que á nadie decía, continuaba provocando un experimento cuyo ensayo hubiera querido ver cerca de su casería; la reconciliación de los aldeanos de Combettes, separados por antiguos odios, la reunión, en cultivo común, de sus pobres terrones divididos á lo infinito; la creación de un vasto dominio único de donde sacaran toda una riqueza aplicando los principios del gran cultivo intensivo.

Y como era hombre de trastienda, si el ensayo salía bien, pensaba decidir á Boisgelín á dejar que entrasen sus tierras en la asociación nueva. Si se negaba, los hechos acabarían por obligarle. Había en Feuillat, callado, doblegándose á la servidumbre inevitable, algo de un apóstol astuto y pacienzudo; resuelto á ganar el terreno paso á paso, sin cansarse. Su primer éxito bueno, había sido reconciliar á Lenfant y á Ivonnot, cuyas familias vivían en disputa secular. Elegido Lenfant alcalde por el concejo, y el otro «adjunto», les había hecho comprender que ellos serían los amos el día que estuvieran de acuerdo. Después los había llevado lentamente á su idea de una inteligencia general, si el concejo quería salir de la desastrosa rutina en que vegetaba y encontrar en la tierra una fuente de fortuna inagotable. Justamente por entonces se fundaba la Crécherie, y la ponía por ejemplo hablando de su prosperidad creciente.

Llegó á poner en relación á Lenfant y á Ivonnot con Lucas, aprovechando una cuestión de aguas que hubo que arreglar entre Combettes y la Crécherie. Por esto el alcalde y su adjunto estaban en la fábrica aquella mañana. Al punto Lucas les concedió lo que venían á pedir, con un aire bonachón que les tranquilizó un poco á pesar de su continua desconfianza.

—Convenido, señores. La Crécherie canalizará en adelante todas las aguas que ha recogido entre las peñas; y dejará ir la que no emplee al arroyo Grand-Jean que atraviesa vuestro concejo, antes de unirse al Mionna. Con pocos gastos, si hacéis depósitos, tendréis un poderoso medio de riego, y triplicaréis la calidad de vuestras tierras.

Lenfant, gordo y pequeño, meneó la cabezota con aire de lenta reflexión:

—Eso, de todos modos, costará mucho dinero.

Pequeño y flaco, de cara muy morena, con boca de mal genio, Ivonnot exclamó:

—Y luego, señor, lo que nos inquieta, es que, la tal agua al repartirla, va á ser causa otra vez de que todos nos enredemos. Usted es un buen vecino, sin duda, porque nos la da, y se lo agradecemos. ¿Pero cómo conseguir que cada cual tenga la parte que le toca; sin creer que los demás le roban?

Lucas sonreía, alegrándose de tal pregunta que iba á permitirle tratar el asunto que le preocupaba y por el que había deseado tanto verlos.

—Pero el agua que fecunda, debe ser de todos, como el sol que alumbra y calienta, como la tierra misma que engendra y alimenta. En cuanto al mejor medio de reparto, es no repartir, dejar en común lo que la naturaleza da en común á todos los hombres.

Los aldeanos comprendieron, callaron un instante; los ojos en el suelo.

Lenfant, el más reflexivo, tomó la palabra.

—Sí, sí, ya sabemos; el colono de la Guerdache nos ha hablado de eso... Claro que es una buena idea esa de entenderse todos como han hecho ustedes aquí; juntar el dinero y la tierra, los brazos y los aperos, y después repartir los beneficios... Parece seguro que se ganaría más y se estaría mejor... Pero, con todo, habría riesgos que correr, y creo que habrá que hablar mucho todavía antes de convencer á todos, en Combettes.

—Eso de fijo—apoyó Ivonnot con ademán brusco.

—Nosotros dos, ¿entiende usted? estamos casi de acuerdo, y no nos oponemos mucho á las novedades... A los

demás habrá que conquistarlos, y ha de costar trabajo, se lo advierto.

Era la desconfianza del aldeano respecto de todas las transformaciones sociales, relativas á la forma actual de la sociedad; y como Lucas la conocía, esperaba la respuesta y continuó sonriendo.

¡Abandonar su pedazo de tierra, que se ha amado tanto durante siglos, de padre á hijo, confundirlo con los pedazos de otros, era como arrancarse algo del alma! Pero los disgustos cada vez más crueles, aquella quiebra del terruño demasiado dividido que sumía á los cultivadores en la desesperación y el despego del trabajo, debían de convencerles de que no hay salvación posible más que en la unión, en la inteligencia de todo el común y pudiendo crear un vasto dominio. Habló Lucas; probó que el buen éxito sería en adelante para las asociaciones, que había que trabajar en grandes campos, con máquinas poderosas para labrarlos, sembrar y recoger con abundantes abonos, fabricados químicamente en fábricas próximas, con riegos continuos, decuplando las cosechas. Si el esfuerzo del aldeano aislado concluía en el hambre, una riqueza prodigiosa se produciría en cuanto todos los vecinos de una aldea se asociasen para producir en grande, y tener las máquinas, los abonos y las aguas necesarias. Se llegaba á hacer el suelo y se conseguía en él una extraordinaria fecundidad limpiándolo de piedras, abonándolo, regándolo. Se llegaría hasta calentarlo y ya no habría estaciones. Una hectárea bastaría para alimentar á dos ó tres familias. Ya cuando se trabajaba en un campo limitado se obtenían milagros, una continua producción de legumbres y de frutas. La población de Francia podía triplicarse, el suelo la alimentaría con holgura si era cultivado con lógica, con la armonía de todas las fuerzas creadoras. Y esto traería también la dicha; tres veces menos de trabajo penoso, el aldeano libertado al fin de las antiguas servidumbres, á salvo del prestamista, cuya usura le roe; sin temor de que le aplasten ni el gran propietario ni el Estado.

—Todo eso es muy bonito—declaró Lenfant con aire reflexivo.

Pero Ivonnot se entusiasmaba más pronto:

—¡Ah, caramba, si eso fuera cierto seríamos muy brutos, no probando á ver!...

—Ya veis lo que hemos conseguido nosotros en la Crécherie,—dijo entonces Lucas, que tenía de reserva este argumento del ejemplo. —Apenas hace tres años que empezamos, y los negocios van bien; todos nuestros obreros asociados comen carne, beben vino, ya no tienen deudas ni temen el porvenir. Preguntadles, y sobre todo visitad nuestra fundación, los talleres, las habitaciones, la Casa-Comunal, todo lo que hemos construido y creado en tan poco tiempo... ese es el fruto de la unión; vosotros haréis prodigios en cuanto os unáis.

—Sí, sí, ya hemos visto, ya sabemos—respondieron los aldeanos.

Y era verdad; habían visitado con curiosidad la Crécherie antes de hacer llamar á Lucas, calculando las riquezas ya adquiridas, y asombrados de aquella Ciudad feliz que nacía con tanta rapidez; y se preguntaban qué provecho sacarían ellos si se asociaban así. La fuerza de la experiencia les penetraba, les conquistaba poco á poco.

—Pues bueno, ya que sabéis, la cosa es más sencilla—replicó Lucas alegre.—Nosotros necesitamos pan; nuestros obreros no pueden vivir si vosotros no hacéis que salga el trigo necesario. Vosotros necesitáis útiles, azadones, carretas, máquinas hechas con el acero que nosotros fabricamos. Y así, la solución del problema es muy fácil; no hay más que entenderse; nosotros os daremos acero, vosotros nos daréis trigo y estaremos todos de acuerdo y todos viviremos contentos. Pues somos vecinos y vuestras tierras lindan con nuestra fábrica, y nos necesitamos unos á otros absolutamente, es lo mejor vivir como hermanos, asociarnos para bien de cada cual, de modo que seamos una sola familia...

Esta honradez sencilla animó á Lenfant y á Ivonnot. Jamás la reconciliación, la necesaria inteligencia entre el aldeano y el obrero industrial se habría planteado tan claramente. Desde que la Crécherie funcionaba, se desarrollaba, Lucas venía soñando con englobar en su asociación todas las demás fábricas se-

cundarias, todas las industrias diversas que vivían de ella, y alrededor de ella. Bastaba que hubiese allí un foco productor de una materia primera, el acero, para que pululasen las manufacturas. Se trataba de la fábrica Chodorge que fabricaba clavos, la Chausser que fabricaba guadañas, la Miranda que fabricaba máquinas agrícolas; y también de un antiguo tirador, Hor-doir, cuyos martinets, movidos por un torrente, funcionaban todavía en la garganta de los Montes Bleus. Todos éstos se verían obligados algún día, si querían vivir, á venir á unirse con sus hermanos de la Crécherie, sin los cuales no podrían existir. También los obreros de construcciones, los de vestidos, los de la gran zapatería del Alcalde Gourier serían arrastrados, se entenderían, darían casas, vestidos, zapatos, si querían tener en cambio instrumentos y pan. La Ciudad futura no se realizaría más que por este acuerdo universal, la comunión del trabajo.

—En fin, señor Lucas—dijo Lenfant prudente,—son estos asuntos demasiado graves para decidirse de un golpe. Pero le prometemos pensar en ello, y hacer lo que podamos, para que haya en Combettes la buena inteligencia que hay entre ustedes.

—Eso es, señor Lucas—apoyó Ivonnot.—Ya que conseguimos reconciliarnos Lenfant y yo, que no es poco, bien podemos emplearnos en procurar que los demás se reconcilien también. Y Feuillat, que es muy largo, nos ayudará.

Al marchar, volvieron á lo de las aguas, que Lucas se comprometía á llevar al Grand-Jean. Todo se arregló. Llevaban la idea de que les serviría mucho en su campaña para la unión el asunto del riego, que iba á obligar á todo el vecindario á no tener más que un interés y una voluntad.

Lucas, que los acompañaba, les hizo atravesar el jardín, donde les esperaban Arsenio y Olimpia, Eugenia y Nicolás, que habían tenido que traer consigo para enseñarles la Crécherie, de que tanto se hablaba en la comarca. Justamente acababan de salir los escolares de las cinco clases, por ser horas de recreo; lo que animaba el jardín con alegre turbulencia. Las fal-das de las chiquillas volaban á la luz del sol, salta-

ban los muchachos como cabritos; todo esa allí car-cajadas, cánticos y gritos; el florecer de deliciosa infancia entre el césped y el follaje.

Vió Lucas á Scurette enfadada y riñendo en medio de un grupo de cabezas rubias y morenas. Estaba en primera fila Nanet, crecido, próximo á los diez años; con su cara redonda, valiente y alegre, bajo la lana enredada de su cabeza de corderillo, color de avena madura. Detrás de él, se agupaban los cuatro Bon-naire, Luciano, Antonieta, Zoa, Severino y los de Bour-rón, Sebastián y Marta. Todos delincuentes, sin duda, desde los más jóvenes, que tenían cinco años, á los más viejos que iban á cumplir diez. Parecía ser que Nanet era el jefe de la banda culpable, pues el respon-día y discutía, como galopin de malas pulgas, empeñado en no dar nunca su brazo á torcer.

—¿Qué pasa?—preguntó Lucas.

—Cosas de Nanet, otra vez—respondió Scurette.—Ha ido otra vez al Abismo; á pesar de estar prohibido en absoluto; acabo de saber que ayer tarde ha lle-vado consigo á todos estos, y esta vez ha saltado por encima de la pared.

En efecto, al extremo de los vastos terrenos de la Crécherie, una pared medianera los separaba de los del Abismo. Pero había una antigua puerta en el án-gulo en que estaba el jardín de los de Delaveau. Sólo se cerraba con cerrojo, pero éste estaba siempre echado, y con fuerza, desde que había cesado toda relación.

Nanet protestaba.

—Por de pronto no es verdad que hayamos saltado todos por encima de la pared. He saltado yo solo, y después he abierto la puerta á los demás.

Lucas, descontento, se enfadó también.

—Ya sabes que más de diez veces se os ha prohi-bido pasar al otro lado de la pared. Acabaréis por ha-cernos tener graves disgustos, y os repito, á tí y á todos, que todo esto está muy mal hecho.

Saltándole los ojos, le oía Nanet, conmovido por ha-berle disgustado, como buen muchacho que era en el fondo, pero sin comprender nada. Si había pasado por encima de la pared, para hacer entrar á los demás era porque Nisa Delaveau aquella tarde tenía amigos



en casa, Pablo Boisgellín y Luisa Mazelle y un montón de niños de señores, muy alegres, y por esto habían querido jugar todos juntos. Nisa Delaveau le parecía muy amable.

—¿Por qué hemos hecho tan mal?—repitió estupefacto;—no hemos hecho mal á nadie; y nos hemos divertido mucho unos con otros.

Y dijo qué niños estaban allí; contó sin mentir lo que habían hecho. Juegos lícitos, pues no habían roto las plantas ni arrojado á los arriates las piedras de los caminos.

—Es muy amiga nuestra, Nisa—dijo concluyendo;—me quiere mucho, y yo á ella, desde que somos amigos.

Lucas no quiso sonreír. Pero en su corazón ablandado se levantaba una visión, estos niños de las dos clases fraternizando por encima de las cercas, jugando y riendo juntos, en medio de los odios y las luchas que separaban á los padres. ¿Era que la paz futura de la Ciudad iba á florecer con ellos?

—Es posible—dijo,—que Nisa sea graciosa y que os entendáis bien; pero se ha convenido que ellos se queden en su casa y nosotros en la nuestra, para que nadie se queje.

Scurette, vencida también por el encanto de aquella inocente niñez, le miró con ojos llenos de paz, tan llenos de perdón, que añadió con dulzura:

—Vamos, hijos míos, quedamos en que no volvéis á las andadas, porque nos disgustaríais.

Cuando Lenfant é Ivonnot se despidieron definitivamente, llevándose á Arsenio y Olimpia, á Eugenia y á Nicolás, que se habían mezclado con los juegos, y marchaban con pena. Lucas pensó en volver á casa, terminada su visita diaria, pero antes se acordó de que había prometido ver á Josina, y resolvió ir á su casa. Buena mañana había sido aquella; se volvía contento; latíendole el corazón de esperanza. Primero, aquel día, la Casa-Comunal, con sus tejas barnizadas y algunos azulejos que la adornaban, le habían parecido de una alegría próspera bajo el límpido sol. Los talleres elían á trabajo provechoso; los almacenes comenzaban á rebosar provisiones. Después venía su es-

peranza de ver á los aldeanos de Combettes asociarse, ensanchar el experimento, asegurar el triunfo, dando trigo á cambio de útiles y máquinas. Eran también como una promesa que bastaba para alegrarlo todo; las escuelas preparando el porvenir; el jardín en fiesta, lleno del revuelo de los niños, en los que florecía el mañana. Y ahora atravesaba su ciudad naciente, las casitas blancas que brotaban por todas partes, entre la verdura. El constructor que llevaba en sí, gozaba á cada nuevo edificio que se añadía á los otros, agrandando el lugar nacido la víspera ¿no era aquella su misión? ¿cosas y seres animados, no iban á surgir y agruparse á su voz? Sentía en sí fuerza bastante para mandar á las piedras, hacerlas levantarse, alinearse en albergues humanos, en edificios públicos donde alojaría á la fraternidad, á la verdad, á la justicia. Todo aquello no era más que sembrar todavía; estaban en los cimientos, en los tanteos del principio. Pero, en ciertos días de contento, tenía la visión del pueblo futuro y el corazón le cantaba en el pecho.

La casa ocupada por Ragú y Josina, una de las primeras que se habían construído, estaba cerca del parque de la Crèche, entre la de Bonnaire y la de Bourrón.

Atravesaba Lucas la calle cuando distinguió á lo lejos, en la acera, un grupo de comadres en gran conversación; reconoció pronto á la señora Bonnaire y á la señora Bourrón, que parecía que daba noticias á la señora Fauchard, que había ido, como su marido, aquella mañana, para saber si la nueva fábrica era la Jauja de que hablaban. Con voz agria y gesto duro, la señora Bonnaire, la Pelos, como la llamaban, no debía de embellecer el cuadro, siempre malhumorada y descontenta, sin poder estar á gusto en ninguna parte, amargando su vida y la ajena. Al principio parecía alegrarla el que su marido hubiese encontrado trabajo en la Crèche; pero después de haber soñado con una parte inmediata de grandes beneficios, ahora su gran agravio era que aun no llegaba á poder comprarse un reloj que deseaba hacía años.

Babette Bourrón, por el contrario, siempre encantada, era inagotable en las alabanzas de las ventajas

de su instalación, satisfecha sobre todo, porque su marido ya no volvía borracho con Ragú. Entre ambas, la señora Fauchard, más flaca, la sin fortuna y doliente que nunca estaba contenta, parecía perpleja, inclinándose á la Pelos; á creerlo perdido todo; tan convencida estaba de que para ella ya no había dicha posible en el mundo.

El ver á la Pelos y á la Fauchard, murmurando así, en son de queja, desagradó á Lucas; se le agrió el buen humor, pues no ignoraba el trastorno que las mujeres amenazaban traer á la futura organización de paz, de trabajo, y de justicia. Comprendía que eran omnipotentes; por ellas y para ellas hubiera querido fundar su ciudad; y perdía valor cuando se encontraba con las malas, hostiles, ó siquiera indiferentes, que en vez de ser el auxilio esperado, podían convertirse en obstáculo, en elemento destructor, capaz de aniquilarlo todo. Saludó al paso, mientras las mujeres callaban con expresión de alarma, como cogidas en una mala acción.

Cuando entró Lucas en casa de Ragú, vió á Josina sentada, cosiendo, delante de una ventana. Pero la labor se le había caído sobre las rodillas, y ella soñaba, tan abstraída, que no le oyó siquiera, mirando algo lejano. La contempló un instante sin acercarse. Ya no era la niña infeliz, azotacalles, muerta de hambre, mal vestida, de pobre rostro, de miseria, de cabellera enmarañada. Tenía veintiún años y estaba adorable con su sencillo vestido de tela azul, fino: de talle esbelto y delicado, más no flaco, con sus hermosos cabellos cenicientos, ligeros como seda, que eran cual floración delicada de su rostro delicioso, un poco largo; con sus ojos azules, rientes, boca pequeña, con frescura de rosa. Estaba en su propio cuadro, en aquel comedor tan limpio, tan alegre, con muebles de pino barnizado; la habitación que prefería en su casita, donde había entrado tan contenta, y que hacía tres años tanto se complacía en cuidar y embellecer. ¿Con qué soñaba Josina, así pálida y triste? Cuando Bonaire había decidido á Ragú á seguirle, juntándose á los compañeros de la Crèche, se había creído ella libre de toda pena.

En adelante tendría una casa agradable, el pan asegurado y á Ragú corregido, en cuanto no hubiese los disgustos de la fábrica. Y la buena suerte no se había desmentido; había acabado por casarse con ella, ante el deseo formal de Sceurette, sin que Josina sintiese con tal matrimonio la alegría que hubiera tenido al principio de sus relaciones; ni había aceptado siquiera hasta después de consultar con Lucas, que seguía siendo su dios, el salvador, el dueño, y en el fondo de su corazón estaba oculta la alegría divina, la emoción que había sentido al pedir tal permiso, en el minuto de angustia que adivinó en Lucas antes de que él se resignara á consentir. ¿No era aquella la solución mejor, la única posible? No podía casarse más que con Ragú, ya que éste quería. Lucas había tenido que parecer contento, en bien de ella, conservándole el mismo afecto después del matrimonio, mirándola sonriente siempre que la encontraba, como para preguntarla si era feliz. Y Josina sentía el pobre corazón desesperado, deshecho con no saciadas ansias de cariño.

Tembló levemente, saliendo del ensueño como advertida por un soplo, y se volvió y reconoció á Lucas, que sonreía afectuoso é inquieto.

—Hija mía, vengo porque Ragú asegura que están ustedes muy mal en esta casa, que está expuesta á todas las corrientes de aire de la llanura, y que el viento ha roto otros tres vidrios de la ventana de su cuarto de ustedes.

Le oía ella sorprendida y confusa, sin saber cómo no decir lo contrario de su marido, sin mentir.

—Sí, señor Lucas; se han roto unos cristales, pero no estoy segura de que haya sido el viento. Verdad es que, cuando sopla de esa parte, nos toca á nosotros. —Temblaba su voz, y no pudo contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Ragú había sido quien, en un arranque, había roto los cristales, queriendo tirarlo todo por la ventana.

—¿Llora usted, Josina? Vamos, hable, confíesese conmigo. Ya sabe que soy su amigo.

Se había sentado cerca de ella, muy conmovido, por

icipando de su pena; pero ella ya había enjugado las lágrimas.

—No, no; no es nada. Dispénsame usted; es que me encuentra en un momento malo, cuando iba á perder la calma y atormentarme.

En vano luchó ella; tuvo que confesar: Ragú no se aclimataba en aquel medio de orden, de paz, de esfuerzo lento y continuo hacia una existencia mejor. Parecía tener una nostalgia de la miseria, del sufrimiento, de aquel salario de que había vivido, murmurando contra el patrono; pero acostumbrado al yugo de la esclavitud, consolándose en la taberna, con la embriaguez, en una rebeldía de palabras impotentes. Echaba de menos los talleres negros y sucios, la guerra sorda con los jefes, las riñas estrepitosas con los compañeros, todos aquellos abominables días de odio, que acababan, en casa, pegando á la mujer y á los hijos.

Había empezado por burlarse y llegaba á las acusaciones, llamando á la Crécherie gran cuartel, prisión, en que no había ninguna libertad, ni la de beber un vaso de más, si á mano viene. Hasta lo presente, no se ganaba más que en el Abismo, y había una porción de cuidados, la inquietud de que aquello no marchase y no hubiera nada que cobrar, el día del reparto de los beneficios. Hacía dos meses corrían muy malos rumores, se decía que aquel año había que apretarse el vientre, por causa de la compra de máquinas nuevas. Sin contar con que los almacenes cooperativos funcionaban á menudo mal: á veces le mandaban á uno patatas, cuando se había pedido petróleo, ó le olvidaban á usted, y tenía que volver al despacho de distribución antes de verse servido. Y se burlaba, se enfadaba, llamando á la Crécherie sucia barraca, de donde pensaba escapar en cuanto pudiera.

Hubo un silencio penoso; Lucas estaba sombrío, pues había alguna verdad en el fondo de tales recriminaciones. Era el rechinar inevitable de la máquina nueva todavía, y sobre todo los rumores que corrían, las dificultades de aquel año, le afectaban tanto más, cuanto que temía verse, en efecto, obligado á pedir ciertos sa-

crificios á los obreros para no comprometer la prosperidad de la casa.

—¿Y Bourrón grita con Ragú, no es eso?—preguntó,—¿pero ha oído usted quejarse jamás á Bonnaire?

Con la cabeza contestó Josina que no. En esto, por la ventana abierta se oyeron las voces de las tres mujeres que seguían en la acera. Debía de ser que la Pelos, olvidada de todo, chillaba con su afán continuo de alborotarse y morder. Si Bonnaire callaba, como hombre reflexivo, cuya razón consistía en las largas experiencias, su mujer bastaba para amotinar á todas las comadres de la naciente aldehuela. Y volvió á verla Lucas entristeciendo á la Fauchard, anunciando la ruina próxima de la Crécherie.

—Entonces, Josina—añadió lentamente,—¿no es usted feliz?

Quiso ella protestar de nuevo.

—¡Oh! señor Lucas, ¿cómo no he de serlo cuando tanto ha hecho usted por mí?

Pero las fuerzas la hicieron traición; otras dos lágrimas asomaron á sus ojos, resbalando por las mejillas.

—Ya lo ve usted, Josina; no es usted feliz.

—No lo soy, es verdad; pero ni usted puede hacer nada, ni tiene la culpa. Ha sido para mí como un Dios. Qué hemos de hacer. Si nada puede cambiar el corazón de ese desdichado... Vuelve á ser malo, ya no aguanta á Nanet; anoche por poco lo rompe todo; y me pegó porque decía que el niño le contestaba de mala manera... Déjeme usted, señor Lucas. Estas son cosas mías, y le prometo atormentarme lo menos que pueda.

Los sollozos entrecortaron sus palabras temblorosas que apenas se entendían; Lucas, impotente, sentía crecer en él la tristeza. Toda la mañana alegre, se obscurecía; sentía el hielo de un soplo de duda, perdía la esperanza que era su fuerza y su alegría, él, tan valiente. Cuando las cosas obedecían, cuando el buen éxito material parecía asegurarse, ¿no podría cambiar á los hombres, desenvolver en los corazones el divino amor, la flor fecunda de bondad, de solidaridad? Si los hombres permanecían en el odio, en la violencia, su obra no se cumpliría; y ¿cómo despertarlos á la ternura, cómo

enseñarles la felicidad? Aquella querida Josina, que había ido á buscar tan abajo, que había salvado de tan atroz miseria, era para él la imagen de su empresa. Esta no se cumpliría mientras Josina no fuese feliz. Era la mujer, la mujer miserable, la esclava, la carne de trabajo y de placer, cuyo salvador había soñado ser él. Por ella y para ella, sobre todo, entre todas las mujeres, se levantaría la ciudad futura. Y si Josina seguía siendo desgraciada, era que todavía nada sólido se había fundado, que todo había que hacerlo todavía. Previó en su enojo días de dolor, tuvo la neta sensación de que una terrible lucha iba á empeñarse entre el pasado y el porvenir, y de que él mismo dejaría en ella sus lágrimas y su sangre.

—No llore usted, Josina, valor; yo le juro que será usted feliz, porque es preciso para que todo el mundo lo sea.

Había dicho esto tan cariñosamente, que pudo hacerla sonreír.

—Valiente lo soy, señor Lucas; bien sé que no me abandonará usted y que acabará usted por vencer, porque usted es la bondad y el valor. Esperaré, se lo juro, aunque tenga que esperar toda la vida.

Era como un compromiso, un cambio de promesas en la esperanza de la dicha futura. Lucas se puso en pie, le cogió las manos apretándoselas, y sintió que ella también oprimía las suyas; no hubo entre ellos más caricia que esta, esta caricia de algunos segundos. ¡Qué sencilla existencia de paz y de alegría se hubiera podido vivir en aquel reducido comedor, con muebles de pino barnizados, tan risueño y limpio!

—Hasta la vista, Josina.

—Hasta la vista, señor Lucas.

Se volvió él á casa, siguió por el terraplén por cuyo fondo pasaba el camino de Combettes, cuando otro encuentro, el último, le detuvo un instante. Acababa de distinguir al señor Jerónimo en su cochecillo que empujaba un criado, que iba á lo largo de los terrenos de la Créchérie. Esta aparición le recordó otras repetidas de este anciano enfermo, en este coche, sobre todo la primera, cuando le había visto pasar por

delante del Abismo, mirando, con sus ojos claros, los edificios ahumados y resonantes de la fábrica en que él había fundado la fortuna de los Qurignón. Pasaba ahora por delante de la Créchérie, miraba sus edificios nuevos y que alegraba el sol, con los mismos ojos claros que parecían vacíos. ¿Por qué se había hecho llevar hasta allí dando una vuelta ontera, como para un examen completo? ¿Qué pensaba, qué juzgaba, qué comparación quería establecer? Acaso era una casualidad aquel paseo, el capricho de un pobre viejo que volvía á la infancia. Y mientras el criado caminaba más despacio, el señor Jerónimo levantaba su ancho rostro, de grandes facciones regulares, rodeado de grandes cabellos blancos, con aire grave é impenetrable, examinándolo todo, no dejando pasar ni una fachada, ni una chimenea; sin su vistazo, como queriendo darse cuenta de este pueblo nuevo que brotaba así junto á la casa que él mismo había creado en otro tiempo.

Hubo un incidente que impresionó á Lucas. Otro viejo, también enfermo y que arrastraba las piernas hinchadas, venía por la carretera al encuentro del cochecillo. Era el tío Lunot, grueso, de carnes fofas y pálidas que seguía con los Bonnaire y que los días de sol daba cortos paseos por delante de la fábrica. Al principio, debilitada la vista, no debió de reconocer al señor Jerónimo. Luego, sobresaltado, se apartó, se arrimó á la pared, como si el camino no fuera bastante ancho para dos; y alzando su sombrero de paja se inclinó saludando profundamente. Era el homenaje que prestaba al antiguo Qurignón, al patrono fundador, el primero de los Ragú, asalariado y padre de asalariados. Tras él, años y siglos de trabajo, de sufrimiento, de miseria, se inclinaban en este saludo tembloroso. Al pasar el amo, aún herido por el rayo, el viejo esclavo que tenía en la sangre la cobardía de las servidumbres seculares se turbaba y se inclinaba. El señor Jerónimo no le vió siquiera. Pasó con su aspecto de ídolo pasmado, continuando el examen de los talleres nuevos de la Créchérie, tal vez sin verlos.

Lucas se había estremecido. ¡Había que destruir aquel pasado! ¡Había que arrancar del hombre viejo aquella

zizaña molesta y venenosa! Miró á su pueblo que apenas salía de la tierra, comprendió con qué trabajo, en medio de qué obstáculos crecería y prosperaría. Sólo el amor y la mujer y el niño acabarían por vencer.

## II

En los cuatro años que la Créchérie llevaba de vida, un odio sordo subía de Beauclair contra Lucas. Primero había sido un asombro hostil, bromas maliciosas; pero en cuanto se había lastimado los intereses había aparecido la cólera, la necesidad de defenderse con furia, con toda clase de armas, luchando contra el enemigo público.

La primera alarma, sobre todo, se produjo en los comerciantes al por menor. Los almacenes cooperativos de la Créchérie, objeto de burlas cuando se abrieron, prosperaban. Poco á poco adquirían parroquianos, no sólo entre los obreros de la fábrica, sino entre los vecinos que se asociaban. No hay que decir si los antiguos proveedores se asustaban ante esta terrible competencia con aquellas nuevas tarifas que bajaban el precio de los artículos en una tercera parte. Era la lucha imposible, la ruina á corto plazo, si aquel Lucas de maldición llegaba á vencer con su desastrosa idea de querer que la riqueza estuviese mejor repartida y que, para comenzar, los humildes de este mundo pudiesen

vivir mejor. Los carniceros, los especieros, los panaderos, los taberneros, iban á verse obligados á cerrar las tiendas ya que se podía pasar muy bien sin su mediación, evitando dejarles entre las manos un dinero inútil. Abominación, gritaban, la sociedad crujía y se desmoronaría el día en que ellos no pudieran agravar con sus ganancias de parásitos la miseria de los pobres.

Los Laboque, quincalleros, antiguos buhoneros de feria que habían llegado á tener una especie de gran bazar en la esquina de la calle de Brías y de la plaza de la Alcaldía, fueron los más impresionados. El precio de los hierros de comercio había bajado mucho en la región desde que la Créchérie los fabricaba en considerables cantidades; y era lo peor que dado el movimiento de asociación que se apoderaba de las pequeñas fábricas vecinas, parecía que llegaba el momento en que los consumidores, sin recurrir á los Laboque iban á procurarse directamente en los almacenes cooperativos los clavos de los Chodorge, las guadañas y podaderas de los Hausser, las máquinas y útiles de labranza de los Miranda. Ya, sin contar los hierros, los almacenes de la Créchérie suministraban varios de estos artículos, y el número de negocios del bazar bajaba cada día. De modo que los Laboque vivían en perpétua cólera, exasperados con lo que llamaban el envilecimiento de los precios, considerándose como robados desde el punto en que se impedía á su rueda inútil tragarse energía y riqueza sin provecho más que para ellos. Se habían hecho naturalmente centro activo de hostilidad y de oposición, el foco donde se encendían poco á poco todos los odios suscitados por las reformas de Lucas, cuyo nombre sólo se pronunciaba con execración. Allí concurrían el carnicero Dacheux, balbuciente de rabia reaccionaria, y el especiero tabernero Caffiaux, más frío, envenenado por el rencor, pero atento á su interés. Hasta la hermosa señora Mataine, la panadera, venía á veces quejándose de que perdía parroquianos, pero inclinándose á un arreglo.

—Es que usted no sabe—gritaba Laboque,—que ese señor Lucas, como le llaman, no tiene en el fondo más que una idea, la de destruir el comercio. Sí, y se va

nagloria, y á gritos dice esta monstruosidad; que el comercio es un robo, y nosotros unos ladrones que debemos desaparecer. Ha fundado la Cr cherie para b rernos.

Dacheux, con la sangre subida al rostro, o a con ojos pasmados.

—Y entonces,  c mo vamos á hacer para comer, vestir, y lo demás?

—Diantre,  dice que el consumidor se dirigirá inmediatamente al productor!

— Y el dinero?—preguntó el carnicero.

—El dinero,  pues lo suprime también; no había dinero! Eh  qu  tal?  Habr  necesidad?  C mo si se pudiese vivir sin dinero!

Dacheux se ahogaba de furor.

— No más comercio!  no más dinero! todo lo destruye; y no hay una cárcel para un bandido semejante, que arruinará   Beauclair si no se le va á la mano.

Caffiaux movía gravemente la cabeza.

—Y ha dicho cosas peores... Primero, que todo el mundo debía trabajar; un verdadero presidio donde habr  guardias con palos para que cada cual cumpla con su deber. Dice que no deben existir ni ricos ni pobres; no se será más rico al nacer que al morir; se comer  lo que se gane, lo mismo que el vecino, por supuesto, sin que haya derecho de hacer economías.

—Bueno.  Y la herencia?—interrumpió de nuevo Dacheux.

—No habrá herencia.

— C mo!  Nada de herencia; no dejar    mi hija mi dinero?  Rayos y truenos! Eso es demasiado.

Y el carnicero hizo temblar la mesa de un violento puñetazo.

—Y dijo también—continuaba Caffiaux,—que no habrá autoridad de ninguna suerte, ni gobierno, ni gendarmes, ni jueces, ni cárceles. Cada cual vivir  como quiera, comer  y dormir    su gusto. Dice también que las máquinas acabarán por hacer todo el trabajo y que los obreros sólo tendrán el cuidado bien fácil de guiarlas. Será el paraíso porque no se luchar , no habrá ejércitos ni guerras... Y en fin, dice que los hombres y

las mujeres, cuando se quieran, se juntarán por el tiempo que les plazca, después se dejarán, quedando tan amigos, para juntarse, si quieren, con otros. Y si hay hijos, la comunidad los tomar    su cargo, los educar  en mont    la buena de Dios, sin que necesiten madre ni padre.

Muda hasta all  la señora Mataine, exclamó:

— Oh! pobres criaturas... Cada madre tendr  el derecho, supongo, de criar   los suyos. Eso es bueno para los niños abandonados por algún mal corazón; esos, es claro, tienen que criarlos manos extrañas, mezclados, como en los asilos de huérfanos... Todo eso que usted me ha contado me parece   mí poco decente.

— Diga usted que es una pura porquería!—clam  Dacheux fuera de sí.—Eso es lo que sucede en medio del arroyo: se coge   una perdida y se toma y se deja cuando se quiere. Magnífico, su sociedad futura es una verdadera casa de mal vivir.

Y Laboque, que no perdía de vista sus intereses amenazados, concluía:

—Est  loco, ese señor Lucas. No podemos dejarle arruinar y deshonar así   Beauclair. Va   haber que entenderse para hacer algo.

Pero creció la cólera todavía, y se desencadenó por todas partes, cuando Beauclair supo que la infección de la Cr cherie invadía la vecina aldea de Combettes. Estupor, reprobación. Ya se veía, el señor Lucas corrompía, envenenaba   los aldeanos. Lenfant, el alcalde de Combettes, ayudado por el «adjunto», Ivonnot, después de haber reunido y reconciliado   los cuatrocientos habitantes del concejo, acababa de decidirles   juntar sus tierras por un acto de asociación, copiado del que regía el capital, el talento y el trabajo en la fábrica nueva. Ya no habría más que un vasto dominio, que permitiría el uso de las máquinas, de los grandes abonos, de los cultivos intensivos, decuplicando las cosechas, dando la esperanza de un gran reparto de beneficios. Y ambas asociaciones iban á consolidarse asociándose; los aldeanos suministraban el pan   los obreros que les darían útiles, los objetos manufacturados necesarios para su existencia; de suerte que se acercarían así dos clases enemigas, fusión poco   poco íntima, embrión de un pueblo fraternal,

Se acababa el mundo antiguo si el socialismo conquistaba á los aldeanos, los innumerables trabajadores del campo, considerados hasta entonces como murallas de la propiedad egoísta, matándose con el ingrato sudor sobre sus terrones antes que enagenarlos. Fué un temblor, un escalofrío de todo Beauclair, y anunciaba la próxima catástrofe.

Y otra vez los Laboqué se vieron perjudicados en primer lugar. Perdían la parroquia de Combettes; no vieron más ni á Lenfant ni á los demás venir á comprar azadones, carretas, útiles y utensilios. En la última visita que les hizo Lenfant regateó, no compró nada, les declaró claramente que ganaría un treinta por ciento no volviendo por allí, ya que estaban obligados á sacar tanta ganancia en los objetos que ellos mismos se procuraban de las fábricas vecinas. En adelante todos los de Combettes se dirigirían sin mediación á la Créchérie, adhiriéndose á los almacenes cooperativos cuya importancia seguía creciendo. Y desde entonces fué aquello el terror para todos los comerciantes al por menor de Beauclair.

—Hay que hacer algo, hay que hacer algo—repetía Laboqué con creciente vehemencia, cuando Dacheux y Caffiaux venían á verle.—Si esperamos á que ese loco envenene á todo el país con sus doctrinas monstruosas, llegaremos demasiado tarde.

—¿Qué hacer?—preguntaba prudentemente Caffiaux.

Dacheux estaba por las francas matanzas.

—Se le podía esperar en una esquina una noche, y largarle uno de esos voleos que dan que pensar á un hombre.

Pero Laboqué, pequeño y astuto, imaginaba medios más seguros para matar al tal sujeto.

—No, no; todo el pueblo se subleva contra él, y hay que aprovechar una ocasión en que tengamos á todos con nosotros.

Y la ocasión, en efecto, se presentó. El Beauclair viejo le atravesaba un arroyo infecto, una especie de cloaca descubierta que se llamaba el Clouque.

No se sabía siquiera de dónde venía, parecía salir de unos antiguos escombros de miserables viviendas, á la salida de las gargantas de Brías: y la idea gene-

ral era que se trataba de uno de esos torrentes de montaña cuyas fuentes permanecen ocultas. Los más ancianos se acordaban de haberle visto correr con grandes llenas en ciertas épocas. Pero hacía muchos años no llevaba más que agua escasa, cuya frescura corrompían las industrias cercanas. En las casas de la orilla, las mujeres habían llegado á convertirle en fregadero y en él arrojaban el agua sucia y toda inmundicia, de modo que arrastraba todos los detritos del barrio pobre y despedía por el verano un hedor espantoso. Hubo un momento, cuando se esparcieron serios temores de epidemia, en que el Ayuntamiento por iniciativa del Alcalde había discutido si convendría tapar el riachuelo haciéndole pasar bajo tierra. Pero el gasto pareció muy grande y no se habló más de ello; el Clouque continuó tranquilamente apestando y contaminando al vecindario. Y hé aquí que, de repente, el Clouque se agota por completo, se seca y ya no es más que un camino duro, peñoso, sin una gota de agua. Beauclair, como por una vará mágica, quedaba libre de aquel foco infeccioso á que se atribuían todas las fiebres malignas del país; y sólo quedaba la curiosidad de saber por dónde había podido marchar la corriente.

Primero, sólo fué un vago rumor. Después los hechos se precisaron y se tuvo por cierto que era que el señor Lucas había empezado á desviar la corriente el día en que había recogido las fuentes en la falda de los Montes Bleuses para el servicio de la Créchérie; era toda aquella agua clara, corriente que le llevaba la salud, la prosperidad. Pero cuando había acabado por llevarse todo el caudal, había sido cuando se le había ocurrido dar lo que sobraba de sus depósitos á los aldeanos de Combettes, causando así su fortuna y determinando su feliz asociación, gracias al agua bienhechora que los había reunido corriendo para todos. Pronto abundaron las pruebas: el agua que había desaparecido del Clouque, corría por el Gran-Jean, decuplicada, utilizada por la inteligencia, convertida en riqueza en lugar de ser suciedad y muerte. Volvió la ira, volvió la cólera, mayores cada vez contra aquel Lucas que con tal frescura disponía de lo que no era suyo. ¿Por qué había robado la corriente? ¿Por qué se la

guardaba para darla á sus hechuras? No se cogía así el agua de un pueblo, un arroyo que siempre había corrido por allí, que estaba uno acostumbrado á ver, y que al fin y al cabo prestaba grandes servicios. El sutil hilo de agua sucia que arrastraba detritos inmundos y apestaba el aire y mataba la gente se había olvidado. Ya no se hablaba de enterrarlo, cada cual decía el gran beneficio que sacaba de él para el riego, para lavar la ropa y para las necesidades diarias de la vida. Tamaño robo no se podía tolerar, era necesario que la Crécherie devolviese el Clouque, la infecta letrina que envenenaba el pueblo.

Laboque fué, naturalmente, quien gritó más fuerte. Hizo una visita oficial á Gourier, el alcalde, para saber qué resolución pensaba proponer al Ayuntamiento en circunstancias tan graves. El, Laboque, se consideraba particularmente perjudicado, porque el Clouque pasaba por detrás de su casa, por el extremo de su jardín, y afirmaba que sacaba de él gran provecho. Claro que si se hubiera puesto á recoger firmas protestando hubiera reunido las de todos los vecinos de su barrio. Pero su idea era que el pueblo debía de hacer suyo el asunto, intentar un pleito contra la Crécherie pidiendo la restitución del agua y los daños y perjuicios. Gourier escuchó y se contentó con aprobar moviendo la cabeza, á pesar del odio medroso que personalmente le inspiraba Lucas. Luego pidió algunos días para pensarlo, queriendo examinar el caso y consultar á los que le rodeaban. Comprendía que Laboque quería meter al pueblo en la danza para no dar la cara él. El Sub-Prefecto Chatelard, con el cual se encerró durante dos horas, le convenció aterrado siempre ante las complicaciones, de lo prudente que era en cualquier caso dejar á los demás meterse en pleitos. Gourier llamó al quincallero sólo para explicarle muy por largo que un litigio en que fuera el pueblo parte iría muy despacio, no llegaría á nada serio, mientras que si la cosa la intentaba un particular, las consecuencias serían mucho peores para la Crécherie, sobre todo si después de condenada ésta, otros particulares volvían á empezar, indefinidamente. Algunos días después, Laboque pedía judicialmente veinticinco mil francos de daños y perjuicios.

Y como si se tratara de una fiesta, hubo en su casa una reunión con el pretexto de una merienda ofrecida por su hija y su hijo, Eulalia y Augusto, á sus camaradas Honorina Caffiaux, Evaristo Mataine, y Juliana Dacheux. Toda esta gente menuda crecía, Augusto tenía diez y seis años, y Eulalia nueve; los catorce de Evaristo le habían dado seriedad, y los diez y nueve de Honorina, ya casadera, la hacían tratar maternalmente á Juliana, la más niña, de ocho años. Todos ellos se fueron al jardín, pequeño, y jugaron y rieron como locos, con la conciencia clara y alegre, ignorando los odios y la cólera de sus padres.

—Por fin está cogido—gritó Laboque.—El señor Gourier me ha dicho que si llegamos hasta el fin arruinaremos la fábrica. Supongamos que el tribunal no me concede más que diez mil francos; pero vosotros sois ciento, todos podéis hacer lo mismo que yo, y el tal Lucas tiene que aflojar el millonaje. Y no es eso todo. Tendrá que devolver el agua y destruir los trabajos hechos y esto le privará de toda esta frescura de que está tan ufano... El gran negocio, amigos míos.

Todos con voces de triunfo se excitaban ante la idea de arruinar á la fábrica, sobre todo de humillar á Lucas como el insensato que quería destruir el comercio, la herencia, el dinero, los fundamentos más venerables de las sociedades humanas. Sólo Caffiaux reflexionaba.

—Yo hubiera preferido—dijo al fin,—que el pueblo hiciera suyo el pleito. Cuando hay que batirse, estos burgueses siempre echan á los demás por delante. ¿Dónde están esos ciento que se atreven á demandar á la Crécherie?

Dacheux, furioso, gritó:

—¡Ah! ¡Yo me hubiera atrevido, yo, de buena gana, si mi casa no estuviera al otro lado de la calle. Y todavía hemos de vernos, porque el Clouque pasa por el extremo del patio de mi suegra. Quiero entrar en el ajo, ¡rayos y truenos!

—Pero—añadió Laboque,—por lo pronto tenemos á la señora Mataine que está en las mismas condiciones que yo y cuya casa sufre perjuicio como la mía desde



que se agotó el arroyo... ¡usted se quejará! ¿no es así, señora Mataine?

La habían invitado á venir con la oculta intención de obligarla á comprometerse formalmente, pues sabían que ante todo deseaba la paz suya y la ajena como mujer excelente. Ella, comenzó por reirse.

—¡Bah! ¡El daño hecho á mi casa por la desaparición del Clouquel No, no, vecino; la verdad es que yo había dado orden de que nunca se empleara ni una gota de aquella agua corrompida, por temor de que enfermaran mis parroquianos... Era tan sucia y olía tan mal, que sería preciso, absolutamente, el día que nos devolviesen el arroyo, gastar el dinero necesario para librarnos de él, haciéndolo pasar bajo tierra como ya se pensó la otra vez.

Laboqué fingió que no oía.

—Pero en fin, señora, usted está con nosotros, sus intereses son los nuestros y si yo gano mi pleito, usted seguirá á todos los propietarios y viviremos asegurados por la cosa juzgada.

—Veremos, veremos—respondió la hermosa panadera, ya sería.—Sí, quiero estar con la justicia, si es justo.

Laboqué tuvo que contentarse con esta promesa condicional. La exaltación de la ira le sacaba de quicio; ya creía conseguida la victoria, aplastadas aquellas locuras socialistas, cuyo ensayo en cuatro años había hecho descender en una mitad el precio de su comercio. Dando puñetazos sobre la mesa con Dacheux, vengaba á toda la sociedad; en tanto que el prudente Caffiaux, de complicada diplomacia, esperaba el triunfo del Beauclair viejo ó de la Crécherie antes de comprometerse mucho. Y allá en su mesa en que se servían pasteles y almíbares, los niños, sin oír nada de la próxima batalla, fraternizaban como una alegre bandada de pájaros libres en el ancho cielo, en el libre porvenir.

Todo Beauclair se conmovió cuando se supo que Laboqué había acudido á la justicia, reclamando veinticinco mil francos; lo cual era el ultimatum, la declaración de guerra. Ya había un banderín de enganche, las hostilidades esparcidas se reconcentraron, se agruparon en un ejército activo que se declaró ne-

tamente contra Lucas y su empresa, la fábrica diabólica en que se preparaba la ruina de la sociedad antigua y respetable. Eran la autoridad, la propiedad, la religión, la familia lo que se trataba de defender. Beauclair entero acababa por ser de la partida; los almacenistas perjudicados sublevaban á sus parroquianos, seguían la burguesía por el terror de las nuevas ideas. No había modesto hacendado que no se creyera amenazado de un cataclismo espantoso que destruiría su limitada existencia de egoísta. Las mujeres se indignaban, se sublevaban desde que el triunfo de la Crécherie se les presentaba como el de un inmenso lupanar donde todas ellas estarían á merced del primer transeunte que quisiera llevárselas. En tanto los obreros, los pobres hambrientos, se alarmaban y empezaban á maldecir al hombre cuyo anhelo ardiente era salvarlos. Le acusaban de agravar su miseria haciendo más inexorables á los patronos y á los ricos. Pero lo que sobre todo envenenaba y enloquecía á Beauclair, era la campaña violenta que el periódico local publicado por el impresor Lableu hacía contra Lucas. Con tal ocasión el periódico se había hecho bisemanal, y se sospechaba que el capitán Jollivet era el autor de los artículos cuya virulencia tanto impresionaba. El ataque, por lo demás, se reducía á un bombardeo de errores y mentiras, todo el lodo de necedad que se arroja al socialismo poniendo en caricatura sus intenciones y manchando sus ideas. Pero el buen éxito de semejante táctica sobre cerebros débiles é ignorantes era seguro, y fué maravilloso el ver cómo la exaltación fué ganando terreno en medio de intrigas complicadas, teniendo contra el perturbador público á todas las clases enemigas, furiosas al notar que se las molestaba en su cloaca secular, bajo el vano pretexto de conducirles reconciliados á la ciudad sana, á la ciudad justa y dichosa del porvenir.

Dos días antes de que se viera ante el tribunal civil de Beauclair el litigio promovido por Laboqué contra Lucas, hubo en el Abismo, en casa de los Delaveau, un gran almuerzo cuyo objeto secreto era verse y entenderse antes de la batalla. Estaban invitados, naturalmente, los Boisgelin, Gourier, el alcalde, el Sub-Prefecto Chatelard, el juez Gaume, con su yerno el capitán

Jollivet, y en fin, Marle el cura. También estaban las señoras, para que la reunión conservara, en apariencia, aspecto de amable intimidad.

Chatelard, según costumbre, pasó por casa del alcalde á las once y media, para llevárselos á él y á su mujer, Leonor, siempre hermosa. Desde que la Crèche-rie iba bien, Gourier pasaba malos ratos de inquietud y de duda. Primero, había conocido entre los centenares de obreros que empleaba en su gran zapatería de la calle de Brías, una especie de vacilación, la nueva conmoción que pasaba, la amenaza de asociarse. Después se había dicho si no sería mejor ceder, ayudar él mismo á tal asociación que le arruinaría si no entraba en ella. Pero este era un combate interior que ocultaba, pues tenía una llaga viva, el rencor que le hacía enemigo personal de Lucas, desde que su hijo Abules, el buen mozo independiente, había roto con él para ocupar un empleo en la Crèche-rie, donde estaba más cerca de Azulina, su novia de las claras noches. Había prohibido el alcalde que se pronunciara en su presencia el nombre del ingrato, desertor de la burguesía unido al enemigo de toda seguridad social. Y sin querer confesarlo, la misma marcha de su hijo agravaba su incertidumbre con el sordo temor de verse acaso un día obligado á seguirle.

En cuanto vió entrar á Chatelard, le dijo:

—Pleito tenemos. Laboque ha vuelto por unos certificados. Su idea sigue siendo la de que todo el pueblo se mezcle en el asunto y hay que ayudarle, después de haberle empujado como hemos hecho.

El Sub-Prefecto no hizo más que sonreír.

—No, no, amigo mío, óigame usted, no comprometa al pueblo... Ha sido usted bastante sagaz para atender á mis razones, no mostrándose parte y dejando aventurarse á ese terrible Laboque, que tiene sed de venganza y de sangre. Se lo ruego, siga usted así, como simple espectador: siempre habrá tiempo para aprovecharse de su victoria, si vence... ¡ay, amigo mío, si supiera usted lo bueno que es siempre no mezclarse en nada!

Y con un ademán completó su pensamiento, dijo toda la paz que gozaba en su Sub-Prefectura desde

que se había hecho olvidar. Las cosas iban de mal en peor en París, la autoridad central se hundía un poco cada día, se acercaba el tiempo en que la sociedad burguesa tendría que hacerse polvo por sí misma ó dejarse llevar por una revolución; y él, como buen filósofo escéptico no pedía más que durar hasta entonces, feliz sencillamente, sin demasiados disgustos, en el tibio nido que se había escogido. Así toda su política no consistía más que en dejar correr los hechos ocupándose en ellos lo menos posible, convencido también de que el gobierno en medio de las dificultades en que agonizaba le agradecería infinito que abandonara la bestia á una dulce muerte sin zarandearla más. Era magnífico un Sub-Prefecto de quien no se oía hablar jamás, cuyo inteligente esfuerzo había suprimido en Beauclair toda preocupación gubernamental. Y había logrado su intento; nadie se acordaba de él más que para colmarle de elogios, mientras acababa apaciblemente de enterrar á la sociedad moribunda, viviendo él su último otoño en el regazo de Leonor hermosa.

—Ya lo sabe usted, amigo mío; no se comprometa usted, pues en un tiempo como el nuestro no se puede saber lo qué sucederá mañana. Hay que esperarle todo, y lo mejor es no hacerse incompatible con nada. Deje usted á los demás ir delante y correr el riesgo de romperse los huesos, y después ya verá lo que ha de hacer.

Pero entraba Leonor vestida de seda clara, como rejuvenecida después de haber pasado de los cuarenta, de una belleza rubia majestuosa, con ojos cándidos de devota en aquel hogar de tres aceptado por lo demás, por el pueblo entero. Chatelard le cogió la mano, la besó, galante como el primer día, instalado allí para acabar así la existencia, mientras el marido con aire de verse libre de deberes demasiado pesados, envolvía á los dos en una mirada afectuosa, como hombre que en otra parte tenía compensaciones y cuya dicha estaba ya para siempre bien ordenada.

—¿Ya estás lista? Entonces nos vamos, no es eso, Chatelard?... y no tenga usted miedo, soy prudente, no tengo ganas de meterme en algún lío que pudiera

costarme la tranquilidad. Pero ya lo sabe usted, ahora en casa de los Delaveau hay que decir lo que digan los demás.

A la misma hora, el presidente Gaume esperaba en casa á su hija Lucila y á su yerno el capitán Jollivet con los cuales había de ir al almuerzo de los Delaveau. El presidente había envejecido mucho en los cuatro años; parecía más severo y más triste, maníaco del derecho, se pasaba horas y horas fundando las sentencias con creciente minuciosidad. Se decía que se le había oído sollozar, ciertas noches, como si todo se hundiese á sus pies, hasta aquella justicia humana á la cual se agarraba desesperado para no verse tragado con este último resto. En el doloroso recuerdo del drama íntimo que le abrumaba, la traición y la muerte violenta de su mujer, debía de sufrir, sobre todo, viendo este drama renacer en su hija adorada aquella Lucila de rostro virginal, de tan extraño parecido con su madre, que engañaba á su marido, como aquella le había engañado á él. No hacía seis meses que era mujer del capitán Jollivet, cuando ya traidora se entregaba al pasante de un abogado, un galopin medrado, rubio, más joven que ella, de ojos azules de muchacha. El presidente, que sorprendió la intriga, padeció atrocemente como si volviera á empezar la traición, por cuya herida su corazón seguía sangrando. No se atrevió á buscar una explicación dolorosa; hubiera creído revivir el terrible día en que su mujer se había matado delante de él, confesando su culpa. ¡Abominable mundo en que todo le había hecho traición! ¡Cómo creer en una justicia cuando las más hermosas y las mejores hacían sufrir tanto!

Pensativo y moroso, el presidente Gaume estaba sentado en su gabinete acabando de leer el diario de «Beauclair», cuando se presentaron el capitán y Lucila. El artículo de violento ataque contra la Crécherie que había leído le parecía necio, desmañado y grosero. Y le dijo tranquilamente:

—Supongo que no es usted, amigo Jollivet, quien escribe semejantes artículos, aunque eso se murmura. De nada sirve injuriar á los adversarios.

El capitán mostró cierta modestia.

—¡Oh! escribir, ya sabe usted que yo no escribo; nunca ha sido eso de mi gusto. Pero es verdad, yo doy las ideas á Lebleu; ya sabe usted, un pedazo de papel, notas con las cuales él hace redactar eso después á no sé quién.

Y como el presidente continuaba haciendo un gesto de desaprobación, continuó:

—¿Qué quiere usted? Se bate uno con las armas que tiene. Si estas malditas fiebres del Sudán no me hubiesen obligado á presentar la dimisión, á sablazos sería como yo caería sobre esos ideólogos que están á punto de derribarnos con sus utopías criminales.... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué consuelo sería pinchar á una docena!

Lucila, pequeña y bonita, que se callaba, sonreía de modo enigmático; y echó sobre su marido, aquel hombrazo de triunfantes mostachos, una mirada de tan clara ironía, que el magistrado leyó en ella sin trabajo el desdén burlón que la joven consagraba al espadachín, con el cual jugaban sus delicadas manos de rosa como una gata con un ratón.

—¡Ah, Carlos!—murmuró,—¡no seas malo, no digas cosas que me dan miedo!

Pero se encontró con los ojos de su padre, temió que la adivinara y añadió, con aire de cándida virgen:

—¿No es verdad, querido papá, que Carlos hace mal en pudrirse así la sangre? Debiéramos vivir tranquilos, en nuestro rincón, y acaso Dios nos bendijera mandándonos por fin un niño hermoso.

Comprendió Gaume que seguía burlándose, mientras evocaba la imagen del amante, el rubio pasante de abogado, de ojos azules de muchacha, del cual había hecho una muñeca viciosa.

—Todo eso es bien triste y bien cruel—concluyó el presidente sin precisar,—¿qué resolver, qué hacer, cuando todos se engañan y se devoran?

Se levantó con trabajo y cogió el sombrero y los guantes para ir á casa de los Delaveau. En la calle, Lucila, á quien adoraba, á pesar de tantos disgustos se le colgó del brazo y hubo un momento de delicioso olvido como si fueran dos novios reconciliados.

En el Abismo, á mediodía, Delaveau se reunió con Fernanda en el gabinete que daba al comedor, en el

piso bajo del antiguo pabellón de los Quirignón, donde ahora vivía el director de la fábrica. Era mansión bastante reducida; abajo no había más que otra habitación, despacho de Delaveau, que comunicaba por una galería de madera con las próximas oficinas del establecimiento. Arriba, en el primer piso y en el segundo, estaban los dormitorios. Desde que una mujer joven, loca por el lujo, había entrado allí, las antiguas paredes negras, estaban cubiertas con tapices y colgaduras que eran algo de los esplendores y goces soñados.

Boisgeln, fué el primero que se presentó, solo.

—¡Cómo!—exclamó Fernanda con expresión dolorosa.—¿No viene Susana?

—Le ruego á usted que la dispense—respondió correctamente Boisgeln.—Desde por la mañana tiene tal jaqueca que no ha podido salir de su cuarto.

Siempre que había que venir al Abismo, sucedía igual; Susana encontraba un pretexto para evitar este aumento de dolor; y sólo Delaveau, ciego, no comprendía nada.

Boisgeln cambió en seguida de conversación.

—¿Con qué, esatmos en vísperas del famoso pleito? ¿No es eso? es cosa hecha; la Crécherie está condenada de antemano.

Delaveau alzó los robustos hombros.

—Que la condenen ó no, ¿qué nos importa? Sin duda nos hace daño envileciendo el precio de los hierros; pero no estamos en competencia de fabricación y la cosa todavía no es grave.

Temblando, de una maravillosa belleza aquel día, Fernanda le miró con ojos de fuego.

—¡Oh! Tú no sabes aborrecer... ese hombre se te ha atravesado en todos tus proyectos, ha fundado á la puerta de tu fábrica otra, rival, cuyo buen éxito sería la ruina de la tuya... Es siempre el obstáculo, la amenaza, y tú ni siquiera deseas su ruina. ¡Ah, que lo arrojen desnudo al hoyo; me alegraré!

Desde el primer día había comprendido que Lucas iba á ser el enemigo, y no podía hablar sin odio de este hombre que amenazaba sus placeres. Aquel era el gran crimen, el único; exigía ella para su hambre

siempre crecientes de gozos y de lujos, ganancias mayores sin cesar, una fábrica próspera, centenares de obreros trabajando el acero ante la boca abrasada de los hornos. Ella era quien devoraba hombres y dinero; el Abismo con sus martillos pilones, sus máquinas gigantes, no bastaba para calmar su apetito. ¿Qué se haría su anhelo de gran vida futura de millones amontonados y devorados, si peligraba el Abismo y sucumbía por la competencia? Por esto, no dejaba en paz ni á su marido ni á Boisgeln, empujándoles, inquietándoles, aprovechando todas las ocasiones para demostrar su cólera y sus temores.

Boisgeln, que veía una especie de superioridad en no ocuparse jamás en los asuntos de la fábrica, gastando sin contar las ganancias con la vanagloria del buen mozo querido, elegante caballero, gran cazador, solía temblar, sin embargo, cuando oía á Fernanda hablar de la ruina posible. Y se volvió á Delaveau, en quien seguía teniendo confianza absoluta.

—Tú estás tranquilo, ¿no es así, primo?... ¿no marcha bien todo?

El ingeniero se encogió de hombros otra vez.

—Te repito que la fábrica todavía no sufre perjuicios... Todo el pueblo se levanta contra ese hombre; es un loco. Se va á ver su impopularidad; y si en el fondo me alegro del pleito, es porque eso va á acabar de desconceptuarle en la opinión de Beauclair. Antes de tres meses, todos los obreros que nos ha llevado volverán con las manos en cruz á suplicarme que los admita otra vez en el Abismo. ¡Ya veréis, ya veréis! No hay más que la autoridad; la emancipación del trabajo es una tontería; el trabajador no hace nada de provecho en cuanto es dueño de sí mismo.

Tras una pausa, añadió con voz lenta y con la sombra de una preocupación en los ojos:

—Sin embargo, debiéramos ser prudentes; la Crécherie no es una competencia despreciable, y lo que me inquietaría sería no tener en una necesidad repentina los fondos necesarios para la lucha. Vivimos demasiado al día, se hace indispensable crear una seria caja de reserva, dejando en ella, por ejemplo, el tercio de las ganancias anuales.

Fernanda concluye un gesto de involuntaria protesta. Ese era su temor, que el tren de su amante disminuyese teniendo ella que perder algo de los gozos de su orgullo y de las diversiones que de allí sacaba. Tuvo que contentarse con mirar á Boisgelín, que espontáneamente respondió con toda claridad:

—No, no, primo, en este momento no; no puedo dejar nada, tengo gastos muy grandes. Por lo demás, vuelvo á darte las gracias porque haces producir á mi dinero más de lo prometido... Ya veremos más tarde; volveremos á hablar de esto.

Pero Fernanda seguía nerviosa y su cólera sorda cayó sobre Nisa, á quien la doncella acababa de hacer almorzar sola y la traía antes de llevarla á pasar la tarde en casa de una amiguita. Nisa, que iba á cumplir siete años, crecía graciosa, sonrosada y rubia siempre sonriente con sus cabellos locos, que la hacían parecerse á un rizado cordero.

—Vea usted, señor Boisgelín, aquí está una niña desobediente que me va á poner mala... Pregúntela usted lo que hizo el otro día en la merienda que dió á su hijo de usted, Pablo, y á Luisa Mazelle.

Sin la menor turbación, Nisa continuaba sonriendo alegre, clavando en todos sus límpidos ojos azules.

—¡Oh!—continuó la madre,—no confesará ella su culpa... Pues bueno, á pesar de mi prohibición repetida cien veces, ha vuelto á abrir la antigua puerta que da á nuestro jardín y ha hecho entrar á toda la pillería indecente de la Crécherie. Entre ellos el tal Nanet, un terrible galopín que se le ha entrado por el alma. Y también eran de la partida su Pablo de usted y Luisa Mazelle, que fraternizaban con toda la patulea de los chicos de Bonnaite, de ese que nos dejó de tan mala manera. ¡Sí, Pablo con Antonieta y Luisa con Luciano eran conducidos por la señorita Nisa y su Nanet á la devastación de nuestros arriates!... Y vea usted, ni siquiera se la cae la cara de vergüenza.

—Y hago bien—respondió sencillamente Nisa con voz clara;—nada hemos roto y nos hemos divertido mucho juntos... ¡Nanet es muy gracioso!...

Tal respuesta acabó de incomodar á Fernanda.

—¡Ah! Te parece gracioso... Pues oye, si en la vida te vuelvo á sorprender con él, te dejo sin postres ocho días. No quiero por causa tuya tener alguna cuestión con los de al lado. Irían diciendo por todas partes que atraemos á sus hijos para que se pongan malos... Ya lo oyes, ahora hablo en serio, si vuelves á buscar al tal Nanet, nos veremos.

—Bien, mamá—dijo Nisa con aire tranquilo y risueño.

Y en cuanto salió la doncella, después de besar á todos, concluyó la madre:

—Es muy sencillo, voy á tapiar la puerta y estará segura de que los niños ya no pueden juntarse. No hay cosa peor que estos juegos de chiquillos; cogen la peste juntos.

Ni Delaveau ni Boisgelín, habían intervenido, no viendo en todo aquello más que niñerías, aunque partidarios de las medidas severas por razón del orden. Y el porvenir germinaba. Nisa, tenaz, llevaba en su corazoncito la imagen de Nanet, que era tan gracioso y jugaba tan á su gusto.

Llegaron por fin los convidados, los Gourier con Châtelard, luego el Presidente Daume con el matrimonio Jollivet. Según su costumbre, Marle el cura se presentó el último, retrasado. Eran diez; los Mazelle, que no podían venir á almorzar, habían prometido formalmente no faltar al café. Fernanda puso á su derecha al Sub-Prefecto y al Presidente á la izquierda, mientras Delaveau se sentaba entre las dos señoras Leonor y Lucila, y en los extremos estaban Gourier y Boisgelín, el cura y el capitán. Habían querido ser pocos para charlar más á su gusto. Además, el comedor que avergonzaba á Fernanda, era tan pequeño, que el antiguo aparador de caoba estorbaba para el servicio de los comensales, en pasando de una docena. En cuanto vino el pescado, deliciosas truchas del Mionna, la conversación fué á dar sucesivamente á la Crécherie y á Lucas. Y lo que decían estos burgueses instruidos, en situación de conocer lo que llamaban utopía socialista, apenas suponía más inteligencia ni más juicio que las extraordinarias apreciaciones de los Dacheux y los Laboue. El único

hubiera podido comprender era Chatelard. Pero éste lo tomaba á broma:

—Ya sabéis que chicos y chicas crecen juntos en las mismas clases, en los mismos talleres y supongo que en los mismos dormitorios, de suerte que ahí tenemos una ciudad en pequeño que se va á poblar rápidamente. Todos en familia, todos papás y mamás con una caterva de hijos de todo el mundo.

—¡Oh, qué horror!—dijo Fernanda con aire de profundo disgusto, pues fingía mucho recato.

Leonor, cada vez más influida por la moral severa de la religión, se inclinó hacia el cura, su vecino, murmurando:

—Es una vergüenza que Dios no permitirá.

Pero el clérigo se contentó con levantar los ojos al cielo, pues su situación se hacía tanto más difícil cuanto que no había querido romper con Scourette y seguía almorzando periódicamente en la Crèche. Se debía á todas sus ovejas, especialmente á las que habían abandonado el aprisco y él creía capaces de volver á él. A esto le llamaba permanecer en la brecha, luchar contra la invasión del espíritu malo. Se hacía inútil su esfuerzo por santificar la agonía de la vieja sociedad y sentía una tristeza profunda viendo cada vez más escasos los fieles en su iglesia.

Boisgelín se puso á contar cierta historia.

—En una pequeña colonia comunista donde ya se ensayó eso, no tenían bastantes mujeres, y ¿qué hicieron? pues iban desfilando y pasaban una noche con cada hombre. A esto lo llamaban el relevo.

Una carcajada aflautada de Lucila resonó tan alegre, que todos la miraron. Pero ella no se alteró, siguió en su aire candoroso; no hizo más que mirar de soslayo á su marido para ver si le hacía gracia el asunto.

Delaveau hizo ademán de no dar importancia á aquello. No le preocupaba lo de las mujeres en común. Lo grave era la autoridad minada, el sueño criminal de vivir sin amo.

—Hay en eso una idea que no se me alcanza—dijo.

—¿Cómo se va á gobernar su ciudad futura? Y no hablemos más que de la fábrica; dicen que llegarán

por la asociación á suprimir el salario y que se hará un justo reparto de la riqueza el día en que no haya más que trabajadores que darán cada uno su parte de esfuerzo á la comunidad. No conozco sueño más peligroso, porque es irrealizable. ¿No es así, señor Gourier?

El Alcalde que comía con la cara metida por el plato, se limpió la boca muy despacio antes de responder, viendo que el Sub-Prefecto le miraba.

—Irrealizable, sin duda... Sólo que no hay que condenar á la ligera la asociación. Hay en ella una gran fuerza de que acaso lleguemos nosotros mismos á servirnos.

Esta prudencia indignó al capitán, que gritó fuera de sí:

—¡Cómo se entienda! ¿Llegaría usted á no condenar en redondo los abominables atentados que ese hombre, hablo del tal señor Lucas, medita contra todo lo que amamos, nuestra vieja Francia, tal como la espada de nuestros padres nos la han dejado?

Estaban sirviendo chuletas de cordero con cabezas de espárragos, y hubo entonces un clamor general contra Lucas. Este nombre aborrecido bastaba para aproximarlos á todos, para unirlos estrechamente en el terror de sus intereses amenazados, en una imperiosa necesidad de defensa y de venganza. Se tuvo la crueldad de pedir á Gourier noticias de su hijo Aquiles; el renegado, y el Alcalde tuvo que maldecirle una vez más. Sólo Chatelard seguía navegando de bolina y procuraba mantenerse en el tono de chanza. Pero el capitán seguía profetizando los mayores desastres si no se hacía volver al orden al faccioso inmediatamente y á patadas; y tal pánico sembró que Boisgelín, ya inquieto, provocó una declaración tranquilizadora de Delaveau:

—Nuestro hombre ya está cogido—dijo el director del Abismo.—La prosperidad de la Crèche es apariencia, y bastaría un accidente para que todo se hundiera... por ejemplo, mi mujer me ha dado un detalle.

—Sí—continuó Fernanda irritada, contenta porque podía desahogarse un poco;—me dió la noticia mi lavandera... Conoce á Ragú, uno de nuestros antiguos obre-

ros que nos ha dejado para irse á la fábrica nueva. Pues bueno, parece que Ragú grita por todas partes que ya está harto de vivir encajonado, que allí se muere de aburrimiento y que no es él sólo, y que el mejor día se vuelven para acá todos... El que comience dará el golpe necesario para bambolear á Lucas y aplastarle.

—Pero además—dijo Boisgellín apoyándola,—tenemos el pleito de Laboque. Supongo que eso bastará.

Hubo otra vez silencio mientras aparecía un pato «au sang». Aquel pleito Laboque era la verdadera causa de esta reunión amistosa, pero nadie había osado hablar de él todavía, ante el silencio que guardaba el Presidente Gaume. Comía poco; sus ocultos pesares le habían hecho enfermar del estómago y se contentaba con escuchar á los comensales, mirándoles con sus ojos grises y fríos, á los que de intento no dejaba expresar sus ideas. Nunca se le había visto tan poco comunicativo, y esto llegó á molestarles, porque se quería saber hasta qué punto estaba con ellos y tener por lo menos la certeza de la sentencia que iba á pronunciar. Aunque no cabía en la cabeza de ninguno de ellos que pudiese absolver á Lucas, se esperaba que tuviese el buen gusto de adquirir un compromiso con palabras suficientemente claras.

Fué el capitán quien se lanzó al asalto.

—La ley es terminante, ¿no es así, señor Presidente? Todo perjuicio debe ser reparado.

—Sin duda—respondió Gaume.

Esperaban algo más. Pero se calló. Y el asunto del Clouque que se discutió entonces ruidosamente, para obligarle á comprometerse más en serio. El arroyo infecto se convirtió en una de las galas de Beauclair; no se robaba agua así de un pueblo, sobre todo para dársela á unos aldeanos, después de haberles trastornado el juicio hasta el punto de hacer de su aldea un foco de anarquía furioso, cuyo contagio amenazaba al país entero. Todo el terror burgués apareció, pues la antigua y santa propiedad estaba muy enferma si los hijos de los duros aldeanos de otro tiempo llegaban á poner en común sus cuatro terrones. Tiempo era de que la justicia tomara cartas en el asunto haciendo cesar tamaño escándalo.

—Podemos estar tranquilos—dijo por fin Boisgellín, lisonjero,—la causa de la sociedad va á encontrarse en buenas manos. Nada está por encima de un juicio justo dado con toda libertad por una conciencia honrada.

—Sin duda alguna—repitió Gaume simplemente.

Y por esta vez hubo que contentarse con estas vagas palabras en que se quiso ver condenado de seguro á Lucas. Se había acabado: no había más, después de una ensalada rusa, que un helado de fresa y los postres. Pero los estómagos estaban satisfechos, se reía mucho y se cantaba victoria. Pasaron al salón para tomar café, y al llegar los Mazelle se les acogió como siempre, con un cariño algo burlón, pues tan excelentes hacendados, delicias de la pereza, enternecían los corazones. La enfermedad de la señora Mazelle no iba mejor, pero estaba encantada porque había obtenido del doctor Novarre unos nuevos sellos, con los cuales podía comer impunemente de todo. Sólo quedaban para pudrirles la sangre, aquellas cosas abominables de la Créchérie, las amenazas de la supresión de la renta y de la abolición de la herencia. ¿Para qué hablar de cosas tan desagradables? Mazelle, que velaba por su esposa beatíficamente, suplicó á los circunstantes con guiñadas que no se tratase más de aquellos atroces asuntos que comprometían la salud tan vacilante de su mujer. Y fué aquello encantador; se apresuraron todos á vivir todavía la vida feliz, la vida de riqueza y de placer, cogiendo todas sus flores.

Llegó por fin el día del famoso proceso en medio de las iras y rencores que crecían; nunca pasiones tan furiosas habían trastornado á Beauclair. Lucas al principio se había asombrado y se había reído. La demanda de Laboque le había hecho gracia, pues el pedirle veinticinco mil francos de daños y perjuicios le parecía absurdo. Si el Clouque se había secado, era difícil probar que la causa consistía en haber él tomado y utilizado ciertas fuentes para la Créchérie; estas fuentes además estaban en su dominio, eran de los Jordán, libres de toda servidumbre, de suerte que el propietario tenía el derecho absoluto de disponer de

ellas á voluntad. Por otra parte, hubiera sido necesario que Laboque apoyase en hechos el pretendido perjuicio que se le había causado, y esto procuraba demostrarlo con tal torpeza, que ningún tribunal en el mundo podía darle la razón. Como decía Lucas en broma, él era quien debía reclamar una suscripción pública para recompensarle por haber librado á los ribereños del envenenamiento de que tanto tiempo se habían quejado. El pueblo no tenía más que rellenar el cauce y vender los terrenos para edificar; buena ganga que les haría ganar algunos cientos de miles de francos. Se reía pues, no imaginando que semejante litigio pudiera ser serio. Sólo ante el encarnizamiento de los rencores, en frente de la hostilidad que en su contra por todas partes crecía, llegó á darse cuenta de la gravedad de la situación y del peligro mortal que amenazaba á su empresa.

Fué esto para Lucas un primer choque muy doloroso. Su candor optimista de apóstol, no era tan inocente que ignorase la maldad de los hombres. En la lucha que él había buscado contra el mundo viejo, ya esperaba que éste no cedería el puesto sin enfadarse y defenderse. Preparado estaba para el calvario que preveía, para las piedras y el lodo con que las turbas ingratas abrumaban por lo común á los precursores. Pero con todo, su corazón vaciló; sintió venir la amargura de las necesidades, de las crueldades y de las traiciones. Bien comprendía que detrás del ataque interesado de Laboque y del comercio menudo, estaba toda la burguesía, todos los que poseían algo, sin querer soltar nada. Su ensayo de asociación, de cooperación, ponía en tal peligro á la sociedad capitalista, basada en el salario, que para ella se convertía en el enemigo público, del cual había que deshacerse á cualquier precio. Y el Abismo, la Guerdache, el municipio, la autoridad bajo todas sus formas, la del patronato, la comunal, la gubernamental se movían, entraban en la lucha, se esforzaban por aplastarle. En la sombra, los egoísmos amenazados se acercaban, se unían, trabajaban con tal complicación de trampas, redes y lazos que se sentía perdido al menor paso en falso. Si caía, la tralla se arrojaría sobre él, sería de-

vorado. Sabía bien sus nombres, uno por uno: los hubiera dicho: los funcionarios, los comerciantes, los simples hacendados de cara alegre que le hubieran comido vivo al verle desplomarse al volver de una esquina. Reprimiendo los latidos del corazón, se había armado para la batalla, convencido de que nada se funda sin luchar y de que siempre se sella con la propia sangre las grandes obras humanas.

La vista pública ante el tribunal civil, presidido por Gaume, fué un martes día de mercado.

Un continuo rumor llenaba á Beauclair. La multitud que había llegado de las aldeas próximas aumentaba aún la fiebre en la plaza de la Alcaldía y en la calle de Brías. Por esto, inquieta, Scurette había suplicado á Lucas que se dejara acompañar al tribunal por algunos amigos fuertes. Pero se negó, obstinado; quiso ir solo, como había también querido defenderse él mismo, aceptando un abogado sólo por fórmula. Cuando entró en la sala de Audiencias, muy estrecha y ya llena de un público ruidoso, hubo un silencio repentino, la molesta curiosidad que acoge á la víctima aislada y sin armas, que se ofrece al sacrificio. Su tranquilo valor irritó más á los enemigos que le juzgaron insolente. Se quedó en pie ante el banco de la defensa, miró tranquilamente á la muchedumbre que se apiñaba aplastándose, y reconoció á Laboque, Dacheux, Caffiaux y otros tenderos mezclados con la ola anónima de la multitud, rostros inflamados de furiosos enemigos que jamás había visto. Algo le consoló notar que los íntimos de la Guerdache y del Abismo habían tenido á lo menos el buen gusto de no venir para verlo entregar á las fieras.

Se esperaban largos debates y de apasionado interés. No hubo nada de esto. Laboque había escogido uno de esos abogados de provincia con reputación de malignos que son el terror de una región. Y el mejor momento, en efecto, para los enemigos de Lucas fué cuando oyeron á este hombre que sintiendo la fragilidad del terreno legal en que apoyaba su reclamación de daños y perjuicios, se contentó con ridiculizar las reformas intentadas, las reformas de la Crécherie. Hizo risar mucho con un cuadro cómico y venenoso de



sociedad futura. Despertó la ruidosa indignación de todos cuando mostró á los niños de uno y otro sexo pudriéndose juntos desde la infancia; la santa institución del matrimonio abolida, el amor volviendo á la bestialidad, las parejas tomándose y dejándose á la ventura para el desenfreno de una hora. No obstante, la opinión general fué que no había encontrado un argumento supremo, el golpe de maza que hace ganar una causa, que aplasta á un hombre. Y fué tal la inquietud, cuando Lucas tomó á su vez la palabra, que sus frases más inocentes fueron acogidas con murmullos. Habló con sencillez, ni siquiera respondió á los ataques contra su empresa; se contentó con demostrar con una fuerza de evidencia decisiva, que Laboque había fundado mal su demanda. ¿No había hecho un servicio á Beauclair si había saneado el pueblo secando el Clouque pestífero, y regalándole excelentes terrenos para edificar? Pero ni siquiera era un hecho probado que los trabajos ejecutados en la Crécherie fuesen la causa de la desaparición del agua, y esperaba que se le diese una prueba cierta. Al acabar, un poco de la amargura de su corazón ulcerado, apareció, cuando declaró que si no reclamaba el agradecimiento de nadie por lo que ya creía haber hecho de útil, quedaría muy contento con que le dejaran proseguir su obra en paz sin promoverle enojosas cuestiones. Varias veces tuvo el Presidente que imponer silencio al auditorio; y después que el ministro fiscal hubo hablado también de una manera confusa, de propósito, dando, y quitando la razón á las dos partes, vino la réplica del abogado de Laboque tan violenta que suscitó clamores al tratar á Lucas de anarquista, empeñado en la destrucción del pueblo; y el Presidente tuvo que amenazar al público con hacer despejar la sala si tales manifestaciones se repetían. Después señaló quince días de término para la sentencia. A los quince días todavía las pasiones estaban más exaltadas. Había golpes en el mercado esperando la sentencia. La casi unanimidad estaba convencida de que Lucas sería condenado á pagar, por lo menos, de diez á quince mil francos de daños y perjuicios, sin contar las consecuencias, la obligación de volver á dejar la

Clouque como estaba. Sin embargo, algunos meneaban la cabeza, no las tenían todas consigo, pues no les había gustado la actitud del Presidente Gaume durante la vista. Le llamaban original, hasta se dudaba de que estuviera siempre en su juicio, desde que se le había visto tan sombrío; encerrado en escrúpulos enfermizos de justicia. Otro motivo de inquietud era la manera cómo había cerrado su casa para todos; al día siguiente de la vista, con el pretexto de una indisposición. Se decía que estaba completamente bueno, que sólo había querido sustraerse á toda presión y no recibir á nadie, para que nadie intentara influir en su conciencia de juez. Con las puertas y las ventanas cerradas ¿qué hacía en el fondo de su casa solitaria; en que no entraba ni su mujer ni su hija siquiera? ¿De qué lucha moral, de qué drama interior era presa en medio de su vida en la cual había caído el rayo sobre lo que había amado, sobre lo que había querido? La sentencia había de publicarse á medio día, al empezar la audiencia. En la sala había todavía más gente que la otra vez; más ruido, más pasión. Estallaban carcajadas de un extremo á otro, iban y venían frases violentas y otras de confianza. Todos los enemigos de Lucas habían acudido para verle aplastado. Y él, muy valeroso, tampoco ahora había querido que le acompañaran, prefiriendo presentarse solo para manifestar así su misión de paz. En pie ante su banco, sonreía, miraba á la sala como si ni siquiera sospechase que toda aquella cólera rugía contra él. Por fin, con gran puntualidad entró Gaume, seguido de dos asesores y del fiscal. El ujier no tuvo necesidad de pedir silencio, todas las voces habían callado de repente, los rostros en tensión ardían de ansiosa curiosidad. El Presidente, que se había sentado, volvió á levantarse con la sentencia en la mano; y permaneció un instante inmóvil, silencioso, mirando á lo lejos, más allá de la turba. Al fin con voz lenta, sin expresión, comenzó la lectura. Fué larga, pues los considerandos se sucedían con una regularidad monótona, dando vueltas á las cuestiones en todos sus aspectos, esforzándose en resolver los más leves escrúpulos. El público escuchaba sin comprender bien, sin prever todavía cuál sería el fallo, porque el pro y el

contra iban desfilando uno tras otro estrechándose con ceñida lógica. Sin embargo, parecía, según se avanzaba, que se adoptaba la tesis de Lucas, la falta de perjuicio real para nadie, el derecho que todo propietario tiene de hacer obras en lo suyo si alguna servidumbre no le impide. Y el fallo estalló, Lucas estaba absuelto.

Hubo primero en la sala un momento de estupor. Luego, cuando se comprendió bien, silbidos, gritos de violenta amenaza. A la multitud soliviantada, enloquecida por las mentiras de tantos meses, le quitaban la víctima que le habían prometido; y la quería, la reclamaba para desgarrarla, ya que una justicia evidentemente vendida se la arrebatava en el último momento. ¿No era Lucas el enemigo público, el forastero que venía no se sabía de dónde, para corromper á Beauclair, arruinar el comercio y encender la guerra civil amotinando á los obreros contra los patronos? ¿No había, con un fin de maldad diabólica, robado el agua del pueblo, secado un arroyo cuya desaparición era un desastre para los ribereños? Estas acusaciones las repetía «El Diario de Beauclair» todas las semanas, las hacía entrar en las mollerías más duras con venenosos comentarios que creaban la necesidad de inmediata venganza. Asimismo todas las autoridades, todos los señores de los barrios burgueses las pregonaban entre el pueblo bajo, las ampliaban, les daban el apoyo de su poder y de su fortuna. Y la chusma sometida á tal régimen, ciega, rabiaba, convencida de que una peste iba á salir de la Cr cherie, ya sentía la sangre en los ojos, ya rugía pidiendo muerte. Puños tendidos, gritos redoblados; ¡muera, muera! ¡El ladrón, el envenenador, muera! Muy pálido, rígida la faz, Gaume permanecía en pie en medio del alboroto. Quiso hablar, hacer despejar la sala; pero tuvo que renunciar á que le oyeran. Y sencillamente, por dignidad, hubo de resolverse á suspender la audiencia, retirándose seguido de los asesores y del fiscal.

Lucas, siempre sonriente, estaba muy tranquilo en su banco. La sentencia le había sorprendido tanto como á sus adversarios, pues no ignoraba en qué año viciado vivía el Presidente; le creía incapaz de justicia. Y era una confortación encontrar un hombre justo entre tantas miserias humanas. Pero al estallar los

gritos de muerte su sonrisa se hizo triste; se volvió hacia la turba rugiente, lleno el corazón de amargura. ¿Qué les había hecho él á aquellos modestos burgueses, comerciantes y obreros? ¡No había querido el bien de todos, no trabajaba para que todos fuesen felices, amándose, viviendo como hermanos! Los puños le amenazaban, le abofeteaban con gritos, los mueras al ladrón, al envenenador eran más violentos. Aquel pueblo infeliz, extraviado, enloquecido por las mentiras, le causaba un dolor profundo, en la ternura que le inspiraba, á pesar de todo. Pero contenía las lágrimas, quería permanecer en pie valeroso y altivo ante el insulto. El público, que se creía provocado, hubiera acabado por romper la barra de encina si los guardias no hubieran conseguido al fin arrojarlo fuera y cerrar las puertas. El actuario en nombre del presidente vino á rogar á Lucas que no saliera todavía, para evitar un accidente posible, y consiguió que esperara algunos minutos en la habitación del conserje hasta que se disolviera la multitud.

Sin embargo, Lucas sentía una especie de vergüenza y le repugnaba verse obligado á ocultarse así. Pasó en casa de aquel conserje el cuarto de hora más penoso de su vida, creyéndose cobarde si no iba derecho á la multitud sin aceptar aquella situación de culpable alarmado á que se le reducía. Cuando los alrededores del edificio de la Audiencia parecieron despejados, ya no quiso oír nada, se empeñó en marcharse, volver á casa á pie tranquilamente sin que nadie le acompañase. Solo había venido, solo quería volver. No llevaba en la mano más que un ligero bastón, que hasta sentía haber traído por temor de que se sospechara que pensaba en defenderse. Lentamente, se puso en marcha calle adelante teniendo que atravesar á todo Beauclair, y nadie pareció fijarse en él hasta la plaza de la Alcaldía. El público que salía de la Audiencia había ido divulgando por el pueblo entero la noticia de la absolución, después de haber esperado á Lucas algunos minutos y seguro ya de que no saldría en algunas horas. Pero en la plaza de la Alcaldía, donde se celebraba el mercado, fué reconocido. Se lo ense-

fiaban unos á otros, con ademanes; corrieron rumores, algunos hasta le siguieron, sin malos propósitos todavía, sólo por ver lo que iba á pasar. No había allí apenas más que aldeanos, compradores, curiosos que no estaban enzarzados en el litigio. Y la situación no comenzó seriamente á ser grave hasta que llegó á la calle de Brías. En la esquina, delante de su tienda, Laboque desatado, furioso por su derrota, gritaba en medio de un grupo, colérico.

Todos los comerciantes, los tenderos al por menor de la vecindad, habían corrido á casa de Laboque al conocer la funesta noticia. ¿Cómo, conque era verdad, la Crécherie iba á acabar de arruinarlos con sus almacenes cooperativos, puesto que la justicia le daba la razón? Calfiaux aterrado, callaba, revolviendo pensamientos que no decía. Pero Dacheux, el carnicero, era de los más furiosos, encendido el rostro, dispuesto á defender la carne de los ricos, la carne sagrada; y hablaba de matar á todo el mundo antes de bajar los precios ni un céntimo. La señora Mataine no había venido; nunca había sido partidaria del litigio, declaraba sencillamente que vendería su pan mientras se lo compraran, y que después ya vería. Y Laboque, ardiendo, contaba por la décima vez á un recién venido la abominable traición del presidente Gaume; cuando de pronto distinguió á Lucas que muy tranquilo pasaba delante de la quincallería, cuya ruina consumaba. Esta audacia acabó de trastornar al tendero; estuvo á punto de arrojarle sobre el enemigo y rugió medio sofocado por la ola de la ira. «¡Qué muera, que muera! ¡el ladrón, el envenenador, muera!» al llegar frente á la tienda, Lucas sin detenerse se contentó con volver la cabeza para posar un instante la mirada tranquila y valerosa sobre el grupo tumultuoso, de donde salían las sordas invectivas de Laboque. Entonces todos se creyeron provocados, se levantó un clamor general, que creció y llegó á ser rugido de tempestad: «¡Muera, muera el ladrón, el envenenador! ¡muera, muera!» Lucas, como si no se tratara de él, continuaba pacíficamente su camino mirando á derecha y á izquierda, como cualquier transeunte á quien el espectáculo de la calle interesa. Casi todo el grupo le seguía, redoblando los

silbidos, los ultrajes, las amenazas. «¡Muera, muera el ladrón, el envenenador, muera!»

Ya no cesó aquello; creció, se desbordaba, según Lucas iba subiendo por la calle de Brías, como de paseo. De cada tienda salían más comerciantes para juntarse á la manifestación. Las mujeres se asomaban á las puertas y le silbaban al pasar. Algunas, exasperadas, hasta corrieron á escape para venir á gritar con los hombres: «¡muera, muera el ladrón, muera el envenenador!» Vió á una joven de suave hermosura, rubia, mujer de un frutero, que le injuriaba enseñando preciosos dientes blancos y le amenazaba de lejos con uñas de rosa como para desgarrarle. Corrían también los niños; uno de cinco á seis años, no mayor que una bota, se desgañitaba y casi se le metía entre las piernas para hacerse oír mejor, «¡muera el ladrón, muera el envenenador!» Infeliz criatura, ¿quién le había enseñado ya el grito del odio? Y lo peor fué al pasar, en lo más alto de la calle, por delante de las fábricas. Aparecieron en las ventanas obreras de la zapatería Gourier que rugieron y batieron las manos. Luego hasta hubo obreros de las fábricas Chodorge y Miranda, que fumaban en la acera esperando el toque de campana para volver al trabajo, y también entraron en la manifestación embrutecidos por su esclavitud. Uno delgado, de pelo rojo, de ojos grandes, turbios, corría como loco vociferando con más fuerza que todos «¡muera, muera el ladrón, muera el envenenador!»

¡Ah, qué subida aquella de la calle de Brías, con esta turba creciente de enemigos mordiéndole los talones, innoble oleaje de injurias y amenazas! Recordaba Lucas la noche de su llegada á Beauclair, cuatro años antes, el negro pisotear en el lodo de aquellos desheredados, hambrientos, que en aquella misma calle le habían llenado el alma de una compasión tan eficaz que se había jurado dar la vida en bien de los miserables. ¿Qué había hecho en cuatro años para que tantos odios se amontonasen contra él hasta verse acorralado por la turba amotinada que rugía «muera»? Había sido el apóstol del mañana, de una sociedad solidaria y fraterna, reorganizada por el trabajo ennoblecido, regu-

lador de la riqueza. Había dado un ejemplo, esta Crécherie donde la ciudad futura estaba en germen, donde reinaban la mayor justicia y ventura posibles. Y aquello bastaba, el pueblo entero le tenía por un malhechor y lo adivinaba detrás de aquella turba que le seguía, ladrándole. ¡Qué amarguras, qué dolor en esta aventura común del calvario que siempre el justo tiene que subir, golpeado por los mismos cuya redención busca! Disculpaba el odio de aquellos burgueses cuya digestión tranquila turbaba, aterrados si tenían que partir sus goces egoístas. También disculpaba á los tenderos que se creían arruinados por él, cuando sólo imaginaba un empleo mejor de las fuerzas sociales para evitar una pérdida inútil de la fortuna pública. Hasta disculpaba á los obreros que había venido á librar de la miseria, para los cuales levantaba con tanto trabajo su ciudad de justicia, y que le silbaban, le insultaban, por lo mucho que habían oscurecido su cerebro y enfriado su corazón. Era la muchedumbre ignorante que se rebela contra el que quiere su bien, y se niega á dejar el lecho de esclavitud en que agoniza, y se hunde en el hambre, en la secular basura, cerrando ojos y oídos á la dicha que nace. Pero si á todos los disculpaba, piadoso y afligido, ¡cómo le sangraba el corazón al ver entre los más airados á aquellos trabajadores de la fábrica y del taller, á los que él quería convertir en los hombres nobles, libres, felices del mañana!

Lucas subía, subía; la calle de Brías no se acababa y la jauría desencadenada había aumentado aún, los gritos no cesaban:

—¡Muera el ladrón, muera el envenenador!

Se detuvo un instante, se volvió, miró á aquella gente, para que no creyesen que huía. Había un montón de piedras delante de una casa en construcción; un hombre se bajó, cogió un guijarro y se lo arrojó á Lucas; otros al punto hicieron lo mismo, y llovían piedras entre una tempestad de amenazas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Ahora le pedaban. No hizo ningún ademán, echó andar otra vez, acabó de subir el calvario. Sus maestaban vacías, sin más armas que el bastón lige-

ro que puso bajo el brazo. Y seguía muy tranquilo; con la idea de que su misión le hacía invulnerable si había de cumplirla. Mas el corazón dolorido sufría horriblemente maltratado por tanto horror y demencia. Lágrimas le subían á los ojos y necesitaba un gran esfuerzo para no dejarlas correr á lo largo de las mejillas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Una piedra le dió en el tacón, otra le rozó el muslo. Ya era aquello un juego, andaban en él los niños. Pero faltaba puntería, las piedras rebotaban en el suelo. Dos veces, sin embargo, pararon tan cerca de su cabeza que pudo creérsele herido, abierto el cráneo. Ya no se volvía, seguía subiendo la calle de Brías con el mismo paso tranquilo paseante que se vuelve á casa. Angustiado por tan furiosa ingratitud, parecía que ni siquiera quería saber lo que pasaba detrás de él á lo largo de aquella calle de la Amargura donde sufría su martirio. Pero al fin una piedra le alcanzó, le desgarró la oreja derecha, mientras otra le hería en la mano izquierda, cortándole la palma como de una cuchillada. Y la sangre corría, cayó en anchas gotas rojas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Un sacudimiento de pánico detuvo á la multitud. Muchos huyeron cobardes. Las mujeres gritaron, se llevaron á los niños en brazos. Ya no hubo más que curiosos que seguían corriendo. Lucas continuando por la calle de la Amargura, no había hecho más que mirarse la mano, sacó el pañuelo, enjugó la oreja y envolvió con él la palma de la mano que sangraba. Acortó el paso, sintió el galopar de la turba que se acercaba, y otra vez les hizo frente, al sentir en la nuca el sople ardiente de la jauría que le perseguía. En primera fila corría con ansia frenética el obrero pequeño y flaco, de pelo rojo, de grandes ojos turbios. Se decía que era un herrero del Abismo. Llegó de un brinco junto al hombre á quien venía acosando desde el principio de la calle, y con el mayor furor sin que se pudiera saber de dónde venía aquel frenesí de odio, le escupió en el rostro.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Lucas ya estaba por fin en lo más alto de la calle

de Brías, y esta vez vaciló bajo el abominable ultraje. Se le vió palidecer horriblemente, mientras en un arranque involuntario de todo su cuerpo al puño sano se levantaba terrible y vengador. De un golpe hubiera aplastado al hombrecillo como miserable enano junto á un triunfante coloso. Pero Lucas, fuerte, bizarro, tuvo tiempo de contenerse. No dejó caer el puño. Pero aquellas dos lágrimas, grandes, corrieron á lo largo de las mejillas, lágrimas de infinito dolor que había podido contener hasta entonces, pero que ya no era capaz de ocultar en la última amargura de la hiel que le ponían en los labios. Lloraba sobre tanta ignorancia, sobre tanta equivocación, sobre aquel triste y querido pueblo que no quería ser salvado. Hubo burlas, sarcasmos, y se le dejó entrar en casa ensangrentado y solo.

Lucas se encerró, quiso estar solo en el pabellón que seguía habitando á lo último del parque sobre el camino de Combettes. El verse absuelto no le hacía forjarse ilusiones. Las inmundas violencias de aquella tarde, la multitud que le había acosado, decían qué guerra se le iba á hacer, ahora que el pueblo entero se sublevaba. Eran las convulsiones supremas de la sociedad moribunda, que no quería morir. Resistía furiosamente, se defendía con el ansia de detener á la humanidad en su marcha. Unos, los autoritarios, ponían su salvación en la represión implacable; otros, los sentimentales, invocaban el pasado, su poesía, todo lo que el hombre lamenta abandonar para siempre; algunos desesperados se unían á los revolucionarios, con el afán de acabar cuanto antes. Y Lucas había sentido así, pisándole los talones, á todo Beauclair, que era un mundo en pequeño en medio del ancho mundo. Si permanecía en medio de su terrible amargura valeroso y resuelto á la lucha, no por ello era menos mortal su tristeza. Quería agotar aquella noche toda su inmensa pena, porque deseaba que nadie de ella conociera nada. Cuando se sentía desfallecer, que era pocas veces, prefería encerrarse de aquella suerte, y beber hasta las heces de su amargura para volver á presentarse ya curado y valiente. Había echado el cerrojo á puertas y ventanas dando orden absoluta de no

dejar entrar á nadie. Hacia las once se le figuró oír pasos ligeros en la carretera. Después, como si le llamaran, un soplo apenas, que le hizo estremecerse. Corrió á abrir la ventana y á través de las persianas distinguió una sombra sutil. Llegó á él una voz muy suave.

— Señor Lucas, soy yo; es preciso que hablemos ahora mismo.

Era Josina. Sin reflexionar, bajó Lucas y abrió el portillo que daba al camino. La hizo subir, la llevó por la mano á su cuarto cerrado con tanto rigor, donde alumbraba una lámpara de apacible claridad. Terrible inquietud le sobrecogió al reparar en ella y ver sus vestidos en desorden, el rostro maltratado.

— ¡Dios mío, Josina, qué tiene usted! ¿Qué sucede?

Lloraba; su cabellera desatada caía sobre su garganta, cuya blancura delicada dejaba ver el cuello de su vestido desgarrado.

— ¡Ah! señor Lucas, he querido decirle á usted... no es porque me haya vuelto á pegar al volver á casa; eso no importa; vengo por las amenazas que le he oído... es preciso que usted se entere esta misma noche.

Contó que Ragú, al saber lo que había sucedido en la calle de Brías, los infames agravios causados al amo, se había ido á la taberna de Caffiaux arrastrando á Bourrón y otros camaradas. Acababa de volver borracho gritando que ya estaba harto de la borchata de la Crécherie, que no estaría un día más en una jaula en que reventaba uno de aburrimiento, en que no se tenía el derecho siquiera de beber un vaso de más. Luego, animándose con palabras soeces, había querido obligarla á hacer inmediatamente el equipaje para irse por la mañana temprano al Abismo que aceptaba á todos los operarios que salían de la Crécherie. Y como ella quisiera esperar, había acabado por pegarla y echarla de casa.

— Lo mío no importa, señor Lucas. Pero usted, ¡Dios mío, es á usted á quien insultan, á quien quieren hacer tanto daño!... Ragú marchará mañana temprano, nada le detendrá, llevará consigo de seguro á Bourrón y otros cinco ó seis compañeros que no me ha nombrado... y yo ¿qué quiere usted que haga? Tendré que

seguirle, y todo esto es para mí una pena tan grande que he tenido necesidad de venir á decirselo en seguida, temiendo no volver á verle. Continuaba él mirándola; nueva ola de amargura llenaba su corazón. ¿Era, pues, el desastre, mayor que el que creía? Los obreros le dejaban, se volvían á su dura y sucia miseria de antaño, con la nostalgia del infierno de que él quería sacarlos con tanto esfuerzo. En cuatro años no había conquistado nada ni de su inteligencia ni de su afecto. Y lo peor era que Josina ya no era feliz, que volvía á presentársele, como el primer día, ultrajada, herida, arrojada á la calle. Nada se había adelantado, pues; había que volver á empezar; pues Josina ¿no era el pueblo que sufría? No había obedecido á la necesidad de la acción hasta la noche en que la había encontrado tan dolorida, tan abandonada, víctima del trabajo maldito, impuesto como una esclavitud. Era la más humilde, la más baja, casi en el arroyo, y era la más bella, la más amable, la más santa. Mientras la mujer sufría, no estaría salvado el mundo.

—¡Ay, Josina, Josina, lo que yo la compadezco á usted y la pena que me da!—murmuró con voz de infinita ternura, mientras también lloraba vencido por las ajenas lágrimas. Pero al verle llorar así padecía ella mucho más. Llorar él con tanta amargura, con tan grande dolor, él que era su dios, á quien ella adoraba como un poder superior por lo que la había socorrido, por la alegría de que había llenado para siempre su vida. El pensamiento de los ultrajes que acababa de sufrir, de aquel calvario atroz de la calle de Brías, redoblaba su adoración, le acercaba más á él, con el deseo de curar las heridas, de entregárselo por completo, si este don podía darle la paz de un instante. ¿Qué hacer para amenguar su tortura? ¿Cómo borrar el insulto de su rostro y hacerle sentirse respetado, admirado, adorado? Se inclinaba hacia él con las manos abiertas, exaltado el rostro por el amor.

—¡Ay, señor Lucas; la tristeza que siento al verle desgraciado; qué dicha la mía si pudiera suavizar un poco sus tormentos!

Estaban tan cerca que sentían en el rostro el calor de su aliento. La mutua compasión les abrasaba con

el fuego de una ternura, que no sabía lo qué hacer. ¡Cómo padecía ella, cómo padecía él! Y él pensaba sólo en ella y ella pensaba sólo en él, con una lástima inmensa, un inmenso anhelo de caridad y de ventura.

—A mí no hay por qué compadecerme; sólo se trata de usted, Josina, cuyo sufrimiento es un crimen, y á quien yo quiero salvar.

—No, no, señor Lucas, lo mío no importa; es usted quien no debe sufrir, porque es el Dios bondadoso de todos.

Entonces, como iba ella dejándose caer en sus brazos, la estrechó él contra sí en abrazo apasionado. Era la necesidad inevitable, dos llamas que se juntaban para no ser más que un foco único de bondad y de fuerza. Y se cumplió el destino; se entregaron uno á otro con el mismo anhelo de producir la vida y la dicha. Todo les había traído á esto; habían tenido la súbita visión del amor nacido una noche y que había crecido lentamente acumulado en el fondo de su pecho. Y no había allí más que dos seres que se encontraban en el beso tanto tiempo esperado que llegaba á florecer. No había remordimiento posible; se amaban como existían, para estar sanos, para ser fuertes y fecundos.

Luego, en esta alcoba tan tranquila, tan agradable; cuando Lucas, por largo espacio, tuvo á Josina entre sus brazos, sintió que le había llegado un gran auxilio. Sólo el amor traería la armonía de la ciudad. Esta Josina deliciosa que había hecho definitivamente suya era su comunión íntima con el pueblo de los desheredados. La unión estaba sellada; el apóstol, en él, no podía permanecer infecundo, necesitaba una mujer para rescatar la humanidad. ¡Y cómo venía á confortarle la pobre jornalera sucia, maltratada, que había encontrado muerta de hambre, y que era en aquel momento, sobre su pecho, una reina de encanto y voluptuosidad! Había conocido ella la mayor miseria, ella le ayudaría á crear un mundo nuevo de esplendor y de alegría. De ella, sólo de ella necesitaba para cumplir su misión, pues el día en que hubiera salvado á la mujer, el mundo estaría salvado.

Dulcemente, la dijo:

—Dame tu mano, Josina, tu pobre mano herida.

Y ella le dió la mano, aquella á que faltaba el dedo índice, cortado, arrebatado por el engranaje de una máquina.

—Es muy fea—murmuró ella.

—¡Fea! ¡Ay! no, Josina; para mí es tan querida, que de toda tu persona adorada, ella es lo que beso con mayor devoción.

Había aplicado sus labios á la cicatriz, y cubría de caricias la mano pequeña, débil, mutilada.

—¡Oh, cuánto me quiere usted, Lucas, y cuánto le quiero!

Tal fué el grito encantador, el grito de dicha y de esperanza que los reunió en nuevo abrazo. Fuera, sobre Beauclair hondamente dormido, pasaban los ruidos de los martillos, el retumbar del acero de la Crécherie y del Abismo, luchando con el trabajo nocturno. Y sin duda, la guerra no había concluido, la terrible batalla entre ayer y mañana iba á ser más encarnizada. Pero en medio de los mayores tormentos, un descanso de felicidad había venido, y fueren los que fueren los padecimientos todavía, arrojada estaba la inmortal semilla del amor para las cosechas futuras.

III

Y desde entonces este fué el grito de Lucas á cada nuevo desastre que hería á la Crécherie, cuando los hombres se negaban á seguirle y dificultaban la fundación de su ciudad de trabajo, de justicia y de paz.

—¡Es que no aman! si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol.

Llegaba su empresa á la hora angustiosa y decisiva de la regresión, del paso atrás. En toda marcha hacia adelante, llega esta hora de lucha, de la parada forzosa. No se avanza, hasta se retrocede, el terreno ganado parece hundirse, y que jamás se llegará al fin. Y esta es la hora también en que se prueban los héroes con su firmeza de alma, su indomable fe en la final victoria.

Al día siguiente, Lucas procuró retener á Ragú que quería romper el trato y dejar la Crécherie para volver al Abismo, pero tropezó con una voluntad maligna y amiga de burlas que gozaba haciendo mal en el momento en que la desertión de los obreros podía arruinar la fábrica. Pero había también algo más profundo: la nostalgia del trabajo esclavo, del tornar á la miseria negra, nauseabunda, á todo el repugnante pasado, que seguía en la sangre. Al tibio sol, en la alegre pulcritud de su casita rodeada de verdores, Ragú echaba de menos las calles estrechas y pestíferas del Beauclair viejo, las casuchas leprosas á través de las cuales corría el soplo de la peste. El olor acre de la taberna de Caffiaux le asediaba, cuando pasaba una hora en la gran sala de la casa comunal, donde el alcohol estaba prohibido. El buen orden de los almacenes cooperativos le disgustaba también, le inspiraba el deseo de gastar su dinero á su antojo en las tiendas de la calle de Brías, á cuyos dueños, él mismo llamaba ladrones, pero con los cuales se daba el gusto de disputar. Cuanto más Lucas insistió haciéndole ver la sin razón de su partida, más se obstinó Ragú, pensando en que si tanto empeño había en retenerle, era porque marchándose causaba daño.

—No, no, señor Lucas, esto no tiene arreglo. Puede que haga yo una barbaridad, aunque no me lo parece... Me ha prometido usted torres y montones; íbamos á hacernos todos millonarios; y la verdad es que no ganamos más que en otra parte, y además aquí hay ciertas molestias, á lo menos para mí gusto.

Era verdad, la distribución de las ganancias, en la Crécherie, no había alcanzado hasta entonces una cifra

sensiblemente superior á la de los salarios del Abismo.

—Pero vamos viviendo—respondió con animación Lucas.—¿Y no basta con eso cuando el porvenir es seguro? Si os he pedido sacrificios, fué con la convicción de que al final está la dicha de todos. Pero hace falta paciencia y valor, fe en la empresa, y además mucho trabajo.

Tal lenguaje no podía conmovér á Ragú; sólo una frase le había llamado la atención, y dijo con fisgas:

—¡Bah! la dicha de todos, eso es muy bonito. Pero yo prefiero empezar por la mía.

Entonces, Lucas le dijo que era libre, que le arreglarían la cuenta para marcharse cuando quisiera. En rigor, no tenía ningún interés en conservar á un mal hombre cuya presencia llegaría á ser un contagio funesto. Pero la marcha de Josina le desgarraba el corazón, y se sintió avergonzado al descubrir que, si tanto empeño ponía en retener á Ragú, era por retenerla á ella. La idea de que volvía á la cloaca del Beauclair viejo, en manos de aquel hombre que otra vez entregado al alcohol continuaría maltratándola, era para él insoportable. Volvía á verla en la calle de las Tres Lunas, en inmundo aposento, presa de la miseria sórdida y mortífera; y no estaba él allí para velar por ella; y ahora era suya, y hubiera querido no dejarla ni un minuto, para asegurarle una vida feliz. A la noche siguiente, volvió ella á verle, hubo entre ellos una escena cruel, lágrimas, juramentos, proyectos locos. Sin embargo, venció la prudencia; había que aceptar los hechos, si no querían comprometer la empresa que ya era de ambos. Josina seguiría á Ragú, á lo que no podía negarse sin promover un escándalo peligroso; en tanto que Lucas en la Crèche continuaría su batalla para el bien de todos, con la convicción de que la victoria, algún día, volvería á juntarlos. Eran muy fuertes porque llevaban consigo el amor invencible. Prometió ella que volvería á visitarle. Pero aun así, se les desgarraba el corazón al despedirse, y cuando al día siguiente la vió abandonar la Crèche detrás de Ragú, que ayudado por Bourrón empujaba en un carricoche el pobre ajuar de la mudanza.

Tres días después, Bourrón seguía á Ragú á quien

veía todas las noches en casa de Caffiaux. Tales bromas le daba su amigote con motivo de la horchata de la Casa Comunal, que creyó hacer un hombrada, de hombre libre, volviendo él también á vivir en la calle de las Tres Lunas. La mujer de Bourrón, Babette, después de intentar oponerse á tamaña necedad, acabó por resignarse, contenta como siempre. ¡Bah! Todo iría bien de todos modos, su marido en el fondo era un excelente sujeto que tarde ó temprano vería claro. Y reía, y levantó la casa diciendo «hasta la vista» á los vecinos, pues no podía creer que no había de volver á aquellos bonitos jardines donde tanto gozaba. Sobre todo, pensaba traer á ellos á su hija Marta y á su hijo Sebastián, que hacían grandes progresos en la escuela. Y al proponerle Sœurette que siguieran asistiendo á ella, consintió.

Pero lo que agravó la situación fué que otros obreros cedieron al contagio del mal ejemplo marchándose como Bourrón y Ragú. Les faltaba la fe, tanto como el amor, y Lucas luchaba con la mala voluntad humana, la cobardía, la defección, contra las que se choca en cuanto se trabaja para el bien de todos. Hasta en el mismo Bonnaire, tan razonable, tan leal, adivinó una oculta vacilación. Turbaban el matrimonio las diarias disputas con la Pelos cuya vanidad no estaba satisfecha, pues no había podido comprar todavía el vestido de seda y el reloj que deseaba desde su juventud.

Luego, las ideas de igualdad, de comunidad, le enfadaban, siempre pesarosa de no haber nacido princesa. Por ella, toda la casa era una tormenta, tenía á ración de tabaco al tío Lunot con más rigor cada día; zarandeaba á los niños Luciano y Antonieta. Habían tenido otros dos, Zoé y Severino, y esta era también una desgracia que no perdonaba á Bonnaire echándoselos en cara sin cesar como si fueran fruto de sus ideas subversivas, de las cuales ella también se creía víctima. No perdía la calma Bonnaire, habituado á tales tempestades, que no hacían más que entristecerle. Ni siquiera respondía cuando ella gritaba que no era más que un bestia, un bobalicón que dejaría los huesos en la Crèche.



Sin embargo, Lucas comprendía que Bonnaire no estaba de todo corazón con él. Jamás se permitía una censura, seguía siendo el obrero activo, exacto, concienzudo, que daba ejemplo á sus compañeros. Y á pesar de esto, en su actitud había desaprobación, casi cansancio y desaliento. Esto hacía padecer mucho á Lucas, desesperado al ver que un hombre á quien tanto estimaba, cuyo heroísmo conocía, se apartaba de él tan pronto. Si este dejaba de creer ¿sería porque la empresa era mala?

Una tarde, al obscurecer, tuvieron una explicación á la puerta de los talleres, sentados en un banco. Se habían encontrado al ponerse el sol, bajo un ancho cielo tranquilo, y se sentaron y hablaron.

—Sí, señor es verdad—respondió tranquilamente Bonnaire á una pregunta;—tengo grandes dudas respecto del buen éxito. Recordará usted además que nunca he tenido sus ideas, y que su tentativa siempre me ha parecido mal desde el punto de vista de las concesiones. Si me he prestado á ello fué como á un experimento. Pero según adelantan las cosas, veo que me he equivocado. El experimento está hecho, va á haber que intentar otra cosa, obrar revolucionariamente.

—¡Cómo que el experimento está hecho!—exclamó Lucas.—¡Oh! estamos comenzando. Esto exigirá años, muchas vidas de hombres acaso, un esfuerzo secular de buena voluntad y de valor. ¡Y es usted, amigo mío, usted el enérgico, el bravo quien duda tan pronto!

Le miraba, fijándose en su torso de coloso, su ancha faz apacible donde se leía tanta fuerza honrada. Pero el obrero movió suavemente la cabeza.

—No, no, la buena voluntad y el valor no harán nada. Es que el método de usted es demasiado suave, cuenta demasiado con la prudencia de los hombres. Esa asociación del capital, del talento y del trabajo caminará siempre á tropicónes sin fundar nunca nada sólido y definitivo. El mal ha llegado á tal grado de abominación que hay que curarlo con el hierro candente.

—¿Entonces, qué hay que hacer, amigo mío?

—Es preciso que el pueblo se apodere en seguida de los instrumentos de trabajo, que arranque el ca-

pital á la clase burguesa, disponiendo de él por sí mismo para reorganizar el trabajo universal y obligatorio.

Y una vez más expuso Bonnaire sus ideas. Seguía entregado por completo al colectivismo, y Lucas, que le escuchaba con pena, se asombraba de no haber adelantado nada en este espíritu reflexivo, pero obtuso. Tal como le había oído hablar en la calle de las Tres Lunas, la noche en que había dejado el Abismo, así volvió á encontrarle, con el mismo pensamiento revolucionario: sin que los cinco años de experiencia comunista, pasados en la Crèche, hubiesen modificado su fe. La evolución era demasiado lenta, el progreso sólo por la evolución pediría todavía muchos años, y él se cansaba, no creía más que en la revolución inmediata y violenta.

—No se nos dará jamás lo que nosotros no tomemos—dijo concluyendo.—Hay que tomarlo todo para tenerlo todo.

Callaron. Se había puesto el sol. Los relevos de noche habían vuelto al trabajo en el fondo de los talleres retumbantes. Y en este esfuerzo continuo de la faena, Lucas se sentía invadido por una indecible tristeza, viendo que su empresa iba también á comprometerse por la prisa de los mejores para salvar su ideal. ¿No era muchas veces la batalla furiosa de las ideas quien estorbaba y retardaba la realización de los hechos?

—Yo no quiero discutir de nuevo con usted, amigo mío—añadió al fin.—No creo que una resolución decisiva sea posible y buena en las circunstancias en que estamos. Y sigo convencido de que la asociación, la cooperación, ayudadas por los sindicatos, son el lento camino preferible que nos conducirá á la ciudad prometida... Muchas veces hemos hablado de esto sin poder entendernos. ¿Para qué empezar otra vez y molestarnos inútilmente?... Pero lo que espero de usted, es que seguirá siendo fiel á la causa que juntos hemos fundado, en las dificultades que atraviesa.

Bonnaire hizo un ademán brusco de enojo.

—¡Oh! Señor Lucas, ¿ha dudado usted de mí? Bien sabe que no soy un traidor, y que ahora, puesto que

usted me libró un día del hambre, estoy dispuesto á comer mi pan seco con usted todo el tiempo que haga falta.... No tenga miedo; lo que acabo de decirle no lo digo á nadie. Estas cosas son para los dos. Pero naturalmente no voy á desanimar á los obreros anunciándoles la ruina próxima... Asociados estamos y asociados continuaremos hasta que las paredes se nos vengán encima.

Lucas con gran emoción le estrechó las manos. Y á la semana siguiente se conmovió más todavía al sorprender una escena que pasaba en el taller de los laminadores. Le habían advertido que dos ó tres obreros ligeros de cascos querían hacer lo que Ragú, procurando arrastrar cuantos obreros pudieran, y al llegar para restablecer el orden, vió á Bonnaire, en medio de los levantiscos, interviniendo con vehemencia. Se detuvo, escuchó. Bonnaire, valeroso, decía todo lo que había que decir, recordaba los beneficios de la casa, calmaba las inquietudes con la promesa de un porvenir mejor si se trabajaba de firme. Se imponía por su estatura, por guapo, y todos se aplacaban oyendo á uno de los suyos cosas tan razonables. Ni uno sólo hablaba ya de romper la asociación, las defecciones quedaron contenidas. Y Lucas no olvidó este espectáculo de Bonnaire; el buen gigante, apaciguando á los revoltosos con soberbio ademán, como héroe del trabajo que respeta la faena aceptada libremente.

Pero cuando Lucas le dió las gracias, de nuevo sintió el corazón lastimado por esta sencilla respuesta:

—Es muy sencillo, he hecho lo que debía... Pero no importa, señor Lucas, es preciso que le atraiga á mis ideas. De otro modo acabaremos todos por morir aquí de hambre.